

El cazador de jaguares

Lucius Shepard

Título de la edición original: *The jaguar Hunter*

Traducción del inglés: Albert Solé, cedida por Ediciones Martínez Roca, S.A.

Diseño: Norbert Denkel Ilustración: Enrique Jiménez Corominas

Círculo de Lectores, S.A.

Valencia, 344, 08009 Barcelona

1357929068642

Licencia editorial para Círculo de Lectores por cortesía de Ediciones Martínez Roca, S.A.

Está prohibida la venta de este libro a personas que no pertenezcan a Círculo de Lectores.

© 1987, 1988, Lucius Shepard

© 1990, Ediciones Martínez Roca, S.A.

Depósito legal: B-13624-1992

Fotocomposición: Grafitex, Barcelona

Impresión y encuadernación: Printer industria gráfica, s.a.

N. II, Cuatro caminos s/n, 08620 Sant Vicenc dels Horts

Barcelona, 1992. Printed in Spain.

ISBN 84-226-4043-0

Nº 33787

Scan/Revisión: Elfowar/Cymoril. -2.003-

Prólogo¹

Es raro que en la escena literaria (ya sea entre los anuncios de whisky escocés y trajes de noche del *The New Yorker*, o en las granulosas dos columnas del *Fantasy and Science Fiction*), surjan nuevos escritores con un convincente dominio del lenguaje, una amplia gama de técnicas narrativas y una auténtica e imponente presencia como autores. Los recién llegados que consiguen la atención general pueden escribir igual que serafines disfrazados. O quizá se muestren como expertos capaces de atraparle con finales sorpresa que usted nunca hubiera esperado. O (y ésta es la menos probable de las tres hipótesis) pueden mostrarle una compasión ganada al precio de muchas dificultades o el conocimiento del mundo que suele acompañarla, compensando con ello a duras penas sus deficiencias como estilistas o creadores de argumentos fascinantes.

Pero no es frecuente que uno se encuentre leyendo a un recién llegado cuya obra consigue combinar esas tres virtudes. La razón es sencilla. Dejando aparte a unos cuantos prodigios literarios que se aplican a su labor igual que las termitas a la madera, el ejercicio de escribir requiere sangre, sudor y lágrimas. No sólo precisa un talento que se pueda desarrollar, sino también el haber aprendido desgastándose los dedos hasta el hueso, algo que de vez en cuando puede resultar más humillante que ennoblecedor. Dado que la mayor parte de escritores empiezan a vender su trabajo cuando están a punto de cumplir los veinte años o cuando hace poco que los han cumplido, parte de su aprendizaje se lleva a cabo en público, tecleando obras apenas vendibles mientras luchan por mejorar su arte y crecer como personas. No es sorprendente, pues, que los neófitos en el arte de la escritura produzcan de manera irregular, cantando en un momento dado arias exquisitas y, al siguiente, chillando groseramente... Pero incluso los momentos de triunfo pregonado a pleno pulmón revelan más la amígdala que el tono adecuado, la fuerza bruta que el rigor.

Y el que haya mencionado todo esto no tiene otro objetivo que llegar a la presentación de Lucius Shepard..., quien, al igual que Atenea surgiendo magníficamente completa de la frente de Zeus, apareció en el escenario de la fantasía y la ciencia ficción como talento totalmente formado. (Por otra parte,

¿cuánto tiempo estuvo gestándose Atenea antes de proporcionarle esta terrible jaqueca a su papá?) Sus primeros relatos —«The Taylorsville Reconstruction», aparecido en el *Universe 13* de Terry Carr y «Los ojos de Solitario» del *Fantasy and Science Fiction*—, se publicaron en 1983; y ya demostraban que Shepard era un narrador tan diestro como versátil. En 1984 hubo por lo menos siete obras más (relatos cortos, cuentos, novelas cortas) firmadas por Shepard que aparecieron en los sumarios de las mejores revistas y antologías del género. Esas obras mostraban una amplitud de experiencias y una madura capacidad de penetrar en las complejidades de la conducta humana que resultaban sorprendentes en un «principiante». En mayo de 1984 su novela *Ojos verdes* apareció como el segundo título de la revivida serie *Ace Science Fiction Specials*; y en 1985, en la Convención Mundial de Ciencia Ficción celebrada en Melbourne, Australia, el premio John W. Campbell para el Mejor Nuevo Escritor fue para Lucius Shepard... con una absoluta y, por lo tanto, gratificante justicia.

De acuerdo. ¿Quién es ese tipo? Nunca he llegado a conocerle personalmente pero he leído casi todo lo que ha publicado hasta el momento. Además, hemos intercambiado correspondencia. (Yo le escribí y él me respondió.) Aparte de esos breves contactos, he hablado dos veces con Lucius Shepard, dos conferencias a larga distancia; y todos mis encuentros casi-de-la-tercera-fase con ese hombre probablemente me han dado la equivocada impresión de que sé algo de vital importancia acerca de la persona que hay detrás del nombre, cuando lo que en realidad sé es tan sólo lo que ustedes van a descubrir en cuanto empiecen a leer esta recopilación de relatos suyos. Es decir, que Lucius Shepard domina el lenguaje con la maestría de los mejores escritores del género, que no sólo conoce los trucos sino también algunos de los más profundos misterios del oficio, y que ha vivido el tiempo suficiente y con la intensidad necesaria para haber adquirido una profunda sensibilidad y sabiduría de las mejores formas en que utilizar su conocimiento de la gente y el arte para transfigurar una diversión honesta en un arte nada pretencioso. Todos, absolutamente todos los relatos de *El cazador de jaguares* son agradables y entretenidos, pero algunos de ellos —quizá casi la mitad—, se alzan hacia la belleza y la verdad de lo que perdura mucho tiempo, tal y como fueron definidas por Keats.

¿Cómo es posible tal cosa? Bueno, Shepard empezó a escribir un poco tarde (es decir, cuando ya había cumplido los treinta años), tras un aprendizaje mundano que incluyó un conocimiento forzado de los clásicos ingleses a manos de su padre; una rebelión adolescente contra la educación institucionalizada; estancias como expatriado en Europa, Oriente Medio, India y Afganistán, entre otros lugares exóticos; una dedicación intermitente pero bastante seria a la música rock, con grupos como The Monsters, Mister Right, Cult Heroes, The Average Joes, Alpha Ratz y Villain (*Tenemos formas de hacerte bailar*); viajes ocasionales a Sudamérica, donde le ha concedido la categoría de Escondite Favorito a una isla situada ante la costa de Honduras; el matrimonio, la paternidad y el divorcio; y algunas aventuras tanto en calidad de asalariado como de hombre sin trabajo que quizá algún día se decida a narrar en su autobiografía, pero de las que sé demasiado poco para atreverme a mencionarlas, aunque sea de pasada. Una inmersión total en el taller Clarion para aspirantes a escritores de fantasía y ciencia ficción hizo que empezara a poner a prueba sus talentos en el verano de 1980, y poco después de aquello publicó sus primeros relatos. Para decirlo brevemente, Lucius Shepard está muy lejos de ser un novicio —aunque quizá todavía se le pueda calificar de Joven Turco—, e incluso los profesionales de mediana edad con más de un libro o dos a su espalda tienen que reconocerle como uno de sus pares. A decir verdad, ya ha dado muestras de una capacidad y un dominio de su arte que despiertan tanto la humildad como una inmensa alegría en aquellos de nosotros que creemos en el poder de la literatura para dirigirse al corazón humano.

Los ecos obsesivos del conflicto vietnamita reverberan a través de relatos como «El Salvador», «Mengele» y «Delta Dulce Miel». Por su parte, «Coral negro», «El fin de la vida tal y como la conocemos», «La historia de una viajera» y «El cazador de jaguares» iluminan ese mismo exhuberante paisaje sudamericano de una forma que recuerda vagamente a Graham Greene, Paul Theroux y Gabriel García Márquez. Sin embargo, la voz de Shepard sigue siendo decididamente propia e inimitable. En «Cómo habló el viento en Madaket» y «La noche del Bhairab Blanco» desarrolla unas nada corrientes variaciones del relato de horror contemporáneo. En el primer relato, por

ejemplo, dice del viento: «Era algo procedente de la naturaleza, no de algún otro mundo. Era el yo desprovisto del pensamiento, el poder carente de toda moral». Y en la novela corta «Una lección española», Shepard osa concluir su barroco relato con una máxima moral que «hace vibrar la historia más allá de las dimensiones de la página». Y, dicho sea de paso, mi favorito de la recopilación es «El hombre que pinto al dragón Griaule», una historia que, a la manera indirecta de la parábola, contiene muchas revelaciones tanto sobre el amor como sobre la creatividad. Sin embargo, rara vez se podrá encontrar una parábola tan vívida y tan conmovedoramente desarrollada.

Así pues, escojan una historia al azar, léanla y, después de hacerlo, se verán impulsados irresistiblemente a devorar las otras historias del libro. Lucius Shepard ya está entre nosotros. *El cazador de jaguares* anuncia soberbiamente esa llegada.

MICHAEL BISHOP

1. Este prólogo se refiere a la edición original de la obra, que en castellano se publica en dos volúmenes: *El cazador de jaguares* y *El hombre que pinto al dragón Griaule*, de próxima aparición. (N. del E.)

Índice

[El Cazador de Jaguares](#)

[La Noche del Bhairab Blanco](#)

[El Salvador](#)

[Cómo habló el viento en Madaket](#)

[Coral Negro](#)

[Los Ojos de Solitario](#)

El cazador de jaguares

Esteban Caax visitó el pueblo por primera vez en casi un año debido a la deuda que su mujer tenía con Onofrio Esteves, el vendedor de electrodomésticos. Esteban era por naturaleza un hombre que valoraba las delicias del campo y por encima de cualquier otra cosa; la plácida distribución del día de un granjero le hacía sentirse fuerte y animado y se divertía mucho pasando la noche ante una hoguera, mientras bromeaba y contaba historias, o acostado junto a su mujer, Encarnación. Puerto Morada, con los imperativos de su compañía frutera, los perros melancólicos y las cantinas donde atronaba la música norteamericana, era un sitio que debía evitarse igual que si estuviera dominado por la plaga: a decir verdad, desde el hogar de Esteban, situado en lo alto de la montaña cuyas laderas formaban el límite norte de Bahía Onda, los tejados de uralita oxidada que circundaban la bahía se parecían a la costra de sangre seca que suele haber sobre los labios de un moribundo.

Pero esta mañana en particular no tenía más remedio que visitar el pueblo. Encarnación había adquirido un televisor a pilas en la tienda de Onofrio, a crédito y sin que Esteban lo supiera, y ahora Onofrio amenazaba con apoderarse de las tres vacas lecheras de Esteban como pago por los ochocientos lempira que se le debían; se negaba a que le devolvieran el televisor, pero había mandado aviso de que estaba dispuesto a discutir un método alternativo de pago. Si Esteban perdía las vacas, sus ingresos caerían por debajo del nivel de subsistencia y se vería obligado a practicar de nuevo su vieja ocupación, una ocupación mucho más onerosa que la de granjero.

Mientras bajaba por la montaña, dejando atrás chozas con tejados de hierba y postes de madera, idénticas a la suya, siguiendo un sendero que serpenteaba por entre una vegetación amarronada por el sol sobre la que se alzaban los plataneros, Esteban no pensaba en Onofrio sino en su mujer. Encarnación era frívola por naturaleza y Esteban lo sabía desde que se casó con ella; pero el asunto del televisor era todo un emblema de las diferencias que habían ido surgiendo entre ellos desde que sus niños se hicieron mayores. Encarnación había empezado a hacerse la sofisticada, riéndose ante los modales de campesino que usaba Esteban, y se convirtió en la presidenta de un grupo de

mujeres de edad, casi todas viudas, que aspiraban unánimemente a la sofisticación. Las mujeres se acurrucaban cada noche alrededor del televisor y luchaban por superarse unas a otras haciendo comentarios sagaces sobre las películas policíacas norteamericanas que estaban viendo; y cada noche Esteban se quedaba sentado fuera de la choza, mientras pensaba tristemente en el estado de su matrimonio. Creía que la relación de su mujer con las viudas era su forma de decirle que tenía muchas ganas de ponerse la falda negra y la pañoleta y que tras haber servido a su propósito de padre Esteban ya no era más que una molestia para ella. Aunque Encarnación sólo tenía cuarenta y un años, era tres más joven que Esteban, estaba abandonando la vida de los sentidos; ahora ya casi nunca hacían el amor y Esteban tenía la seguridad de que, en parte, eso era una expresión física del resentimiento que sentía Encarnación al ver que los años habían sido amables con él. Esteban tenía el aspecto de un viejo patuca: alto, con rasgos tallados a golpes de cincel y ojos grandes y algo separados; su piel cobriza estaba relativamente libre de arrugas y su cabello era negro como el azabache. El cabello de Encarnación tenía hebras grises, y la limpia belleza de sus miembros se había disuelto bajo capas de grasa. Esteban no había esperado de ella que siguiera siendo hermosa y había intentado asegurarle que amaba a la mujer que era y no, meramente, a la muchacha que había sido. Pero aquella mujer estaba muriendo, infectada por la misma enfermedad que había infectado a Puerto Morada, y quizá también su amor hacia ella estuviese muriendo.

La calle polvorienta en que estaba la tienda de electrodomésticos se encontraba situada detrás del cine y el Hotel Circo del Mar, y Esteban pudo ver desde ella los campanarios de Santa María de la Onda alzándose por encima del techo del hotel como los cuernos de un gran caracol de piedra. De joven, obedeciendo los deseos de su madre, que quería verle convertido en sacerdote, Esteban se pasó tres años bajo aquellas torres, preparándose para el seminario, sometido a la tutela del viejo padre Gonsalvo. Era la parte de su vida que más lamentaba, porque las disciplinas académicas que había llegado a dominar parecían haberle dejado perdido entre el mundo del indio y el de la sociedad contemporánea; en lo más hondo de su corazón Esteban creía en las enseñanzas de su padre —los principios de la magia, la historia de la tribu, la

sabiduría de la naturaleza—, y, sin embargo, no lograba escapar a la sensación de que tal sabiduría era supersticiosa o, sencillamente, carecía de importancia. Las sombras de las torres cayeron sobre su alma de forma tan irremisible como sobre la plaza adoquinada que había ante la iglesia, y el verlas hizo que apretara el paso y bajase la mirada.

Siguiendo por la calle se encontraba la Cantina Atómica, un lugar de reunión para los jóvenes acomodados de pueblo, y delante de ella estaba la tienda de electrodomésticos, un edificio de una sola planta hecho de estuco amarillo, con puertas de chapa ondulada que se bajaban por la noche. Su fachada tenía como decoración un mural que se suponía representaba la mercancía del interior: neveras deslumbrantes, televisores y lavadoras, aparatos que parecían enormes gracias a los hombres y mujeres minúsculos pintados bajo ellos, sus manos alzadas en un gesto de asombro. La mercancía real era mucho menos imponente, y consistía sobre todo en radios y cocinas de segunda mano. En Puerto Morada había poca gente que pudiera permitirse el lujo de comprar cosas más caras y quienes podían solían adquirirlas en otro sitio. La mayor parte de la clientela de Onofrio era pobre y cumplir con los plazos le resultaba bastante difícil, por lo que la riqueza de Onofrio derivaba básicamente de vender una y otra vez las mercancías que había confiscado por falta de pago.

Raimundo Esteves, un joven de tez pálida con las mejillas hinchadas, los ojos medio tapados por sus gruesos párpados y una boca petulante, estaba apoyado en el mostrador cuando Esteban entró en la tienda; Raimundo torció los labios en una sonrisita y lanzó un penetrante silbido. Unos instantes después su padre emergió de la otra habitación: un hombre inmenso, parecido a una babosa, todavía más pálido que Raimundo. Filamentos de cabello grisáceo untados de brillantina atravesaban su calva moteada de manchas marrones, y su vientre hacía tensarse la guayabera almidonada. Le tendió la mano a Esteban con una sonrisa radiante.

—Cuánto me alegro de verte —dijo—. ¡Raimundo! Tráenos café y dos sillas.

Por mucho que le desagradara Onofrio, Esteban no estaba en posición de mostrarse descortés: aceptó el apretón de manos. Raimundo dejó caer café en los platos, hizo mucho ruido con las sillas y puso cara de pocos amigos, irritado

al ver que se le obligaba a servirles igual que si fuera un indio. —¿Por qué no dejas que te devuelva el televisor? —preguntó Esteban después de haber tornado asiento; y luego, incapaz de contenerse, añadió—: ¿Qué pasa, ya no te gusta timarnos?

Onofrio suspiró, como si explicarle las cosas a un idiota del calibre de Esteban resultara agotador.

—No timo a la gente. Cuando permito que me devuelvan la mercancía en vez de llevar el asunto a los tribunales estoy interpretando generosamente la letra de los contratos. En tu caso, sin embargo, se me ha ocurrido una forma gracias a la cual podrás quedarte el televisor sin hacerme ningún pago y, aun así, tu deuda quedará saldada. ¿Te parece que eso es un timo?

Discutir con un hombre dotado de la lógica de Onofrio, flexible y siempre inclinada a su favor, era algo inútil.

—Dime qué quieres —replicó Esteban.

Onofrio se humedeció los labios, que tenían el mismo color que las salchichas crudas.

—Quiero que mates al jaguar de Barrio Carolina.

—Ya no me dedico a la caza —dijo Esteban.

—El indio tiene miedo —dijo Raimundo, pegándose al hombro de Onofrio—. Ya te lo había dicho.

Onofrio le hizo callar con una seña.

—Tienes que ser razonable —le dijo a Esteban—. Si me llevo las vacas no te quedará mas remedio que volver a la caza de jaguares. Pero si haces lo que te pido sólo tendrás que cazar a un jaguar.

—Un jaguar que ha matado a ocho cazadores. —Esteban dejó su taza de café y se levantó—. No es un jaguar corriente.

Raimundo rió despectivamente, y Esteban le atravesó con los ojos.

—¡Ah! —dijo Onofrio, sonriendo con su mejor mueca de adulator—. Pero ninguno de los ocho utilizó tu método.

—Discúlpeme, don Onofrio —dijo Esteban con burlona formalidad—. Tengo

otros asuntos que atender.

—Además de olvidar tu deuda, te pagaré quinientos lempira —dijo Onofrio.

—¿Por qué? —le preguntó Esteban—. Perdóneme, pero no puedo creer que se deba a una preocupación por el bienestar público.

El grueso cuello de Onofrio empezó a latir y su rostro se oscureció.

—No importa —dijo Esteban—. No es suficiente.

—Muy bien. Mil.

La despreocupación con que habló no podía ocultar la ansiedad que había en su voz.

Intrigado, sintiendo curiosidad por saber hasta dónde llegaba la ansiedad de Onofrio, Esteban optó por sacar una cifra de la nada.

—Diez mil —dijo—. Y por adelantado.

—¡Ridículo! ¡Por esa cantidad podría contratar a diez cazadores! ¡Veinte!

Esteban se encogió de hombros.

—Pero ninguno de ellos con mi método.

Onofrio se quedó inmóvil durante un momento, las manos juntas, retorciendo los dedos como si luchara con alguna idea piadosa.

—Está bien —dijo por fin, y las palabras le salieron de los labios como si se las arrancaran—. ¡Diez mil!

De repente Esteban comprendió cuál era la razón de que Onofrio estuviera tan interesado en Barrio Carolina, y se dio cuenta de que los beneficios que sacaría de allí hacían que su tarifa pareciera lamentablemente pequeña. Pero estaba obsesionado por la idea de lo que podría significar diez mil lempira: un rebaño de vacas, una camioneta para transportar los derivados de éstas, o —y mientras lo pensaba se dio cuenta de que ésta era la más deliciosa de todas aquellas posibilidades—, la casita de estuco del Barrio Clarín que le tenía robada el alma a Encarnación. Quizá poseerla consiguiese que ella le mirara con mejores ojos. Se dio cuenta de que Raimundo le estaba observando con una sonrisita de suficiencia en el rostro y que incluso Onofrio, aunque seguía irritado por la tarifa exigida, empezaba a dar señales de satisfacción,

ajustándose la guayabera y alisándose su ya más que alisado y escaso pelo. Esteban se sintió rebajado ante su capacidad para comprarle y, queriendo conservar un último retazo de dignidad, se dio la vuelta dirigiéndose hacia la puerta.

—Lo pensaré —dijo por encima del hombro—. Y le daré mi respuesta por la mañana.

El programa principal de aquella noche en el televisor de Encarnación era *Patrulla de homicidios de Nueva York*, con -

un calvo actor norteamericano como estrella, y las viudas estaban sentadas en el suelo, con las piernas cruzadas, llenando la cabaña de forma tan completa que el hornillo de carbon y la hamaca de dormir habían sido sacados de ella con el objetivo de proporcionar buenos ángulos de vision a quienes llegaran en último lugar. Esteban, de pie en el umbral, tuvo la impresión de que su hogar había sido invadido por una bandada de grandes aves negras con las cabezas cubiertas por capuchones, aves que recibían instrucciones malignas desde el núcleo de una centelleante gema grisácea. Se abrió paso por entre ellas, de mala gana, y llegó hasta los estantes colocados en la pared que había detrás del televisor; alargó la mano hacia el más alto de los estantes y sacó de él un gran fardo envuelto en periódicos manchados de aceite. Por el rabillo del ojo vio como le observaba Encarnación, sus delgados labios curvándose en una sonrisa, y aquella cicatriz de sonrisa clavó a fuego su marca en el corazón de Esteban. ¡Sabía lo que iba a hacer, y estaba encantada! ¡No sentía ni la más mínima preocupación! Quizá ya estaba enterada de que Onofrio planeaba matar al jaguar, quizá había estado conspirando con Onofrio para hacerle caer en la trampa. Enfurecido, Esteban pasó bruscamente por entre las viudas, provocando una explosion de comadreos, y fue hasta sus bananeros para acabar sentándose en una piedra que había entre los troncos. La noche estaba nublada y sólo un puñado de estrellas era visible por entre las oscuras siluetas de las hojas; el viento las movía, haciendo que se confundieran y resbalasen unas sobre otras, y Esteban oyó como una de las vacas resoplaba y percibió el fuerte olor del aprisco. Era como si toda la solidez de su vida hubiese quedado

reducida a esa perspectiva aislada, y Esteban sintió amargamente el peso de aquel aislamiento. Aunque estaba dispuesto a admitir que había cometido errores, no lograba pensar en nada que fuese capaz de engendrar aquella sonrisa de Encarnación, horrible y llena de odio. Pasado un tiempo, quitó los periódicos que cubrían el bulto y sacó de éstos un machete de hoja muy delgada, el tipo de machete utilizado para cortar los racimos de plátanos, pero que él utilizaba para matar jaguares. Le bastó con sostenerlo entre sus dedos para sentir una oleada de confianza y fuerza renovada. Habían pasado cuatro años desde su última cacería, pero Esteban sabía que no había perdido su habilidad. En una ocasión fue proclamado el mejor cazador de toda la provincia de Nueva Esperanza, como lo había sido su padre antes que él, y no se había retirado de la caza por culpa de los años o la debilidad física, sino porque los jaguares eran hermosos y su belleza había empezado a pesar más que sus razones para matarlos. Y no tenía ninguna buena razón para matar al jaguar de Barrio Carolina. No amenazaba a nadie salvo a quienes intentaban cazarlo, quienes buscaban invadir su territorio, y su muerte sólo beneficiaría a un hombre sin honor y a una esposa amargada, haciendo que se extendiera la contaminación representada por Puerto Morada. Y, además, el jaguar era negro.

—Los jaguares negros son criaturas de la luna —le había dicho su padre—. Tienen otras formas y propósitos mágicos en los que no debemos interferir. ¡No les caces nunca!

Su padre no le había dicho que los jaguares negros viviesen en la luna sino, sencillamente, que utilizaban su poder; pero de niño Esteban había soñado con una luna de bosques marfileños y arroyos de plata por entre los que fluían los jaguares, veloces como el agua negra; y cuando le habló de sus sueños a su padre, éste había dicho que tales sueños eran representaciones de una verdad y que más tarde o más temprano descubriría la verdad que había bajo ellos. Esteban había seguido creyendo en los sueños, y su creencia no se había alterado después de ver el lugar rocoso y carente de atmósfera que pintaban los programas científicos del televisor de Encarnación: aquella luna, con su misterio explicado, era meramente una clase de sueño menos revelador, una afirmación que reducía la realidad a lo cognoscible.

Pero mientras pensaba en eso Esteban comprendió de repente que matar al jaguar podía ser la solución a sus problemas; que si iba contra las enseñanzas de su padre, si mataba sus sueños, su concepción india del mundo, quizá fuera capaz de hallar una nueva concordia con su esposa; llevaba demasiado tiempo a mitad de camino, perdido entre las dos concepciones, y había llegado el momento de que escogiera. Pero, en realidad, no había ninguna elección. Esteban vivía en aquel mundo, no en el de los jaguares; si el precio para que considerase como alegrías la televisión, ir al cine y una casa de estuco en el Barrio Clarín consistía en la muerte de una criatura mágica..., bueno, Esteban tenía fe en su método. Hizo girar el machete, hendiendo la oscura atmósfera, y rió. La frivolidad de Encarnación, su habilidad como cazador, la codicia de Onofrio, el jaguar, el televisor..., todo aquello se unía limpiamente igual que los elementos de un hechizo, un hechizo cuyos productos serían la negación de la magia y un reforzamiento de las nada mágicas doctrinas que habían corrompido a Puerto Morada. Volvió a reír, pero un segundo después se riñó a sí mismo: ése era precisamente el tipo de ideas que se estaba preparando para eliminar.

A la mañana siguiente Esteban despertó temprano a Encarnación y la obligó a ir con él hasta la tienda de electrodomésticos. Su machete colgaba de su flanco, metido en una vaina de cuero, y llevaba un saco dentro del que había comida y las hierbas que necesitaría para la caza. Encarnación trotaba junto a él, en silencio, su rostro escondido por una pañoleta. Cuando llegaron a la tienda Esteban hizo que Onofrio pusiera en la factura el tampon de PAGADO y después le entregó la factura y el dinero a Encarnación.

—Tanto si mato al jaguar como si él me mata a mi esto será tuyo —le dijo con voz ronca—. Si no he vuelto dentro de una semana, puedes dar por sentado que nunca volveré.

Encarnación retrocedió un paso con una expresión de alarma en el rostro, como si le hubiera visto bajo una nueva luz y comprendiese las consecuencias de sus acciones; pero cuando Esteban salió por la puerta no hizo gesto alguno para detenerle.

Raimundo Esteves se encontraba al otro lado de la calle, apoyado en la pared

de la Cantina Atómica, hablando con dos chicas que llevaban tejanos y blusas con bordados; las chicas hacían aletear sus manos y bailaban siguiendo la música que brotaba de la cantina, y a Esteban le parecieron más extrañas e incomprensibles que la bestia a la cual iba a cazar. Raimundo le vio y murmuró algo a las chicas; ambas le observaron disimuladamente por encima del hombro y se rieron. Esteban, que ya estaba enfadado con Encarnación, se sintió invadido por una fría ola de furia. Cruzó la calle, la mano sobre la empuñadura del machete, y clavó sus ojos en Raimundo; jamás antes se había fijado en lo blando que era, en lo vacua que resultaba su presencia. Tenía la mandíbula cubierta por una nubecilla de granos y la carne que había bajo sus ojos estaba marcada por minúsculas oquedades, como las que hace el martillito de un platero e, incapaces de sostener su mirada, los ojos de Raimundo empezaron a moverse rápidamente de una chica a otra.

La ira de Esteban se disolvió, convirtiéndose en repugnancia.

—Soy Esteban Caax —dijo—. He construido mi propia casa, he arado mi tierra y he traído cuatro hijos al mundo. Voy a cazar al jaguar de Barrio Carolina para que tú y tu padre podáis ponerlos aún más gordos de lo que ya estáis. —Paseó la mirada por el cuerpo de Raimundo y, dejando que su voz se llenara de disgusto, preguntó—: ¿Quién eres tú?

El hinchado rostro de Raimundo se tensó en un nudo de odio, pero no le ofreció respuesta alguna. Las chicas soltaron una risita y huyeron hacia la puerta de la cantina; Esteban pudo oír como describían el incidente entre carcajadas y siguió con los ojos clavados en Raimundo. Unas cuantas chicas más asomaron la cabeza por el umbral, riéndose y murmurando. Un segundo después Esteban giró sobre sus talones y se marchó. A su espalda sonó un coro de risas, ahora ya incontenibles, y la voz de una chica gritó burlescamente: «¡Raimundo! ¿Quién eres?». Otras voces se unieron a su griterío, y éste pronto se convirtió en un canturreo.

Barrio Carolina no era realmente un barrio de Puerto Morada; se encontraba más allá de Punta Manabique, en el límite sur de la bahía, y tenía delante un gran macizo de palmeras y el pedazo de playa más hermoso de toda la

provincia, una rebanada de arena blanca que se curvaba terminando en aguas de un verde jade. Cuarenta años antes había sido los cuarteles generales de una plantación experimental de la compañía frutera, un proyecto de alcance tan vasto que se había llegado a construir una pequeña ciudad: hileras de casas blancas con tejados de chilla y porches, el tipo de casitas que se podrían ver en la ilustración de una revista para representar a la Norteamérica rural. La compañía había pregonado que el proyecto era la piedra clave del futuro del país, y había prometido desarrollar cosechas de alto rendimiento que terminarían para siempre con el hambre; pero en 1947 una epidemia de cólera devastó la costa, y la ciudad fue abandonada. Cuando se apagaron los últimos rescoldos del miedo al cólera la compañía gozaba ya de firmes apoyos entre los políticos de la nación y no necesitaba seguir manteniendo una imagen benevolente, con lo que el lugar fue abandonado hasta que —el mismo año en que Esteban se retiró de la caza—, fue comprado por inversores que planeaban construir un gran centro turístico. Y entonces apareció el jaguar. Aunque no había matado a ninguno de los obreros, les había aterrorizado hasta tal punto que se negaron a trabajar. Se enviaron cazadores y éstos sí fueron muertos por el jaguar. El último grupo de cazadores estaba equipado con rifles automáticos y toda clase de ayudas tecnológicas; pero el jaguar les fue sorprendiendo uno a uno y también este proyecto hubo de ser abandonado. Corrían rumores de que la tierra se había vuelto a vender recientemente (ahora Esteban sabía a quién) y que se volvía a pensar en la construcción de un centro turístico.

El trayecto desde Puerto Morada era caluroso y agotador, y, nada más llegar, Esteban tomó asiento bajo una palmera y almorzó comiendo unos cuantos plátanos fritos. Olas tan blancas como la pasta dentífrica rompían en la playa, y no se veía ningún tipo de basura o desperdicio humano, sólo trozos de madera, algas muertas y cocos. Todas las casas habían sido engullidas por la jungla, salvo cuatro, y de aquellas cuatro sólo había unas cuantas partes visibles, empotradas como puertas a medio pudrir en una muralla de vegetación negroverdosa. Las casas resultaban lúgubres incluso bajo la brillante luz del sol: tenían las rejillas de las puertas hechas pedazos, la madera se había vuelto grisácea a causa de la intemperie y las lianas caían sobre sus fachadas.

Un mango había brotado en uno de los porches, y loros y cacatúas comían su fruto. Esteban no había visitado el barrio desde su infancia: entonces las ruinas le habían asustado, pero ahora las encontraba atractivas, testimonios del poder y dominio de la ley natural. Le preocupaba pensar que ayudaría a transformarlo todo en un sitio donde los loros estarían encadenados a postes y los jaguares serían dibujos de mantel, un lugar de piscinas y turistas que tomarían bebidas en cáscaras de coco. Sin embargo, en cuanto hubo terminado de almorzar empezó a explorar la jungla y pronto descubrió un camino utilizado por el jaguar: un angosto sendero que serpenteaba por entre las casas cubiertas de lianas durante casi un kilómetro y terminaba en el río Dulce. El río era de un verde más fangoso que el mar y avanzaba curvándose por entre los muros de la jungla; las huellas del jaguar eran visibles por toda la orilla, y resultaban especialmente abundantes en una pequeña loma que se alzaba a unos dos metros escasos por encima del agua. Aquello dejó perplejo a Esteban. El jaguar no podía beber desde esa loma y, desde luego, no dormiría ahí. Estuvo pensando en el enigma durante un rato, pero acabó olvidándose de él con un encogimiento de hombros y regresó a la playa. Como sea que tenía planeado montar guardia toda la noche, se echó una siesta entre las palmeras.

Unas horas después, a media tarde, despertó bruscamente del sueño al oír una voz que le llamaba. Una mujer alta y delgada de piel cobriza venía hacia él, llevando un vestido verde oscuro —casi exactamente igual a las murallas de la jungla—, un vestido que dejaba al descubierto la curva de sus pechos. Cuando la tuvo más cerca vio que sus rasgos tenían algo de sangre patuca, pero poseían una delicadeza nada común en la tribu; era como si hubieran sido refinados hasta convertirlos en una hermosa máscara: las mejillas acababan en huecos sutiles, los labios estaban esculpidos para hacerlos más llenos, las cejas eran estilizadas líneas de ébano incrustado, los ojos de azabache y ónice blanco, y todo eso había sido pulido hasta hacerlo humano. Sus pechos estaban cubiertos por una capa de sudor y sobre su clavícula descansaba un solitario rizo negro, trazando una curva tan artística que parecía haber sido colocado allí a propósito. La mujer se arrodilló junto a él, contemplándole con expresión impasible, y Esteban percibió la ardiente atmósfera de sensualidad que la rodeaba. La brisa marina le llevó su olor, un aroma dulce y almizclado

que le recordó a los mangos que se dejan madurar al sol.

—Me llamo Esteban Caax —dijo, repentinamente consciente de que su cuerpo olía a sudor.

—He oído hablar de ti —dijo ella—. El cazador de jaguares. ¿Has venido a matar al jaguar del barrio?

—Sí —dijo él, y sintió vergüenza al admitirlo.

La mujer cogió un puñado de arena y observó cómo se escurría entre sus dedos.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó Esteban.

—Te lo diré si llegamos a ser amigos —respondió ella—. ¿Por qué debes matar al jaguar?

Esteban le habló del televisor y después, sorprendido, se encontró describiéndole sus problemas con Encarnación y explicándole cómo pretendía adaptarse a sus nuevas costumbres. No eran temas adecuados para comentar con una persona desconocida, pero Esteban se sintió impulsado a tales intimidades; creyó percibir una afinidad entre ambos y eso le animó a pintar su matrimonio como algo aún peor de lo que era, pues, aunque jamás le había sido infiel a Encarnación, ahora habría acogido con alegría la oportunidad de serlo.

—Este jaguar es negro —dijo ella—. Seguramente debes saber que no son animales corrientes, que tienen propósitos en los cuales no debemos interferir, ¿verdad?

Esteban se quedó muy sorprendido al oír de boca de aquella mujer las palabras de su padre, pero pensó que sólo era una coincidencia.

—Quizá —replicó—. Aunque no son los míos.

—Oh, sí que lo son —dijo ella—. Lo que pasa es que has escogido ignorarlos.

—Cogió otro puñado de arena—. ¿Cómo le matarás? No tienes ningún arma de fuego. Sólo un machete.

—También tengo esto —dijo él, y sacó de su bolsa un paquetito con hierbas, y se lo tendió.

La mujer lo abrió y olisqueó su contenido.

—¿Hierbas? ¡Ah! Tienes planeado drogar a la bestia.

—No. La droga es para mí. —Volvió a coger el paquetito—. Las hierbas hacen que el corazón vaya más despacio y que el cuerpo parezca muerto. Provocan un trance, pero es un trance del que puedes salir en un momento. Después de masticarlas me acostaré en un sitio por donde tenga que pasar el jaguar durante su cacería nocturna. Él pensará que estoy muerto, pero no me comerá si no está seguro de que el espíritu ha abandonado la carne, y para averiguarlo se tumbará sobre mi cuerpo para poder sentir cómo se alza el espíritu. Tan pronto como empiece a ponérsese encima saldré del trance y le clavaré el machete entre las costillas. Si mi mano es firme, morirá al instante.

—¿Y si tu mano no es firme?

—He matado casi cincuenta jaguares —dijo él—. No temo que me tiemble la mano. El método viene de los viejos patuca y ha sido transmitido dentro de mi familia. Que yo sepa, jamás ha fallado.

—Pero un jaguar negro...

—Tanto da que sea negro como moteado. Los jaguares son criaturas de instintos y cuando llega el momento de alimentarse todos son iguales.

—Bueno —dijo ella—, no puedo desearte suerte pero tampoco te deseo que tengas mala fortuna.

Se puso en pie, sacudiéndose la arena del vestido.

Esteban deseaba pedirle que se quedara, pero el orgullo se lo impidió; ella se rió, como si supiese lo que pasaba por su mente.

—Quizá volvamos a hablar, Esteban —dijo—. Sería una pena que no lo hiciéramos, pues tenemos que discutir muchos más asuntos de los que hemos tocado hoy.

Se alejó rápidamente por la playa, convirtiéndose en una diminuta figura negra que fue borrada por las ondulaciones de la calina.

Aquella noche, ante la necesidad de un sitio desde el que montar guardia,

Esteban arrancó la rejilla de una puerta en una casa que daba a la playa y entró en el porche. Los camaleones echaron a correr para esconderse en los rincones, y una iguana se dejó resbalar de una tumbona envuelta en telarañas y se desvaneció por una grieta del suelo. El interior de la casa estaba a oscuras y resultaba algo amenazador, salvo en el cuarto de baño, al que le faltaba el techo: el hueco había sido cubierto por una red de lianas que dejaban pasar una infusión de crepúsculo verde grisáceo. El retrete, medio roto, estaba lleno de insectos muertos y agua de lluvia. Esteban volvió al porche, limpió la tumbona y se instaló en ella.

En el horizonte, el mar y el cielo se mezclaban en una confusión de plata y gris; el viento había cesado y las palmeras estaban tan inmóviles como estatuas; una hilera de pelícanos, que volaba a baja altura sobre las aguas, parecía estar deletreando una frase de crípticas sílabas negras. Pero Esteban no percibía la extraña belleza de la escena. No lograba alejar de su pensamiento a la mujer. El recuerdo de sus caderas contorneándose bajo la tela de su vestido cuando se alejaba iba repitiéndose una y otra vez en su mente, y cada vez que intentaba concentrar su atención en lo que debía hacer el recuerdo se volvía más insistente e irresistible. La imaginó desnuda, con los músculos ondulando en sus flancos, y aquella idea le inflamó de tal forma que empezó a caminar por el porche, sin preocuparse de que el crujir de los tablones señalara su presencia. No lograba comprender el efecto que la mujer había tenido sobre él. Pensó que quizá fuera por su defensa del jaguar, por haberle hecho recordar cuanto pensaba dejar atrás..., y entonces recordó una cosa, algo que le hizo sentirse como si una mortaja de hielo hubiera caído sobre él.

Los patuca creían que cuando un hombre iba a sufrir una muerte solitaria e inesperada sería visitado por un enviado de la muerte que representaría a su familia y a sus amigos y le prepararía para enfrentarse a tal acontecimiento; y Esteban tuvo la seguridad de que la mujer era uno de tales enviados, que su atractivo había sido especialmente concebido para atraer su alma hacia ese destino inminente. Volvió a sentarse en la tumbona, su cuerpo y su mente entumecidos por esa revelación. El que conociera las palabras de su padre, el extraño sabor de conversación, aquella alusión a que debían discutir otros asuntos; todo encajaba perfectamente con la sabiduría tradicional. La luna se

alzó en el cielo, tiñendo de plata las arenas del barrio. Sólo le faltaba un cuarto para ser luna llena, y Esteban siguió sentado en la tumbona, paralizado por su miedo a la muerte.

Estuvo mirando al jaguar durante varios segundos antes de ser consciente de su presencia. Al principio, le pareció que un retazo de cielo nocturno había caído sobre la arena y era impulsado por los caprichos de la brisa; pero no tardó en darse cuenta de que se trataba del jaguar, que se acercaba centímetro a centímetro, como si acechara una presa. Un instante después el jaguar saltó por los aires, retorciéndose y girando, y empezó a correr por la playa: una cinta de agua negra fluyendo por las arenas plateadas. Esteban jamás había visto los juegos de un jaguar, y eso sólo ya era causa suficiente para el asombro pero, por encima de todo, lo más sorprendente y maravilloso era que estaba viendo cobrar vida a sus sueños de infancia. Podría haber estado en una plateada pradera lunar, espiando a una de sus mágicas criaturas. Aquel espectáculo fue borrando su miedo y, como un niño, pegó la nariz a los restos de la rejilla, e intentó no pestañear, pues temía perderse aunque sólo fuera un segundo de lo que veía.

El jaguar acabó abandonando sus juegos y se dirigió hacia la jungla. La postura de sus orejas y el decidido contoneo de su cuerpo le hicieron comprender que estaba cazando. El jaguar se detuvo bajo una palmera a unos seis metros de la casa, alzó la cabeza y probó el aire. La luz de la luna caía por entre las hojas de palmera, haciendo relucir sus flancos con una líquida claridad; sus ojos, de un brillante color verde amarillento, eran como mirillas que diesen a una dimensión de fuegos cárdenos. Era tal la belleza del jaguar que dejaba sin aliento: parecía la encarnación de un principio impecable y perfecto, y Esteban, al comparar esa belleza con la pálida fealdad de quien le empleaba, con el feo principio que le había llevado a ser contratado, dudó de que llegara a ser capaz de matarle.

Pasó todo el día siguiente discutiendo consigo mismo. Albergaba la esperanza de que la mujer volvería, pues había rechazado la idea de que fuese la enviada de la muerte —pensó que aquella idea debía de ser algo provocado por la misteriosa atmósfera del barrio—, y tenía la sensación de que si volvía a defender la causa del jaguar se dejaría convencer por ella. Pero la mujer no

apareció. Mientras estaba sentado en la playa, viendo cómo el sol del atardecer descendía por entre capas de nubes lavanda y naranja oscuro, arrojando feroces destellos sobre el mar, Esteban comprendió de nuevo que no le quedaba dónde escoger. No importaba que el jaguar fuese o no hermoso, o que la mujer fuese o no una mensajera sobrenatural: tenía que tratarles como si carecieran de toda sustancia. El objeto de la cacería había sido negar ese tipo de misterios y la influencia de los viejos sueños había hecho que Esteban lo perdiera de vista. No tomó las hierbas hasta que vio salir la luna, y después se acostó bajo la palmera donde el jaguar se había detenido la noche anterior. Los lagartos pasaban con un susurro por entre la hierba, las pulgas de la arena saltaban sobre su cara: Esteban apenas si las notaba, hundiéndose cada vez más profundamente en el lánguido sopor de las hierbas. Las hojas que había sobre su cabeza brillaban con un verde ceniciento bajo la luna, moviéndose, crujiendo; y las estrellas que había entre sus confusos contornos parpadeaban locamente como si la brisa estuviera aventando sus llamas. Esteban se sumergió en el paisaje, saboreando los olores del salitre y el follaje putrefacto que llegaban de la playa, dejándose llevar con ellos; pero cuando oyó el suave paso de las patas acolchadas del jaguar, se puso alerta. Le vio por entre las rendijas de los párpados, inmóvil a unos cuatro metros de distancia, una gran sombra que arqueaba su cuello hacia él, investigando su olor. Un instante después el jaguar empezó a dar vueltas a su alrededor, cada círculo un poco más pequeño que el anterior, y cuando dejaba de verle Esteban sentía gotear en su alma un hilillo de miedo. Cuando el jaguar pasó entre él y la orilla, percibió su olor. Un olor dulce y almizclado que le hizo acordarse de los mangos que se dejan madurar al sol.

Sintió como el miedo crecía en su interior e intentó expulsarlo, decirse que aquel olor no podía ser lo que pensaba. El jaguar gruñó, un sonido como un golpe de navaja que hendió la apacible mezclanza del viento y el oleaje, y al comprender que había olido su miedo Esteban se levantó de un salto, agitando su machete. Vio como el jaguar retrocedía de un salto y le gritó, mientras agitaba de nuevo el machete, corriendo hacia la casa donde había montado guardia. Se deslizó por el hueco de la puerta y entró tambaleándose en la primera habitación. Oyó un estruendo a su espalda y al volverse distinguió

confusamente una enorme silueta negra que luchaba por liberarse de las lianas y los restos de rejilla bañados por la luna. Corrió al cuarto de baño y se dejó caer con la espalda apoyada en el retrete, manteniendo cerrada la puerta con los pies.

El ruido que hacía el jaguar se fue apagando, y por un instante Esteban pensó que había decidido marcharse. El sudor dejaba regueros de frialdad por sus flancos, su corazón retumbaba. Contuvo el aliento, escuchando, y fue como si el mundo entero también contuviese el aliento. Los ruidos del viento, las olas y los insectos se habían convertido en un leve susurro; la luna derramaba una enfermiza claridad blanca por entre el encaje de lianas que había sobre su cabeza, y un camaleón se había quedado congelado entre los pedazos de papel pintado que colgaban junto a la puerta. Esteban dejó escapar un hondo suspiro y se limpió el sudor de los ojos. Tragó saliva.

Y entonces la parte superior de la puerta estalló en mil pedazos, atravesada por una zarpa negra. Astillas de madera podrida volaron hacia el rostro y Esteban gritó. La afilada cuña que era la cabeza del jaguar apareció por el agujero, rugiendo. Un pórtico de colmillos relucientes que protegían una garganta rojo oscuro. Esteban, medio paralizado, lanzó un débil golpe con su machete. El jaguar se retiró, metió la pata por el hueco y le arañó la pierna. Más por casualidad que por otra cosa, Esteban logró herir al jaguar y también la pata se retiró del hueco. Lo oyó gruñir en la primera habitación, y pasados unos segundos algo se estrelló pesadamente contra la pared que había a su espalda. La cabeza del jaguar apareció por encima de la pared; estaba sosteniéndose con sus patas delanteras, intentando encontrar un asidero desde el que saltar al cuarto de baño. Esteban se puso en pie y lanzó varios machetazos enloquecidos, cortando las lianas. El jaguar cayó hacía atrás con un sonoro rugido. Después estuvo un rato paseándose junto a la pared, gruñendo y bufando. Y, finalmente, se hizo el silencio.

Cuando la luz del sol empezó a filtrarse por entre las lianas Esteban salió de la casa y caminó por la playa hacia Puerto Morada. Caminó con la cabeza gacha, desolado, pensando en el triste futuro que le aguardaba después de que le hubiera devuelto el dinero a Onofrio: una vida intentando complacer a una Encarnación cada día más intratable, una vida de matar jaguares más

pequeños que aquél por mucho menos dinero. Estaba tan hundido en la depresión que no se fijó en la mujer hasta que ésta le llamó. La mujer tenía el cuerpo apoyado en una palmera, a unos nueve metros de distancia, y vestía un traje blanco de tela muy fina a través del que Esteban pudo distinguir la oscura proyección de sus pezones. Desenvainó su machete y retrocedió un paso.

—¿Por qué me temes, Esteban? —dijo ella, mientras iba a su encuentro.

—Me engañaste para que te revelase mi método e intentaste matarme —dijo él—. ¿No es razón para temerte?

—Bajo esa forma no te conocía ni a ti ni a tu método. Sólo sabía que estabas intentando cazarme. Pero ahora la caza ha terminado y podemos actuar como un hombre y una mujer.

Esteban siguió con el machete desenvainado.

—¿Qué eres? —le preguntó.

La mujer sonrió.

—Mi nombre es Miranda. Soy una patuca.

—Los patuca no tienen colmillos y pelo negro.

—Soy de los Antiguos Patuca —dijo ella—. Tenemos este poder.

—¡No te acerques!

Alzó el machete como si fuera a golpearla y la mujer se detuvo justo fuera de su alcance.

—Esteban, puedes matarme si tal es tu deseo. —Extendió los brazos y sus pechos se tensaron contra la tela de su vestido—. Ahora eres más fuerte que yo. Pero antes, escúchame.

Esteban no bajó el machete, pero su miedo y su ira estaban siendo vencidos por una emoción más dulce.

—Hace mucho tiempo —dijo ella—, existió un gran curandero y previó que un día los patuca perderían su lugar en el mundo y por ello, con la ayuda de los dioses, abrió una puerta que daba a otro mundo donde la tribu podría florecer. Pero muchos de la tribu tuvieron miedo y no quisieron seguirle. Desde entonces, la puerta ha permanecido abierta para quienes deseen seguirle. —

Señaló con la mano hacia las casas en ruinas—. La puerta se encuentra en Barrio Carolina y el jaguar es su guardián. Pero las fiebres de este mundo caerán muy pronto sobre el barrio y la puerta se cerrará para siempre, pues aunque nuestra caza ha terminado no hay final para los cazadores o la codicia. —Dio un paso hacia él—. Si escuchas el sonido de tu corazón, sabrás que ésta es la verdad.

Esteban medio creía en sus palabras, pero también pensaba que éstas ocultaban una verdad más seria, una que encajaba dentro de la otra igual que su machete llenaba su vaina.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. ¿Qué te preocupa?

—Creo que has venido a prepararme para la muerte —dijo—, y que tu puerta sólo lleva a eso, a la muerte.

—Entonces, ¿por qué no huyes de mí? —Señaló hacia Puerto Morada—. Eso es la muerte, Esteban. Los gritos de las gaviotas son muerte y cuando los corazones de los amantes se detienen en el instante del placer más grande, eso también es la muerte. Este mundo sólo es una delgada cubierta de vida extendida sobre un cimiento de muerte, como las algas que cubren una roca. Quizá tienes razón, quizá mi mundo se encuentra más allá de la muerte. No son dos ideas opuestas. Pero, Esteban, si para ti soy la muerte, entonces es que amas a la muerte.

Esteban volvió sus ojos hacia el mar, para evitar que ella viera su rostro.

—No te amo —dijo.

—El amor nos espera —dijo ella—. Y algún día te reunirás conmigo, en mi mundo.

Esteban volvió a mirarla, con una negativa ya preparada en los labios, pero lo que vio le hizo guardar silencio. El vestido había caído a la arena y Miranda sonreía. La esbeltez y la pureza del jaguar se reflejaban en cada línea de su cuerpo, su cabellera secreta era de un negro tan absoluto que parecía una ausencia clavada en su carne. Miranda se acercó a él, apartando el machete. Las puntas de sus pechos le rozaron y sintió su calor a través de la áspera tela de su camisa; las manos de Miranda encerraron su rostro y Esteban se

encontró ahogándose en su calor y su aroma, debilitado por el miedo y el deseo.

—Tú y yo tenemos la misma alma —dijo ella—. Una sola sangre y una sola verdad. No puedes rechazarme.

Y pasaron los días, aunque Esteban no estaba seguro de cuántos. La noche y el día eran incidentes sin importancia dentro de su relación con Miranda, y servían tan sólo para colorear su amor con una tonalidad espectral o soleada; y cada vez que hacían el amor era como si mil nuevos colores fueran añadidos a sus sentidos. Jamás había sido tan feliz. Algunas veces, cuando contemplaba las fantasmales fachadas del barrio, creía perfectamente posible que ocultaran caminos de sombras que llevaban a otro mundo; sin embargo, cada vez que Miranda intentaba convencerle de que se marchara con ella, Esteban era incapaz de vencer su miedo; nunca admitiría que la amaba, ni tan siquiera ante sí mismo.

Intentó concentrar sus pensamientos en el rostro y el cuerpo de Encarnación, con la esperanza de que esto minaría su fijación hacia Miranda y le haría libre de volver a Puerto Morada; pero descubrió que no lograba imaginarse a su mujer salvo como a un pájaro negro encorvado ante una parpadeante joya gris. Sin embargo, había momentos en los que Miranda le parecía igualmente irreal. Cierta día, cuando estaban sentados en la orilla del río Dulce, contemplando el reflejo de la luna casi llena que flotaba sobre las aguas, Miranda señaló el reflejo y le dijo:

—Así de cerca está mi mundo, Esteban. Así de fácil es tocarlo. Puedes pensar que la luna de ahí arriba es real y que esto es sólo un reflejo, pero lo más real, lo que más ilustra lo real, es la superficie que permite la ilusión del reflejo. Lo que temes es pasar a través de esa superficie y, con todo, es tan insustancial que apenas si te darías cuenta de que la atraviesas.

—Pareces el viejo sacerdote que me enseñó filosofía —dijo Esteban—. Su mundo, su cielo..., también era filosofía. ¿Eso es tu mundo? ¿La idea de un lugar? ¿O hay pájaros, y junglas, y ríos?

El rostro de Miranda se encontraba en un eclipse parcial, medio iluminado por la luna, medio cubierto de sombras, y su voz no le reveló nada de sus

sentimientos.

—No más que aquí —dijo.

—¿Qué significa eso? —le preguntó él, irritado—. ¿Por qué no quieres darme una respuesta clara?

—Si te describiese mi mundo te limitarías a pensar que soy una buena embustera. —Apoyó la cabeza en su hombro—. Más pronto o más tarde lo comprenderás. No nos encontramos el uno al otro sólo para sufrir el dolor de vernos separados.

En ese momento su hermosura, igual que sus palabras, parecía una especie de evasión, algo que tapaba una oscura y aterradora belleza que se encontraba a mayor profundidad; y sin embargo Esteban sabía que ella tenía razón, que ninguna prueba que pudiese darle lograría convencerle y superar su miedo.

Una tarde, en la que había tal claridad que era imposible mirar hacia el mar sin entrecerrar los ojos, fueron nadando hasta una lengua arenosa que aparecía como una delgada isla de curvada blancura recortándose contra el agua verdosa. Esteban nadaba con grandes chapoteos, pero Miranda lo hacía igual que si hubiera nacido para ese elemento; se movía bajo él, como una flecha, haciéndole cosquillas, tirando de sus pies, escurriéndose como una anguila antes de que pudiera atraparla. Caminaron por la arena, dándole la vuelta a las estrellas de mar con la punta del pie, recogiendo moluscos que hervir para la cena, y entonces Esteban vio una mancha oscura que tendría varios centenares de metros de diámetro y que se movía por debajo del agua, más allá de la lengua arenosa; un gran banco de caballas.

—Es una pena que no tengamos ningún bote —dijo—. La caballa sabría mejor que esto.

—No necesitamos ningún bote —dijo ella—. Te enseñaré un viejo sistema de atrapar peces.

Trazó un complicado dibujo sobre la arena, y cuando hubo terminado le llevó hasta el agua y le hizo quedarse inmóvil, de cara a ella, a unos dos metros de distancia.

—Mira hacia el agua —dijo—. No levantes la vista y quédate totalmente quieto hasta que yo te lo diga.

Empezó a cantar y el vacilante ritmo de su estribillo le hizo pensar en las débiles brisas de la estación. La mayor parte de las palabras no le eran familiares, pero hubo algunas que reconoció como pertenecientes al idioma patuca. Pasado un minuto sintió un brusco mareo, como si sus piernas se hubieran vuelto muy largas y delgadas, igual que si mirara desde una gran altura, respirando una atmósfera enrarecida. Y entonces una minúscula mancha negra se materializó bajo el agua que había entre él y Miranda. Esteban recordó las historias que su abuelo contaba sobre los Antiguos Patuca, de cómo habían sido capaces de encoger el mundo con la ayuda de los dioses, de acercar a los enemigos y cruzar vastas distancias en cuestión de segundos. Pero los dioses estaban muertos, sus poderes se habían esfumado del mundo. Quería mirar hacia la orilla y comprobar si él y Miranda se habían convertido en gigantes de piel cobriza, más altos que las palmeras.

—Ahora —dijo ella, interrumpiendo su canción—, has de meter la mano en el agua por la parte donde el banco de peces da al mar y tienes que agitar los dedos muy suavemente. ¡Muy suavemente! Asegúrate de que no remueves la superficie.

Pero cuando Esteban se dispuso a hacer lo que le había dicho, resbaló y cayó al agua. Miranda lanzó un grito. Esteban alzó la mirada y vio una muralla de agua verde jade que se desplomaba sobre ellos, con los oscuros cuerpos de las caballas incrustados en la superficie de esa muralla. Antes de que pudiera moverse, la ola barrió la arena y se lo llevó con ella, arrastrándole por el fondo para acabar arrojándole a la orilla. La playa estaba cubierta de caballas que saltaban y se agitaban; Miranda estaba caída en el agua, riéndose de él. Y Esteban también rió, pero sólo para ocultar el miedo nuevamente avivado que sentía hacia aquella mujer capaz de utilizar los poderes de los dioses muertos. No deseaba oír sus explicaciones; estaba seguro de que le diría que en su mundo los dioses seguían con vida, y aquello no haría sino confundirle todavía más.

Ese mismo día, más tarde, Esteban se encontraba limpiando el pescado

mientras Miranda buscaba plátanos para cocerlos como acompañamiento — plátanos pequeños y dulces, los que crecían junto a la orilla del río—, y un Land Rover apareció dando saltos por la playa: venía de Puerto Morada y el fuego anaranjado del sol poniente bailaba en su parabrisas. Se detuvo junto a él y Onofrio bajó por el lado opuesto al del conductor. Tenía las mejillas moteadas por manchas rojizas y se estaba limpiando el sudor de la frente con un pañuelo. Raimundo bajó por el otro lado y se apoyó en la portezuela, mirando a Esteban con expresión de odio.

—Nueve días y ni una palabra —dijo Onofrio con voz irritada—. Pensábamos que estabas muerto. ¿Qué tal la caza?

Esteban dejó el pez al que le había estado quitando las escamas y se levantó.

—He fracasado —dijo—. Te devolveré el dinero.

Raimundo se rió —un sonido ahogado y áspero—, y Onofrio dejó escapar un gruñido de diversión.

—Imposible —dijo—. Encarnación ha comprado una casa en Barrio Clarín y se ha gastado el dinero. Tienes que matar al jaguar.

—No puedo —dijo Esteban—. Ya te lo devolveré de alguna forma.

—El indio ha perdido las agallas, padre. —Raimundo escupió en la arena—. Deja que mis amigos y yo cacemos al jaguar.

La idea de Raimundo y la pandilla de inútiles que tenía por amigos dando tumbos a través de la jungla era tan ridícula que Esteban no pudo contener una carcajada.

—¡Ten cuidado, indio!

Raimundo golpeó la capota del vehículo con la palma de la mano.

—Eres tú quien debería tener cuidado —dijo Esteban—. Es muy probable que sea el jaguar quien acabe cazándote. —Esteban cogió su machete—. Y además, quien quiera cazar a este jaguar, tendrá que vérselas conmigo.

Raimundo alargó el brazo hacia algo que había en el asiento del conductor y le dio la vuelta al vehículo. En su mano había una automática plateada.

—¡Guarda eso!

Onofrio habló con el mismo tono de hombre que se dirige a un niño cuya amenaza carece de toda importancia, pero el propósito que podía leerse en el rostro de Raimundo no tenía nada de infantil. La gorda curva de su mejilla estaba agitada por un tic, los músculos de su cuello se habían puesto tensos como cables y sus labios estaban curvados en una sonrisa carente de la más mínima alegría. Esteban, extrañamente fascinado por la transformación, pensó que era como ver a un demonio disolviendo su falsa apariencia: los rasgos auténticos, duros y precisos, emergían al derretirse la ilusión de blandura.

—¡Este hijo de puta me ha insultado delante de Julia!

La mano con que Raimundo sostenía el arma estaba temblando.

—Vuestras diferencias personales pueden esperar —dijo Onofrio—. Esto es un asunto de negocios. —Extendió la mano hacia él—. Dame el arma.

—Si no va a matar al jaguar, ¿de que nos sirve? —preguntó Raimundo.

—Quizá podamos convencerle para que cambie de opinión. —Onofrio miró a Esteban, y le dirigió una sonrisa radiante—. ¿Qué dices? ¿Debo dejar que mi hijo se cobre su deuda de honor, o vas a cumplir con nuestro contrato?

—¡Padre! —se quejó Raimundo; sus ojos se movían velozmente de un lado para otro—. El...

Esteban huyó hacia la jungla. La pistola rugió, una garra al rojo blanco azotó su costado y Esteban se encontró volando a través del aire. Por un instante no supo dónde estaba; pero después, una a una, las impresiones de sus sentidos empezaron a ordenarse. Estaba tendido sobre el flanco herido y lo sentía latir ferozmente. Tenía la boca y los párpados cubiertos de arena. Se hallaba enroscado alrededor de su machete, que seguía aferrando con los dedos. Voces sobre él, pulgas de la arena que saltaban a su cara. Resistió el impulso de apartarlas y siguió tendido, sin moverse. El latir de su herida y su odio tenían detrás la misma fuerza roja.

—... llevarle al río —estaba diciendo Raimundo, su voz temblorosa a causa de los nervios—. ¡Todo el mundo pensará que le mató el jaguar!

—¡Idiota! —dijo Onofrio—. Podría haber matado al jaguar y tú podrías haber obtenido una venganza más agradable. Su mujer...

—Eso ya fue lo bastante agradable —dijo Raimundo.

Una sombra cayó sobre Esteban y contuvo el aliento. No necesitaba hierbas para engañar a este jaguar de carne pálida y fofa que estaba inclinándose sobre él, dándole la vuelta. —¡Cuidado! —gritó Onofrio.

Esteban dejó que le dieran la vuelta y lanzó un golpe de machete. En ese golpe iban su desprecio hacia Onofrio y Encarnación, así como el odio que le inspiraba Raimundo, y la hoja entró profundamente en el costado de Raimundo, rechinando en el hueso. Raimundo chilló y habría caído, pero la hoja ayudó a mantenerle erguido; sus manos aletearon alrededor del machete como si quisieran colocarlo en una posición más cómoda, y sus ojos se desorbitaron, llenándose de incredulidad. Un estremecimiento hizo vibrar la empuñadura del machete —pareció algo sensual, el espasmo de una pasión saciada—, y Raimundo cayó de rodillas. La sangre brotó de su boca, añadiendo líneas trágicas a las comisuras de sus labios. Su cuerpo cayó hacia adelante, pero no quedó de bruces sino arrodillado, con el rostro en la arena: la actitud de un árabe durante la plegaria.

Esteban sacó el machete de un tirón, temiendo un ataque por parte de Onofrio, pero el vendedor de electrodomésticos estaba metiéndose en el Land Rover. El motor arrancó con un gruñido, las ruedas giraron y el vehículo avanzó por entre la espuma, dirigiéndose hacia Puerto Morada. Un destello anaranjado ardió en la ventanilla de atrás, como si el espíritu que lo había atraído hasta el barrio se lo llevara ahora lejos de allí.

Esteban logró ponerse en pie. Despegó la tela de su camisa de la herida de bala. Había mucha sangre, pero no era más que un arañazo. Evitó mirar a Raimundo y fue hasta el agua, quedándose inmóvil, los ojos clavados en las olas; sus pensamientos se movían con ellas, y más que pensamientos eran potentes mareas de emoción.

Miranda volvió hacia el ocaso, los brazos llenos de plátanos e higos silvestres. No había oído el disparo. Esteban le contó lo sucedido mientras ella le cubría las heridas con un emplasto de hierbas y hojas de plátano.

—Pronto se arreglará —dijo, refiriéndose a la herida—. Pero esto... —señaló a Raimundo—..., esto no va a arreglarse. Tienes que venir conmigo, Esteban.

Los soldados te matarán.

—No —dijo él—. Vendrán, pero son patuca..., dejando aparte al capitán, que es un borracho, un hombre vacío por dentro. Apostaría a que ni le cuentan lo que ha ocurrido. Escucharán mi historia y acabaremos llegando a un acuerdo. No importa qué mentiras cuente Onofrio, su palabra no podrá nada contra la de ellos.

—¿Y después?

—Puede que deba ir a la cárcel durante un tiempo, o quizá tenga que abandonar la provincia. Pero no me matarán.

Miranda se quedó inmóvil y callada durante un minuto, el blanco de sus ojos reluciendo en la penumbra. Finalmente, se puso en pie y empezó a caminar por la orilla.

—¿Adónde vas? —gritó él.

Miranda se dio la vuelta.

—Te preocupa tan poco perderme... —dijo.

—¡Claro que me preocupa!

—¡Claro! —Miranda rió con amargura—. Supongo que sí. Tienes tanto miedo de la vida que la llamas muerte, y preferirías la cárcel o el exilio a vivirla. Sí, es como para estar preocupado. —Le miró, y a esa distancia su expresión resultaba indescifrable—. No pienso perderte, Esteban —dijo.

Se puso nuevamente en marcha y esa vez, cuando él la llamó, no se dio la vuelta.

El atardecer se convirtió en crepúsculo, un lento llenarse de sombras que fue agrisando el mundo hasta volverlo negativo, y Esteban sintió que él también se volvía gris, sus pensamientos reducidos a un eco del apagado golpear de la marea que se retiraba. El crepúsculo seguía y seguía, y Esteban pensó que no anochecería nunca, que el acto de violencia había introducido un clavo en la sustancia de su indecisa existencia, sujetándole para siempre a este momento de cenizas y a esta playa desolada. De niño había sentido terror ante la

posibilidad de tales aislamientos mágicos, pero ahora la perspectiva parecía un consuelo ante la ausencia de Miranda, un recuerdo de su magia. Pese a sus últimas palabras no creía que volviese —en su voz había demasiada tristeza, un tono demasiado irrevocable—, y aquello despertó en él una mezcla de alivio y desolación, sentimientos que le hicieron ponerse a pasear por la orilla.

La luna llena fue subiendo en el cielo, las arenas del barrio se volvieron de plata bruñida y poco después un jeep con cuatro soldados llegó de Puerto Morada. Eran hombres de piel cobriza parecidos a gnomos, y sus uniformes tenían el color azul oscuro del cielo nocturno, sin ningún tipo de insignia o galón. Aunque no eran amigos íntimos Esteban conocía a cada uno de ellos por su nombre: Sebastián, Amador, Carlito y Ramon. Bajo la luz de sus faros el cadáver de Raimundo —la piel sorprendentemente pálida, la sangre seca de su rostro formando intrincados dibujos—, parecía una criatura exótica traída por el mar, y cuando lo examinaron en sus gestos había más curiosidad que búsqueda de pruebas o pistas. Amador encontró el arma de Raimundo, apuntó con ella hacia la jungla y le preguntó a Ramon cuánto pensaba que podía valer. —Quizá Onofrio te dé un buen precio por ella —dijo Ramon, y los demás se rieron.

Hicieron una hoguera con pedazos de madera y cortezas de coco y tomaron asiento alrededor de ella mientras que Esteban les narraba su historia; no mencionó ni a Miranda ni su relación con el jaguar, pues aquellos hombres —separados de su tribu por servir al gobierno— se habían vuelto muy conservadores en sus juicios, y no quería que le tomaran por loco. Los soldados le escucharon sin hacer comentarios: la luz del fuego hacía que sus pieles se volvieran de oro rojizo y arrancaba destellos a los cañones de sus rifles.

—Si no hacemos nada, Onofrio irá a la capital para acusarte —dijo Amador después de que Esteban hubiera terminado.

—Puede que incluso así lo haga —dijo Carlito—. Y entonces las cosas se pondrán muy duras para Esteban.

—Y si mandan un agente a Puerto Morada y se entera de cómo está el capitán Portales, lo más seguro es que le sustituyan por otro y entonces las cosas se

podrán duras para nosotros —dijo Sebastián.

Clavaron los ojos en las llamas, pensando en el problema y Esteban escogió ese momento para preguntarle a Amador, que vivía cerca de él en la montaña, si había visto a Encarnación.

—Cuando se entere de que está vivo se va a llevar una gran sorpresa —dijo Amador—. La vi ayer en la tienda del sastre. Estaba admirándose en un espejo y llevaba una falda negra nueva.

Fue como si el negro vuelo de la falda de Encarnación hubiera caído sobre los pensamientos de Esteban. Bajó la cabeza y empezó a trazar líneas en la arena con la punta de su machete.

—Ya lo tengo —dijo Ramon—. ¡Un boicot!

Los otros expresaron su confusión.

—Si no le compramos nada a Onofrio, ¿quién va a hacerlo? —dijo Ramon—. Perderá su negocio. Si se le amenaza con eso no se atreverá a meter al gobierno en este asunto. Dejará que Esteban alegue defensa propia.

—Pero Raimundo era su único hijo —dijo Amador—. Quizá en este caso la pena pese más que la codicia.

Volvieron a quedarse callados. A Esteban no le importaba mucho lo que se decidiera. Estaba empezando a comprender que sin Miranda su futuro no contenía nada salvo elecciones carentes de interés: volvió sus ojos hacia el cielo y se dio cuenta de que las estrellas y la hoguera parpadeaban con el mismo ritmo, imaginándose a cada uno de los presentes rodeado por un grupo de hombrecillos de piel cobriza parecidos a gnomos, hombrecillos que discutían el problema de su destino.

—¡Ajá! —dijo Carlito—. Ya sé qué haremos. Ocuparemos Barrio Carolina, toda la compañía de soldados, y seremos nosotros quienes matemos al jaguar. La codicia de Onofrio no podrá resistir semejante tentación.

—No debéis hacerlo —dijo Esteban.

—Pero ¿por qué no? —le preguntó Amador—. Quizá no matemos al jaguar, pero con tantos hombres por aquí estoy seguro de que conseguiremos hacerle

huir.

El jaguar rugió antes de que Esteban pudiese responder. Estaba en la playa, acercándose cautelosamente a la hoguera, como una llama negra que fluyera sobre la reluciente arena. Tenía las orejas echadas hacia atrás y gotas de luna plateada brillaban en sus ojos. Amador cogió su rifle, puso una rodilla en tierra y disparó: la bala hizo saltar un chorro de arena cuatro metros a la izquierda del jaguar.

—¡Espera! —gritó Esteban, haciéndole caer al suelo.

Pero los otros habían empezado a disparar y sus balas dieron en el blanco. El salto del jaguar fue parecido al de aquella primera noche, cuando jugaba, pero esta vez aterrizó convertido en un fardo, gruñendo, intentando llegar a su hombro con las fauces; un instante después se puso en pie y se dirigió hacia la jungla cojeando sin poner la pata delantera derecha en el suelo. Excitados por su éxito, los soldados corrieron unos segundos detrás de él y se detuvieron para volver a disparar. Carlito puso una rodilla en tierra, y apuntó cuidadosamente.

—¡No! —gritó Esteban, y mientras lanzaba su machete hacia Carlito, desesperado, con el deseo de evitar que Miranda sufriera otras heridas, se dio cuenta de la trampa en la que acababa de caer y las consecuencias a que habría de enfrentarse.

La hoja del machete hendió el muslo de Carlito, haciéndole caer sobre el costado. Carlito gritó y Amador, viendo lo que había ocurrido, disparó contra Esteban, casi sin apuntar, mientras llamaba a los otros. Esteban corrió hacia la jungla, buscando el sendero del jaguar. Oyó a su espalda el sonido de una salva de disparos y las balas pasaron silbando junto a sus orejas. Cada vez que sus pies resbalaban en la arena blanda las fachadas del barrio, manchadas de luna, parecían inclinarse hacia los lados como si intentaran bloquearle el camino. Y entonces, cuando ya estaba llegando a la jungla, una bala le acertó de pleno.

El proyectil pareció arrojarle hacia adelante, aumentando su velocidad, pero Esteban logró mantenerse en pie. Corrió tambaleándose por el sendero, agitando los brazos, el aliento chillando en su garganta. Las hojas de palmera

le azotaban la cara, las lianas se enredaban en sus piernas. No sentía dolor alguno, sólo un peculiar entumecimiento que latía lentamente en su espalda; se imaginó la herida abriéndose y cerrándose igual que la boca de una anémona. Los soldados gritaban su nombre. Le seguirían, pero con cautela, temerosos del jaguar, y Esteban creyó que sería capaz de cruzar el río antes de que le cogieran. Pero cuando llegó al río se encontró con el jaguar, esperándole.

Estaba agazapado sobre aquella pequeña loma, su cuello arqueado encima del agua y bajo él, a cuatro metros de la orilla, flotaba el reflejo de la luna llena, enorme y plateado, un círculo de luz sin mácula alguna. La sangre relucía con un brillo escarlata sobre la espalda del jaguar, como una rosa recién cortada puesta en un ojal, y eso le hacía parecerse todavía más a la encarnación de un principio: la forma que un dios escogería, la que podría asumir alguna constante universal. El jaguar contempló tranquilamente a Esteban, dejó escapar un gruñido gutural y se lanzó al río, hendiendo el reflejo de la luna, haciéndolo mil pedazos, desvaneciéndose bajo la superficie. Las ondulaciones del agua se fueron calmando poco a poco y la imagen de la luna volvió a cobrar forma. Y allí, silueteada contra ella, Esteban vio la figura de una mujer que nadaba, y cada brazada hacía que se volviera más y más pequeña hasta que pareció ser tan sólo un dibujito tallado en una bandeja de plata. Y lo que vio no era solamente Miranda sino todo el misterio y la belleza que huían de él, y comprendió cuán ciego había estado para no percibir la verdad enfundada en la verdad de la muerte. Ahora todo le resultaba muy claro. La verdad le cantaba desde su herida, cada sílaba un latido del corazón. Estaba escrita en las olitas que agonizaban. Oscilaba en las hojas de los plataneros, suspiraba en el viento. Estaba por todas partes y Esteban lo había sabido siempre: si niegas el misterio, incluso cuando va disfrazado de muerte, entonces niegas la vida y caminarás como un fantasma a través de tus días, sin conocer jamás los secretos que se ocultan en los extremos. Las penas profundas, las alegrías más absolutas...

Tragó una honda bocanada del rancio aire de la jungla y con ella el aliento de un mundo que ya no era suyo, de Encarnación cuando era una muchacha, de amigos y niños y noches en el campo..., y todo esto perdió su dulzura. Su pecho se tensó como ante la llegada de las lágrimas, pero la sensación se fue

calmando muy de prisa, y Esteban comprendió que la dulzura del pasado estaba resumida en el olor de los mangos, que nueve días mágicos —un número mágico, el número que precisa el alma para descansar—, se interponían entre él y las lágrimas. Libre de aquellas asociaciones, tuvo la sensación de estar sufriendo una sutil alteración de su forma, un refinamiento, como si se desprendiera de las capas superfluas, y recordó haber sentido lo mismo el día en que salió corriendo por la puerta de Santa María de la Onda, mientras dejaba tras él sus oscuras geometrías, los catecismos cubiertos de telarañas y las generaciones de gorriones que jamás habían volado más allá de sus muros, y arrojaba a un lado su vestimenta de acólito, corriendo a través de la plaza hacia la montaña y Encarnación: entonces había sido ella quien le atrajo, igual que su madre le había atraído hacia la iglesia y como le atraía Miranda ahora, y rió al ver cuán fácil había sido para aquellas tres mujeres desviar el flujo de su vida, y como se parecía en esto a los demás hombres.

La extraña flor indolora de su espalda enviaba zarcillos hacia sus brazos y sus piernas, y los gritos de los soldados se habían vuelto más potentes y cercanos. Miranda era una motita que se encogía contra una inmensidad plateada. Esteban vaciló durante un segundo, y sintió brotar de nuevo el miedo; entonces el rostro de Miranda se materializó en el ojo de su mente, y toda la emoción que había rechazado durante nueve días se derramó en su interior, barriendo el miedo. Era una emoción de color plateado, pura e impecable, y Esteban se embriagó con ella, sintiendo que se mareaba, como si flotase; era igual que el trueno y el fuego fusionados en un solo elemento, hirviendo dentro de él, y se sintió abrumado por la necesidad de expresarlo, de moldearlo en una forma que reflejara su poder y su pureza. Pero no era cantante, ni poeta. Sólo le quedaba abierta una forma de expresarlo. Y, con la esperanza de que no fuese demasiado tarde, de que la puerta de Miranda no se hubiera cerrado para siempre, Esteban saltó al río, hendiendo la imagen de la luna llena; y —sus ojos aún aturdidos por el impacto de la zambullida— nadó en pos de ella con los últimos restos de fuerza mortal que le quedaban.

La noche del Bhairab Blanco

Cada vez que el señor Chatterji iba a Delhi por negocios, dos veces al año, dejaba a Eliot Blackford al cuidado de su casa de Katmandú, y antes de cada viaje se producía la transferencia de llaves y de instrucciones en el Hotel Anapurna. Eliot —un hombre anguloso y de rasgos afilados, que se encontraba a mitad de los treinta, con una cabellera rubia que empezaba a clarear y una perpetua expresión ardiente en el rostro—, sabía que el señor Chatterji era un alma sutil, y sospechaba que tal sutileza había dictado su elección del lugar de cita. El Anapurna era el equivalente nepalés del Hilton, con su bar equipado de vinilo y plástico, con un amplio surtido de botellas dispuesto en forma de coro delante del espejo. Las luces estaban tamizadas, y las servilletas llevaban monograma. El señor Chatterji, regordete y con aire próspero en su traje de negocios, lo consideraría una elegante refutación del famoso pareado de Kipling («Oriente es Oriente», etc.), porque él se encontraba aquí como en su hogar, mientras que Eliot, que vestía una túnica algo maltrecha y sandalias, no lo estaba; y argüiría que no sólo los extremos se habían encontrado, sino que habían llegado a intercambiar sus lugares respectivos. En cuanto a la sutileza de Eliot, servía como medida el que se contuviera y no le hiciera ver al señor Chatterji lo que éste era incapaz de percibir, que el Anapurna era una versión distorsionada del Sueño Americano. Las alfombras estaban desgastadas de tanto ir y venir; el menú abundaba en erratas ridículas (*Skocés, Cuva Livre*), y los músicos del comedor —dos hindúes con turbante y frac, que tocaban la guitarra eléctrica y la batería—, conseguían convertir *Siempre verde* en una melancólica raga.

—Habrà una entrega importante. —El señor Chatterji llamó al camarero, e hizo avanzar unos centímetros el vaso de Eliot—. Tendría que haber llegado hace días, pero ya conoce a esta gente de aduanas.

Se estremeció de forma más bien afeminada para expresar su disgusto ante la burocracia, y miró con ojos expectantes a Eliot, quien no le decepcionó.

—¿Qué es? —preguntó, seguro de que sería otra adición a la colección del señor Chatterji; le gustaba hablar de la colección con norteamericanos; demostraba que poseía una idea general de su cultura.

—¡Algo delicioso! —contestó el señor Chatterji. Arrebato la botella de tequila al camarero y, con una mirada de ternura, se la pasó a Eliot—. ¿Está usted familiarizado con el Terror de Carversville?

—Sí, claro. —Eliot tragó otra ración—. Había un libro sobre él.

—Ciertamente —dijo el señor Chatterji—. Un éxito de ventas. La mansión Cousineau fue en tiempos la más famosa casa encantada de su Nueva Inglaterra. Fue derribada hace varios meses, y yo he conseguido adquirir la chimenea —tomó un sorbo de su bebida—, que era el centro del poder. He sido muy afortunado al obtenerla. —Colocó su vaso sobre el círculo de humedad que ya había en el mostrador, y empezó su erudita disertación—. Aimée Cousineau era un espíritu fuera de lo corriente, capaz de toda una amplia variedad de...

Eliot se concentró en su tequila. Esos recitales siempre conseguían irritarle, igual que —por razones diferentes— su elegante disfraz de occidental. Cuando Eliot llegó a Katmandu como miembro del Cuerpo de la Paz, el señor Chatterji había presentado una imagen mucho menos pomposa: un muchacho flaco, vestido con unos tejanos que pertenecieron a un turista. Había sido uno de los habituales, casi todos jóvenes tibetanos, que frecuentaban los mugrientos salones de té de la calle de los Fenómenos, viendo cómo los hippies norteamericanos se reían ante su yogur de hachís, codiciando sus ropas, sus mujeres y toda su cultura. Los hippies habían respetado a los tibetanos; eran un pueblo de leyenda, símbolo del ocultismo entonces en boga, y el hecho de que les gustaran las películas de James Bond, los coches veloces y Jimi Hendrix había hecho aumentar la autoestima de los hippies. Pero habían encontrado risible el que Ranjeesh Chatterji —otro hindú occidentalizado— hubiera apreciado esas mismas cosas, y le habían tratado con una maligna condescendencia. Ahora, trece años después, los papeles se habían invertido; era Eliot quien tenía que rondar los lugares que antes frecuentaba Chatterji.

Se había instalado en Katmandu después de que terminara su turno, con la idea de practicar la meditación hasta conseguir algún tiempo de iluminación. Pero las cosas no habían ido bien. En su mente existía un obstáculo —se lo imaginaba como una piedra oscura, una piedra formada por sus ligaduras

mundanas—, que ningún tipo de práctica podía desgastar, y su vida había terminado en un ritmo fútil. Vivía diez meses al año en una pequeña habitación cerca del templo de Swayambhunath, meditando y frotando la piedra para desgastarla; y luego, durante marzo y septiembre, ocupaba la casa del señor Chatterji, y se entregaba al libertinaje con el licor, el sexo y las drogas. Se daba cuenta de que el señor Chatterji le consideraba un desecho, que el empleo de guardián de la casa era una realidad en forma de venganza, mediante la cual su patrono podía ejercer su propia clase de condescendencia; pero a Eliot no le importaba ni la etiqueta ni lo que pensara. Había cosas peores que ser un desecho en el Nepal. El país era hermoso, no resultaba caro y estaba lejos de Minnesota (donde Eliot había nacido). Y el concepto de fracaso personal carecía de significado aquí. Vivías, morías y volvías a nacer una y otra vez, hasta que por fin lograbas el éxito definitivo del no ser; un tremendo consuelo ante los fracasos.

—Pero en su país —estaba diciendo el señor Chatterji—, el mal tiene un carácter más provocativo. ¡Es sexy! Como si los espíritus adoptaran personalidades vibrantes, para ser Capaces de vérselas con los grupos de música pop y las estrellas de cine.

Eliot intentó pensar en alguna respuesta, pero el tequila estaba empezando a pesarle, y en vez de hablar soltó un eructo. Todo lo que formaba al señor Chatterji —dientes, ojos, cabellos, anillos de oro—, parecía arder con un brillo extraordinario. Daba la impresión de ser tan inestable como una burbuja de jabón, una pequeña y gorda ilusión hindú.

El señor Chatterji se dio una palmada en la frente.

—Casi se me olvidaba. En la casa habrá otra persona de su país. Una chica. ¡Muy hermosa! —Dibujó la silueta de un reloj de arena en el aire—. Estoy francamente loco por ella, pero no sé si es digna de confianza. Por favor, cuide de que no traiga a la casa ningún vagabundo.

—Correcto —dijo Eliot—. No hay problema.

—Creo que ahora voy a jugar un poco —dijo el señor Chatterji, poniéndose en pie y mirando hacia el vestíbulo—. ¿Me acompaña?

—No, creo que voy a emborracharme. Supongo que le veré en octubre.

—Ya está borracho, Eliot... —El señor Chatterji le dio una palmada en el hombro—. ¿No se ha dado cuenta?

A primera hora de la mañana siguiente, con resaca y la lengua pegada al paladar, Eliot se instaló para una última sesión de sus repetidos intentos por visualizar al Buda Avalokitesvara. Todos los sonidos del exterior —el zumbido de una motocicleta, el canto de los pájaros, la risa de una joven—, parecían repetir el mantra, y las grises paredes de piedra de su habitación daban la impresión simultánea de ser intensamente reales y, con todo, increíblemente frágiles, como de papel, un telón pintado que podía desgarrar con sus manos. Empezó a sentir la misma fragilidad, como si fuera sumergido en un líquido que le estaba volviendo opaco, llenándole de claridad. Una ráfaga de viento podía hacer que saliera flotando por la ventana, transportándole a la deriva a través de los campos, y pasaría por entre los árboles y las montañas, todos los fantasmas del mundo material..., pero entonces un hilillo de pánico emergió del fondo de su alma, de esa piedra oscura. Estaba empezando a encenderse, a desprender un vapor envenenado; un minúsculo mechero de ira, lujuria y miedo. Por la límpida sustancia en que se había convertido se estaban extendiendo las grietas, y si no se movía pronto, si no rompía la meditación, se haría añicos.

Se dejó caer al suelo, abandonando la postura del loto, y se quedó apoyado en los codos. Su corazón latía desbocado, el pecho subía y bajaba aceleradamente, y casi sentía deseos de gritar, tal era su frustración. Sí, era una tentación. Limitarse a decir: «Al infierno con todo», y gritar, lograr a través del caos lo que no podía conseguir mediante la claridad, vaciarse a sí mismo en ese grito. Estaba temblando, y sus emociones oscilaban entre la autocompasión y el odio hacia sí mismo. Finalmente, se puso en pie con un esfuerzo, y se vistió con tejanos y una camisa de algodón. Sabía que se encontraba muy cerca de una crisis nerviosa, y se dio cuenta de que normalmente llegaba a este punto justo antes de establecerse en la casa del señor Chatterji. Su vida era una maltrecha hebra, que se tensaba entre esos dos polos de libertinaje. Un día se acabaría rompiendo.

—Al infierno con eso —dijo.

Metió sus ropas en una bolsa de viaje, y se dirigió hacia la ciudad.

Cruzar a pie la plaza Durbar —que no era realmente una plaza sino un gran complejo de templos con zonas abiertas, y por el que serpenteaban caminos adoquinados—, siempre hacía que Eliot se acordara de su breve carrera como guía turístico, una carrera que se había cortado en seco cuando la agencia recibió quejas sobre su excentricidad («Mientras se abren paso por entre los montones de excrementos humanos y mondas de fruta, les aconsejo que no respiren demasiado profundamente la flatulencia divina, pues de lo contrario podría dejarles insensibles al aroma de Padrera Linda, Cañadita Bordada o cualquier otra ciudadela de vida graciosa y elegante, a la que llamen ustedes su hogar...»). Le había molestado tener que dar conferencias sobre las tallas y la historia de la plaza, especialmente a la gente-sencilla-y-corriente, que sólo quería una Polaroid de Edna o del tío Jimmy junto a ese extraño dios mono del pedestal. La plaza era un lugar único y, en opinión de Eliot, un turismo tan poco ilustrado no hacía más que rebajarla.

Por todos lados se alzaban templos de ladrillo rojo y madera oscura, contruidos al estilo de las pagodas, sus pináculos alzándose como relámpagos de latón. Parecían de otro mundo, y uno medio esperaba ver que el cielo tenía un color distinto al de este planeta, y que en él había varias lunas. Sus gabletes y los postigos de sus ventanas estaban minuciosamente tallados con las imágenes de dioses y demonios, y tras un gran biombo situado en el templo del Bhairab Blanco se encontraba la máscara de ese dios. Tenía casi tres metros de alto, hecha en estaño, con un fantasioso tocado, orejas de largos lóbulos, y una boca llena de colmillos blancos; sus cejas estaban cubiertas de esmalte rojo y se arqueaban ferozmente, pero los ojos tenían esa cualidad algo caricaturesca común a todos los dioses de Newari: no importaba cuán iracundos fueran, en ellos había algo esencialmente amistoso. A Eliot le recordaban embriones de dibujos animados. Una vez al año —de hecho, faltaba poco más de una semana a partir de ahora—, se abriría el biombo, se metería una cañería en la boca del dios, y un chorro de cerveza de arroz

brotaría por ella hacia las bocas de las multitudes congregadas ante él; en un momento determinado meterían un pez dentro de la cañería, y quien lo atrapara sería considerado como el alma más afortunada de todo el valle de Katmandu durante el siguiente año. Una de las tradiciones de Eliot era intentar coger el pez, aunque sabía que no era suerte lo que necesitaba.

Más allá de la plaza, las calles se estrechaban y corrían entre largos edificios de ladrillo, que tenían tres y cuatro pisos de altura, cada uno de ellos dividido en docenas de viviendas separadas. La tira de cielo que asomaba por entre los tejados era de un azul brillante que parecía quemar —un color del vacío—, y a la sombra, los ladrillos parecían de color púrpura. La gente se asomaba por las ventanas de los pisos superiores, hablándose unos a otros; la vida de un vecindario exótico. Pequeños altares —recintos de madera que contenían estatuaria de estuco o latón— estaban metidos en hornacinas practicadas en las paredes y en las bocas de los callejones. En Katmandu, los dioses estaban por todas partes, y apenas había un rincón a salvo de sus miradas.

Al llegar a la casa del señor Chatterji, que ocupaba la mitad de un edificio tan largo como un bloque normal, Eliot se dirigió hacia el primero de los patios interiores; una escalera llevaba desde él hasta el apartamento del señor Chatterji, y Eliot pensó comprobar lo que había quedado de bebida. Pero cuando entró en el patio —una falange de plantas que parecían salir de la jungla, dispuestas alrededor de un rombo de cemento—, vio a la chica y se detuvo. Estaba sentada en una tumbona, leyendo, y realmente era muy hermosa. Vestía unos pantalones anchos de algodón, una camiseta y un largo chal blanco del que asomaban hebras doradas. El chal y los pantalones eran el uniforme de los jóvenes viajeros que, normalmente, se quedaban en el enclave apátrida de Temal; daba la impresión de que todos los habían comprado nada más llegar para identificarse entre ellos. Acercándose un poco más, y atisbando por entre las hojas de una planta que parecía hecha de goma, Eliot vio que la chica tenía ojos de cierva, la piel color miel, y una cabellera castaña que le llegaba hasta los hombros, y por la que asomaban mechones más claros. Su boca, grande y bien dibujada, se había aflojado en una expresión algo tristonera. Al notar su presencia, alzó la vista, sobresaltada; luego agitó la mano y dejó el libro.

—Soy Eliot —dijo él, yendo hacia la joven.

—Lo sé. Ranjeesh me habló de ti.

Ella le miraba sin la más mínima curiosidad.

—¿Y tú?

Se puso en cuclillas, a su lado.

—Michaela.

Sus dedos acariciaron el libro, como si tuviera ganas de volver a él.

—Me doy cuenta de que eres nueva en la ciudad.

—¿Por qué?

Eliot le habló de sus ropas, y ella se encogió de hombros.

—Eso es lo que soy realmente —dijo—. A buen seguro las llevaré siempre.

Cruzó las manos sobre su estómago, que tenía una curvatura preciosa, y Eliot, un auténtico conocedor de estómagos femeninos, empezó a sentir cierta excitación.

—¿Siempre? —preguntó—. ¿Tanto tiempo piensas quedarte?

—No lo sé. —Michaela pasó la yema de un dedo por el lomo del libro—. Ranjeesh me pidió que me casara con él, y yo dije que quizá.

El infantil plan de seducción preparado por Eliot se derrumbó ante una frase tan parecida a las bolas usadas para demoler edificios, y no logró ocultar su incredulidad.

—¿Estás enamorada de Ranjeesh?

—¿Qué tiene que ver eso con casarse?

Una arruga cruzó su entrecejo; era el síntoma perfecto de su estado emocional, la línea que un dibujante de historietas podría haber escogido para expresar una ira petulante.

—Nada. No, si no tiene nada que ver, claro. —Probó con una sonrisa, pero no obtuvo ningún resultado—. Bueno —dijo después de hacer una pausa—, ¿qué te parece Katmandu?

—No salgo mucho —contestó ella con voz átona.

Obviamente no quería conversar, pero Eliot no estaba dispuesto a rendirse.

—Tendrías que hacerlo —dijo—. El festival de Indra Jatra está a punto de comenzar. Es bastante animado. Especialmente la noche del Bhairab Blanco. Sacrifican búfalos, hay luz de antorchas...

—No me gustan las multitudes —dijo ella.

Segundo tanto.

Eliot se esforzó por dar con algún tema de conversación que resultara atractivo, pero empezaba a creer que se trataba de una causa perdida. Había en ella algo inerte, una capa de lánguida indiferencia que hacía pensar en la Thorazina y la rutina de los hospitales.

—¿Has visto el Khaa? —preguntó.

—¿El qué?

—El Khaa. Es un espíritu..., aunque algunos te dirán que en parte es un animal, porque en este lugar el mundo de los espíritus y el de los animales se superponen. Pero, sea lo que sea, todas las casas viejas tienen uno, y a las que no lo tienen se las considera casas sin suerte. Aquí hay uno.

—¿A qué se parece?

—Vagamente antropomórfico. Negro, sin rasgos. Algo así como una sombra viviente. Pueden mantenerse erguidos, pero se deslizan en vez de caminar.

Ella se rió.

—No, no lo he visto. ¿Y tú?

—Quizá —dijo Eliot—. Creo que lo he visto un par de veces, pero se me había ido bastante la mano.

Ella irguió un poco más el cuerpo y cruzó las piernas; sus pechos oscilaron, y Eliot luchó por mantener los ojos centrados en su cara.

—Ranjeesh me ha contado que estás un poco loco —dijo.

¡El viejo Ranjeesh, siempre tan amable! Debió suponer que el hijo de perra ya se habría encargado de prepararle una mala reputación para su nueva dama.

—Supongo que lo estoy —dijo, preparándose para lo peor—. Medito mucho, y algunas veces me encuentro bastante cerca del abismo.

Pero ella pareció más intrigada por esta confesión que por nada de lo que le había contado; una sonrisa se abrió paso por entre la cuidadosa rigidez de sus rasgos, pareciendo derretirlos un poco.

—Cuéntame algo más del Khaa —dijo.

Eliot se felicitó a si mismo.

—Son bastante raros —dijo—. No son ni buenos ni malos. Se esconden en los rincones oscuros, aunque de vez en cuando se les ve en las calles o en los campos que hay cerca de Jyapu. Y los más viejos y poderosos viven en los templos de la plaza Durbar. Existe una historia sobre uno que vive allí, muy ilustrativa en cuanto a su forma de actuar..., si es que te interesa.

—Claro.

Otra sonrisa.

—Antes de que Ranjeesh comprara este sitio, era una casa de huéspedes; una noche, una mujer que tenía tres grandes bocios en el cuello vino aquí a dormir. Tenía también dos hogazas de pan que llevaba a su familia, y las metió bajo la almohada antes de quedarse dormida. Alrededor de la medianoche, el Khaa entró deslizándose en su habitación, y se quedó muy sorprendido al ver los bocios que subían y bajaban cuando ella respiraba. Pensó que harían un hermoso collar, así que los cogió y se los puso en el cuello. Después se fijó en las hogazas que asomaban por debajo de su almohada. Tenían buen aspecto, así que las cogió también, y dejó en su sitio dos barras de oro. Cuando la mujer despertó, se quedó muy complacida. Volvió rápidamente a su aldea para contárselo a su familia, y por el camino se encontró a una amiga, una mujer que iba al mercado. Esta mujer tenía cuatro bocios. La primera mujer le contó lo que le había ocurrido; esa noche, la segunda mujer fue a la casa de huéspedes, e hizo exactamente lo mismo que ella. Alrededor de la medianoche, el Khaa entró deslizándose en su habitación. Se había cansado de su collar y se lo dio a la mujer. También había llegado a la conclusión de que el pan no sabía demasiado bien, pero le seguía quedando una hogaza y pensó en darle otra oportunidad, así que, a cambio del collar, le quitó a la mujer

el gusto por el pan. Cuando despertó tenía siete bocios, nada de oro, y durante el resto de su vida jamás pudo volver a comer pan.

Eliot esperaba haber provocado una cierta diversión, y tenía la esperanza de que su relato sería el gambito de apertura de un juego con una conclusión tan previsible como placentera; pero no había esperado que ella se pusiera en pie, y se portara nuevamente como si un muro la separase de él.

—Tengo que irme —dijo y, agitando distraídamente la mano, se dirigió hacia la puerta principal.

Caminaba con la cabeza gacha, las manos en los bolsillos, como si estuviera contando sus pasos.

—¿Adónde vas? —gritó Eliot, sorprendido.

—No lo sé. A la calle de los Fenómenos, quizá.

—¿Quieres compañía?

Cuando llegó a la puerta, Michaela se volvió hacia él.

—No es culpa tuya —dijo—, pero la verdad es que no me gusta estar contigo.

¡Derribado!

Un rastro de humo, que giraba locamente, estrellándose en la colina, y reventando en una bola de fuego.

Eliot no comprendía por qué eso le había afectado tanto. Había ocurrido antes y volvería a ocurrir. Normalmente, se habría dirigido a Temal para encontrar otro largo chal blanco y un par de pantalones de algodón, uno que no estuviera tan morbosamente centrado en sí mismo (retrospectivamente, así definía el carácter de Michaela), uno que le ayudase a cargar combustible para una nueva intentona de visualizar al Buda Avalokitesvara. De hecho, fue a Temal; pero se limitó a sentarse en un restaurante para beber té y fumar hachís, observando como los jóvenes viajeros se iban emparejando para la noche. Cogió una vez el autobús que iba a Patán y visitó a un amigo, un viejo compañero hippy llamado Sam Chipley que dirigía una clínica; otra vez fue andando hasta Swayambhunath, lo bastante cerca como para ver la cúpula

blanca del stupa y, sobre ella, la estructura dorada en la que estaban pintados los ojos del Buda que todo lo ve; ahora tenían un aspecto maligno y parecían bizquear, como si no les gustara demasiado verle aproximarse. Pero lo que más hizo durante la semana siguiente fue vagar por la casa del señor Chatterji, con una botella en la mano, un continuo zumbido dentro de su cabeza, y sin perder de vista a Michaela.

La mayor parte de las habitaciones carecían de mobiliario, pero muchas tenían señales de haber sido ocupadas recientemente: pipas de hachís rotas, sacos de dormir hechos pedazos, paquetitos de incienso vacíos. El señor Chatterji dejaba que aquellos viajeros de los que se encaprichaba sexualmente, ya fueran varones o hembras, usaran las habitaciones durante lo que podía llegar a ser meses enteros, y caminar por ellas era como realizar una visita histórica por la contracultura norteamericana. Las inscripciones de los muros hablaban de preocupaciones tan variadas como Vietnam, los Sex Pistols, la liberación femenina y la falta de viviendas en Gran Bretaña, y también transmitían mensajes personales: «Ken Finkel, por favor, ponte en contacto conmigo en Am. Ex. de Bangkok..., con amor, Ruth». En una de las habitaciones había un complicado mural que representaba a Farrah Fawcett sentada en el regazo de un demonio tibetano, acariciando con los dedos el falo cubierto de pinchos. El conjunto lograba conjurar la imagen de un medio social trastornado y a punto de corromperse: el medio social de Eliot. Al principio, la visita le divirtió, pero con el paso del tiempo comenzó a sentir cierta amargura hacia todo eso, y empezó a pasar las horas en un balcón que dominaba el patio, compartido con la casa contigua, escuchando a las mujeres newari que cantaban mientras se dedicaban a sus labores domésticas, y leyendo libros de la biblioteca del señor Chatterji. Uno de esos libros tenía como título *El terror de Carversville*.

«... escalofriante, hiela la sangre...», decía el *New York Times* en la solapa delantera. «... el terror no flaquea ni por un segundo...», comentaba Stephen King. «... imposible de abandonar, le revolverá las tripas, un horror que le hará perder la cabeza...», farfullaba la revista *People*. Eliot añadió su comentario particular en pulcras letras de imprenta: «... un montón de chorradas...». El texto —escrito para ser leído por quienes apenas habían salido del analfabetismo— era un tratamiento en forma de ficción de los supuestamente

reales acontecimientos relacionados con las experiencias de la familia Whitcomb, que había intentado arreglar la mansión Cousineau en los años sesenta. Siguiendo el habitual *crescendo* de apariciones fantasmales, puntos fríos y olores molestos, la familia —papá David, mamá Elaine, los niños Tim y Randy y la adolescente Ginny— había empezado a discutir sobre la situación:

David pensó que la casa incluso había hecho envejecer a los niños. Reunidos alrededor de la mesa del comedor, parecían un grupo de condenados al infierno: ojeras violáceas, expresión ceñuda, mirando continuamente hacia todas partes. Incluso con las ventanas abiertas y la luz entrando a chorros por ellas, daba la impresión de que en el aire había una capa oscura que ninguna luz era capaz de expulsar. ¡Gracias a Dios, esa maldita cosa dormía durante el día!

—Bien —dijo—, supongo que se abre el turno de sugerencias.

—¡Quiero irme a casa!

Las lágrimas brotaron en los ojos de Randy y, como si fuese una señal, Tim también empezó a llorar.

—No es tan sencillo —dijo David—. Estamos en casa, y no sé cómo nos las arreglaremos si nos marchamos. Los ahorros se han quedado casi a cero.

—Supongo que podría conseguir un trabajo —dijo Elaine, sin mucho entusiasmo.

—¡Yo no me voy! —Ginny se levantó de un salto, tirando al suelo su silla—. ¡Cada vez que hago amigos, tenemos que marcharnos a otro sitio!

—Pero, Ginny... —Elaine alargó la mano para intentar calmarla—. Fuiste tú quien...

—¡He cambiado de parecer! —Ginny retrocedió, como si de pronto les hubiera reconocido a todos como sus mortales enemigos—. ¡Podéis hacer lo que queráis, pero yo me quedo!

Y salió corriendo de la habitación.

—Oh, Dios —dijo Elaine con voz cansada—. ¿Qué se le habrá metido en la

cabeza?

Lo que se había metido en la cabeza de Ginny, lo que se estaba metiendo en todos ellos y era la única parte interesante del libro, consistía en el espíritu de Aimée Cousineau. Preocupado por la conducta de su hija, David Whitcomb había registrado la casa, aprendiendo muchas cosas sobre el espíritu. Aimée Cousineau, *née* Vuillemont, había sido nativa de Santa Berenice, un pueblo suizo situado al pie de la montaña conocida como el Eiger. (Su fotografía, al igual que un retrato de Aimée —una mujer de fría belleza, con el cabello negro y rasgos de camafeo—, estaba incluida en la parte central del libro.) Hasta los quince años había sido una niña amable y nada excepcional; pero en el verano de 1889, mientras daba un paseo por las estribaciones del Eiger, se extravió en una caverna.

La familia ya había perdido las esperanzas cuando, tres semanas después, para gran alegría de ellos, Aimée apareció en los escalones de la tienda de su padre. Su alegría no duró mucho. Esta Aimée era muy distinta a la que había entrado en la caverna. Era violenta, calculadora y grosera.

Durante los dos años siguientes logró seducir a la mitad de los hombres del pueblo, incluyendo al sacerdote. Según su testimonio, la había estado riñendo, diciéndole que su pecado no era el camino de la felicidad, cuando Aimée empezó a desnudarse.

—Estoy casada con la Felicidad —le dijo—. Mis miembros se han entrelazado con los del dios del Placer, y he besado los muslos escamosos de la Alegría.

Y, a continuación, hizo crípticos comentarios referentes «al dios que había bajo la montaña», cuya alma estaba ahora unida para siempre a la suya.

En este punto, el libro volvía a las horrendas aventuras de la familia Whitcomb; Eliot, aburrido, dándose cuenta de que ya era mediodía, y que Michaela estaría tomando su baño de sol, subió al apartamento del señor Chatterji en el cuarto piso. Dejó el libro sobre un estante y salió al balcón. Le sorprendía su tozudo interés por Michaela. Se le ocurrió la idea de que podía estarse enamorando, y pensó que eso podía ser muy agradable; aunque probablemente no le llevara a ninguna parte, sería bueno poseer la energía del amor. Pero dudaba de que ése fuera su caso. Lo más probable era que su interés se basara en algún

humeante producto de la piedra oscura que había en su interior. Lujuria pura y simple. Miró por el balcón. Michaela estaba tendida sobre una toalla —la parte superior del bikini junto a ella—, en el fondo de un pozo formado por la luz solar, delgados haces de pura claridad parecidos a miel destilada cayendo del cielo y congelándose para formar el molde de una diminuta mujer dorada. El calor que desprendía su cuerpo daba la impresión de hacer bailar la atmósfera.

Esa noche Eliot rompió una de las reglas del señor Chatterji, y durmió en la habitación de su patrono. El techo estaba formado por un gran mirador incrustado en una estructura de color azul oscuro. El muestrario normal de estrellas no había sido suficiente para el señor Chatterji, por lo que había hecho construir el mirador con vidrio facetado que multiplicaba las estrellas, y daba la impresión de que se estaba en el corazón de una galaxia, mirando por entre los intersticios de su núcleo llameante. Las paredes consistían en un mural fotográfico del glaciar Khumbu y el Chomolungma; y, bañado por la claridad de las estrellas, el mural había cobrado la ilusión de profundidad y helado silencio que reinaba en las montañas. Tendido en ese dormitorio, Eliot podía oír los tenues sonidos del Indra Jatra: gritos y címbalos, oboes y tambores. Los sonidos le atraían; quería ir corriendo a las calles, convertirse en un elemento más de las ebrias multitudes, girar en un torbellino por entre la luz de las antorchas y el delirio, hasta encontrarse ante los pies de un ídolo manchado con la sangre de los sacrificios. Pero tenía la sensación de estar atado a la casa y a Michaela. Perdido en el brillo estelar del señor Chatterji, flotando por encima del Chomolungma, y escuchando el estruendo del mundo que había bajo él, casi le resultaba posible creer que era un bodhisattva esperando una llamada para entrar en acción, y que toda su vigilancia tenía algún propósito.

El envío llegó a última hora del atardecer del octavo día. Cinco cajas enormes, que requirieron las energías combinadas de Eliot y tres braceros newari para llevarlas hasta la habitación del tercer piso, donde albergaba la colección del señor Chatterji. Tras darles una propina a los tres hombres, Eliot —sudoroso, jadeante—, se instaló en el suelo para recobrar el aliento, la espalda apoyada en la pared. La habitación media siete metros y medio por siete, pero parecía más pequeña a causa de las docenas de objetos curiosos que se encontraban

esparcidos por el suelo, y que se amontonaban unos encima de otros junto a las paredes. Un picaporte de latón, una puerta rota, una silla de respaldo recto con los brazos unidos por un cordón de terciopelo para impedir que nadie tomara asiento en ella, una palangana descolorida, un espejo recorrido por una raya color marrón, una lámpara con la pantalla hendida. Todos esos objetos eran reliquias de algún caso de encantamiento o posesión, y algunos de tales casos habían poseído una grotesca violencia; habían pegado tarjetas que atestiguaban los detalles en estos objetos y, para quienes estuvieran interesados, informaban sobre libros que podrían encontrar en la biblioteca del señor Chatterji. Rodeadas por todas esas reliquias, las cajas parecían inofensivas. Estaban cerradas con clavos, cubiertas de sellos e inscripciones de las aduanas, y su altura era tal que llegaban hasta el pecho de Eliot.

Cuando se hubo recuperado, Eliot empezó a vagabundear por la habitación, divertido ante la preocupación y los cuidados que el señor Chatterji había invertido en su afición; lo más divertido era que nadie se impresionaba ante ella salvo el señor Chatterji; lo único que hacía era dar a los viajeros una nota a pie de página para sus diarios. Nada más.

Sintió un fuerte mareo —se había levantado demasiado de prisa—, y se apoyó en una de las cajas para no perder el equilibrio. ¡Jesús, se encontraba en una forma física penosa! Y entonces, cuando parpadeaba para eliminar los remolinos de células muertas que derivaban a través de su campo visual, la caja se movió. Muy poco, como si en su interior algo se hubiera agitado en sueños. Pero fue palpable, real. Eliot corrió hacia la puerta, alejándose de la caja. Cada nudo y articulación de su espina dorsal se había convertido en un mapa de escalofríos; el sudor se había evaporado, dejando zonas pegajosas en su piel. La caja no se movía. Pero le daba miedo apartar los ojos de ella, seguro de que si lo hacía, ésta daría rienda suelta a su furia contenida.

—Hola —dijo Michaela desde el umbral.

Su voz tuvo un efecto electrizante sobre Eliot. Lanzó un chillido muy agudo y se volvió en redondo, extendiendo las manos como para contener un ataque.

—No quería asustarte —dijo ella—. Lo siento.

—¡Maldita sea! —contestó él—. ¡No aparezcas de esa forma! —Se acordó de

la caja y le echó un rápido vistazo—. Oye, estaba cerrando la...

—Lo siento —repitió ella, y pasó a su lado, entrando en la habitación—. Ranjeesh parece un idiota cuando habla de esto —dijo, mientras pasaba la mano por encima de la caja—. ¿No lo crees tú así?

Su familiaridad con la caja calmó un poco los temores de Eliot. Quizá había sido él quien se movió; un espasmo causado por la excesiva tensión de los músculos.

—Sí, supongo que sí.

Michaela fue hacia la silla de respaldo recto, quitó el cordón de terciopelo y se instaló en ella. Vestía una falda marrón claro, y una blusa a cuadros que le daban un aire de colegiala.

—Quiero disculparme por lo del otro día —dijo; inclinó la cabeza y la cascada de su pelo cayó hacia adelante para oscurecer su rostro—. Últimamente he pasado un período bastante malo. He tenido problemas para relacionarme con la gente. Con todo el mundo. Pero ya que vivimos en la misma casa, me gustaría que fuéramos amigos. —Se puso en pie y se alisó los pliegues de la falda—. ¿Ves? Hasta me he cambiado de ropa. Me di cuenta de que la otra te molestaba.

La inocente sexualidad de su postura hizo que Eliot sintiera una oleada de deseo.

—Muy bonita —dijo, con forzada despreocupación—. ¿Y por qué has pasado un mal período?

Michaela fue hacia la puerta, y miró por el umbral.

—¿Realmente quieres que te lo cuente?

—No, si te resulta doloroso.

—No importa —dijo ella, apoyándose en el quicio de la puerta—. En Estados Unidos, yo formaba parte de un grupo y nos iba bastante bien. Le dábamos los últimos toques a un álbum, ya teníamos conversaciones con casas de discos... Yo vivía con el guitarrista, estaba enamorada de él. Pero tuve un lío. Ni siquiera fue un lío. Fue una idiotez. Carecía de sentido. Sigo sin saber por qué lo hice.

Supongo que fue un impulso momentáneo. De eso habla el rock'n'roll, y quizá lo único que yo hacía era poner el mito en acción. Uno de los músicos se lo contó a mi compañero. Así son los grupos musicales..., eres amigo de todo el mundo, pero nunca de todos a la vez. Mira, yo le había hablado ya del asunto... Siempre habíamos confiado el uno en el otro. Pero un día se enfadó conmigo por algo. Algo estúpido y carente de sentido. —Su mandíbula luchaba por mantener la firmeza; la brisa que llegaba del patio agitaba delicados mechones de pelo alrededor de su rostro—. Mi compañero se volvió loco y le dio una paliza a... —se rió, una risa abatida y triste—, mi amante. O lo que fuera. Mi compañero le mató. Fue un accidente, pero intentó huir y la policía le pegó un tiro.

Eliot deseaba hacerla callar; obviamente ella lo estaba viendo todo de nuevo, veía la sangre y las sirenas de la policía, y las blancas y frías luces de la morgue. Pero ahora estaba montada en una ola de recuerdos, impulsada por su energía, y Eliot sabía que no tenía más remedio que llegar hasta lo alto de esa ola y estrellarse con ella.

—Durante un tiempo estuve fuera de mí. Siempre tenía sueño. Nada me afectó. Ni los funerales, ni los padres irritados. Me fui durante unos meses a las montañas, y empecé a sentirme mejor. Pero cuando volví a casa, me encontré con que el músico que se lo había contado todo a mi compañero había escrito una canción sobre ello. El asunto, las muertes. Había grabado un disco. La gente lo compraba, cantaba el estribillo cuando andaban por la calle o cuando se duchaban. ¡Lo bailaban! Estaban bailando sobre la sangre y los huesos, canturreando el dolor y la pena, y soltaban cinco dólares con noventa y ocho por un disco sobre el sufrimiento. Si pienso en ello me doy cuenta de que estaba loca, pero en ese tiempo todo lo que hice me pareció normal. Más que normal. Dirigido, inspirado. Compré una pistola. Un modelo femenino, dijo el vendedor. Recuerdo haber pensado lo extraño que resultaba eso de que hubiera armas masculinas y femeninas, igual que con las maquinillas eléctricas de afeitar. Cuando la llevé encima, sentí que me había vuelto enorme. Tenía que ser apacible y cortés, o de lo contrario la gente se daría cuenta de lo gigantesca y decidida que era. No fue difícil encontrar a Ronnie..., es el tipo que escribió la canción. Estaba en Alemania, grabando un segundo álbum. No

lograba creerlo, ¡no iba a ser capaz de matarle! Me sentía tan frustrada que una noche fui a un parque y empecé a disparar. No logré darle a nada. De todos los vagabundos, ardillas y gente que hacía jogging corriendo por allí, sólo acerté a las hojas y al aire. Después de eso, me encerraron. Un hospital. Creo que me ayudó, pero... —Parpadeó, como si despertara de un trance—. Pero ¿sabes?, sigo sintiéndome desconectada.

Eliot apartó cuidadosamente las hebras de cabello que le habían caído en el rostro, y volvió a recolocarlas en su sitio. La sonrisa de Michaela se encendía y se apagaba.

—Lo sé —dijo—. A veces me siento así.

Ella asintió con aire pensativo, como para confirmarle que había reconocido esa cualidad en él.

Cenaron en un local tibetano de Temal; no tenía nombre, y era una especie de basurero con mesas cubiertas por cagadas de mosca y sillas desvencijadas, especializado en búfalo acuático y sopa de cebada. Pero se encontraba lejos del centro de la ciudad, lo que significaba que podrían escapar a las peores aglomeraciones del festival. El camarero era un joven tibetano, que vestía tejanos y una camiseta con la leyenda LA MAGIA ES LA RESPUESTA; los auriculares de un estéreo portátil colgaban alrededor de su cuello. Las paredes —visibles a través de una capa de humo— estaban cubiertas de fotos, la mayor parte mostrando al camarero en compañía de una gran variedad de turistas, pero en unas cuantas se veía a un tibetano de mayor edad, vestido de azul y cubierto de joyas color turquesa, llevando un rifle automático; era el propietario, uno de los tribeños khampa que habían combatido en las guerrillas contra los chinos. Rara vez aparecía por el restaurante, y cuando lo hacía su furibunda presencia tendía a poner fin a las conversaciones.

Durante la cena, Eliot intentó mantenerse alejado de los temas que pudieran poner nerviosa a Michaela. Le habló de la clínica de Sam Chipley, de cuando el Dalai Lama vino a Katmandu, y de los músicos de Swayambhunath. Temas de conversación animados y exóticos. Su inerte tristeza era una parte tan insustancial de ella, que Eliot se sentía inclinado a rasparla a medida que sus gestos se hacían más animados y su sonrisa se volvía más luminosa. Esta

sonrisa era distinta a la que había exhibido en su primer encuentro. Aparecía en su rostro con tal brusquedad que parecía una reacción autónoma, como la de un girasol al abrirse, como si no le estuviera mirando a él, sino al principio de la luz sobre el que ella había echado raíces. Naturalmente, se daba cuenta de la presencia de Eliot, pero había escogido ver más allá de las imperfecciones de la carne, y conocer la criatura perfecta que Eliot era en realidad. Y Eliot —cuyo aprecio de sí mismo se encontraba en un mal momento— habría sido capaz de dar volteretas para mantenerla en ese estado. Incluso cuando le narró su historia, lo hizo como si fuera un chiste, una metáfora sobre los errores norteamericanos cometidos en la búsqueda del Oriente.

—¿Por qué no lo dejas? —le preguntó ella—. Me refiero a la meditación. Si no funciona, ¿por qué seguir?

—Mi vida se encuentra en un estado de suspensión perfecta —dijo él—. Temo que si dejo de practicar, si cambio lo que sea, me hundiré hasta el fondo o saldré volando. —Golpeó la taza con su cucharilla, pidiendo más té—. No vas a casarte realmente con Ranjeesh, ¿verdad? —preguntó, sorprendiéndose ante la preocupación que le causaba la idea de que ella pudiera casarse con él.

—Probablemente, no. —El camarero les sirvió más té, un murmullo de tambores brotando de sus auriculares—. Me sentía perdida, eso es todo. Verás, mis padres demandaron a Ronnie por haber escrito la canción, y acabé encontrándome con un montón de dinero..., lo que me hizo sentir todavía peor...

—No hablemos de eso —dijo él.

—No importa. —Le tocó la muñeca para tranquilizarle, y Eliot siguió notando calor en la piel después de que sus dedos se hubieran apartado—. De todas formas —siguió diciendo—, decidí viajar y todas las cosas extrañas que... No sé. Estaba empezando a perder el control. Ranjeesh era una especie de santuario.

Eliot se quedó inmensamente aliviado.

Cuando salieron del local, se encontraron las calles repletas de asistentes al festival; Michaela cogió a Eliot por el brazo, y dejó que la guiara a través del

gentío. Había newaris que llevaban sombreros tipo Nehru y pantalones abultados en las caderas y ceñidos apretadamente alrededor de los tobillos; grupos de turistas, que gritaban y agitaban botellas de cerveza de arroz; hindúes con túnicas blancas y saris. El aire estaba cargado con el picante olor del incienso, y la tira del cielo purpúreo que se veía en lo alto mostraba una distribución tan regular de estrellas, que parecía un estandarte tendido entre los tejados. Cuando se estaban acercando a la casa, un hombre de ojos extraviados que vestía una túnica de satén azul pasó corriendo junto a ellos, casi golpeándoles, y fue seguido por dos muchachos que llevaban a rastras una cabra, su frente untada con un polvo color escarlata; un sacrificio.

—¡Esto es una locura!

Michaela se rió.

—No es nada. Espera hasta mañana por la noche.

—¿Qué ocurre entonces?

—La noche del Bhairab Blanco. —Eliot hizo una mueca—. Tendrás que andarte con cuidado. Bhairab es más bien lujurioso, y tiene mal temperamento.

Michaela volvió a reír, y le apretó afectuosamente el brazo.

En el interior de la casa, la luna —que ya había dejado atrás su plenitud, una dorada pupila vacía— flotaba en el centro exacto del cuadrado de cielo nocturno admitido por el tejado. Eliot y Michaela se quedaron inmóviles en el patio, muy cerca el uno del otro, silenciosos, sintiendo una repentina torpeza.

—Esta noche lo he pasado muy bien —dijo Michaela; se inclinó hacia él y le rozó la mejilla con los labios—. Gracias —murmuró.

Eliot la atrajo hacia sí cuando Michaela ya se apartaba, le levantó la barbilla y la besó en la boca. Los labios de Michaela se abrieron para dejar paso a su lengua. Luego le apartó.

—Estoy cansada —dijo, el rostro endurecido por el nerviosismo. Dio unos pasos alejándose de él, pero se detuvo y se dio la vuelta—. Si quieres..., si quieres estar conmigo, puede que... Podríamos intentarlo.

Eliot fue hacia ella y la cogió de las manos.

—Quiero hacer el amor contigo —dijo, sin intentar ocultar el deseo que sentía.

Y eso era lo que deseaba: hacer el amor. No joder ni tirársela, o meterse en la cama con ella, ni cualquier otra poco elegante versión del acto.

Pero no fue el amor lo que hicieron.

Michaela estaba muy hermosa bajo el ardor estrellado del techo del señor Chatterji, y al principio se mostró muy apasionada, moviéndose como si el acto le resultara realmente importante; de repente, se quedó inmóvil, y volvió el rostro hacia la almohada.

Sus ojos relucían. Con su cuerpo montado encima del de ella, escuchando el sonido animal de su respiración y el impacto de su carne sobre la de Michaela, Eliot supo que debería parar y consolarla. Pero los meses de abstinencia, los ocho días que llevaba deseándola..., todo eso se fundió en una brillante llamarada que se concentró en su espalda, una pila nuclear de lujuria que irradió su conciencia y le hizo seguir penetrándola, apresurándose hacia la plenitud del acto. Cuando salió de ella, Michaela dejó escapar un leve quejido y se hizo un ovillo, apartándose de él.

—Dios, cómo lo siento... —dijo ella, la voz rota.

Eliot cerró los ojos. Se encontraba mal, reducido al estado de una bestia. Había sido igual que dos enfermos mentales haciendo porquerías a escondidas, dos pedazos de personas que no lograban formar un ser completo entre los dos. Ahora comprendía la razón de que el señor Chatterji deseara casarse con ella; planeaba añadirla a su colección, colocarla en un altar junto con las demás astillas de violencia que poseía. Y cada noche completaría su venganza, haría más sustancial su dominio de la cultura, haciendo algo menos que el amor con esta muchacha triste e inerte, este fantasma norteamericano. Los hombros de Michaela se agitaban con sollozos ahogados. Necesitaba a una persona que la consolara, que la ayudara a encontrar su propia fuerza y su capacidad de amar. Eliot extendió la mano hacia ella, pues deseaba hacer cuanto estuviera a su alcance. Pero sabía que esa persona no iba a ser él.

Varias horas después, cuando Michaela se hubo dormido sin dejarse consolar, Eliot fue a sentarse al patio, la mente vacía de todo pensamiento, el cuerpo flácido, contemplando una planta. La planta estaba envuelta en sombras, y

sus hojas colgaban totalmente inmóviles. Llevaba un par de minutos mirándola, cuando se dio cuenta de que detrás de la planta había una sombra que se movía de forma muy leve; intentó distinguirla mejor y el movimiento se detuvo. Eliot se puso en pie. La silla arañó el suelo de cemento con un sonido de una potencia antinatural. Sentía un cosquilleo en el cuello y miró detrás de él. Nada. La Venerable Fatiga Mental, pensó. La Venerable Tensión Emocional. Rió y la claridad de la risa —que subió por el pozo vacío, despertando ecos—, le alarmó; y pareció remover un sinfín de pequeños movimientos espasmódicos por toda la oscuridad. ¡Lo que necesitaba era un trago! El problema era cómo entrar en el dormitorio sin despertar a Michaela. Infiernos, quizá debiera despertarla. Quizá tendrían que hablar un poco más antes de que lo ocurrido fuera sedimentándose, hasta convertirse en un estado de ánimo indestructible.

Se volvió hacia la escalera..., y entonces, con un chillido de pánico, enredándose los pies con las tumbonas al retroceder de un salto antes de haber completado la zancada, cayó de costado. Una sombra —la tosca silueta de un hombre, con su tamaño— se encontraba a menos de un metro de él; ondulando igual que un mechón de algas cuando la marea está baja. El aire que la rodeaba temblaba levemente, como si toda esa imagen no fuera más que un descuidado inserto de película en la realidad. Eliot se apartó de ella a cuatro patas, intentando ponerse de rodillas. La sombra fluyó hacia abajo, deritiéndose, y formó un charco en el cemento; se concentró hasta formar un bulto parecido a una oruga, se dobló sobre sí misma y empezó a fluir hacia él, moviéndose como si rodara sobre ella misma. Luego se irguió de nuevo, asumiendo una vez más su silueta humana, alzándose sobre él.

Eliot se puso en pie, todavía asustado, pero no tanto como antes. Si le hubieran pedido que testimoniara sobre la existencia de los Khaa antes de esta noche, habría rechazado la evidencia de sus aturdidos sentidos, y se habría inclinado por el lado de la alucinación y la leyenda popular. Pero ahora, aunque estaba tentado de sacar esa misma conclusión, había demasiadas pruebas en contra. Contemplando el negro capuchón carente de rasgos que formaba la cabeza del Khaa, tuvo la impresión de que algo le devolvía la mirada. No, más que una impresión. Percibía claramente una personalidad. Era como si las ondulaciones del Khaa estuvieran produciendo una brisa que llevaba su olor

psíquico a través del aire. Eliot empezó a imaginárselo como un tío ya entrado en años, tímido y algo chiflado, al que le gustaba sentarse bajo los peldaños del porche, comer moscas y reírse silenciosamente, pero que era capaz de predecir la caída de la primera nevada, y sabía cómo arreglar la cola a tu cometa. Raro, pero inofensivo. El Khaa extendió un brazo, y éste pareció desprenderse de su torso, su mano un negro mitón carente de pulgar. Eliot retrocedió. No estaba totalmente preparado para creer que era inofensivo. Pero el brazo se extendió más lejos de lo que creía posible, y le envolvió la muñeca. Era suave y le hacía cosquillas, un río de mariposas peludas que se arrastraba por encima de su piel.

Antes de apartarse de un salto, Eliot oyó dentro de su cabeza una nota quejumbrosa, y ese quejido —que parecía fluir a través de su cerebro con la misma flexibilidad demostrada por el brazo del Khaa— se tradujo en una súplica sin palabras. Mediante ella comprendió que el Khaa tenía miedo. Un miedo terrible. De repente, el Khaa se derritió y fluyó hacia el suelo, y empezó a desplazarse hacia la escalera, abultándose y achatándose de nuevo; se detuvo en el primer rellano, bajó la mitad del tramo de escalones y volvió a subir, repitiendo el proceso una y otra vez. A Eliot le quedó claro («¡Oh, Jesús! ¡Esto es de locos!») que estaba intentando convencerle de que le siguiera. Igual que *Lassie* o cualquier otro ridículo animal televisivo, estaba intentando decirle algo, llevarle hasta el lugar donde se había desplomado el guarda forestal herido, donde el nido de los patitos estaba siendo amenazado por el incendio de la maleza. Tendría que ir hasta él, frotarle la cabeza y decir: «¿Qué pasa, chica? ¿Te han estado tomando el pelo esas ardillas?». Esta vez su risa tuvo un efecto tranquilizador, y le ayudó a centrar sus ideas. Sí, era probable que su experiencia con Michaela hubiera bastado para romper su maltrecha conexión con la realidad consensual; pero creer en eso no servía de nada. Aun en tal caso, bien podía seguir adelante con la broma. Fue hacia la escalera, y subió hasta la sombra que ondulaba sobre el rellano.

—De acuerdo, Bongo —dijo—. Veamos qué te ha puesto tan nervioso.

En el tercer piso, el Khaa dobló por un pasillo, moviéndose con rapidez, y Eliot no volvió a verle hasta que no estuvo cerca de la habitación que albergaba la colección del señor Chetterji. El Khaa se encontraba junto a la puerta, agitando

sus brazos, indicándole aparentemente que debía entrar en ella. Eliot se acordó de la caja.

—No, gracias —dijo.

Una gota de sudor resbaló por sus costillas, y se dio cuenta de que en la zona cercana a la puerta hacía un calor fuera de lo normal.

La mano del Khaa fluyó por encima del pomo, envolviéndolo; y cuando la mano se apartó de la puerta estaba hinchada, extrañamente deforme; había un agujero en la madera, donde antes había estado todo el mecanismo de la cerradura.

La puerta se abrió unos cinco centímetros. De la habitación empezó a salir una masa de oscuridad, añadiendo una esencia aceitosa al aire. Eliot dio un paso hacia atrás. El Khaa dejó caer al suelo el mecanismo de la cerradura —se materializó bajo la informe mano negra, y se estrelló ruidosamente sobre la piedra—, y cogió a Eliot por el brazo. Una vez más oyó el quejido, la súplica de auxilio y, ya que no podía apartarse de un salto, comprendió de forma más clara el proceso de traducción. Podía sentir el gemido como un frío fluido que recorriera su cerebro, y cuando el gemido se apagó, el mensaje apareció en su lugar, como si apareciese una imagen en una bola de cristal. Bajo el miedo del Khaa había algo así como un mensaje tranquilizador, y aunque Eliot sabía que éste era el tipo de errores que siempre cometía la gente en las películas de horror, metió la mano en la habitación y buscó a tientas el interruptor de la pared, medio esperando que algo se apoderara de él o que le hiciera pedazos. Encendió la luz y acabó de abrir la puerta con el pie.

Y deseó no haberlo hecho.

Las cajas habían explotado. Astillas y fragmentos de madera estaban esparcidos por todos lados, y los ladrillos habían sido amontonados en el centro de la habitación. Eran de un color rojo oscuro, ladrillos de poca resistencia, que parecían pasteles hechos con sangre seca; cada uno de ellos estaba marcado con letras y números negros, que indicaban su posición original en la chimenea. Pero ahora ninguno se hallaba en su posición correcta, aunque habían sido colocados de forma francamente artística. Habían sido amontonados hasta formar la silueta de una montaña, una montaña que —

pese a lo tosco de los bloques usados para construirla— duplicaba los abruptos acantilados, las chimeneas y las suaves laderas de una montaña real. Eliot la reconoció por su foto. El Eiger. Se alzaba hasta el techo, y bajo el brillo de las luces emitía una radiación de fealdad y barbarie. Parecía estar viva, un colmillo de carne rojo oscuro, y el calcinado olor de los ladrillos era como un zumbido en las fosas nasales de Eliot.

Sin hacer caso del Khaa, que estaba agitando nuevamente los brazos, Eliot se lanzó hacia el descansillo; una vez en él se detuvo y, tras una breve lucha entre el miedo y la conciencia, corrió por la escalera que llevaba al dormitorio, subiendo los peldaños de tres en tres. ¡Michaela había desaparecido! Eliot se quedó inmóvil, contemplando los bultos formados por la ropa de cama, iluminados por la claridad de las estrellas. Dónde diablos..., ¡su habitación! Bajó corriendo la escalera, y cayó de narices en el rellano del segundo piso. Sintió una punzada de dolor en su rodilla, pero logró ponerse en pie y siguió corriendo, convencido de que algo le perseguía.

La parte inferior de la puerta de Michaela estaba ribeteada por una luz anaranjada —no venía de ninguna lámpara—, y Eliot oyó una risa cascada que parecía resonar dentro de un hogar de piedra. La madera estaba cálida al tacto. La mano de Eliot se cernió durante unos instantes sobre el pomo. Su corazón parecía haberse hinchado hasta el tamaño de una pelota de baloncesto, y ejecutaba extrañas evoluciones dentro de su caja torácica. Lo más inteligente sería largarse de allí a toda velocidad, porque lo que estaba al otro lado de la puerta, fuera lo que fuese, tenía que ser demasiado para que él lo manejara sin ayuda. Pero en vez de ello, hizo lo más estúpido e irrumpió en la habitación.

Su primera impresión fue que la estancia se encontraba en llamas, pero luego vio que, aunque el fuego parecía real, no se extendía; las llamas se mantenían aferradas a los contornos de objetos que, en sí mismos, no eran reales, no poseían sustancia propia y estaban hechos del fuego fantasmal; cortinajes recogidos por cordones, un sillón y un sofá tapizados, una chimenea adornada con tallas, todo de un diseño antiguo. Los muebles reales —todos ellos basura producida en serie— no habían sufrido daños. Alrededor de la cama relucía una intensa claridad rojo naranja, y en el centro yacía Michaela. Desnuda, la

espalda arqueada. Mechones de su cabello se levantaban en el aire para enredarse unos con otros, flotando en una corriente invisible; los músculos de sus piernas y su abdomen se abultaban y se retorcían como si estuvieran librándose de la piel. Los chasquidos se hicieron más fuertes, y la luz empezó a brotar de la cama para formar una columna luminosa todavía más brillante; estrechándose en su punto central, y abultándose en una aproximación de caderas y pechos, dibujando gradualmente la silueta de una mujer en llamas. No tenía rostro, no era más que una figura de fuego. Su traje, cubierto de chispas, se agitaba como si caminara, y las llamas se levantaban detrás de su cabeza como una cabellera mecida por el viento.

Eliot estaba lleno de terror, demasiado asustado para gritar o correr. El aura de calor y poder de la silueta le envolvió. Aunque se encontraba tan cerca que la habría podido tocar con el brazo, parecía estar muy lejos, como si la distinguiera desde una gran distancia y la silueta estuviese caminando hacia él por un túnel que se adaptaba exactamente a su figura. Extendió una mano, rozándole la mejilla con un dedo. El contacto le produjo un dolor mayor del que jamás hubiera conocido. Era un contacto luminoso que encendía cada circuito de su cuerpo. Pudo sentir como su piel se agrietaba y se cubría de ampollas, como los fluidos brotaban de ella para evaporarse con un siseo. Se oyó gemir; un sonido líquido y podrido, como el de algo atrapado en una cloaca.

Y, entonces, ella apartó bruscamente su mano, como si fuera él quien la hubiera quemado.

Aturdido, sus nervios chillando de dolor, Eliot se derrumbó al suelo, y —con ojos enturbiados— distinguió una negrura que ondulaba junto a la puerta. El Khaa. La mujer ardiente estaba frente a él, a un par de metros de distancia. Esta confrontación entre el fuego y la oscuridad, entre dos sistemas sobrenaturales distintos, resultaba tan increíble que Eliot se puso bruscamente alerta. Se le ocurrió que ninguno de los dos sabía qué hacer. Rodeado por su zona de aire en agitación, el Khaa ondulaba; la mujer ardiente chisporroteaba y crujía, atrapada en su fantasmagórica distancia. Alzó su mano en un gesto vacilante; pero antes de que pudiera completar el movimiento, el Khaa avanzó con cegadora rapidez y su mano envolvió la de ella.

De los dos brotó un chillido semejante al del metal torturado, como si algún principio inflexible hubiera sido violado. Oscuros zarcillos se abrieron paso por el brazo de la mujer ardiente, haces de fuego atravesaron al Khaa, y en el aire se oyó un zumbido muy agudo, una vibración que a Eliot le hizo rechinar los dientes. Por un instante temió que dos versiones espirituales de la materia y la antimateria hubieran entrado en contacto, y que la habitación estallaría. Pero el zumbido se cortó cuando el Khaa apartó su mano; dentro de ella relucía una pequeña llama rojo naranja. El Khaa se derritió, cayó al suelo y fluyó fuera de la habitación. La mujer ardiente, y con ella todas las llamas de la habitación, se encogió hasta formar un punto incandescente y se desvaneció.

Aún aturdido, Eliot se tocó la cara. Tenía la sensación de haber sido quemado, pero no parecía haber ningún daño real. Logró ponerse en pie, fue tambaleándose hasta la cama, y se derrumbó junto a Michaela. Ella respiraba profundamente, inconsciente.

—¡Michaela!

La sacudió. Michaela gimió, y su cabeza rodó de un lado a otro. Eliot se la echó al hombro como si fuera un bombero, y fue hacia el pasillo. Moviéndose sin hacer ruido, avanzó por él hasta el balcón que dominaba el patio, y se asomó a mirar..., mordiéndose el labio para ahogar un grito. Claramente visible en el aire azul eléctrico de la oscuridad que precede al amanecer, en mitad del patio, había una mujer alta y pálida que vestía un camisón blanco. Su negra cabellera caía como un abanico sobre su espalda. Volvió bruscamente la cabeza para mirarle, sus rasgos de camafeo retorcidos en una ávida sonrisa, y esa sonrisa le dijo a Eliot cuanto había querido saber sobre la posibilidad de escapar. «Anda, intenta marcharte —estaba diciendo Aimée Cousineau—. Adelante, prueba. Me gustaría.» A unos cuantos metros de ella, una sombra se irguió de un salto, y Aimée se volvió en esa dirección. De repente, el patio se vio sacudido por un vendaval; un violento torbellino de aire del que ella era el tranquilo centro. Las plantas salieron volando hacia el pozo como aves de cuero; las macetas se hicieron pedazos, y los fragmentos salieron disparados hacia el Khaa. Estorbado por el paso de Michaela, y queriendo alejarse de la batalla tanto como le fuera posible, Eliot subió por la escalera hacia el dormitorio del señor Chatterji.

Fue una hora después, una hora de mirar a hurtadillas hacia el patio, observando el juego del escondite que el Khaa practicaba con Aimée Cousineau, dándose cuenta de que el Khaa les estaba protegiendo al mantenerla ocupada..., fue entonces cuando Eliot se acordó del libro. Lo recuperó del estante y empezó a pasar rápidamente las hojas, con la esperanza de enterarse de algo útil. No había nada más que hacer. Encontró el punto donde Aimée soltaba su discurso sobre su matrimonio con la Felicidad, pasó por alto la transformación de Ginny Whitcomb en un monstruo adolescente, y encontró otra parte del libro que trataba de Aimée. En 1895, un rico suizonorteamericano llamado Armand Cousineau había vuelto a Santa Berenice, su lugar de nacimiento, para una visita. Se quedó prendado de Aimée Vuillemont; su familia, cazando al vuelo esa oportunidad de librarse de ella, permitió a Cousineau que se casara con Aimée, y la mandó en barco a su casa de Carversville, New Hampshire. El gusto de Aimée por la seducción no fue domeñado por tal desplazamiento. Abogados, diáconos, comerciantes, granjeros; todos eran grano que moler en su molino. Pero en el invierno de 1905 se enamoró —apasionada y obsesivamente— de un joven maestro de escuela. Creía que aquel maestro la había salvado de su matrimonio blasfemo, y su gratitud no conoció límites. Por desgracia, tampoco los conoció su furia cuando el maestro se enamoró de otra mujer. Una noche, cuando pasaba ante la mansión Cousineau, el medico del pueblo vio a una mujer que andaba por los terrenos. «Una mujer llameante, no ardiendo sino compuesta de fuego, cada uno de sus rasgos una estructura ígnea...» Por una ventana brotaba el humo; el medico entró corriendo en la mansión, y descubrió al maestro de escuela, encadenado, ardiendo igual que un tronco en la vasta chimenea. Apagó el pequeño incendio que había logrado propagarse desde la chimenea, y cuando salió de la casa se tropezó con el cadáver calcinado de Aimée.

No estaba claro si la muerte de Aimée había sido accidental, producida por una chispa que había prendido en su camisón, o era a resultas de un suicidio; pero estaba claro que después de eso, la mansión había sido encantada por un espíritu, que se complacía en poseer a las mujeres y hacer que mataran a sus hombres. Los poderes sobrenaturales del espíritu estaban limitados por la

carne, pero eran complementados por una inmensa fuerza física. Ginny Whitcomb, por ejemplo, había matado a su hermano Tim arrancándole un brazo; luego, se había lanzado tras su otro hermano y su padre en una implacable cacería que había durado un día y una noche; mientras se hallaba en posesión de un cuerpo, el espíritu no estaba limitado a la actividad nocturna...

«¡Cristo!»

La luz que entraba por el mirador del techo era de color gris.

¡Estaban a salvo!

Eliot fue a la cama, y empezó a sacudir nuevamente a Michaela. Ella gimió, y sus ojos acabaron abriéndose en un parpadeo.

—¡Despierta! —dijo él—. ¡Tenemos que salir!

—¿Qué? —Michaela intentó apartar las manos de Eliot—. ¿De qué estás hablando?

—¿No te acuerdas?

—¿De qué? —Michaela puso los pies en el suelo, y se quedó sentada, con la cabeza gacha, aturdida por su brusco despertar; luego se levantó, osciló de un lado a otro, y dijo—: Dios, ¿qué me has hecho? Me siento...

Y en su rostro apareció una expresión mezclada de embotamiento y suspicacia.

—Tenemos que irnos. —Eliot caminó alrededor de la cama hacia donde estaba ella—. A Ranjeesh le ha tocado el gordo. Esas cajas tuyas llevaban embalado un auténtico espíritu junto con los ladrillos. La última noche intentó poseerte. —Eliot percibió su incredulidad—. Debiste perder el conocimiento. Toma. —Le ofreció el libro—. Esto te explicará...

—¡Oh, Dios! —gritó ella—. ¿Qué hiciste? ¡Me siento en carne viva!

Se apartó de él, los ojos desorbitados por el miedo.

—No hice nada.

Eliot extendió sus manos hacia ella, las palmas al descubierto, como para demostrar que no tenía armas.

—¡Me violaste! ¡Mientras estaba dormida!

Michaela miró rápidamente a derecha e izquierda, presa del pánico.

—¡Eso es ridículo!

—¡Tienes que haberme drogado o algo parecido! ¡Oh, Dios! ¡No te acerques!

—No pienso discutir contigo —dijo él—. Tenemos que salir de aquí. Después de eso, puedes acusarme de violación o de lo que sea. Pero nos marchamos, aunque deba llevarte a rastras.

Parte de la desesperación de Michaela se evaporó, y sus hombros se encorvaron.

—Mira —continuó él, acercándose a ella—, no te violé. Lo que estás sintiendo es algo que te hizo ese condenado espíritu. Era...

Michaela le dio con la rodilla en la entrepierna.

Mientras se retorció en el suelo, hecho un ovillo alrededor de su dolor, Eliot oyó abrirse la puerta y el eco de sus pisadas, alejándose. Se agarró al borde del lecho, logró ponerse de rodillas y vomitó encima de las sábanas. Luego se derrumbó de espaldas, y se quedó tendido durante varios minutos, hasta que el dolor se hubo encogido al tamaño de un potente latido, un latido que hacía sacudirse su corazón siguiendo el mismo ritmo; luego, cautelosamente, se puso en pie y salió al pasillo, arrastrando los pies. Apoyándose en la barandilla, bajó la escalera hasta la habitación de Michaela y, muy despacio, se sentó frente a ella. Dejó escapar un suspiro. Destellos actínicos ardían ante sus ojos.

—Michaela —dijo—, escúchame.

Su voz sonaba muy débil; la voz de un hombre muy, muy viejo.

—Tengo un cuchillo —dijo ella, pegada al otro lado de la puerta—. Lo usaré si intentas entrar por la fuerza.

—Yo no me preocuparía por eso —dijo él—. Y, por todos los infiernos, tampoco me preocuparía pensando en violaciones. Ahora, ¿quieres escucharme?

No obtuvo respuesta.

Se lo contó todo y, cuando hubo terminado, ella dijo:

—Estás loco. Me violaste.

—Nunca te haría daño. Yo...

Había estado a punto de explicarle que la amaba, pero decidió que quizá eso no era cierto. Probablemente, sólo deseaba poseer una verdad buena y limpia, como el amor. El dolor le provocaba nuevas nauseas, como si la mancha negra y púrpura de su hematoma estuviera infiltrándose en su estómago, y lo llenase de gases ponzoñosos. Luchó por ponerse en pie y se apoyó en la pared. Carecía de objeto discutir con ella, y no había demasiadas esperanzas de que abandonara la casa por propia voluntad, no si reaccionaba ante Aimée igual que Ginny Whitcomb. La única solución era acudir a la policía y acusarla de algún crimen. La acusaría de agresión. Ella lo haría de violación pero, con suerte, los dos serían detenidos hasta que pasara la noche. Y él tendría tiempo de mandarle un telegrama al señor Chatterji..., que le creería. El señor Chatterji era un creyente por naturaleza; sencillamente, no encajaba en su idea de la sofisticación el dar crédito a sus espíritus nativos. Vendría en el primer vuelo desde Delhi, ansioso por recoger documentación sobre el Terror.

Sintiéndose también ansioso por terminar con el asunto, Eliot bajó lentamente la escalera y avanzó cojeando por el patio; pero el Khaa le esperaba, agitando sus brazos en la habitación llena de sombras que llevaba a la calle. Tanto si era un efecto de la luz como de su batalla con Aimée o, para ser más precisos, del fuego pálido que se veía dentro de su mano, el Khaa parecía menos sustancial. Su negrura era un tanto opaca, y el aire que le rodeaba estaba borroso, como manchado, igual que se ven las olas por encima de una lente; era como si el Khaa fuera sumergido más profundamente en su propio medio ambiente. Eliot no sintió ningún resquemor ante la idea de permitir que le tocara; agradeció ese contacto, y lo relajado de su actitud pareció intensificar la comunicación. Empezó a ver imágenes en el ojo de su mente: el rostro de Michaela, el de Aimée, y luego ambos rostros quedaron superpuestos. Se le mostró todo esto una y otra vez, y a partir de ello comprendió que el Khaa deseaba que la posesión tuviera lugar. Pero no entendía el porqué. Más imágenes. Él mismo corriendo, Michaela corriendo, la plaza Durbar, la máscara del Bhairab Blanco, el Khaa. Montones de Khaas. Pequeños jeroglíficos negros. También esas imágenes fueron repetidas, y después de cada

secuencia, el Khaa alzaba su mano ante el rostro de Eliot, y enseñaba el iridiscente pedazo de fuego de Aimée. Eliot creyó comprender, pero cada vez que intentaba transmitir su inseguridad al respecto, el Khaa solamente repetía las imágenes.

Por fin, dándose cuenta de que el Khaa había llegado a los límites de su habilidad para comunicarse, Eliot se dirigió a la calle. El Khaa se derritió, cayó al suelo y se alzó de nuevo en el umbral para bloquearle el camino, y agitó sus brazos desesperadamente. Una vez más, Eliot percibió esa cualidad de viejo chiflado que había en él. Iba contra toda lógica depositar su confianza en una criatura tan errática, especialmente con un plan tan peligroso; pero la lógica no tenía mucho poder sobre él, y esta solución era permanente. Si funcionaba. Si no la había interpretado mal. Se rió. ¡Al infierno con todo!

—Tranquilo, Bongo —dijo—. Volveré tan pronto como me hayan arreglado la herramienta.

La sala de espera de la clínica de Sam Chipley estaba repleta de mujeres y niños newari, que se rieron en voz alta cuando Eliot pasó por entre ellos con su paso peculiar, las piernas bien arqueadas y arrastrando los pies. La mujer de Sam le llevó a la sala de examen, y una vez en ella, Sam, un hombre corpulento y barbudo, su larga cabellera recogida en una cola de caballo, le ayudó a subir a la mesa de curas.

—¡Mierda santa! —dijo tras haber inspeccionado la lesión—. ¿En qué te has metido, tío?

Empezó a extender ungüento sobre los cardenales.

—Un accidente —dijo Eliot, con los dientes apretados e intentando no gritar.

—Ya, apuesto a que fue eso —dijo Sam—. Quizá un accidente pequeño y sexy, que cambió de parecer cuando la cosa se puso seria. ¿Sabes, tío? Si no consigues tu ración de forma regular, puedes acabar resultando excesivamente apasionado para ciertas damas. ¿Has pensado alguna vez en ello?

—No pasó de esa forma. ¿Estoy bien?

—Ajá, pero durante una temporada no podrás hacer de supermacho. —Sam se

acercó a la pileta y se lavó las manos—. Y no me vengas con ese rollo de hacerte el inocente. Estabas intentando ligar con la nueva cosita de Chatterji, ¿verdad?

—¿La conoces?

—La traje aquí un día para presumir. Tío, esa chica es un caso mental. A tus años deberías tener más cuidado.

—¿Podré correr?

Sam se rió.

—No mucho.

—Oye, Sam... —Eliot se irguió en la mesa de curas y torció el gesto—. La dama de Chatterji... Se ha metido en un mal lío, y yo soy el único que puede ayudarla. Tengo que ser capaz de correr, y necesito algo para mantenerme despierto. No he dormido en un par de días.

—No voy a darte píldoras, Eliot. Puedes aguantar tu mono sin mi ayuda.

Sam acabó de secarse las manos y fue a sentarse en un taburete junto a la ventana; al otro lado había una pared de ladrillos, y encima de ésta, una ristra de banderolas de plegarias chasqueaba impulsada por la brisa.

—¡No te estoy pidiendo ningún cargamento de droga, maldita sea! Sólo la suficiente para mantenerme en funcionamiento esta noche. ¡Esto es importante, Sam!

Sam se rascó el cuello.

—¿En qué clase de lío está metida?

—No puedo explicártelo ahora —dijo Eliot, sabiendo que Sam se reiría ante la idea de algo tan metafísicamente sospechoso como el Khaa—. Pero lo haré mañana. No es nada ilegal. ¡Venga, hombre! Tiene que haber algo que puedas darme.

—Oh, puedo remendarte un poco. Puedo hacer que te sientas igual que el Rey Mierda en el día de la coronación. —Sam se lo pensó durante unos instantes—. De acuerdo, Eliot. Pero mañana quiero que traigas otra vez tu trasero hasta aquí, y me cuentes lo que está pasando. —Lanzó un resoplido de diversión—.

Todo cuanto puedo decir es que debe tratarse de algún lío condenadamente extraño, si tú eres el único que puede salvarla.

Tras haber mandado un telegrama al señor Chatterji, instándole a que regresara inmediatamente a casa, Eliot volvió al edificio y desatornilló las bisagras de la puerta principal. No estaba seguro de que Aimée fuera capaz de controlar la casa, de hacer que las puertas se cerraran, y las ventanas se quedasen atascadas, como había hecho con su casa en New Hampshire, pero no quería correr ningún riesgo. Cuando levantó la puerta y la apoyó en la pared de la habitación, se quedó sorprendido ante su ligereza; tuvo la sensación de estar poseído por una fuerza errática, como si fuera capaz de levantar la puerta por encima del pozo del patio y lanzarla hasta lo alto de los tejados. El cóctel de calmantes y anfetaminas estaba haciendo maravillas. Le dolía la ingle, pero el dolor era distante, muy alejado del centro de su conciencia, la que representaba una fuente de bienestar. Cuando hubo terminado con la puerta, cogió un poco de zumo de frutas en la cocina, y volvió a la habitación para esperar.

Michaela bajó la escalera a media tarde. Eliot intentó hablar con ella, convencerla de que se fuera, pero ella le advirtió que no debía acercarse, y regresó a su habitación. Luego, sobre las cinco, la mujer ardiente apareció flotando a un metro escaso del suelo del patio. El sol se había retirado al tercio superior del pozo, y su llameante silueta estaba engarzada en una sombra azul pizarra, los fuegos de su cabello danzando alrededor de su cabeza. Eliot, que había estado dándole fuerte a los tranquilizantes, se quedó deslumbrado ante ella; si fuera una alucinación, ocuparía el primer lugar de su palmarés particular de todos los tiempos. Pero incluso dándose cuenta de que no lo era, estaba demasiado drogado como para considerarla una amenaza y reaccionar debidamente ante ella. Se rió, y le arrojó un fragmento de maceta. La mujer ardiente se encogió hasta convertirse en un punto incandescente, se esfumó, y con ello consiguió hacerle entender de golpe la temeridad de su acto. Tomó más anfetaminas para contrarrestar su euforia, e hizo unos cuantos ejercicios de estiramiento para aflojar sus músculos y librarse del envaramiento que notaba en el pecho.

El crepúsculo combinaba los colores de las sombras del patio, los celebrantes desfilaban por la calle, y a lo lejos podía oír tambores y címbalos. Tuvo la sensación de estar apartado de la ciudad y la fiesta. Asustado. Ni siquiera la presencia del Khaa, medio sumergido entre las sombras que había a lo largo de la pared, servía para consolarle. Cuando ya casi había anochecido, Aimée Cousineau entró en el patio, y se detuvo a unos siete metros de él, mirándole. No sintió deseo alguno de reír o arrojarle cosas. A esta distancia, podía ver que sus ojos carecían de blanco, pupila o iris. Eran totalmente negros. En algún momento, parecían ser las abultadas cabezas de dos tornillos negros metidos en su cráneo; después, parecían perderse entre la negrura, alejándose hasta una cueva situada bajo una montaña, donde algo aguardaba para enseñar las alegrías del infierno a quien entrara por azar en ella. Eliot se acercó cautelosamente a la puerta. Pero ella se dio la vuelta, subió por la escalera hasta el segundo piso, y se alejó por el pasillo que conducía hasta el dormitorio de Michaela.

Y así empezó la nerviosa espera de Eliot.

Pasó una hora. Eliot iba y venía de la puerta al patio. Sentía la boca como si fuera de algodón; sus articulaciones parecían frágiles y quebradizas, sostenidas por delgados alambres de anfetaminas y adrenalina. ¡Esto era una locura! Lo único que había hecho era hacerles correr un peligro todavía peor. Finalmente, oyó cerrarse una puerta en el piso de arriba. Retrocedió hacia la calle, tropezando con dos chicas newari, que se rieron en voz baja y se alejaron rápidamente. Multitudes de gentes se movían hacia la plaza Durbar.

—¡Eliot!

La voz de Michaela. Había esperado la áspera voz de un demonio, y cuando ella entró en la habitación, su chal blanco reluciendo con un pálido brillo en la oscura atmósfera, se sorprendió al ver que no había cambiado. Sus rasgos no revelaban rastro alguno de nada que no fuera su habitual mezcla de aburrimiento y desinterés.

—Siento haberte hecho daño —dijo Michaela, dirigiéndose hacia él—. Sé que no me hiciste nada. Estaba trastornada por lo de la noche anterior, eso es todo.

Eliot siguió retrocediendo.

—¿Qué pasa?

Michaela se detuvo en el umbral.

Podía haber sido su imaginación o las drogas, pero Eliot habría jurado que sus ojos eran mucho más oscuros de lo normal. Trotó unos diez metros, alejándose de ella, y se volvió a mirarla.

—¡Eliot!

Era un grito de rabia y frustración, y Eliot apenas si logró creer en la rapidez con que ella se lanzó sobre él. Al principio, Eliot corrió alocadamente, saltando a los lados para evitar los choques, dejando atrás alarmados rostros de tez oscura; pero después de un par de manzanas, descubrió un ritmo más eficiente, y empezó a prever los obstáculos que tenía delante, entrando y saliendo de la multitud. A su espalda, se alzaban gritos de irritación. Miró hacia atrás. Michaela estaba acortando la distancia, e iba en línea recta hacia él, dejando tendida a la gente en el suelo con lo que parecían ser manotazos carentes del más mínimo esfuerzo. Eliot corrió más rápidamente. La multitud se hizo más espesa, y Eliot se mantuvo junto a los muros de las casas, donde no era tan densa; pero incluso allí resultaba difícil mantener un buen ritmo. Las antorchas bailaban ante su rostro; grupos de jóvenes —cantando, cogidos de los brazos— formaban barreras que le obligaban a ir todavía más despacio. Ya no podía ver a Michaela, pero podía distinguir la senda de su paso. Puños que se agitaban, cabezas moviéndose de un lado a otro. Para Eliot, toda la escena empezaba a perder su cohesión. Había gritos hechos de luz de antorcha, astillas brillantes de gritos enloquecidos, olas de incienso y basura que le golpeaban. Tuvo la sensación de ser el único pedazo de materia sólida en una sopa reluciente, que estaba siendo vertida por un conducto de piedra.

Al principio de la plaza Durbar, tuvo un fugaz atisbo de una sombra inmóvil junto a las enormes puertas doradas del templo Degutale. Era más grande que el Khaa del señor Chatterji, y su negro era más del color de la antracita; uno de los antiguos, de los poderosos. La imagen hizo renacer su confianza, y le devolvió el equilibrio. No se había equivocado al interpretar el plan. Pero sabía que ésta era la parte más peligrosa. Había perdido el rastro de Michaela, y la multitud le estaba arrastrando; si le atrapaba ahora, no podría correr. Luchando

por conseguir un poco de espacio, debatiéndose para seguir en pie, Eliot fue arrastrado hacia el complejo de los templos. Los tejados de las pagodas se alzaban en la oscuridad igual que montañas cubiertas de extrañas tallas, sus picos ocultos por una noche sin luna; los senderos adoquinados eran muy estrechos, apenas si tendrían tres metros, y la multitud se apretaba para entrar por ellos, una marea de lava humana. Por todas partes oscilaban las antorchas, que subían y bajaban, enviando salvajes lametones de sombra y luz anaranjada hacia lo alto de los muros, revelando rostros contorsionados en muecas feroces en cada techo. Encima de su pedestal, la estatua dorada de Hanuman, el dios mono, parecía balancearse a un lado y a otro. Los címbalos que entrechocaban y el arrítmico redoble de los tambores trastornaban el corazón de Eliot; el correoso gemido de los oboes parecía estar trazando las fluctuaciones de sus nervios.

Cuando pasaba junto al templo de Hanuman Ohoka, vio la máscara de estaño del Bhairab Blanco que brillaba sobre las cabezas de la multitud, como el rostro de un payaso maligno. Se encontraba a menos de treinta metros, colocada en una gran hornacina de la pared del templo, e iluminada por bombillas colgadas entre ristas de banderolas de oración. La multitud empezó a moverse más de prisa, arrastrándole primero en una dirección y luego en otra; pero logró distinguir a dos Khaa más en el umbral del Hanuman Dhoka. Los dos fluyeron hacia el suelo, esfumándose, y Eliot sintió crecer sus esperanzas. ¡Tenían que haber localizado a Michaela, tenían que estar atacándola! Cuando la multitud le hubo llevado a unos pocos metros de la máscara, estuvo seguro de que se encontraba a salvo. Ahora ya debían de haber acabado su exorcismo. El único problema que faltaba por resolver era encontrarla. Se dio cuenta de que ése había sido el eslabón débil del plan. Había sido un idiota al no tenerlo en cuenta. Era imposible saber lo que ocurriría si Michaela se desplomaba en mitad del gentío. De repente, se encontró bajo la cañería que asomaba por la boca del dios; el chorro de cerveza de arroz que brotaba de ella, formando un arco, daba la impresión de ser transparente bajo las luces, y cuando le mojó el rostro (el pez no estaba), su frialdad tuvo el efecto de quitarle el barniz de fuerza química. Estaba mareado, la ingle le latía dolorosamente. El gran rostro, con sus feroces colmillos y sus ojos cómicamente sorprendidos, parecía

estarse hinchando y oscilando atrás y adelante. Eliot tragó aire. Lo que debía hacer era encontrar un sitio cerca de una pared, donde pudiera apoyarse para no ser arrastrado por el flujo de la multitud, esperar hasta que ésta hubiera disminuido, y luego buscarla. Estaba a punto de ponerlo en práctica, cuando dos poderosas manos le cogieron los codos por detrás.

Incapaz de volverse, Eliot logró forzar su cuello y mirar por encima del hombro. Michaela le sonrió; una satisfecha sonrisa de «¡te cogí!». Sus ojos eran dos muertos óvalos de negrura. Michaela formó su nombre con los labios, su voz inaudible por entre la música y el griterío y empezó a empujarle por delante de ella, usándole como un ariete para abrirse paso por entre la muchedumbre. Para quien les observara, daría la impresión de que él se encargaba de protegerla contra los choques y obstáculos, pero los pies de Eliot no llegaban a tocar el suelo. Newaris irritados gritaban cuando él los apartaba con su cuerpo. También Eliot gritaba. Nadie se dio cuenta. Unos segundos después, habían llegado a una calle lateral, pasando por entre grupos de borrachos. La gente se reía ante los gritos que lanzaba Eliot pidiendo auxilio, y un tipo imitó su extraña forma de correr, como si tuviera los miembros del cuerpo medio sueltos.

Michaela giró por un umbral, llevándole a lo largo de un pasillo de suelo de tierra, cuyos muros habían sido tallados hasta formar paneles de imágenes; el oscuro resplandor anaranjado de las lámparas brillaba por entre los paneles, y proyectaba un encaje de sombras sobre el suelo de tierra. El pasillo se ensanchó hasta formar un pequeño patio, la madera de sus paredes oscurecida por el tiempo, y puertas cubiertas con intrincados mosaicos de marfil. Michaela se detuvo, y le estrelló contra una pared. Eliot estaba aturdido, pero reconoció el lugar como uno de los viejos templos budistas que rodeaban la plaza. Salvo por la estatua de una vaca dorada, de tamaño natural, el patio estaba vacío.

—Eliot.

Lo dijo de tal forma que resultaba más una maldición que un nombre.

Eliot abrió la boca para gritar, pero ella le atrajo hacia su cuerpo, abrazándole; la presa con que sujetaba su codo derecho se hizo más fuerte, mientras su otra mano le apretaba la nuca, extinguiendo el grito.

—No tengas miedo —dijo—. Sólo quiero besarte.

Sus pechos se aplastaron contra el torso de Eliot, su pelvis frotó la suya en una burla de la pasión y, centímetro a centímetro, Michaela le obligó a bajar el rostro hacia ella. Sus labios se abrieron y —«¡Oh, Jesucristo!»— Eliot se retorció entre sus brazos, un nuevo horror dándole fuerzas. El interior de su boca era tan negro como sus ojos. Michaela quería que él besara esa negrura, la misma que Aimée había besado bajo el Eiger. Eliot dio patadas y usó su mano libre para arañarla, pero ella era irresistible, sus manos parecían de hierro. El codo de Eliot crujió y una brillante punzada de dolor recorrió velozmente su brazo. Algo más se estaba rompiendo en su cuello. Y, aun así, nada de eso podía compararse a lo que sintió cuando su lengua —un negro atizador de fuego— se abrió paso a la fuerza por entre sus labios. Su pecho estaba a punto de reventar con la necesidad del grito, y todo estaba oscureciendo. Mientras pensaba: «Esto es la muerte», sintió un leve resentimiento al comprobar que la muerte no era el fin del dolor, como le habían enseñado a creer, y que lo único que hacía era añadir un cosquilleo a todos sus otros dolores. Entonces el calor que le abrasaba la boca disminuyó, y Eliot pensó que la muerte había sido, sencillamente, un poco más lenta de lo habitual.

Pasaron varios segundos antes de comprender que estaba tendido en el suelo; tardó un poco más antes de que se diera cuenta de que Michaela estaba tendida junto a él; y —porque la oscuridad le tapaba parte de su campo visual— pasó un tiempo considerablemente más largo antes de que distinguiera las seis tinieblas ondulantes, que habían encerrado en un anillo a la silueta de Aimée Cousineau, alzándose sobre ella. Su negrura relucía igual que una gruesa capa de vello, y el aire que las rodeaba temblaba a causa de las vibraciones. En su camión blanco, su rostro de camafeo inmóvil en una expresión de calma, Aimée parecía la antítesis de los gigantes vagamente masculinos que la amenazaban, delicada, sus rasgos finamente tallados contrastando con tosquedad. Sus ojos parecían reflejar el color negativo de ellos, igual que un espejo. Cuando hubo pasado un instante, a su alrededor se alzó un pequeño torbellino de viento. Las ondulaciones de los Khaa aumentaron y se hicieron rítmicas, movimientos de danzarines sin huesos, y el

viento se calmó. Sorprendida, Aimée pasó veloz por entre dos de ellos, y se colocó en una postura defensiva cerca de la vaca dorada; bajó la cabeza y miró a los Khaa frunciendo el ceño. Los Khaa fluyeron hacia el suelo, se deslizaron hacia adelante y, levantándose de golpe, la obligaron a acercarse todavía más a la estatua. Pero la mirada de Aimée estaba haciendo estragos. Pedazos de marfil y madera se desprendían de las paredes, volando hacia los Khaa, y uno de ellos se estaba desvaneciendo, una neblina de partículas negras acumulándose alrededor de su cuerpo; un segundo después, con un ruido muy agudo, que a Eliot le recordó el de un reactor pasando sobre su cabeza, el Khaa se desvaneció.

En el patio quedaban cinco Khaa. Aimée sonrió, y sus ojos fueron hacia otro de ellos. Pero antes de que su mirada pudiera tener efecto, los Khaa se acercaron a ella, ocultándole su imagen a Eliot; y cuando se apartaron, era Aimée quien mostraba señales de haber sufrido daño. De sus ojos fluían hilillos de negrura que formaban una telaraña sobre sus mejillas, y daba la impresión de que su rostro se estaba agrietando. Su camisón se incendió, y su cabellera empezó a moverse. Las llamas bailaron en las puntas de sus dedos, extendiéndose luego a sus brazos y su seno, y Aimée adoptó la forma de la mujer ardiente.

Tan pronto como la transformación se hubo completado, intentó encogerse, hacerse pequeña hasta llegar al punto en el que se desvanecía, pero, actuando al unísono, los Khaa alargaron sus manos y la tocaron. Se oyó de nuevo ese chillido de metal torturado, que se convirtió en un agudo zumbido y, para asombro de Eliot, los Khaa fueron absorbidos dentro de ella. El proceso fue rápido. Los Khaa se convirtieron en una neblina borrosa y, luego, en nada; venas de mármol negros recorrieron el fuego de la mujer ardiente; la negrura se fue espesando, tomando la forma de cinco diminutas figuras que parecían hechas con simples líneas, un diseño de jeroglíficos que cubría su camisón. Aimée volvió a expandirse con un feroz siseo, recobrando sus dimensiones normales, y los Khaa salieron de ella para rodearla. Por un instante permaneció inmóvil, empequeñecida; una colegiala indefensa entre un círculo de matones escolares. Después, sus manos volaron hacia el que estaba más cerca de ella. Aunque no poseía rasgos con los que expresar la emoción, a Eliot le pareció que en ese gesto había desesperación, así como en el agitado movimiento de

su llameante cabellera. Sin inquietarse, los Khaa alargaron hacia ella los enormes mitones que les servían de manos, y éstos crecieron igual que manchas de aceite, envolviéndola.

La destrucción de la mujer ardiente, Aimée Cousineau, duró sólo unos segundos, más para Eliot tuvo lugar dentro de una burbuja de tiempo lento, un tiempo en el que había logrado colocarse a tal distancia de los acontecimientos que, incluso, podía especular sobre ellos. Se preguntó si —a medida que los Khaa robaban porciones de su fuego, y lo iban cubriendo de secreciones dentro de sus cuerpos— estaban llevándose también los elementos de su alma, si Aimée consistía en fragmentos psicológicamente separados; la chica que había entrado por azar en la cueva, la chica que había regresado de ella, la amante traicionada. ¿Encarnaba distintos grados de inocencia y pecaminosidad, o era una esencia contaminada, un mal en el que no cabía ninguna fracción posible? Mientras seguía absorto en tales especulaciones, perdió el conocimiento, mitad por una reacción al dolor, mitad debido al aullido metálico de Aimée perdiendo su batalla; cuando abrió nuevamente los ojos, el patio estaba desierto. Podía oír música y gritos que llegaban de la plaza Durbar. La vaca dorada contemplaba la nada con expresión satisfecha.

Se le ocurrió que si se movía, todavía rompería más de lo que ya se había hecho añicos dentro de él; pero desplazó centímetro a centímetro su mano izquierda por encima de la tierra, y la apoyó en el pecho de Michaela. Subía y bajaba con un ritmo firme y estable. Eso le hizo feliz, y dejó su mano donde estaba, sintiendo una gran alegría ante los pequeños golpes que la vida daba contra su palma. Una sombra por encima de él. Uno de los Khaa... ¡No! Era el Khaa del señor Chatterji. Negrura opaca, un poco de fuego reluciendo en su mano. Comparado con sus hermanos mayores, tenía el mismo aspecto que un perro flaco y tristón. Eliot sintió una gran camaradería hacia él.

—Eh, Bongo —dijo con voz débil—. Hemos ganado.

Un cosquilleo en su coronilla, una nota quejumbrosa, y sintió la impresión de algo que no era gratitud —como podía haber esperado—, sino una intensa curiosidad. El cosquilleo se detuvo, y Eliot sintió de repente que se le había despejado la mente. Qué extraño. Estaba desvaneciéndose de nuevo, su

conciencia girando en un torbellino que se oscurecía; y, con todo, estaba tranquilo y no tenía miedo. De la plaza le llegó un rugido. Alguien —el alguien más afortunado de todo el valle de Katmandu—, había cogido al pez. Pero mientras los párpados de Eliot se agitaban para cerrarse, distinguió por última vez al Khaa alzándose sobre ellos, sintió el cálido latido del corazón de Michaela, y pensó que quizá la multitud no estaba vitoreando al hombre adecuado.

Tres semanas después de la noche del Bhairab Blanco, Ranjeesh Chatterji se libró de todas las posesiones mundanas (incluyendo el regalo de un año de residencia en su casa para Eliot, libre de gastos), e instaló su residencia en Swayambhunath, donde —según Sam Chipley, que visitó a Eliot en el hospital— estaba intentando ver al Buda Avalokitesvara. Fue entonces cuando Eliot comprendió la naturaleza de esa nueva claridad mental que había encontrado. Al igual que hizo mucho tiempo antes con los bocios de la mujer, el Khaa había paladeado su hábito de meditar, no lo había apreciado, y lo dejó caer en el recipiente que se encontraba más a mano: Ranjeesh Chatterjí.

Resultaba una ironía tan deliciosa que Eliot tuvo que hacer un esfuerzo para no contárselo a Michaela, cuando ella le visitó esa misma tarde; no recordaba a los Khaa, y oír hablar de ellos tendía a ponerla nerviosa. Pero, por lo demás, se había estado recuperando, igual que Eliot. Durante esas semanas, su capa de lánguida indiferencia se había ido erosionando, su capacidad para amar estaba volviendo a ella, y se enfocaba únicamente en Eliot.

—Supongo que me hacía falta alguien para demostrarme que yo merecía un esfuerzo —le dijo—. Siempre intentaré devolverte ese favor. —Le besó—. Casi no puedo esperar a que vuelvas a casa...

Le trajo libros, dulces y flores; se quedaba sentada junto a él cada día, hasta que las enfermeras la sacaban de allí, pero ser el centro de su devoción no inquietaba a Eliot. Seguía sin estar seguro de si la quería o no. Daba la impresión de que la claridad mental hacía que un hombre fuera peligrosamente versátil, volvía flexible su conciencia, e instituía dentro de él una cautelosa aproximación a todo tipo de compromisos. Al menos, ésta era la sustancia de la

claridad de Eliot. No quería apresurarse y comprometerse en nada.

Cuando por fin volvió a casa, él y Michaela hicieron el amor bajo la gloria estrellada del mirador del señor Chatterji. Dado que Eliot llevaba el cuello y el brazo enyesados, tuvieron que hacer el acto con un cuidado extremo, pero pese a ello, y a pesar de la ambivalencia de sus sentimientos para con Michaela, esta vez hicieron el amor. Después, tendido de espaldas con su brazo sano rodeándola, Eliot sintió que estaba un poco más cerca del compromiso. La amara o no, resultaba imposible mejorar esta parte de las cosas mediante algo más de emoción. Quizá pudiese intentarlo con ella. Si no funcionaba..., bueno, no iba a ser responsable de su salud mental. Tendría que aprender a vivir sin él.

—¿Feliz? —preguntó a Michaela, acariciándole el hombro.

Ella asintió, apretándose contra su cuerpo, y murmuró algo que quedó parcialmente ahogado por el susurro de la almohada. Eliot estaba seguro de no haberla entendido bien, pero la mera idea de que no fuera así bastó para hacer que entre sus omóplatos sintiera alojarse una pepita de hielo.

—¿Qué has dicho? —le preguntó.

Ella se volvió hacia él y se medio incorporó, apoyándose en un codo, silueteada por la luz de las estrellas, sus rasgos en la oscuridad. Pero cuando habló, Eliot se dio cuenta de que el Khaa del señor Chatterji había sido fiel a sus erráticas tradiciones en la noche del Bhairab Blanco; y supo que si ella ladeaba su cabeza de forma casi imperceptible, y dejaba que la luz brillara sobre sus ojos, sería capaz de encontrar una solución a todas sus especulaciones sobre la composición del alma de Aimée Cousineau.

—Estoy casada con la Felicidad —dijo ella.

El Salvador

Dantzler recibió su bautismo de fuego tres semanas antes de que destruyeran Tecolutla. El pelotón estaba cruzando una pradera situada al pie de un volcán verde esmeralda y Dantzler, que era más bien distraído por naturaleza, iba algo separado del resto, y golpeaba las hierbas con el cañón de su rifle, pensando en que este paisaje elemental de un cono perfecto que se alzaba hacia el cielo sin nubes habría podido ser dibujado por los rotuladores de un párvulo, cuando en la cuesta se oyeron ruidos de armas. Alguien gritó pidiendo que viniera el médico y Dantzler se tiró al suelo, buscando a tientas sus ampollas. Sacó una del aparato y la rompió bajo su nariz, inhalando frenéticamente; después, por si acaso, rompió otra —«Una ración doble de artes marciales», como diría DT—, y se quedó tendido con la cabeza gacha hasta que las drogas hubieron obrado su magia. Tenía tierra en la boca, y estaba muy asustado.

Poco a poco sus brazos y piernas perdieron la pesadez y su corazón latió más despacio. Su visión se agudizó hasta tal punto que podía ver no sólo los alfilerazos de fuego que florecían en la pendiente, sino también las figuras que había tras ellos, medio ocultas por la espesura. Una burbuja de ira fue hinchándose en su cerebro, se endureció hasta convertirse en una implacable resolución y Dantzler empezó a moverse hacia el volcán. Cuando llegó a la base del cono todo él era rabia y reflejos. Pasó los cuarenta minutos siguientes haciendo acrobacias por entre los matorrales, rociando las sombras con salvas de su M-18; y, aun así, una parte de su cerebro permaneció distanciada de la acción, maravillándose ante su eficiencia, ante el entusiasmo de historieta que sentía hacia su tarea de matar. Cada vez que disparaba contra un hombre gritaba ferozmente, y les disparaba muchas más veces de las necesarias, igual que un niño que juega a ser soldado.

—¿Jugar? ¡Y una mierda! —habría dicho DT—. Estás actuando con naturalidad, eso es todo.

DT creía firmemente en las ampollas; aunque la posición oficial era que contenían compuestos de ARN manipulados y pseudoendorfinas modificadas para que se pudieran inhalar, DT sostenía que revelaban la auténtica naturaleza interior de un hombre. DT era un negro enorme, con los brazos

musculosos y rasgos toscos, y había venido a las Fuerzas Especiales directamente de la prisión, donde cumplió condena por intento de asesinato; las palmas de sus manos estaban cubiertas con los tatuajes de la cárcel: un pentagrama y un monstruo cornudo. En su casco llevaba pintadas las palabras MUERE FLIPADO. Era su segundo servicio en El Salvador y Moody, el mejor amigo de Dantzler, decía que DT tenía el cerebro hecho papilla por las drogas, que estaba loco y que no tenía remedio.

—Colecciona trofeos —le había dicho Moody—. Y no sólo orejas, como hacían en Vietnam.

Y cuando Dantzler logró echarle por fin una ojeada a los trofeos se quedó asombrado. DT los llevaba en su mochila, en una cajita de latón, y eran casi irreconocibles: parecían orquídeas marrones, marchitas y arrugadas. Pero a pesar de su repugnancia, y pese al hecho de que le tenía miedo a DT, admiró su capacidad de supervivencia y había seguido de todo corazón su consejo de que confiara en las drogas.

Cuando bajaron por la pendiente descubrieron un herido, un chaval indio que tendría la edad de Dantzler, diecinueve o veinte años. Pelo negro, piel de adobe y ojos castaños medio ocultos por los párpados. Dantzler, cuyo padre era antropólogo y había hecho ciertos trabajos de campo en El Salvador, pensó que sería de la tribu santa Ana; antes de abandonar Estados Unidos había estado examinando las anotaciones de su padre con la esperanza de que eso le ayudaría un poco en el futuro, y aprendió a identificar los varios tipos regionales. El chico tenía una pequeña herida en la pierna, y llevaba pantalones de soldado y una sucia camiseta en la que aún podía leerse COCA-COLA AYUDA A VIVIR. La camiseta irritó terriblemente a DT.

—¿Qué diablos sabes tú de la Coca-Cola? —le preguntó al chico mientras iban hacia el helicóptero que les internaría todavía más en la provincia de Morazán—. ¿Te estás haciendo el gracioso o qué? —Golpeó la espalda del chico con la culata de su rifle, y cuando llegaron al helicóptero le metió dentro e hizo que se sentara junto a la puerta. Después tomó asiento junto a él, sacó un porro de un paquete de Kools y preguntó—: ¿Dónde está Infante?

—Muerto —dijo el medico.

—¡Mierda! —DT lamió el porro para que ardiera todo por un igual—. Este maldito frijolero no servirá de nada a menos que alguien más conozca el castellano.

—Yo lo hablo un poco —se ofreció Dantzler.

DT le miró y las pupilas de sus ojos se vaciaron de toda expresión, como si no pudiera enfocarlas.

—No —dijo—. Tú no sabes castellano.

Dantzler bajó la cabeza para esquivar la mirada de DT y no dijo nada; creía comprender a qué se refería DT, pero pensó que lo mejor sería esquivar también esa comprensión. El helicóptero emprendió el vuelo, y DT encendió su porro. Dejó que el humo saliera por sus fosas nasales y se lo pasó al chico, que lo aceptó agradecido.

—¡Qué sabor! —dijo exhalando una nube de humo; sonrió y movió la cabeza, queriendo mostrarse amistoso.

Dantzler volvió su mirada hacia la puerta abierta. Volaban bajo por entre las colinas, y contemplar las profundas bahías de sombra que había hundidas en sus pliegues sirvió para eliminar los últimos residuos de la droga, dejándole cansado y confuso.

—¡Eh, Dantzler! —DT tuvo que gritar para hacerse oír por encima del ruido de los rotores—. ¡Pregúntale cuál es su nombre!

El chico tenía los párpados medio entornados a causa del porro, pero al oírle hablar en castellano pareció animarse; pese a ello, meneó la cabeza, negándose a responder. Dantzler sonrió y le dijo que no tuviera miedo.

—Ricardo Quu —dijo el chico.

—¡Kool!² —dijo DT con falsa jovialidad—. ¡Ésa es mi marca, sí, señor!

Le ofreció su paquete al chico.

—No, gracias.

El chico agitó el porro y sonrió.

—Este tipo se llama igual que un maldito cigarrillo —dijo DT despectivamente, como si aquello fuera el colmo de la estupidez.

Dantzler le preguntó al chico si había más soldados cerca y, una vez más, no recibió contestación alguna; pero el chico pareció notar que Dantzler era un alma gemela y se inclinó hacia él para hablarle con voz nerviosa, diciendo que el nombre de su aldea era Santander Jiménez, que su padre —vaciló unos segundos— era un hombre de gran poder. Preguntó adónde le llevaban. Dantzler le devolvió una mirada pétrea e impasible. Descubrió que le resultaba muy fácil rechazar al chico, y más tarde se dio cuenta de que eso se debía a que ya no le consideraba como alguien con quien pudiese contar.

DT entrelazó las manos detrás de la cabeza y empezó a cantar, una melodía carente de palabras. Tenía una voz discordante, apenas audible por encima del ruido de los rotores; pero la melodía resultaba familiar, y Dantzler no tardó en identificarla. El tema principal de *Star Trek*. Le hizo acordarse de cuando veía la televisión con su hermana, riéndose de aquellos alienígenas hechos con muy poco presupuesto y del falso acento escocés que utilizaba Scotty, el mecánico. Volvió a mirar hacia la puerta. El sol se encontraba detrás de las colinas, y las laderas eran borrosos manchones de humo verde oscuro. ¡Oh, Dios, quería estar en casa, en cualquier sitio que no fuera El Salvador! Un par de tipos se unieron al canturreo apremiados por DT, y a medida que el volumen sonoro aumentaba Dantzler se sintió invadido por una oleada de emoción. Estaba casi al borde del llanto, mientras recordaba sabores e imágenes: cómo olía Jeanine, su chica, tan limpia y fresca, que no apestaba a sudor y a perfume como las putas de Ilopango, encontrando toda esa sustancia en la banal piedra de toque de su cultura y las ilusiones de esas laderas que pasaban a toda velocidad. Entonces Moody, que estaba sentado junto a él, se envaró y Dantzler alzó la vista para descubrir el porqué.

La penumbra del vientre del helicóptero hacía que DT resultara tan borroso y carente de rasgos como las colinas: una negra presencia que les gobernaba, más el líder de un grupo de brujos que el jefe de un pelotón. Los otros dos tipos estaban cantando a pleno pulmón, e incluso el chico parecía participar de la fiesta. «¡Música!», dijo en un momento dado, sonriéndole a todo el mundo, intentando aventar la llama de los buenos sentimientos y la amistad. Empezó a balancearse siguiendo el ritmo y de vez en cuando probaba suerte con algún que otro «la-la». Pero nadie más estaba respondiendo a todo eso.

El canturreo se detuvo, y Dantzler vio que todo el pelotón miraba al chico, con sus rasgos que mostraban una flácida expresión de abatimiento.

—¡El espacio! —gritó DT, dándole un empujoncito al chico—. ¡La última frontera!

El chico cayó por el hueco de la puerta con la sonrisa aún en los labios. DT se asomó para mirarle; unos segundos después golpeó el suelo con la palma de la mano y volvió a sentarse, sonriendo. Dantzler sintió deseos de gritar: el horror estúpido de la broma era lo más opuesto posible a la extraña languidez de su nostalgia. Miró a los demás para ver cuáles eran sus reacciones. Todos estaban sentados con la cabeza gacha, los dedos moviéndose nerviosamente sobre las armas y las correas de sus mochilas, observando los cordones de sus botas y, al verlo, se apresuró a imitarles.

La provincia de Morazán era tierra de fantasmas y horrores. Los fantasmas de los Santa Ana. Había informes sobre bandadas de pájaros que atacaban patrullas; animales que aparecían en el perímetro de los campamentos y se desvanecían cuando se les disparaba; todos los que se arriesgaban a entrar allí se veían acosados por sueños obsesivos. Dantzler no fue testigo de ninguna conducta extraña por parte de pájaros o animales, pero sí empezó a verse perseguido por un sueño. En ese sueño, el chico que DT había matado caía dando volteretas a través de una niebla dorada, con su camiseta bien visible contra el vaporoso telón de fondo de las nubes, y algunas veces una voz retumbaba por entre la niebla, diciendo: «Estás matando a mi hijo». «No, no —contestaba Dantzler—, no he sido yo y, además, ya estaba muerto.» Y después despertaba, cubierto de sudor, y buscaba ciegamente su rifle, el corazón latiendo desbocado.

Pero el sueño no era un terror demasiado importante y Dantzler no le asignó ningún significado especial. El paisaje era mucho más aterrador. Riscos cubiertos de pinos que se recortaban contra el cielo como mechones de cabellos electrizados; pequeños senderos que serpenteaban en la espesura y acababan desapareciendo, como si aquello hacia lo que conducían hubiera sido quitado de allí por arte de magia; grises rostros de piedra a través de los

cuales se veían obligados a caminar, terriblemente expuestos a cualquier emboscada. Había una innumerable cantidad de trampas colocadas por la guerrilla, y perdieron varios hombres en aludes y desprendimientos de rocas. Era el lugar más vacío y desnudo que Dantzler recordaba en toda su experiencia. No había gente ni animales, sólo unos cuantos halcones que trazaban círculos por entre la soledad de los riscos. De vez en cuando encontraban túneles y los hacían volar con las nuevas granadas de gas; el gas prendía fuego a las ricas concentraciones de hidrocarburos y mandaba una oleada de llamas por todo el sistema de túneles. DT elogiaba a quien hubiese descubierto el túnel y después calculaba en voz alta cuántos frijoleros había convertido en «sofrito». Pero Dantzler sabía que estaba atravesando la nada, pura y simplemente, y quemando agujeros vacíos, Viajaron por las montañas días y días, debilitándose a causa del calor, recorriendo siete, ocho, incluso diez kilómetros por senderos tan empinados que en muchas ocasiones los pies del tipo que iba delante se encontraban al mismo nivel que tu cara; por las noches hacía frío y la oscuridad era absoluta, con un silencio tan profundo que Dantzler imaginaba poder oír el gran zumbido vibratorio de la tierra. Podían haber estado en cualquier sitio, o en ninguno. Su miedo era alimentado por el aislamiento, y el único remedio estaba en las «artes marciales».

Dantzler se acostumbró a tomarse las ampollas sin necesitar la excusa del combate. Moody le advirtió que no abusara de las drogas, citándole rumores sobre los desagradables efectos colaterales y recordándole la locura de DT; pero incluso él estaba usándolas cada vez más frecuentemente. Durante el entrenamiento básico, el instructor de Dantzler les había dicho a los reclutas que sólo las Fuerzas Especiales podían disponer de las drogas y que su uso era algo opcional; pero en la última guerra se habían producido demasiados casos de mal comportamiento en el campo de batalla, y las drogas estaban concebidas para evitar que eso volviera a suceder.

—Esos cagados de la infantería sí que deberían tomarlas —había dicho el instructor—. Pero vosotros, bastardos, ya sois lo bastante valientes sin ellas. Sois asesinos natos, ¿verdad que sí?

—¡Sí, señor! —habían gritado ellos.

—¿Qué sois?

—¡Asesinos natos, señor!

Pero Dantzler no había nacido siendo un asesino; ni tan siquiera tenía demasiado claro cómo había llegado a ser reclutado, y todavía tenía menos claro cómo habían acabado manipulándole para que entrara en las Fuerzas Especiales, y había aprendido que en El Salvador nada era opcional, con la posible excepción de la vida misma.

El pelotón tenía que encargarse del reconocimiento y la limpieza del terreno. Junto con otros pelotones de las Fuerzas Especiales, debían hacer que Morazán fuera terreno seguro antes de la invasión de Nicaragua; y, sobre todo, debían llegar hasta la aldea de Tecolutla, donde se había localizado recientemente a una patrulla sandinista, y luego tenían que unirse al Primero de Infantería y tomar parte en la ofensiva contra León, una capital de provincias que se encontraba justo al otro lado de la frontera nicaragüense. Dantzler y Moody solían caminar el uno al lado del otro y hablaban frecuentemente de la ofensiva, de lo agradable que sería encontrarse en terreno llano; de vez en cuando hablaban de la posibilidad de informar sobre la conducta de DT y, en una ocasión, después de que les hubiera hecho avanzar toda una noche a marchas forzadas, jugaron con la idea de matarle. Pero la mayor parte de las veces discutían sobre las costumbres de los indios y la tierra, dado que eso era lo que les había convertido en amigos.

Moody era delgado, con la cara llena de pecas y el cabello rojizo: sus ojos tenían esa «mirada de los quinientos metros», producto de haber estado demasiado tiempo en la guerra. Dantzler había visto vagabundos alcoholizados con esos mismos ojos vacuos y carentes de brillo. El padre de Moody había estado en Vietnam, y Moody decía que allí había sido peor que en El Salvador porque no había existido ningún auténtico deseo de vencer, ningún compromiso; pero él pensaba que Nicaragua y Guatemala podían ser lo peor de todo, especialmente si los cubanos acababan enviando sus tropas, tal y cómo habían amenazado con hacer. Moody era muy hábil localizando túneles y detectando trampas, y ésa era la razón de que Dantzler hubiese cultivado su amistad. Moody, que en esencia era un solitario, había resistido todos sus

avances hasta enterarse de qué hacía el padre de Dantzler; después de aquello se hizo muy amigo suyo y quiso conocer cuanto contenían sus anotaciones, creyendo que quizá pudieran ayudarle a sobrevivir.

—Creen que la tierra tiene rasgos de animal —dijo Dantzler un día mientras trepaban por un risco—. Igual que ciertas clases de peces parecen plantas o copian el fondo del mar, partes de la tierra parecen llanuras o junglas..., lo que sea. Pero cuando entras en ellas descubres que has entrado en el mundo espiritual, el mundo de los *Sukias*.

—¿Qué son los Sukias? —preguntó Moody.

—Magos.

Dantzler oyó partirse una ramita a su espalda y giró en redondo, quitando el seguro de su rifle. No era más que Hodge, un chico larguirucho con una incipiente tripa repleta de cerveza. Hodge contempló a Dantzler con ojos inexpresivos y rompió una ampolla.

Moody emitió un leve sonido de incredulidad.

—Si tienen magos, ¿por qué no están ganando? ¿Por qué no nos hacen caer de los riscos con sus rayos mágicos?

—No es asunto suyo —dijo Dantzler—. Creen que no han de mezclarse en los problemas del mundo, a menos que les afecten directamente. De todos formas, esos sitios, los sitios que parecen tierra normal pero que no lo son, a esos lugares les llaman... —No logró acordarse del nombre—. Aya algo. No puedo recordarlo. Pero tienen leyes distintas. Ahí es donde va a morir tu espíritu después de que lo haya hecho tu cuerpo.

—¿No van al cielo?

—No. Lo único que pasa es que tu espíritu necesita más tiempo para morir y por eso se va a uno de aquellos sitios que se encuentran situados entre el todo y la nada.

—La nada —dijo Moody con expresión desconsolada, como si acabara de perder todas sus esperanzas en la otra vida—. Pues tener espíritus y no tener cielo carece de sentido...

—Eh... —dijo Dantzler, tensando los músculos cuando el viento hizo susurrar las ramas de los pinos—. No son más que un montón de condenados salvajes primitivos. ¿Sabes cuál es su bebida sagrada? ¡El chocolate caliente! Mi viejo estuvo de invitado en uno de sus funerales y dijo que llevaban tazas de chocolate caliente en la punta de esas torrecitas rojas, y actuaban igual que si beberlo fuera a hacerles despertar de esta vida y conocer todos los secretos del universo. —Se rió, e incluso él pensó que la carcajada sonaba frágil y hueca, la risa de un psicópata—. ¿Y tú piensas preocuparte por unos idiotas convencidos de que el chocolate es agua bendita?

—Quizá es que les gusta —dijo Moody—. Puede que la muerte de alguien les dé una excusa para beberlo.

Pero Dantzler ya no estaba escuchándole. Un momento antes, cuando salieron de entre los pinos para llegar hasta el punto más alto del risco, una escarpadura de piedra abierta a todos los vientos que proporcionaba un gran panorama de montañas y valles extendiéndose hacia el horizonte, había roto una ampolla. Se sintió tan fuerte, tan lleno de un justo propósito y una furia controlada, que le pareció estar solo, con el cielo a su alrededor, y pensó que seguía subiendo, preparándose para combatir contra los mismos dioses.

Tecolutla era una aldea de piedra encalada metida en el hueco que dejaban dos colinas. Vistas desde arriba, las casas, con sus ventanas y portales ennegrecidos por las sombras, tenían el mismo aspecto que los dados de una mala jugada. Las calles iban monte arriba y abajo, rodeando los peñascos. Las pendientes estaban salpicadas de buganvillas e hibiscos, y en las manos abruptas había campos arados. Cuando llegaron a él era un sitio agradable y pacífico, y después de que se marcharan volvió a quedar en paz, pero ya nunca más sería agradable. Los informes sobre los sandinistas resultaron ser ciertos, y aunque se trataba de heridos a los que habían dejado atrás para que se recuperasen DT decidió que su presencia exigía medidas serias. Gas fu, granadas de fragmentación, etc. Estuvo disparando un M-60 hasta que se le derretió el canon, y después se encargó del lanzallamas. Más tarde, mientras descansaban en el risco siguiente, agotados y cubiertos de hollín y polvo, tras haber pedido un helicóptero de aprovisionamiento por la radio, no lograba olvidar hasta qué punto una de las casas que había incendiado se parecía a un

malvavisco asado en una hoguera.

—¿Verdad que era exactamente igual, tío? —preguntaba, yendo y viniendo ante la hilera de hombres.

No le importaba que estuvieran de acuerdo en lo de la casa o no; les estaba haciendo una pregunta más profunda, una pregunta concerniente a la ética de sus actos.

—Sí —dijo Dantzler, obligándose a sonreír—. Desde luego que sí.

DT soltó una mezcla de risa y gruñido.

—Sabes que tengo razón, ¿verdad, tío?

El sol colgaba directamente detrás de su cabeza, una corona de oro circundando un óvalo dorado, y Dantzler no lograba apartar los ojos de él. Se encontraba bastante débil, y cada vez lo estaba más, como si hebras de sí mismo estuvieran desprendiéndose para ser absorbidas en la negrura. Antes del combate había roto tres ampollas, y su experiencia de Tecolutla había sido una especie de loca danza giratoria a través de las calles, disparando salvas erráticas que parecían escribir nombres extraños en las paredes. El jefe de los Sandinistas había llevado una máscara, un rostro gris con un agujero sorprendido por boca y círculos rosados alrededor de los ojos. Un rostro de fantasma. Dantzler tuvo miedo de la máscara y le metió una bala detrás de otra. Después, al marcharse de la aldea, había visto a una niña inmóvil junto al cascarón quemado de la última casa, observándoles, el harapo incoloro que llevaba por vestido revoloteando impulsado por la brisa. La niña era una víctima de esa enfermedad causada por la desnutrición, la que te volvía blanco el cabello y hacía palidecer la piel, la que te dejaba algo retrasado. No lograba recordar el nombre de la enfermedad —cosas como los nombres estaban empezando a escapársele—, y tampoco podía creer que nadie hubiera sobrevivido, así que por un momento pensó que era el espíritu de la aldea y que había venido para señalarles el camino.

Eso era cuanto podía recordar de Tecolutla, cuanto quería recordar. Pero sabía que se portó como un valiente.

Cuatro días después se encontraron avanzando hacia la jungla. No estaban en la época de lluvias, pero con lluvias o sin ellas esos picachos siempre se hallaban cubiertos por un sudario de nubes entre negras y grises. Las nubes eran atravesadas por los feos destellos del rayo y eso daba la impresión de que bajo ellas había ocultos letreros de neón averiados, publicidades del mal. Todo el mundo estaba nervioso y Jerry LeDoux, un chico cajun delgado y de pelo negro, se negó lisa y llanamente a meterse por ahí.

—No es razonable —dijo—. Es mejor ir por los pasos.

—¡Tío, estamos haciendo un reconocimiento! ¿Crees que los frijoleros estarán esperando en los pasos, mientras agitan sus banderas blancas? —DT puso su rifle en posición de disparo y apuntó a LeDoux con él—. Vamos, hombre de Luisiana. Rompe unas cuantas ampollas y te sentirás distinto.

Y DT le fue hablando mientras que LeDoux rompía las ampollas bajo su nariz.

—Míralo de esta forma, tío. Esta es tu gran aventura. Ahí arriba todo será como esos programas de la tele en que salen animales salvajes. El reino exótico, lo desconocido. Puede que sea como Marte o algo parecido. Monstruos y toda esa mierda, con grandes ojos rojizos o tentáculos. ¿Quieres perderte todo eso, tío? ¿Quieres perderte ser el primer capullo que llegue a Marte?

LeDoux no tardó nada en estar dispuesto a seguir, riéndose como un idiota del discurso que había soltado DT.

Moody mantuvo la boca cerrada, pero puso el dedo sobre el seguro de su rifle y clavó los ojos en la espalda de DT. Pero cuando DT se revolvió a mirarle se relajó. Después de lo ocurrido en Tecolutla se había vuelto taciturno, y en sus ojos parecía haber un continuo movimiento de luces y sombras, como si algo correteara velozmente de un lado para otro detrás de ellos. Había adquirido la costumbre de llevar hojas de plátano en la cabeza, y las colocaba bajo su casco de tal forma que los extremos asomaban por los lados igual que una extraña cabellera verde. Decía que eso era camuflaje, pero Dantzler estaba seguro de que indicaba cierto propósito secreto e irracional. Naturalmente, DT había percibido la erosión espiritual de Moody, y cuando se preparaban para seguir avanzando llamó a Dantzler.

—Ha encontrado un sitio dentro de su cabeza, un sitio que le resulta agradable

—dijo DT—. Está intentando enroscarse dentro de ese sitio y en cuanto lo haya conseguido ya no será responsable de sus actos. No le quites la vista de encima.

Dantzler farfulló un vago asentimiento, pero la idea no le hacía ninguna gracia.

—Mira, tío, ya sé que eres su amigo, pero eso no quiere decir una puta mierda. No, tal y como están las cosas. Mira, personalmente tú me importas un carajo. Pero soy tu compañero de armas y eso es algo en lo que puedes confiar... ¿Entiendes?

Y, para vergüenza suya, Dantzler lo entendía.

Tenían planeado cruzar la jungla antes del anochecer, pero habían subestimado las dificultades. Bajo las nubes se ocultaba una vegetación exuberante —gruesas hojas repletas de savia que se aplastaban bajo los pies, enredadas masas de lianas, árboles con la corteza pálida y resbaladiza y hojas céreas—, y la visibilidad quedaba limitada a unos cuatro metros de distancia. Los hombres eran espectros grises que atravesaban un espacio gris. Las borrosas formas del follaje le recordaban a Dantzler letras caprichosamente adornadas por el grabador, y durante un tiempo se distrajo con la idea de que estaban caminando por entre las frases a medio formar de una constitución todavía no manifestada en la tierra. Acabaron saliéndose del camino, perdiéndolo sin remedio, cubiertos por velos de telarañas y empapados por súbitos diluvios que caían de lo alto; sus voces sonaban extrañamente ahogadas, y los finales de cada palabra quedaban engullidos en el silencio. Después de siete horas así, DT, a regañadientes, dio la orden de acampar. Colocaron lámparas eléctricas alrededor del perímetro para poder ver en qué lugar colgaban las hamacas de la jungla; el haz luminoso revelaba la humedad del aire, atravesando la oscuridad con cuchillos enjoyados. Todos hablaban en voz baja, alarmados por aquella atmósfera fantasmagórica. Cuando hubieron terminado con las hamacas, DT apostó cuatro centinelas: Moody, LeDoux, Dantzler y él mismo. Después apagaron las lámparas. La oscuridad se hizo completa y se escucharon plips y plops, todo el espectro de sonidos que puede hacer un líquido al caer. Los oídos de Dantzler acabaron convirtiendo aquellos sonidos en un lenguaje confuso y balbuceante. Imaginó minúsculos demonios

de los Santa Ana conversando a su alrededor, y rompió dos ampollas para contener la paranoia. Después siguió rompiéndolas, intentando limitarse a una cada media hora; pero estaba inquieto, no sabía hacia dónde apuntar su rifle en la oscuridad, y excedió su límite. Pronto empezó a percibir luz y supuso que habría pasado más tiempo del que creía. Eso era algo que ocurría frecuentemente con las ampollas: era fácil perderse en aquel estado de extrema alerta, en la riqueza de percepciones y detalles disponible para la nueva agudeza de los sentidos. Pero al comprobar su reloj vio que sólo pasaban unos minutos de las dos. Su sistema estaba demasiado inundado de drogas para permitirle el pánico, pero Dantzler empezó a mover la cabeza de un lado para otro en pequeños y rígidos arcos, intentando determinar cuál era la fuente de aquella claridad. No parecía haber una sola fuente; sencillamente, filamentos de la nube estaban empezando a brillar, proyectando un difuso resplandor dorado, como si fueran elementos de un sistema nervioso que hubiera cobrado vida. Abrió la boca para gritar, pero se contuvo. Los otros tenían que haber visto la luz y, sin embargo, no habían gritado. Se tumbó y pegó el vientre al suelo, con el rifle apuntando hacia fuera del campamento.

Bañada en la niebla dorada, la jungla había adquirido una belleza alquímica. Cuentas de agua relucían con el resplandor de gemas; las hojas, la corteza y las lianas se habían cubierto de oro. Cada superficie emitía irisaciones luminosas..., todo salvo un punto de negrura suspendido entre dos troncos, un punto cuyo tamaño aumentaba gradualmente. A medida que iba hinchándose en su campo visual, Dantzler se dio cuenta de que tenía la forma de un pájaro moviendo las alas, volando hacia él desde una distancia inconcebible: inconcebible porque la densa vegetación no te permitía ver muy lejos en línea recta y, sin embargo, el tamaño del pájaro estaba creciendo con tal lentitud que debía venir desde muy lejos en línea recta y, sin embargo, el tamaño del pájaro estaba creciendo con tal lentitud que debía venir desde lejos. Vio que realmente no estaba volando; era más bien como si la jungla estuviera pintada sobre un pedazo de papel, como si alguien estuviese sosteniendo un fósforo encendido detrás de él y quemando el papel, abriendo un agujero, un agujero que mantenía la forma de un pájaro a medida que iba haciéndose mayor. Dantzler estaba paralizado, incapaz de reaccionar. El pájaro llegó a ocultar la

mitad de la neblina luminosa y su inmenso tamaño dejó a Dantzler convertido en una mota, pero ni tan siquiera entonces pudo moverse o apretar el gatillo. Tuvo la sensación de que era transportado a una velocidad increíble, y le fue imposible seguir oyendo el gotear de la jungla.

—¡Moody! —gritó—. ¡DT!

Pero la voz que le respondió no pertenecía a ninguno de los dos. Era ronca y áspera, una voz que brotaba de toda la negrura que le rodeaba, y Dantzler la reconoció como la voz de aquel sueño que había tenido una y otra vez.

—Estás matando a mi hijo —decía la voz—. Te he traído hasta aquí, a este ayahuamaco, para poder juzgarte.

Dantzler supo en lo más profundo de su ser que la voz pertenecía al *Sukia* de la aldea Santander Jiménez. Quiso ofrecerle una negativa, explicar su inocencia, pero cuanto logró decir fue «No». Lo hizo con una voz cargada de lágrimas, sin ninguna esperanza, su frente apoyada en el cañón del rifle. Un instante después su mente se retorció salvajemente y su yo de soldado recuperó el control. Sacó una ampolla de su aparato y la rompió.

La voz se rió: una carcajada maléfica y demoníaca cuyas vibraciones hicieron estremecerse a Dantzler. Abrió fuego con el rifle, lanzando chorros de proyectiles por todas partes. En la negrura aparecieron filigranas de agujeros dorados, y zarcillos de niebla se enroscaron a través de ellos. Dantzler siguió disparando hasta que la negrura se hizo pedazos y esos pedazos se derrumbaron ante él. Lentamente. Como astillas de vidrio negro cayendo a través del agua. Vacío su rifle y se arrojó de bruces al suelo, protegiéndose la cabeza con los brazos, esperando ser cortado en rebanadas; pero nada le tocó. Y, pasado un tiempo, miró por entre sus brazos; después —asombrado, porque la jungla se había vuelto de un lustroso color amarillo—, se puso de rodillas. Se arañó la mano en una de las grandes hojas que había aplastado con su cuerpo y la sangre brotó de la herida. Las fibras de la hoja rota eran tan rígidas y cortantes como alambres. Dantzler se levantó, un tembloroso hilillo de histeria manando de lo más hondo de su alma. La jungla había desaparecido y en su lugar se alzaba un edificio de oro sólido que se parecía a una jungla, el tipo de juguete caprichoso que podría haber fabricado para el niño de un

emperador. Techo de hojas doradas, columnas de esbeltos troncos de oro, alfombras de hierba dorada. Las cuentas de agua eran diamantes. Todo aquel brillo y aquella luminosidad calmaron su aprensión; estaba viendo algo surgido de un mito, un hábitat para princesas, hechiceras y dragones. Casi sonriendo, Dantzler se volvió hacia el campamento para ver cómo estaban reaccionando los otros.

Una vez, cuando tenía nueve años, se metió a hurtadillas en el desván para hurgar en las cajas y baúles, y encontró un viejo ejemplar de *Los viajes de Gulliver* encuadernado en piel. Le habían enseñado a considerar que los libros viejos eran un tesoro, así que lo abrió ansiosamente para ver las ilustraciones, y descubrió que el centro de cada página había sido roído y que allí, en pleno corazón del relato, había un nido de larvas. Criaturas pulposas, horribles. Había sido una visión espantosa, pero también fue una experiencia única, y de no haber sido por la aparición de su padre, Dantzler habría podido quedarse allí sin moverse, estudiando durante un tiempo muy largo a esos fragmentos de vida que se arrastraban lentamente. Ahora tenía ante él una imagen semejante, una imagen que le dejó confuso y paralizado.

Muertos. Todos estaban muertos. Tendría que habérselo imaginado; cuando disparó su rifle no había pensado en ellos. Los proyectiles les golpearon cuando luchaban por levantarse de sus hamacas y, como resultado, colgaban medio dentro y medio fuera de ellas, los miembros flácidos, la sangre formando charcos bajo sus cuerpos. Los velos de niebla dorada les hacían parecer criaturas oscuras y misteriosas, seres deformados, como si fuesen monstruos a los que habían matado cuando emergían de sus capullos. Dantzler no lograba dejar de mirarlos, pero apenas si podía creer lo que veía. No era culpa suya. Aquella idea se entrometía continuamente en el confuso flujo de otros pensamientos menos aceptables; y, si había de ser sincero, deseaba que acabara imponiéndose a las demás ideas para aliviar el horror y el asco que empezaba a sentir.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a su espalda la voz de una chica.

Estaba sentada en una piedra a unos seis metros de distancia. Su cabello era oro pálido, su piel un poco más clara, y su vestido estaba hábilmente hecho de

niebla. Sólo sus ojos eran reales. Ojos castaños, medio velados por los párpados: los ojos no encajaban con el resto de su rostro, que tenía la fresca y sencilla belleza de una adolescente norteamericana.

—No tengas miedo —dijo la chica, y dio una palmadita en el suelo, invitándole a tomar asiento junto a ella.

Dantzler reconoció los ojos, pero no importaba. Necesitaba desesperadamente todo el consuelo que la joven pudiese ofrecerle; fue hacia la piedra y tomó asiento junto a la chica. Ésta dejó que apoyara la cabeza sobre su muslo.

—¿Cómo te llamas? —repitió.

—Dantzler —dijo él—. John Dantzler. —Y después añadió—: Soy de Boston. Mi padre es... —Hablarle de la antropología sería demasiado difícil—. Es maestro.

—¿Hay muchos soldados en Boston?

La joven acarició su mejilla con un dedo dorado.

La caricia hizo que Dantzler se sintiera muy feliz.

—Oh, no —dijo—. Apenas saben que hay una guerra.

—¿Es cierto eso? —le preguntó ella con incredulidad.

—Bueno, saben que hay una guerra, pero para ellos no es más que una noticia vista en la televisión. Tienen problemas más acuciantes. Sus trabajos, sus familias.

—Cuando vuelvas a casa, ¿les harás saber que hay una guerra? —preguntó ella—. ¿Querrás hacer eso por mí?

Dantzler había perdido toda esperanza de volver a su hogar o de sobrevivir, y el que ella diese por sentado que conseguiría las dos cosas le hizo sentir una viva gratitud.

—Sí —dijo fervorosamente—. Lo haré.

—Debes darte prisa —apremió ella—. Si te quedas demasiado tiempo en el ayahuamaco nunca saldrás de él. Tienes que buscar el camino que lleva al exterior. Es un sendero que no tiene direcciones ni rutas, sino acontecimientos.

—¿Y dónde puedo encontrarlo? — preguntó Dantzler, repentinamente consciente de que había dado por supuestas demasiadas cosas.

La chica apartó la pierna y si no se hubiera apoyado en la piedra Dantzler habría acabado por caer al suelo. Cuando alzó los ojos la chica se había desvanecido. Dantzler se quedó algo sorprendido al ver lo poco que le afectaba su desaparición; los reflejos le hicieron romper un par de ampollas pero, tras habérselo pensado un momento, decidió no utilizarlas. Volver a meterlas en el aparato protector de su casco para utilizarlas después. Sin embargo, dudaba de que fuera a necesitarlas. Ahora ya no tenía miedo: volvía a sentirse fuerte y competente, dispuesto a enfrentarse con cualquier cosa.

Dantzler avanzó cautelosamente por entre las hamacas, evitando rozarlas; quizá fuera su imaginación pero le parecía que ahora estaban un poco más caídas que antes, como si la muerte pesara más que la vida, y aquel peso flotaba en la atmósfera, oprimiéndole. La niebla brotaba de los cadáveres como si fuera un vapor dorado, pero aquel espectáculo ya no le afectaba, quizá porque la niebla creaba la ilusión de ser sus almas. Cogió un rifle y un cargador y se dirigió hacia la jungla.

Las puntas de las hojas doradas tenían un filo muy agudo y Dantzler tuvo que andar con cuidado para que no le cortasen; pero ahora se encontraba en su mejor forma, moviéndose con gestos llenos de gracia, y los obstáculos apenas si lograban frenarle. Ni tan siquiera estaba preocupado por el aviso que le había dado la chica; no tenía prisa, y estaba seguro de que el camino no tardaría en aparecer ante él. Y en cuanto hubieron pasado un par de minutos oyó voces, y unos segundos después llegó a un claro hendido por un arroyo, cuyas aguas eran tan claras que sus orillas parecían encerrar una cuña de niebla dorada. Moody estaba acuciillado en la orilla izquierda del arroyo, contemplando la hoja de su cuchillo de reglamento y canturreando en voz baja: una melodía sin palabras que poseía el ritmo errático de una mosca atrapada. Junto a él yacía Jerry LeDoux, con el cuello cortado de oreja a oreja. DT estaba sentado en la otra orilla del arroyo; había recibido un disparo justo encima de la rodilla, y aunque había hecho pedazos su camisa para vendarse y se había puesto un torniquete en la pierna, no se encontraba demasiado bien. Toda la escena poseía la extraña vitalidad de algo materializado en el interior de un

espejo mágico, una burbuja de realidad encerrada dentro de un marco dorado.

DT oyó las pisadas de Dantzler y alzó la vista.

—¡Cárgatelo! —gritó haciéndole una seña a Moody.

Moody siguió contemplando su cuchillo.

—No —dijo, como si estuviera hablando con alguien cuya imagen estaba encerrada en el metal.

—¡Cárgatelo, tío! —gritó DT—. ¡Mató a LeDoux!

—Por favor... —le dijo Moody al cuchillo—. No quiero hacerlo.

Su rostro estaba cubierto de sangre seca, y en las hojas de plátano que asomaban de su casco había más sangre.

—¿Mataste a Jerry? —preguntó Dantzler; aunque su pregunta estaba dirigida a Moody no le hablaba como si fuera un individuo, sino tan sólo como parte de un plan cuyo mensaje debía comprender.

—¡Cristo! ¡Cárgatelo! —DT, irritado, golpeó el suelo con el puño.

—De acuerdo —dijo Moody.

Y, con una mirada de disculpa, se levantó de un salto y se lanzó contra Moody, haciendo oscilar su cuchillo.

Dantzler, sin sentir ni la más mínima emoción, dibujó una línea de fuego sobre el pecho de Moody; Moody se derrumbó entre los arbustos y rodó por la pendiente.

—¿Qué demonios estabas esperando? —DT intentó levantarse, pero torció el gesto y volvió a caer al suelo—. ¡Maldita sea! No sé si podré caminar.

—Tómame unas cuantas ampollas —le sugirió Dantzler amablemente.

—Sí. Buena idea, tío.

DT buscó a tientas su aparato.

Dantzler examinó los arbustos para ver dónde estaba Moody. No sentía nada, y eso le complacía. Estaba harto de sentir.

DT sacó una ampolla del aparato, la alzó entre sus dedos como si estuviera

haciendo un brindis y la inhaló.

—Eh, tío, ¿no vas a tomarte unas cuantas?

—No las necesito —dijo Dantzler—. Me encuentro estupendamente.

El arroyo había despertado su interés; no reflejaba la niebla, como había supuesto en un principio, sino que él mismo estaba hecho de niebla.

—¿Cuántos crees que había? —preguntó DT.

—¿Cuántos qué?

—¡Frijoleros, tío! Me cargué a tres o cuatro después de que nos dispararan, pero no sabría decir cuántos eran.

Dantzler empezó a pensar en lo que había dicho. Teniendo en cuenta su propia interpretación de los acontecimientos y la conversación de Moody con el cuchillo, sus palabras poseían cierto sentido. Sí, el sentido propio de Santa Ana.

—No tengo ni idea —dijo—. Pero supongo que ahora hay unos cuántos menos de los que había antes.

DT lanzó un bufido.

—¡Puedes apostar a que sí! —logró ponerse en pie y avanzó cojeando hasta la orilla—. Venga, ayúdame a cruzar.

Dantzler fue hacia DT, pero en vez de cogerle la mano agarró su muñeca y tiró de él, haciéndole perder el equilibrio. DT se tambaleó sobre su pierna sana y un instante después se derrumbó, desvaneciéndose entre la niebla. Dantzler había esperado no volverle a ver, pero DT emergió a la superficie un segundo después, con jirones de niebla aferrándose a su piel. «Claro —pensó Dantzler—; su cuerpo tiene que morir antes de que su espíritu pueda quedar libre.»

—¿Qué estás haciendo, tío? —DT parecía sentir más incredulidad que rabia.

Dantzler puso un pie sobre su espalda y le empujó hasta que su cabeza quedó sumergida. DT se debatió, arañándole el pie, y logró apoyar las manos y las rodillas en el fondo. La niebla resbalaba de sus ojos y su nariz. «... Mataré», logró decir en un jadeo ahogado. Dantzler volvió a empujarle hacia abajo; le

empujó y le dejó salir, una y otra vez. No era por torturarlo. No, realmente no era eso. Era porque de repente había comprendido la naturaleza de las leyes del ayahuamaco, que tenían un cierto parecido perverso con las leyes normales, y ahora comprendía que sus acciones debían parecerse a las de quien mete la llave en una cerradura e intenta abrirla. DT era la llave de salida y Dantzler estaba moviéndole, asegurándose de que todos los dientes del mecanismo quedaran en su posición adecuada.

Algunos vasos sanguíneos de los ojos de DT habían reventado, y tenía el blanco cubierto por películas de sangre. Cuando intentaba hablar, hilillos de niebla brotaban de su boca. Sus convulsiones se fueron haciendo gradualmente más débiles; arañó surcos en el reluciente polvo amarillo de la orilla y se estremeció. Sus hombros eran nudos de tierra negra hundiéndose en un mar místico.

Dantzler se quedó inmóvil junto a la orilla durante bastante tiempo después de que DT hubiera desaparecido, no muy seguro de lo que faltaba por hacer e incapaz de recordar una lección que le habían enseñado. Finalmente se echó el rifle al hombro y se alejó del claro. Amanecía: la niebla estaba disolviéndose y la jungla había recobrado su coloración habitual. Pero Dantzler apenas si se fijó en aquellos cambios, pues seguía preocupado por sus fallos de memoria. Un rato después decidió que lo mejor era no atormentarse: tarde o temprano todo se aclararía. Le alegraba estar vivo, eso era todo. Unos minutos después empezó a dar patadas a las piedras mientras caminaba y balanceó su rifle despreocupadamente, golpeando las hierbas con él.

Cuando el Primero de Infantería atravesó la frontera de Nicaragua y cayó sobre León, Dantzler estaba descansando en el hospital militar de Ann Arbor, Michigan; y en el instante exacto en que el boletín de noticias fue difundido por toda la nación estaba sentado en la sala, viendo el partido de la Liga Norteamericana entre el Detroit y el Texas. Algunos de los pacientes protestaron ante la interrupción, pero la gran mayoría les hizo callar a gritos, pues quería enterarse de los detalles. Dantzler no reaccionó de ninguna manera. Su única preocupación era ser un paciente modelo; pero al darse cuenta de que un miembro del personal sanitario le estaba observando añadió su peso al bando de los partidarios del béisbol. No quería parecer demasiado

tenso y controlado. Los médicos se mostraban tan suspicaces ante esa clase de conducta como ante la conducta contraria. Pero lo gracioso —al menos, a Dantzler le resultaba gracioso—, es que su fingido disgusto ante el boletín de noticias era una prueba ejemplar de su control, su capacidad para moverse a través de la vida igual que se había movido por entre las doradas hojas de la jungla. Cautelosamente, con gracia y eficiencia. Sin tocar nada y sin que nada le tocara. Esa era la lección que había aprendido: ser una imitación de hombre tan perfecta como el ayahuamaco lo había sido de la tierra; adoptar toda la gama de posiciones y aspectos de un hombre y, aun así, gracias a su alejamiento de todo lo humano, estar mucho más preparado para la llegada de una crisis o una llamada a la acción. No le parecía que aquel comportamiento tuviese nada de aberrante; incluso los doctores admitían que los hombres eran poco más que un cúmulo de pretensiones y disimulos organizados. Si Dantzler era distinto de los demás hombres, la diferencia estaba únicamente en que poseía una conciencia más profunda de los principios sobre los cuales se basaba su personalidad.

Cuando empezó la batalla de Managua, Dantzler estaba viviendo en casa. Sus padres le habían insistido mucho en que se tomara con calma el reajustamiento a la vida de civil, pero Dantzler había conseguido inmediatamente un trabajo en un banco. Cada mañana iba en coche al trabajo, y pasaba en él ocho horas de silenciosa y controlada tranquilidad; por las noches veía la televisión con su madre, y antes de irse a la cama subía al desván e inspeccionaba el baúl que contenía sus recuerdos de guerra: casco, uniforme, cuchillo, botas. Los médicos habían insistido en que debía enfrentarse a sus experiencias, y este ritual era su forma de seguir las instrucciones que le habían dado. Lo cierto es que Dantzler estaba bastante complacido de sus progresos, pero seguía teniendo problemas. No había logrado reunir el valor suficiente para salir de noche, pues recordaba demasiado bien la oscuridad de la jungla, y había rechazado a sus amigos, negándose a verles y no respondiendo a sus llamadas: la idea de la amistad le parecía peligrosa y le inquietaba. Además, pese a que enfocaba la vida metódicamente, tenía tendencia a sufrir ataques de nerviosa preocupación y le parecía que había dejado algo por hacer.

Una noche su madre entró en su habitación y le dijo que su viejo amigo Phil

Curry estaba al teléfono.

—Johnny, por favor, habla con él —dijo—. Le han reclutado y creo que tiene un poco de miedo.

La palabra «reclutado» hizo sonar un leve acorde de simpatía en el alma de Dantzler y, tras una breve discusión consigo mismo, bajó la escalera y cogió el auricular.

—Eh —dijo Phil—. ¿Qué pasa, hombre? Tres meses y no me has llamado ni una sola vez.

—Lo siento —dijo Dantzler—. No me he encontrado demasiado bien.

—Ya, lo comprendo. —Phil se quedó callado durante un momento—. Oye, tío... Me marcho. Ya lo sabes, ¿no?, y estamos celebrando una gran fiesta en Sparky's. La cosa está que arde. ¿Por qué no vienes?

—No sé si...

—Tío, Jeanine está aquí. ¿Sabes que sigue loca por ti? Se pasa la vida hablando de ti. No sale con nadie.

A Dantzler no se le ocurrió qué responder.

—Mira —dijo Phil—, la verdad es que toda esta mierda de ser soldado me tiene bastante nervioso. He oído contar que las cosas andan bastante mal por ahí abajo. Si puedes decirme algo sobre cómo es todo eso..., bueno, tío, te estaría muy agradecido.

Dantzler podía comprender la preocupación de Phil, su deseo de conseguir alguna pequeña ventaja y, además, le pareció que ir allí sería lo más adecuado. Si, era lo mejor. Tomaría algunas precauciones contra la oscuridad.

—No tardaré en llegar —dijo.

Hacía una noche bastante fea y nevaba, pero el aparcamiento de Sparky's estaba abarrotado. La mente de Dantzler estaba tan abarrotada como el aparcamiento y las ideas revoloteaban por ella como copos de nieve: los pensamientos giraban y giraban intentando ocupar alguna posición, pero todos acababan derriéndose. Deseó que su madre no se quedara levantada hasta su regreso, se preguntó si Jeanine seguiría llevando el cabello largo, estaba

preocupado porque las palmas de sus manos ardían con un calor nada natural. Incluso con las ventanillas del coche subidas podía oír la música que sonaba dentro del club. Por encima de la puerta se veían las palabras SPARKY'S ROCK CITY encendiéndose una a una en neones rojos, y cuando las palabras habían quedado completas las letras empezaban a parpadear y una explosión de neones dorados florecía a su alrededor. Después del estallido todo el letrero se oscurecía durante una fracción de segundo y el edificio parecía volverse más grande, confundiéndose con el negro cielo. Dantzer pensó que el edificio estaba observándole y se estremeció: uno de esos repentinos vahídos que te hacen sentir igual que si cayeras hacia adelante, como los que se tienen antes de quedarse dormido. Sabía que quienes estaban dentro del edificio no tenían ninguna intención de hacerle daño, pero sabía también que los lugares pueden alterar las intenciones de la gente, y no quería que le pillasen desprevenido.

Sparky's podía ser justo uno de esos lugares, podía ser una inmensa presencia negra camuflada de neón, y su auténtica sustancia quizá fuera la misma que formaba el abismo del cielo, o los copos de nieve fosforescentes que se agitaban en la luz de sus faros mientras que el viento gemía por la rejilla de ventilación. Nada le habría gustado más que volver a casa y olvidarse de la promesa que le había hecho a Phil, pero tenía la sensación de que su responsabilidad era explicarles algo sobre la guerra. No, era más que una responsabilidad, era un anhelo casi evangélico. Les hablaría del chico cayendo del helicóptero, de la niña con el cabello blanco que había visto en Tecolutla, del vacío. ¡Dios, sí! De cómo ibas allí abajo lleno de pensamientos corrientes y sueños norteamericanos, recuerdos de haber fumado marihuana, perseguir chicas, salir de noche y volar por la autopista con una lata de algo frío en la mano, y de cómo regresabas a casa metiendo de contrabando por la frontera un recipiente con forma humana repleto de puro vacío salvadoreño. De primera clase. Metido de contrabando en la tierra de la seda y el dinero, los juegos de video que te joden la mente y los partidos de tenis donde las chicas enseñan los pechos, y las soluciones al problema de la nutrición basadas en la comida rápida. Bastaría con probar un poco de El Salvador para barrer todas aquellas obsesiones triviales. Sólo un poquito. Sería fácil de explicar.

Por supuesto, había algunas cosas que estaban suplicando ser explicadas.

Se agachó para colocar mejor el cuchillo de supervivencia en su bota, de tal forma que la empuñadura no le rozase la pantorrilla. Sacó del bolsillo de su chaqueta las dos ampollas que había guardado en su casco esa noche de la jungla, hacía ya tanto tiempo. La explosión de neones volvió a encenderse e irisaciones de oro corrieron por encima de sus relucientes superficies. Dantzler no creía que fuera a necesitarlas; tenía la mano firme y sus propósitos estaban muy claros. Pero, por si acaso, rompió las dos ampollas.

Cómo habló el viento en Madaket

1

Suavemente, al amanecer, hojas muertas en los aleros del tejado, que hacen repiquetear los cables de la antena de televisión contra la pared de chilla, deslizándose por entre la hierba de la playa, retorciendo los tallos de un arbusto para hacer que arañen la puerta del cobertizo donde se guardan las herramientas, que arrancan juguetonamente una pinza de tender la ropa de la cuerda, que olisquean la basura y destrozan las bolsas de plástico, creando un millar de nerviosos aleteos, otro millar de murmullos temblorosos, que después aumentan de potencia, gimen en las rendijas de la ventana y hacen que los cristales se muevan, derribando un tablón que estaba apoyado en el montón de leña, hinchándose hasta el vendaval por encima del mar abierto, su aullido articulado por gargantas de calles angostas y dientes de casas vacías, hasta que empiezas a imaginarte un enorme animal invisible que echa hacia atrás su cabeza y ruga, y la casita cruje igual que el maderamen de algún viejo navío...

2

Peter Ramey despertó con la primera luz del alba y se quedó en la cama un rato, escuchando el viento; después, preparándose para soportar la mordedura del frío, apartó las sábanas y se puso a toda prisa los tejanos, las zapatillas de tenis y una camisa de franela, y fue a la sala para encender un fuego en la estufa de leña. En el exterior los árboles se recortaban contra un telón de nubes color pizarra, pero el cielo todavía no estaba lo bastante iluminado para proyectar la sombra de la ventana sobre la mesita que había debajo; el resto del mobiliario —tres sillas de mimbre bastante maltrechas y un sofá medio hundido—, se agazapaban en sus oscuros rincones. La llama prendió en las astillas, y el fuego no tardó en crujir y chasquear dentro de la estufa. Peter, que seguía teniendo frío, se golpeó los hombros con los brazos y saltó primero sobre un pie y luego sobre el otro, haciendo que platos y cajones tintinearan. Era un hombre corpulento, de tez pálida, que tenía treinta y tres años, con barba y una revuelta cabellera negra, tan alto que necesitaba agacharse para

pasar bajo los dinteles de la casita; el tamaño de la casa hizo que nunca llegara a considerarla realmente como su hogar: tenía la sensación de ser un vagabundo que se había apropiado de la casita que un niño había construido en lo alto de un árbol, utilizándola para pasar el invierno.

La cocina estaba en una habitacioncita pegada a la sala y, después de haber logrado entrar un poco en calor, el rostro algo sudoroso, encendió el hornillo de gas y empezó a preparar el desayuno. Hizo un agujero en una barra de pan, la puso en la sartén y después rompió un huevo, derramándolo dentro del agujero (normalmente se limitaba a abrir latas y cajas de cereales preparados o a calentar comida congelada, pero Sara Tappinger, su amante actual, le había enseñado a preparar los huevos de esa manera, y ponerla en práctica le hacía sentirse como un solterón competente). Se tomó el pan y el huevo mirando hacia la ventana de la cocina, viendo cómo las grisáceas casas de chilla que había al otro lado de la calle iban apareciendo como si se derritieran de entre la oscuridad, masas sombrías que se convertían en setos de laureles y moras, una hilera de pinos japoneses detrás de ellas. El viento había cesado y daba la impresión de que las nubes no pensaban marcharse, lo cual a Peter le iba estupendamente. Después de alquilar aquella casita en Madaket, hacía ocho meses, descubrió que la falta de sol le sentaba bien, que los días nublados y grisáceos alimentaban su imaginación. Ya había terminado una novela aquí y tenía planeado quedarse hasta haber acabado con la segunda. Y quizá con una tercera. Qué diablos, volver a California no tenía mucho sentido. Abrió el grifo para lavar los platos, pero el pensar en Los Angeles le había hecho perder las ganas de ser ordenado y competente. ¡A la mierda! Dejemos prosperar a las cucarachas. Se puso un suéter, metió un cuaderno de notas en su bolsillo y salió de la casa, al frío y las nubes.

Una ráfaga de viento dobló la esquina de la casa y le dejó el rostro entumecido, igual que si le hubiera estado aguardando. Peter pegó el mentón al pecho y empezó a caminar, torciendo a la izquierda por la avenida Tennessee y dirigiéndose hacia Punta Smith, dejando atrás más casas de tablones grises con pequeños letreros de madera encima de las puertas, letreros donde había escritos nombres tirando más bien a cursis; nombres como «Albergue Marinero» o «Los Acres del Diente» (la casa donde pasaba las vacaciones un

dentista de Nueva Jersey). Cuando llegó a Nantucket le divirtió bastante comprobar que casi todos los edificios de la isla, incluido el almacén de Sears-Roebuck, estaban hechos con madera de chilla grisácea, y le había escrito a su ex mujer una larga y bienhumorada carta del tipo sigamos-siendo-amigos, hablándole de esas maderas y de todos los personajes raros y lo pintoresco que era aquel sitio. Su ex mujer no le había contestado y Peter no podía culparla, no después de lo que había hecho. La soledad era la razón que daba siempre para justificar su marcha a Madaket, pero, aunque era una razón superficialmente cierta, habría sido más preciso decir que escapaba a las ruinas de su vida. Peter había llevado una existencia tranquila, satisfecho de su matrimonio y escribiendo guiones para un programa infantil cuando, de repente, se enamoró como un loco de otra mujer, que también estaba casada. Hicieron planes, intercambiaron promesas y, como resultado de ello, Peter abandonó a su esposa; pero entonces, en una repentina inversión de papeles, la mujer de la que se había enamorado —que jamás había expresado hacia su esposo ningún sentimiento que no fuese el aburrimiento y el odio—, había decidido ser fiel a sus votos, y abandonó a Peter haciéndole sentir que era un villano y un condenado imbécil. Peter, desesperado, luchó por recuperarla, fracasó, intentó odiarla, fracasó de nuevo y, finalmente, esperando que un cambio de geografía provocara un cambio de sentimientos —en él o en ella—, se marchó a Madaket. Eso ocurrió en septiembre, justo después del éxodo de los turistas veraniegos; ahora estaban en mayo, y aunque seguía haciendo frío los turistas estaban empezando a regresar. Pero los sentimientos no habían cambiado.

Veinte minutos de rápido caminar le llevaron hasta la cima de una duna que dominaba Punta Smith, un promontorio de arena que penetraba unos cien metros en el agua, con tres islitas esparcidas más allá de él; la más cercana de las tres había quedado separada del promontorio durante un huracán y, si la isla hubiera seguido unida a éste, sus contornos, añadidos a los de Punta Anguila, que se encontraba a un kilometro aproximado de distancia, habrían hecho que el extremo occidental de la masa de tierra pareciera una pinza de cangrejo. Un rayo de sol se abrió paso por entre las nubes que cubrían el mar y golpeó el agua con tal potencia que fue como si ésta hubiese quedado cubierta

por una capa de pintura blanca. Las gaviotas trazaban curvas en el cielo, planeando lentamente y arrojando moluscos a los guijarros de la playa para romper sus conchas: después bajaban en picado para comerse la carne. Las melancólicas ráfagas del viento llenaban la atmósfera de una fina arenilla.

Peter se instaló en la pendiente de la duna, escogiendo un sitio desde el que podía ver el océano por entre los tallos verde pálido de la hierba, y abrió su cuaderno de notas. En el reverso de la tapa había escrito las palabras CÓMO HABLÓ EL VIENTO EN MADAKET. No se hacía ninguna ilusión de que los editores conservaran ese título; lo cambiarían por *El gemido del viento* o *El jadeo y el resuello*, le pondrían una cubierta chillona y acabarían metiéndolo en las estanterías de los supermercados junto a *El cosquilleante tormento del amor*, de Wanda LaFontaine. Pero nada de eso importaba mientras que las palabras fuesen buenas, y lo eran, aunque al principio la novela no había ido demasiado bien, no hasta que cogió la costumbre de ir cada mañana a Punta Smith y escribir a mano. Entonces todo se había vuelto claro y perfectamente enfocado. Comprendió que deseaba narrar su historia —la mujer, su soledad, sus destellos de percepción, la decisión de su personaje—, y envolverlo todo en la extraña metáfora del viento; las palabras habían fluido con tal facilidad que daba la impresión de que el viento colaboraba en el libro, murmurando en su oído y guiando su mano a través de la página. Pasó las hojas y se fijó en un párrafo que resultaba demasiado rígido, un párrafo que debería fraccionar para irlo repartiendo a lo largo de la historia:

Sadler había pasado gran parte de su vida en Los Angeles, donde los sonidos de la naturaleza se hallaban oscurecidos, y para su mente lo más notable de Nantucket era que siempre hiciese viento. El viento fluía por la isla desde la mañana a la noche, dándole la sensación de que vivía en el fondo de un océano de aire, abofeteado por corrientes que brotaban de rincones exóticos del globo terrestre. Era un alma solitaria y el viento servía para articular su soledad, para indicar la inmensidad del mundo en el cual había quedado aislado; a lo largo de los meses había acabado sintiendo cierta afinidad con él, considerándolo un compañero de viaje a través del vacío y el tiempo. Casi creía que los vagos sonidos parecidos a palabras que producía de vez en cuando eran justamente eso, la voz de un oráculo que aún no había

desarrollado por completo el don del había, y el escucharlos le hacía sentir que pronto ocurriría algo muy extraño. Y le parecía que esa impresión tenía su fundamento, porque hasta donde llegaba su memoria podía recordar otras impresiones similares, y todas habían nacido de la realidad. No se trataba de ningún gran poder profético, ningún presentimiento de terremotos o asesinatos; era más bien una habilidad psíquica de poca categoría: destellos de visión que venían acompañados bastante a menudo por sensaciones de malestar físico y dolores de cabeza. Algunas veces podía tocar un objeto y saber algo sobre su propiedad, otras podía distinguir el vago contorno de un acontecimiento futuro. Pero aquellas premoniciones nunca eran lo bastante claras como para servirle de algo, para evitar romperse un brazo o —como había descubierto en los últimos tiempos— para salvarle de la catástrofe emocional. Sin embargo, seguía prestándoles atención. Y ahora pensaba que quizá el viento estuviera intentando decirle algo sobre su futuro, sobre un nuevo factor que iba a complicar su existencia, pues cada vez que iba a la duna de Punta Smith sentía...

Piel de gallina, náuseas, algo que giraba en un torbellino detrás de su frente como si sus pensamientos se agitaran incontroladamente. Peter apoyó la cabeza en las rodillas y respiró profundamente hasta que la sensación se fue calmando. Era algo que le sucedía cada vez con mayor frecuencia, y aunque lo más probable es que fuera un producto de la autosugestión, un efecto colateral de estar escribiendo una historia de naturaleza tan personal, no lograba quitarse de la cabeza la idea de que se había visto metido en alguna ironía típica de la Dimensión Desconocida, que la historia se estaba haciendo realidad a medida que la escribía. Aunque tenía la esperanza de que no fuera así: la historia no iba a ser demasiado agradable. En cuanto los últimos restos de su náusea se hubieron desvanecido sacó un rotulador azul, buscó una página en blanco y empezó a describir detalladamente todas aquellas sensaciones tan desagradables.

Dos horas y quince páginas después, con las manos rígidas de frío, oyó una voz que le llamaba. Sara Tappinger luchaba por trepar a la duna subiendo desde la carretera, resbalando en la arena. Era una mujer condenadamente bonita, pensó Peter con una cierta autosatisfacción. Treinta y pocos años; largo

cabello pelirrojo y hermosos pómulos; afectada por lo que una de las amistades que Peter había hecho en la isla llamaba «Problemas del Gran Pecho». Ese mismo conocido le felicitó por haber logrado dar en el blanco con Sara, diciéndole que después de su divorcio Sara había vuelto locos a la mitad de los hombres de la isla y que Peter era un hijo de perra muy afortunado. Peter suponía que sí lo era: Sara era lista, brillante y no dependía de nadie (dirigía la escuela Montessori local), y habían descubierto que su compatibilidad era absoluta. Sin embargo, no se trataba de ninguna pasión enloquecida. Aunque estar con ella no hacía sino recalcar todavía más que Peter era, básicamente, un solitario, había acabado dependiendo de la relación y le preocupaba el hecho de que eso señalase una reducción general de lo que esperaba obtener en la vida, y que a su vez eso indicaba la llegada de la mediana edad, un estado para el cual no estaba preparado.

—Hola —dijo Sara, dejándose caer junto a él y depositando un beso sobre su mejilla—. ¿Quieres jugar?

—¿Por qué no estás en la escuela?

—Es viernes. Te lo dije, ¿recuerdas? Las reuniones entre padres y profesores.

—Le cogió la mano—. ¡Estás frío como el hielo! ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Un par de horas.

—Estás loco. —Se rió, encantada ante su locura—. Te observé durante un rato antes de llamarte. Tenías todo el cabello revuelto por el viento y parecías un bolchevique enloquecido preparando algún complot.

—Lo cierto —dijo él, adoptando un acento ruso—, es que he venido aquí para entrar en contacto con nuestros submarinos.

—Oh. ¿Qué se cuece? ¿Una invasión?

—No exactamente. Verás, en Rusia carecemos de muchas cosas. Cereales, alta tecnología, tejanos. Pero el alma rusa sabe volar como un águila por encima de tales penurias materiales. Sin embargo, hay una cosa que nos falta, un problema que debemos resolver inmediatamente, y ésa es la razón de que te haya atraído hasta aquí.

Sara fingió sorpresa y confusión.

—¿Necesitáis directoras de escuela?

—No, no. Es algo mucho más serio. Creo que la palabra norteamericana para definirlo es... —La cogió por los hombros e hizo que se tumbase en la arena, atrapándola bajo su peso—. Darse un buen revolcón. No podemos pasar sin eso.

La sonrisa de Sara se volvió un poco vacilante, y un instante después se desvaneció para quedar sustituida por una expresión de emocionada espera. Peter la besó. Sintió la suavidad de sus pechos a través de la tela. El viento le revolvió el cabello, y Peter pensó que aquél estaba inclinándose por encima de su hombro, espiándoles; dejó de besar a Sara. Volvía a encontrarse mal. Mareado.

—Estás sudando —dijo ella, limpiándole la frente con su mano enguantada—. ¿Qué pasa, otro de esos malos ratos?

Peter asintió y se recostó en la duna.

—¿Qué ves?

Sara siguió secándole la frente, un fruncimiento de preocupación esculpiendo delicadas líneas en las comisuras de sus labios.

—Nada —dijo él.

Pero veía algo. Algo que relucía bajo una superficie nebulosa. Algo que le atraía pero que, al mismo tiempo, le asustaba. Algo que sabía iba a estar muy pronto a su alcance.

Aunque en aquel entonces no hubo nadie que lo comprendiera, el primer aviso del problema fue dado por la desaparición de Ellen Borchard, de trece años, la tarde del martes 19 de mayo: un acontecimiento que Peter había descrito en su libro justo antes de que Sara fuera a visitarle la mañana del viernes; pero para él las cosas no empezaron realmente hasta la noche del viernes, cuando estaba tomando una copa en el Café Atlántico, en el pueblo de Nantucket. Había ido allí con Sara para cenar y dado que el restaurante se encontraba abarrotado optaron por comer un bocadillo en el bar. Apenas se habían instalado en sus taburetes cuando Jerry Highsmith —un joven rubio que servía

de guía a los turistas que visitaban la isla en bicicleta («... El Que La Tiene Más Gorda, por autoproclamación», así le describía Sara)—, cayó sobre Peter; era uno de los habituales del café y aspiraba a ser escritor, y aprovechaba todas las oportunidades posibles para pedirle consejo a Peter. Como siempre, Peter intentó darle ánimos, pero tenía la sensación de que quien gustara de tomar copas en el Café Atlántico no podía ser capaz de ofrecerle gran cosa al público lector: el lugar era una típica trampa para turistas de Nueva Inglaterra, decorado con barómetros de estaño y viejos salvavidas, y estaba especialmente dirigido a la juventud que acudía a la isla en verano, gran parte de la cual —puesta en evidencia por sus bronceados de las Bahamas—, se agolparon alrededor de la barra. Jerry no tardó en marcharse para perseguir a una pelirroja que olía a madreSelva, un miembro de su último grupo turístico, y su taburete fue ocupado por Mills Lindstrom, pescador jubilado y vecino de Peter.

—Ese maldito viento de ahí fuera es lo bastante afilado como para tallar un hueso —dijo Mills a modo de saludo, y pidió un whisky.

Era un hombretón de rostro rojizo, embutido en un mono y una chaqueta Levi's; por debajo de su gorra se desparramaban abundantes rizos canosos y sus mejillas estaban recorridas por un fino encaje de venillas rotas. El encaje destacaba más de lo habitual porque Mills ya llevaba encima una buena dosis de alcohol.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Peter, sorprendido al ver que Mills había puesto los pies en el café; mantenía la convicción de que el turismo era una contaminación letal, y sitios como el Café Atlántico eran las excrecencias mutantes que provocaba.

—He salido con el bote. La primera vez en dos meses. —Mills tomó de un trago la mitad de su whisky—. Pensé que podría tender unas cuantas redes, pero me encontré con esa cosa de Punta Smith... Ya no tengo ganas de pescar, —Vacío su vaso e hizo señas de que se lo volvieran a llenar—. Carl Keating ya me había dicho que llevaba cierto tiempo formándose. Supongo que se me olvidó.

—¿Qué cosa? —preguntó Peter.

Mills tomó unos sorbos de su segundo whisky.

—Un agregado de polución costera —dijo con expresión ceñuda—. Ése es el nombre científico, pero básicamente es un montón de basuras. Por lo menos hay un kilómetro cuadrado de agua cubierto de basura y desperdicios. Aceite, botellas de plástico, madera. Se van juntando cuando no hay marea, pero normalmente no están tan cerca de la costa. Ahora se encuentra a menos de veinticinco kilómetros de Punta Smith.

Peter estaba intrigado.

—Estás hablando de algo parecido al mar de los Sargazos, ¿no?

—Supongo que sí, salvo que no es tan grande y no tiene algas.

—¿Y esas cosas son permanentes?

—Esta de Punta Smith es nueva. Pero a unos cincuenta kilómetros de Martha's Vineyard hay una que lleva varios años allí. Una gran tormenta puede dispersarla, pero siempre acaba volviéndose a formar. —Mills empezó a darse palmaditas en los bolsillos, buscando infructuosamente su pipa—. El océano se está convirtiendo en una charca estancada. Vete hacia un sitio donde puedas tirar la red y lo más probable es que saques una bota vieja en lugar de un pez. Me acuerdo de hace veinte años, cuando venían los bancos de caballa: había tantos peces que el agua se volvía negra durante kilómetros enteros. Ahora ves un poco de agua negra, ¡y puedes tener la seguridad de que algún maldito petrolero se ha cagado en ella!

Sara, que había estado hablando mientras con un amigo, pasó el brazo alrededor del hombro de Peter y preguntó qué ocurría; después de que Peter se lo hubiera explicado se estremeció de forma más bien teatral y dijo:

—Pues a mí me da bastante miedo. —Puso un tono de voz sepulcral—. Extrañas zonas magnéticas que atraen a los marineros hacia su perdición.

—¡Miedo! —se burló Mills—. Venga, Sara, tú eres una chica inteligente... ¡Miedo! —Cuanto más pensaba en el comentario que había hecho más se enfurecía. Se puso en pie y agitó la mano, derramando la bebida de un joven universitario muy bronceado que tenía detrás; ignoró la queja del chico y clavó los ojos en Sara—. Quizá pienses que este sitio da miedo. ¡Es exactamente igual, maldita sea! ¡Un vertedero de basura! Salvo que aquí la basura anda y

habla —volvió sus ojos hacia el chico—, ¡y cree que todo el maldito mundo es suyo!

—Mierda —dijo Peter viendo cómo Mills se abría paso a codazos por entre la multitud—. Iba a pedirle que me llevara hasta allí para echarle un vistazo.

—Pídeselo mañana —dijo Sara—. Aunque no se me ocurre ninguna razón para que quieras verlo. —Sonrió y alzó las manos para impedirle que diera ninguna explicación—. Lo siento. Debí darme cuenta de que una persona capaz de pasarse todo el día contemplando a las gaviotas tiene que encontrar altamente erótico un kilómetro cuadrado de basura.

Peter fingió alargar la mano hacia sus pechos.

—¡Ya te enseñaré yo lo que es erotismo!

Sara rió, cogiéndole la mano y, con un brusco cambio de humor, se llevó los nudillos a los labios.

—Enséñame lo más tarde —dijo.

Tomaron unas cuantas copas más, hablaron sobre el trabajo de Peter, y el de Sara, y discutieron la idea de pasar un fin de semana juntos en Nueva York. Peter estaba empezando a sentirse animado. En parte era cosa de las copas, pero se dio cuenta de que también era cosa de Sara. Aunque había conocido a otras mujeres después de abandonar a la suya, apenas si se fijó en ellas: había intentado ser honesto y les había explicado que estaba enamorado de otra persona, pero descubrió que eso era sencillamente una forma astuta de ser deshonesto, que cuando te vas a la cama con alguien —no importa lo franco que hayas sido sobre tu estado emocional—, ese alguien se niega a creer que existe algún impedimento al compromiso emocional que su amor no pueda acabar venciendo; y lo cierto es que había acabado utilizando a esas mujeres. Pero Sara era distinta: percibía su presencia, le gustaba y no le había dicho nada acerca de aquel asunto con la mujer de Los Angeles; hubo un tiempo en el que pensó que eso era mentir, pero ahora empezaba a sospechar que era señal de que su pasión por ella había terminado. Llevaba tanto tiempo enamorado de una mujer ausente que quizá había acabado creyendo que la ausencia era una condición preliminar de la intensidad emocional, y tal vez aquello estaba haciéndole pasar por alto el nacimiento de una pasión mucho

más realista pero igualmente intensa, una pasión que estaba muy cerca de él. Observó el rostro de Sara mientras ella hablaba de Nueva York. Hermoso. El tipo de belleza que te coge por sorpresa, pues habías dado por sentado que consistía meramente en una serie de rasgos bonitos. Pero entonces, al darte cuenta de que sus labios eran un poco demasiado gruesos, llegabas a la decisión de que era guapa e interesante; y después, al fijarte en la energía del rostro, en cómo abría los ojos cuando hablaba, en lo expresiva que era su boca, eras llevado rasgo a rasgo hasta alcanzar una percepción total de su belleza. Oh, claro que se fijaba en ella. El problema era que durante aquellos meses de soledad (¿Meses? ¡Cristo, había sido más de un año!) había acabado distanciándose de sus emociones; había instalado sistemas de vigilancia dentro de su alma y cada vez que empezaba a moverse en una u otra dirección no llegaba a completar el acto: lo analizaba, y conseguía abortarlo. Dudaba de que algún día pudiera volver a ser capaz de comprometerse como antes.

Sara miró con expresión interrogativa a una persona que estaba detrás de él. Hugh Weldon, el jefe de policía. Hugh les saludó con un gesto de cabeza y se instaló en un taburete.

—Sara —dijo—. Señor Ramey... Me alegra verles.

Weldon siempre producía en Peter la impresión de hallarse ante el nativo arquetípico de Nueva Inglaterra. Flaco, curtido por la intemperie, ceñudo. Su expresión básica era tan lúgubre y seria que uno daba por sentado que su recortado cabello gris debía de ser un acto de penitencia. Tenía cincuenta y pocos años, pero su costumbre de chuparse los dientes hacía que pareciese diez años más viejo. Normalmente Peter le encontraba divertido; pero en esta ocasión sintió una oleada de náuseas y una cierta inquietud, algo que reconoció inmediatamente como las señales indicadoras de uno de sus episodios.

Weldon se volvió hacia Peter después de haber intercambiado unas cuantas cortesías con Sara.

—Señor Ramey, no quiero que me malinterprete. Pero tengo que preguntarle dónde estaba el martes pasado, alrededor de las seis.

Las sensaciones estaban haciéndose más fuertes, evolucionando hasta convertirse en un lento y perezoso pánico que se agitaba dentro de Peter igual que los efectos de una mala dosis de droga.

—El martes —dijo—. Cuando desapareció la chica de los Borchard, ¿no?

—Dios mío, Hugh —dijo Sara con cierta irritación—. ¿Qué es todo esto? ¿Lancémonos sobre el forastero barbudo cada vez que la niña de alguien decide escaparse? Y sabes condenadamente bien que eso es lo que hizo Ellen. Si Ethan Borchard fuera mi padre yo también me escaparía.

—Quizá. —Weldon contempló a Peter con una impasible expresión de neutralidad—. Señor Ramey, ¿vio a Ellen el martes pasado?

—Estaba en casa —dijo Peter, casi incapaz de hablar.

Su frente y todo su cuerpo estaban cubriéndose de sudor, y sabía que su rostro debía hacerle parecer el perfecto culpable; pero eso no importaba, porque casi podía ver lo que iba a suceder. Estaba sentado en algún sitio y bajo él, allí donde no podía tocarlo, había algo reluciente.

—Entonces tiene que haberla visto —dijo Weldon—. Según los testigos, la chica estuvo rondando su leñera durante casi una hora. Vestía de amarillo. Tuvo que verla.

—No —dijo Peter.

Estaba intentando llegar a ese destello aunque sabía que las cosas iban a ponerse feas, realmente muy feas, pero si llegaba a tocarlo todo iría aún peor, y no lograba contenerse.

—Pero eso no tiene sentido —dijo Weldon desde muy lejos—. Esa casita suya es tan pequeña que estoy seguro de que cualquiera se hubiera fijado en si había una chica junto a su leñera cuando iba y venía por la habitación, ¿no? Las seis es la hora de cenar para casi todo el mundo y desde la ventana de su cocina se tiene una excelente visión de la leñera.

—No la vi.

Las sensaciones estaban empezando a desvanecerse y Peter se encontraba terriblemente mareado.

—Pues no entiendo cómo es posible.

Weldon se chupó los dientes y aquel sonido líquido hizo que el estómago de Peter diera un lento salto mortal sobre sí mismo.

—Hugh —dijo Sara, muy enfadada—, ¿te has parado a pensar en la posibilidad de que quizá estuviera ocupado?

—Sara, si sabes algo sobre este asunto, ¿por qué no lo dices sin rodeos?

—El martes pasado yo estaba con él. Y Peter se movía, cierto, pero no estaba mirando por ninguna ventana. ¿Te ha quedado suficientemente claro?

Weldon volvió a chuparse los dientes.

—Sospecho que sí. ¿Estás segura de eso?

Sara lanzó una carcajada sarcástica.

—¿Qué pasa, me lo quieres inspeccionar?

—No hay razón para que te pongas así, Sara. No estoy haciendo eso por gusto. — Weldon se puso en pie y contempló a Peter desde su mayor altura—. Tiene usted mala cara, señor Ramey. Espero que no haya comido algo que le sentara mal.

Sostuvo su mirada clavada en él durante un segundo más y se marchó, abriéndose paso por entre el gentío.

—¡Dios, Peter! —Sara le tomó la cara entre las manos—. ¡Tiene un aspecto horrible!

—Estoy mareado —dijo él, buscando a tientas su cartera; arrojó algunos billetes sobre el mostrador—. Vamos, necesito un poco de aire.

Con Sara guiándole, logró llegar hasta la puerta principal y se apoyó en la capota de un coche aparcado, con la cabeza gacha, tragando grandes bocanadas de aire fresco. El brazo con que Sara le rodeaba los hombros era un peso agradable que le ayudó a calmarse, y pasados unos cuantos segundos se sintió algo más fuerte, capaz de levantar la cabeza. La calle —con sus adoquines, sus árboles recién cubiertos de brotes, los anticuados faroles y las pequeñas tiendas— parecía un modelo de los que se utilizan en los trenes eléctricos. El viento azotaba las aceras, haciendo girar los vasos de cartón y

moviendo los letreros. Una fuerte ráfaga le hizo estremecerse y le devolvió un fugaz destello del mareo y la visión. Iba una vez más hacia ese resplandor, sólo que ahora se encontraba muy cerca, tan cerca que sus energías le hacían cosquillas en las yemas de los dedos, tirando de él, y si tan sólo pudiese alargar la mano tres o cuatro centímetros más... El mareo le dominó. Se apoyó en la capota del coche; su brazo cedió y Peter se derrumbó hacia adelante, sintiendo el frío metal en su mejilla. Sara llamaba a alguien, pedía auxilio, y Peter quería tranquilizarla, decirle que se pondría bien en un minuto, pero las palabras se quedaron atascadas en su garganta y siguió tendido donde estaba, viendo cómo el mundo giraba y oscilaba, hasta que alguien con brazos más fuertes que los de Sara le alzó y dijo:

—¡Eh, amigo! Será mejor que deje de darle a la bebida o quizá yo sienta la tentación de quitarle a su novia.

La luz de la calle trazaba un rectángulo de claridad amarilla sobre el pie de la cama de Sara, iluminando sus piernas cubiertas por las medias y la mitad del bulto que era Peter, bajo sus sábanas. Sara encendió un cigarrillo y lo aplastó un instante después, enfurecida por haber cedido nuevamente al hábito; se dio la vuelta y se quedó inmóvil contemplando el subir y bajar del pecho de Peter. Muerto para el mundo. «¿Por qué me gustan tanto los tipos que han sufrido heridas?» Se rió de sí misma; conocía la respuesta. Quería ser quien les hiciera olvidar lo que les había hecho daño, fuera lo que fuese, normalmente otra mujer. Una combinación de la enfermera Florence Nightingale y una terapeuta sexual, ésa era ella, y jamás podía resistir un nuevo desafío. Aunque Peter no había hablado de ello Sara podía sentir que algún fantasma de LA poseía la mitad de su corazón. Peter presentaba todos los síntomas. Silencios repentinos, miradas distraídas, la forma en que se lanzaba hacia el buzón tan pronto como llegaba el cartero y, sin embargo, siempre parecía decepcionado ante lo que había recibido. Sara creía que era propietaria de la otra mitad de su corazón, pero cada vez que Peter empezaba a conseguirlo, olvidando el pasado y sumergiéndose en el aquí y el ahora el fantasma se alzaba de nuevo y Peter creaba una pequeña distancia. su forma de hacer el amor, por ejemplo. Empezaba con una amable suavidad y de repente, justo cuando se

encontraban al borde de lograr un nuevo nivel de intimidad, retrocedía, haciendo una broma o portándose de una forma algo grosera —como cuando se lanzó sobre ella aquella mañana, en la playa—, y Sara tenía entonces la sensación de ser una ramera barata. Algunas veces pensaba que lo mejor sería decirle que saliera de su vida, que volviese a verla cuando tuviese la cabeza más clara. Pero sabía que no iba a hacerlo. Peter poseía algo más que la mitad del corazón de Sara.

Salió de la cama, teniendo cuidado de no despertarle, y se quitó la ropa. Una rama arañó la ventana, sobresaltándola, y Sara alzó la blusa para cubrirse los pechos. ¡Oh, claro! Un mirón en una ventana del tercer piso. Puede que en Nueva York sí, pero no en Nantucket. Arrojó la blusa al cesto de la ropa sucia y se vio reflejada en el espejo de cuerpo entero que había en la puerta del armario. La penumbra hacía que el reflejo pareciese poco familiar, más largo de lo normal, y tuvo la sensación de que la mujer fantasma de Peter estaba observándola desde el otro lado del continente, desde otro espejo. Casi podía verla. Alta, piernas largas, una expresión melancólica. Sara no necesitaba verla para saber que la mujer siempre había estado triste: las mujeres tristes eran las peores, las que realmente destrozaban el corazón, y los hombres cuyos corazones habían roto se parecían a huellas fósiles de cómo eran aquellas mujeres. Ofrecían su tristeza para ser curadas, pero en realidad no deseaban una cura, sólo otra razón para la tristeza, un poco de especias que mezclar con el estofado que había estado removiendo durante todas sus vidas. Sara se acercó un poco más al espejo y la ilusión de la otra mujer fue sustituida por los contornos de su propio cuerpo.

—Eso es lo que voy a hacer contigo, amiga —murmuró—. Te borraré del mapa.

Las palabras sonaron huecas y falsas.

Fue hacia la cama y se deslizó junto a Peter. Este emitió un ruido ahogado, y Sara vio reflejos de las luces de la calle en sus ojos.

—Siento lo de antes —dijo.

—No ha sido nada —respondió ella con jovialidad—. Pedí a Bob Frazier y a Jerry Highsmith que me ayudaran a llevarte a casa. ¿Lo recuerdas?

—Vagamente. Me sorprende que Jerry lograra apartarse de su pelirroja. ¡Él y su dulce Ginger! —Alzó el brazo para que Sara pudiera pegarse a su hombro—. Supongo que tu reputación habrá quedado arruinada.

—No tengo ni idea, pero desde luego esta relación nuestra cada vez resulta más exótica.

Peter se rió.

—¿Peter? —dijo ella.

—¿Sí?

—Estoy preocupado por esos ataques tuyos. Porque lo que te ocurrió fue un ataque, ¿no?

—Sí —Peter guardó silencio durante un momento—. Yo también estoy preocupado. He estado teniéndolos dos o tres veces al día y eso es algo que nunca me había ocurrido antes. Pero no puedo hacer nada al respecto, salvo intentar no pensar en ellos.

—¿Puedes ver lo que va a ocurrir?

—No, realmente no, e intentar averiguarlo resulta inútil. Ni tan siquiera puedo utilizar lo que veo. Lo que va a suceder, sucede, y eso es todo, y después comprendo que eso es lo que he visto en mi premonición. Es un don bastante inútil.

Sara se pegó un poco más a su cuerpo, pasando las piernas por encima de su cadera.

—¿Por qué no vamos al cabo mañana?

—Pensaba echarle una mirada al basurero de Mills.

—De acuerdo. Podemos hacer eso por la mañana y aún tendremos tiempo de coger la embarcación de las tres. Puede que te sienta bien salir de la isla durante un par de días.

—De acuerdo. Tal vez sea buena idea.

Sara movió la pierna y se dio cuenta de que Peter tenía una erección. Deslizó su mano bajo las sábanas para tocarle, y Peter se dio la vuelta para permitirle un mejor acceso. Su aliento se hizo más rápido y la besó —besos suaves que

iba derramando sobre sus labios, su garganta, sus ojos—, y sus caderas se movieron en un contrapunto al ritmo de su mano, al principio lentamente, después con insistencia, de forma convulsiva, hasta que su cuerpo empezó a golpear el muslo de Sara, y entonces ella apartó la mano y le dejó resbalar entre sus piernas, abriéndolas. Sus pensamientos se estaban disolviendo en un medio apremiante, su conciencia se reducía a percibir el calor y las sombras. Pero cuando Peter se colocó sobre ella esa breve separación rompió el hechizo y de repente pudo oír los inquietos sonidos del viento, pudo ver los detalles de su rostro y la lámpara que había en el techo, detrás de él. Sus rasgos parecieron agudizarse, como si se pusiera alerta, y Peter abrió la boca para hablar. Sara le puso un dedo en los labios. «¡Por favor, Peter! Nada de bromas. Esto es serio.» Le mandó aquellos pensamientos que quizá lograran llegar al blanco. Su rostro se fue aflojando y cuando le guió al sitio adecuado gimió, un sonido desesperado como el que podría haber emitido un fantasma al final de su estancia sobre la Tierra; y un instante después Sara se encontró arañando su espalda, guiándole más adentro, y hablándole no con palabras sino simplemente con el sonido de su aliento, con suspiros y murmullos que, sin embargo, poseían significados que él comprendería.

3

Esa misma noche, mientras Sara y Peter dormían, Sally McColl conducía su jeep por la carretera que llevaba hasta Punta Smith, Estaba borracha y le importaba un cuerno adónde acabara llegando: conducía en una interminable S, mandando las luces de los faros hacia las suaves lomas cubiertas de brezo y los árboles retorcidos. Una de sus manos aferraba una pinta de aguardiente de cerezas, su tercera pinta de la noche. Sconset Sally, así la llamaban. Sally la Loca. Setenta y cuatro años y todavía era capaz de abrir las conchas y remar mejor que casi todos los hombres de la isla. Iba envuelta en un par de vestidos del Ejército de Salvación, dos suéteres roídos por la polilla, una chaqueta de pana con los codos destrozados y, en general, parecía una vagabunda recién salida del infierno, con mechadas de cabello canoso asomando bajo un maltrecho sombrero de pescador. La estática chisporroteaba en la radio y Sally iba acompañándola con murmullos, maldiciones y vagos estallidos de melodía, un

fiel eco del desorden que reinaba en sus pensamientos. Aparcó allí donde terminaba la carretera, salió tambaleándose del jeep y avanzó por la blanda arena hasta lo alto de una duna. Una vez allí se balanceó durante un momento, mareada por el súbito asalto del viento y la oscuridad que sólo rompían unas cuantas estrellas del horizonte. «¡Uuh, uuh!», graznó; el viento absorbió su grito y lo añadió a sus sonidos. Sally dio un paso hacia adelante, resbaló y bajó rodando por la duna. Acabó sentándose con la lengua llena de arena, escupió y descubrió que, sin saber cómo, había logrado conservar la botella, y que el tapón seguía en su sitio a pesar de que apenas lo había enroscado. Un breve destello de paranoia hizo que moviera la cabeza rápidamente de un lado para otro. No quería ser espiada por nadie, no quería que contaran todavía más historias sobre la vieja Sally, la borracha. Las que contaban ya eran bastante malas. La mitad era mentira y el resto había sido deformado para hacerla quedar como una loca..., como esa historia sobre cuando pidió un marido por correo y el marido se escapó dos semanas después, escondido en un bote, muerto de miedo, y de cómo ella cruzó todo Nantucket a lomos de caballo con la esperanza de hacerle volver. Un hombrecillo moreno. Italiano, no anglosajón, y cuando estaba en la cama no tenía ni idea de qué debía hacer. Mejor apañártelas tú sola que aguantar a semejante enanito. Lo único que deseaba recuperar eran los malditos pantalones que le había regalado, y los que contaron la historia la habían hecho aparecer como una vieja desesperada. ¡Bastardos! Condenado montón de...

Los pensamientos de Sally entraron en un túnel y se quedó inmóvil, contemplando el cielo con expresión absorta. Hacia mucho frío, y también viento. Tomó un trago de aguardiente; cuando llegó al fondo de su estómago sintió que la temperatura subía diez grados. Otro trago hizo que sus piernas recobraran las fuerzas y empezó a caminar por la playa, alejándose de Punta Smith, buscando un sitio solitario por donde no fuera a pasar nadie. Eso era lo que deseaba. Sentarse, beber y sentir la noche sobre su piel. Hoy en día resultaba muy difícil encontrar esa clase de sitio, porque del continente llegaban flotando grandes cantidades de basura, esos maricas vestidos de Gucci-Pucci y las putillas veloces ansiosas de ponerse en la postura adecuada y enseñarle el trasero al primer traje de quinientos dólares que mostrara interés

por ellas, probablemente algún ejecutivo gordito que nunca sería capaz de tenerla tiesa y que se casaría con ellas sólo por el privilegio de ser humillado cada noche... Sus pensamientos empezaron a caer en una rápida espiral y Sally los siguió, girando y girando. Se sentó en el suelo con un golpe sordo. Soltó una risita, el sonido le gusto y se rió con más fuerza. Tomó un sorbo de aguardiente, deseando haberse traído otra botella, dejando que sus pensamientos se fueran calmando en un chisporroteo de recuerdos e imágenes a medio formar, algo que parecía haberle sido impuesto por el frenético agitarse del viento. Cuando sus ojos fueron nuevamente capaces de ver distinguió un par de casas acurrucadas contra la negrura del cielo. Casas de veraneo, casas vacías. ¡No, espera! Esas casas eran comosellame. Condominios. ¿Qué había dicho Ramey de ellas? Minio con un condón encima de cada una. Vidas profilácticas. Ese Peter era un buen chico. La primera persona con el don que había encontrado en un montón de años, y el don que había en su interior era fuerte, más que el de Sally, que no servía para mucho aparte de para adivinar qué tiempo haría, y ahora era tan vieja que sus huesos podían adivinarlo igual de bien. Le había contado cómo algunas personas de California hicieron volar los edificios para proteger la belleza de su costa, y a Sally le pareció una idea excelente. Pensar en condominios alzándose en la isla le hizo sentir deseos de llorar y, con un ebrio estallido de nostalgia, recordó qué maravilloso había sido el mar cuando era joven. Limpio, puro, repleto de espíritus. Había sido capaz de sentir aquellos espíritus...

Ruidos y crujidos en algún punto de las dunas. Sally se levantó con dificultad, aguzando el oído. Más ruidos de algo rompiéndose. Se dirigió hacia ellos, hacia los condominios. Quizá fueran algunos chicos haciendo gamberradas. De ser así, les animaría a seguir. Pero cuando logró llegar a lo alto de la duna siguiente los sonidos se apagaron. Y un instante después el viento empezó a soplar, no con un rugido o un aullido, sino con un extraño ulular, casi una melodía, como si estuviera fluyendo por los agujeros de una flauta enorme.

Sally sintió un cosquilleo en la nuca y un frío gusano de miedo se deslizó por su columna vertebral. Estaba lo bastante cerca de los condominios para ver el perfil de sus tejados recortándose contra el cielo, pero no podía ver nada más. El único sonido audible era la extraña música del viento, repitiendo una y otra

vez el mismo pasaje de cinco notas. Y, un instante después, incluso el viento murió. Sally tomó un trago de aguardiente, hizo acopio de valor y se puso de nuevo en movimiento; la hierba de la playa ondulaba haciéndole cosquillas en las manos y el cosquilleo acabó extendiéndose a sus brazos, poniéndole la piel de gallina. Se detuvo a unos seis metros del primer condominio, con el corazón latiéndole enloquecidamente. El miedo convirtió el aguardiente en una agria masa que le pesaba en el estómago. ¿Qué hay ahí, a qué debo tenerle miedo? ¿El viento? ¡Mierda! Tomó otro trago de aguardiente y siguió avanzando. Estaba tan oscuro que no le quedó más remedio que ir siguiendo el contorno de la pared, y cuando encontró un agujero en mitad de ella se llevó un buen susto. El agujero era mayor que una maldita puerta, desde luego. Su contorno estaba delimitado por tablones astillados y maderas rotas. Como si un puño gigante se hubiera abierto paso a través de la pared. Tenía la misma sensación que si la boca se le hubiera llenado de algodón, pero aun así entró en el agujero. Hurgó en sus bolsillos, sacó una caja de fósforos de madera, encendió uno y lo protegió con sus manos hasta que la llama hubo prendido. La habitación carecía de mobiliario: no había más que moqueta y la toma del teléfono, periódicos manchados de pintura y algunos trapos. En la pared de enfrente había una doble puerta corredera de costal, pero la mayor parte del cristal estaba roto, crujiendo bajo sus pies; se acercó un poco más a ella y un fragmento con forma de carámbano que colgaba del marco captó el reflejo del fósforo y durante un segundo quedó perfilado en la oscuridad como si fuera un colmillo llameante. El fósforo le quemó los dedos. Lo dejó caer, encendió otro y pasó a la habitación contigua. Más agujeros y una pesadez en la atmósfera, como si la casa estuviera conteniendo el aliento. Nervios, pensó. Unos malditos nervios de vieja. Quizá fuera cosa de chicos, chicos borrachos que se habían dedicado a lanzar un coche contra las paredes de la casa. Una brisa surgió de alguna parte y apagó el fósforo. Encendió otro, el tercero. La brisa lo apagó también, y Sally comprendió que aquel estropicio no era cosa de unos chicos borrachos, porque esta vez la brisa no murió; siguió soplando a su alrededor, agitando su ropa y su cabello, enredándose por entre sus piernas, tocándola y acariciándola por todas partes, y en la brisa había una sensación extraña, un conocimiento que convirtió sus huesos en astillas de hilo negro. Algo había surgido del mar, algo maligno que tenía el viento por cuerpo había hecho

agujeros en las paredes para interpretar su fea música, sus acordes que helaban el alma, y ahora estaba rodeándola, jugando con ella, preparándose para llevarla al infierno y hacerla desaparecer. La cosa era fría y pegajosa, olía a rancio, y ese olor quedó pegado a su piel allí por donde la había tocado.

Sally retrocedió hacia la primera habitación, deseando gritar, pero no logró emitir más que un débil graznido. El viento fue tras ella, agitando los periódicos y lanzándolos contra su cuerpo igual que si fueran crujientes murciélagos blancos, pegándolos a su cara y a su pecho. Y entonces Sally gritó. Se lanzó hacia el agujero de la pared y empezó a correr como si se hubiera vuelto loca, tropezó, cayó y luchó por volver a levantarse, agitando los brazos y chillando. Y el viento salió de la casa, persiguiéndola, rugiendo, y Sally se imaginó que tomaba la forma de una silueta inmensa, un demonio negro que se reía de ella, dejándole creer que podría escapar antes de hacerla caer al suelo y despedazarla. Bajó rodando por la pendiente de la última duna y, con el aliento convertido en un sollozo, arañó salvajemente la manecilla que abría la puerta del jeep; metió la llave en el encendido, rezando hasta que el motor se puso en marcha y después con el cambio de marchas rechinando, se lanzó por la carretera de Nantucket.

Estaba a medio camino de Sconset antes de haber recobrado la calma suficiente para pensar en qué debía hacer, y su primera decisión fue que debía seguir en línea recta hasta Nantucket y contárselo todo a Hugh Weldon. Aunque sólo Dios sabía lo que él podía hacer. O lo que diría. ¡Aquel maldito hombre que parecía una estaca...! Era muy probable que se le riera en la cara y se marchase para compartir la última historia de Sconset Sally con sus amigotes. No, se dijo. No habría más historias sobre la vieja Sally borracha como una cuba, que veía fantasmas y contaba tonterías acerca del viento. No la creerían, así que lo mejor sería dejar que lo atribuyesen todo a los chicos. Un pequeño sol maligno se alzó por entre sus pensamientos, quemando las sombras de su miedo y calentando su sangre aún más de prisa de lo que podría hacerlo un trago de aguardiente de cerezas. Sí, mejor dejar que pase, sea lo que sea: después contaría su historia, después diría que podía haberles advertido pero que la habrían llamado loca. ¡Oh, no! Esta vez no iba a ser el hazmerreír de sus chistes. Les dejaría descubrir por sí mismos que el mar

había engendrado a un nuevo demonio.

4

El bote de Mills Lindstrom era un ballenero de Boston, unos seis metros de rechoncho casco azulado con un par de asientos, una barra de timón y un motor fuera borda de cincuenta caballos en la popa. Sara tuvo que sentarse en el regazo de Peter y aunque no le habría importado, fueran cuales fuesen las circunstancias, lo cierto es que en este caso Peter agradeció el calor extra que eso le proporcionaba. Aunque el mar estaba tranquilo y apenas si había olas, una gruesa capa de nubes y un frente frío se habían aposentado sobre la isla; a lo lejos se veía brillar el sol, pero a su alrededor espesos bancos de niebla blanquecina se cernían por encima de las aguas. Pese a todo, Peter estaba de tan buen humor que el mal tiempo no podía afectarle; preveía pasar un agradable fin de semana con Sara y apenas si pensaba en el destino hacia el que se dirigían, pues no paraba de hablar. Mills, por su parte, se encontraba meditabundo y sombrío, y cuando pudieron ver los límites de la masa de polución, una sucia mancha amarronada que se extendía centenares de metros por encima del agua, sacó su pipa de las profundidades del impermeable y empezó a mordisquearla como para contener un apasionado chorro de palabras.

Peter tomó prestados los binoculares de Mills y examinó lo que tenía delante. La superficie de aquella masa estaba atravesada por miles de objetos blancos; a esa distancia parecían huesos emergiendo de una delgada capa de tierra. Hilachas de niebla brotaban de la masa principal y el perímetro se movía lentamente, como una gorra obscena deslizándose sobre la cúpula de una ola. La masa era una tierra de nadie, una mancha horrible, y cuando se acercaron a ella fue haciéndose más y más fea. La mayor parte de los objetos blancos eran botellas de Clorox, como las que usaban los Pescadores para indicar los contornos de sus redes; había también gran cantidad de fluorescentes y otras clases de plásticos, jirones de tela y pedazos de madera, todo ello atrapado en una gelatina marrón formada por aceite y petróleo en descomposición. Era un Gólgota del mundo inorgánico, una llanura de la más irreversible enfermedad

espiritual, de la entropía triunfante y Peter pensó que quizá algún día todo el planeta acabaría pareciéndose a eso. El olor que desprendía, una especie de rancia podredumbre salada, le puso la piel de gallina.

—Dios —dijo Sara cuando empezaron a seguir sus confines; abrió la boca para decir algo más, pero no logró encontrar las palabras adecuadas.

—Ahora comprendo por qué tenías tantas ganas de beber anoche —le dijo Peter a Mills, quien se limitó a menear la cabeza y soltar un gruñido.

—¿Podemos meternos ahí dentro? —preguntó Sara.

—Todas esas redes rotas atascarían la hélice. —Mills la miró de soslayo—. ¿No resulta ya bastante horrible desde aquí?

—Podemos sacar el motor del agua y entrar remando —sugirió Peter—. Venga, Mills... Será como posarse en la luna.

Y lo cierto es que a medida que se adentraban en el agregado, abriéndose paso por entre aquella sustancia marrón claro, Peter tuvo la sensación de que habían cruzado alguna frontera intangible y estaban en un territorio inexplorado. La atmósfera parecía más pesada, llena de una energía contenida, y el silencio parecía más profundo; el único sonido audible era el chapoteo de los remos. Mills le había dicho a Peter que la mancha tenía una forma de espiral debido a las acciones de corrientes opuestas, y aquello intensificaba su sensación de haber penetrado en lo desconocido; imaginaba que eran personajes de una novela fantástica moviéndose por un dibujo incrustado en el suelo de un templo abandonado. Los desperdicios chocaban suavemente contra el casco. La sustancia marrón tenía la consistencia de una plastilina a medio moldear, y cuando Peter metió la mano en ella unas cuantas partículas esféricas se le pegaron a los dedos. Algunas de las texturas visibles en la superficie poseían una belleza horrible y casi orgánica: los pálidos zarcillos de una red atrapada en aquel fango, parecidos a gusanos, hicieron que Peter pensara en los excrementos de algún animal enfermo; pedazos de madera con forma de larvas flotaban en un lecho de celofán reluciente; una tapa de plástico azul en la que se veía el rostro bronceado de una chica se había empotrado en una gran masa de hebras que recordaban a los espagueti. Cuando veían alguna de aquellas rarezas se la iban indicando unos a otros

pero, por lo demás, nadie tenía muchas ganas de hablar. La desolación del agregado resultaba opresiva, y ni tan siquiera un rayo de luz que acarició súbitamente el bote, como si un reflector les estuviera siguiendo desde el mundo real, logró hacer un poco menos deprimente aquel espectáculo. Entonces, cuando habían penetrado unos doscientos metros en la masa de basuras, Peter vio algo que relucía dentro de un recipiente de plástico opaco. Alargó la mano y lo cogió.

Nada más subirlo a bordo comprendió que éste era el objeto sobre el que había tenido la premonición, y sintió el impulso de arrojarlo nuevamente al agua; pero la atracción que despertaba en él era tan poderosa que en vez de ello abrió el recipiente y sacó de él un par de peinetas de plata, como las que llevan las españolas en el cabello. Al tocarlas tuvo la vívida imagen mental de una joven; un rostro pálido y tenso que podría haber sido hermoso pero que estaba enflaquecido por el hambre y gastado por la pena. Gabriela. El nombre se filtró en su conciencia igual que una huella grabada en el suelo helado va haciéndose visible durante el deshielo al derretirse la nieve. Gabriela Pa..., Pasco..., Pascual. Su dedo fue siguiendo el dibujo de las peinetas y cada giro de éste le hizo sentir un poco más claramente su personalidad. Tristeza, soledad y, por encima de todo, terror. Había estado asustada durante mucho, mucho tiempo. Sara pidió que se las dejara ver, cogió las peinetas y su fantasmagórica impresión de cómo era la vida de Gabriela Pascual se esfumó igual que una criatura de espuma, dejándole algo desorientado.

—Son preciosas —dijo Sara—. Y deben ser realmente antiguas.

—Parecen hechas en México —dijo Mills—. Humm. ¿Qué tenemos aquí?

Movió su remo, intentando coger algo con él; lo atrajo hacia el bote y Sara tomó el objeto que había atrapado con la madera: un harapo cubierto por una capa de aquella sustancia fangosa, a través de la cual se veían brillar reflejos amarillos.

—Es una blusa. —Sara le dio vueltas entre sus dedos, arrugando la nariz al tocar la sustancia fangosa; de repente dejó de examinarla y miró fijamente a Peter—. ¡Oh, Dios! Es de Ellen Borchard.

Peter la cogió. Bajo la etiqueta del fabricante se veía otra, más pequeña, con el

nombre de Ellen Borchard bordado. Cerró los ojos, esperando sacar de ella alguna impresión, tal y como había ocurrido con las peinetas de plata. Nada. Su don le había abandonado. Pero tenía la desagradable sensación de saber exactamente qué le había ocurrido a la chica.

—Será mejor que se lo demos a Hugh Weldon —dijo Mills—. Quizá...

No llegó a completar la frase y sus ojos vagaron por encima del agregado.

Al principio Peter no supo qué había llamado la atención de Mills; un instante después se dio cuenta de que estaba empezando a hacer viento. Era un viento de lo más peculiar. Se movía lentamente alrededor del bote, a unos quince metros de distancia de él, y la ruta que seguía resultaba evidente por la agitación de los desperdicios sobre los que pasaba; murmuraba y suspiraba, y un par de botellas de Clorox salieron disparadas del agregado y giraron por el aire con un sonido de succión. Cada vez que el viento completaba un circuito del bote parecía haberse hecho un poco más fuerte.

—¡Qué demonios...!

El rostro de Mills había perdido todo su color, y la telaraña de venillas rotas que surcaba sus mejillas resaltaba igual que un brillante tatuaje rojizo.

Sara clavó las uñas en el brazo de Peter y éste se sintió abrumado por la repentina seguridad de que el viento era aquello contra lo cual había sido advertido. Aterrorizado, apartó a Sara de un empujón, fue rápidamente hacia la popa y metió el motor en el agua.

—Las redes... —empezó a decir Mills.

—¡A la mierda las redes! ¡Larguémonos de aquí!

El viento estaba gimiendo y toda la superficie del agregado empezaba a moverse espasmódicamente. Agazapado en la popa, Peter volvió a sorprenderse ante lo mucho que se parecía a un cementerio con huesos asomando de la tierra, sólo que ahora todos los huesos se estaban agitando, liberándose. Unas cuantas botellas de Clorox se movían perezosamente, saltando por el aire cuando se encontraban con algún obstáculo. La imagen le dejó paralizado durante un momento, pero cuando Mills puso en marcha el motor volvió casi arrastrándose a su asiento y atrajo a Sara hacia él. Mills hizo

girar el bote poniéndolo con la proa hacia Madaket. El agregado chasqueaba sordamente contra el casco, y pequeñas olas marrones se estrellaron contra el parabrisas, deslizándose lentamente por él. A cada segundo que pasaba el viento se hacía más fuerte y más ruidoso, acabando en un aullido que ahogó el sonido del motor. Un fluorescente pasó girando por los aires junto a ellos igual que el bastón de una majorette; botellas, celofán y salpicaduras de aceite salían disparadas hacia ellos desde todas las direcciones. Sara escondió la cara en el hombro de Peter y éste la abrazó con todas sus fuerzas, rezando para que la hélice no se enredara en nada. Mills hizo girar el bote para evitar un trozo de madera que pasó velozmente junto a la proa, y un instante después se encontraron en aguas limpias, fuera del viento —aunque todavía podían oír su rabioso zumbido—, deslizándose por encima de una gran ola.

Aliviado, Peter acarició el cabello de Sara y dejó escapar un largo y tembloroso suspiro; pero cuando miró hacia atrás todo el alivio que había sentido se esfumó. Miles y miles de Clorox, fluorescentes y otros desperdicios estaban girando en el aire por encima del agregado, un móvil enloquecido recortándose contra el cielo grisáceo, y allí donde terminaba el perímetro se veía todo un enrejado de olitas, como si un cuchillo de viento estuviera yendo y viniendo por el agua, no muy seguro de si debía seguirles o regresar a su hogar.

Hugh Weldon había estado investigando los actos de vandalismo cometidos en los condominios y en cuanto recibió la llamada de radio sólo le hicieron falta unos pocos minutos para llegar a la casita de Peter. Tomó asiento junto a Mills, escuchó su historia y, desde el sofá donde estaba sentado Peter, que rodeaba a Sara con los brazos, el jefe de policía presentaba una angulosa silueta parecida a la de una mantis; el parloteo de la radio policial que llegaba del exterior parecía parte de su persona, una radiación que emanara de él. Cuando hubieron terminado de contárselo todo se puso en pie, fue hacia la estufa de leña, levantó la tapa y escupió en el interior; la estufa chisporroteó y le devolvió una pequeña chispa multicolor.

—Si sólo fueran ustedes dos les metería en la cárcel y averiguaría qué han estado fumando —le dijo a Peter y Sara—. Pero Mills no tiene la imaginación

necesaria para inventarse esta clase de tonterías y... Bueno, supongo que no tengo más remedio que creerles. —Dejó caer la tapa de la estufa con un chasquido metálico y miró a Peter con los ojos entrecerrados—. Me ha dicho que escribió algo sobre Ellen Borchard en su libro. ¿Qué era?

Peter se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

—Ellen fue a Punta Smith un poco después del anochecer. Estaba enfadada con sus padres y quería darles un susto, así que se quitó la blusa (llevaba ropa de sobra, pues había planeado escaparse), y se disponía a romperla en pedazos para hacerles creer que la habían asesinado cuando el viento la mató.

—Bueno, ¿y cómo lo hizo? —preguntó Weldon.

—En el libro el viento era una especie de elemental. Cruel, caprichoso. Jugó con ella. La tiró al suelo y la hizo rodar de un lado a otro de la playa. De vez en cuando dejaba que se levantase y volvía a derribarla. Ellen gritaba y estaba sangrando a causa de las heridas que se había hecho con las conchas. Finalmente, el viento la levantó por los aires y se la llevó hacia el mar.

Peter bajó la vista hacia sus manos; el interior de su cabeza parecía estar recubierto de algo sólido y muy pesado, como si su cerebro estuviese hecho de mercurio.

—¡Cristo! —dijo Weldon—. ¿Qué opina usted de eso, Mills?

—No era ningún viento normal —dijo Mills—. Eso es todo lo que sé.

—¡Cristo! —repitió Weldon; se frotó la nuca y miró fijamente a Peter—. Llevo veinte años en este trabajo y he oído unas cuantas historias bastante raras. Pero esto... ¿Qué dijo que era? ¿Un elemental?

—Sí, pero realmente no estoy seguro de eso. Quizá si pudiera tocar nuevamente esas peinetas me resultaría posible descubrir algo más al respecto.

—Peter... —Sara puso la mano sobre su brazo; tenía el ceño fruncido—. ¿Por qué no dejamos que Hugh se ocupe del asunto?

Weldon parecía divertido.

—No, Sara. Deja que el señor Ramey vea lo que puede hacer. —Soltó una

risita—. Quizá pueda decirme qué tal van a jugar los Medias Rojas este año. Mientras Mills y yo podemos echarle otro vistazo a ese montón de basura que hay cerca de Punta Smith.

El cuello de Mills pareció ocultarse entre sus hombros.

—No pienso volver ahí, Hugh. Y si quieres saber mi opinión, harías bien en no acercarte a ese sitio.

—Mills, maldita sea... — Weldon se golpeó la cadera con la palma de la mano—. No pienso suplicártelo, pero puedes estar condenadamente seguro de que me ahorrarías unos cuantos problemas. Necesitaré una hora para conseguir que los chicos de la Guardia Costera salgan de sus refugios. ¡Espera un momento! —Se volvió hacia Peter—. Quizá tuvieran alucinaciones. Ese montón de basuras debía emitir toda clase de vapores químicos perniciosos. Quizá respiraran algo que les sentó mal.

Oyeron un chirrido de frenos, el golpe de una portezuela al cerrarse y unos segundos después la harapienta figura de Sally McColl pasó ante la ventana y llamó a la puerta.

—En nombre de Dios, ¿qué quiere ésa? —dijo Weldon.

Peter abrió la puerta, y Sally le obsequió con una sonrisa en la que faltaban unos cuantos dientes.

—Buenos días, Peter —dijo. Llevaba un impermeable lleno de manchas por encima de su habitual surtido de suéteres y vestidos, y como pañuelo lucía una abigarrada corbata masculina—. ¿Tienes dentro a ese viejo presuntuoso que se llama Hugh Weldon?

—Sally, hoy no tengo tiempo para escuchar tus tonterías —gritó Weldon.

Sally entró en la casita, pasando junto a Peter.

—Buenos días, Sara. Mills...

—He oído comentar que una de tus perras acaba de tener una camada —dijo Mills.

—Ajá. Seis pequeños bastardos gruñones. —Sally se limpió la nariz con el dorso de la mano y le echó una mirada para ver qué había obtenido—.

¿Quieres alguno?

—Quizá me pase por allí para echarles una mirada —dijo Mills—. ¿Dobermans o pastores alemanes?

—Dobermans. Van a ser feroces.

—Bueno, Sally, ¿qué te ronda por la cabeza? —preguntó Weldon, colocándose entre los dos.

—Tengo que confesar algo.

Weldon se rió.

—¿Qué has hecho ahora? Estoy seguro de que no habrá sido robar en una tienda de ropas...

Un fruncimiento de ceño hizo aún más profundas las arrugas que surcaban el rostro de Sally.

—Estúpido hijo de puta... —dijo con voz átona—. Estoy segura de que cuando Dios te creó no tenía a mano nada salvo mierda de caballo.

—Oye, vieja...

—Tendrías que machacarte las pelotas y usarlas de cerebro —siguió diciendo Sally—. Tendrías que...

—¡Sally!

Peter les apartó y cogió a la anciana por los hombros.

Al mirarle sus ojos perdieron el brillo vidrioso que habían adquirido. Un instante después Sally se encogió de hombros, librándose de sus manos, y se dio unas palmaditas en el cabello: un gesto peculiarmente femenino para una persona tan poco atildada como ella.

—Tendría que habértelo contado antes —le dijo a Weldon—, pero estaba harta de que te burlaras de mí. Acabé decidiendo que podía ser importante y que correría el riesgo de oír tus relinchos de pollino, así que voy a contártelo. — Miró por la ventana—. Sé quién le hizo eso a los condominios. Fue el viento. — Contempló a Weldon con ojos llenos de odio—. ¡Y no estoy loca!

Peter sintió como se le aflojaban las rodillas. Estaban rodeados de problemas;

era algo que flotaba en el aire igual que en Punta Smith, pero con más fuerza, como si estuviera empezando a volverse cada vez más sensible a esa presencia.

—El viento —dijo Weldon, poniendo cara de sorpresa.

—Eso es —dijo Sally con expresión desafiante—. Hizo agujeros en esos condenados edificios y se dedicó a silbar por ellos igual que si estuviera tocando música. —Le miró fijamente—. ¿No me crees?

—Te cree — dijo Peter—. Creemos que el viento mató a Ellen Borchard.

—¡Eh, no vayas contando eso por ahí! ¡No estamos seguros! —dijo Weldon desesperadamente, aferrándose a la incredulidad.

Sally cruzó la habitación hacia donde estaba Peter.

—Lo que has dicho sobre la chica de los Borchard es cierto, ¿verdad?

—Creo que sí —dijo él.

—Y esa cosa que la mató se encuentra aquí, en Madaket. Lo notas, ¿no es así?

Peter movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Sí.

Sally fue hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —le preguntó Weldon. Sally farfulló algo y salió de la casita; Peter la vio ir y venir por delante de la ventana—. Está más loca que un murciélago chalado —concluyó Weldon.

—Puede que sí —dijo Mills—. Pero no deberías tratarla de esa forma después de todo lo que ha hecho.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Peter.

—Sally solía vivir en Madaket, cerca de las lomas —dijo Mills—. Y cada vez que un barco encallaba en Dry Shoals o en algún otro arrecife, Sally se dirigía hacia el naufragio en ese viejo bote que tiene para pescar langostas. La mayor parte de las veces llegaba antes que la Guardia Costera. En todos esos años debe haber salvado como a cincuenta o sesenta personas, navegando contra

la peor clase de tiempo que puedas imaginarte.

—¡Mills! —dijo Weldon con repentina decisión—. Llévame a ese vertedero de basuras tuyo.

Mills se puso en pie y se subió los pantalones.

—Hugh, ¿es que no has estado escuchándoles? Peter y Sally dicen que esa cosa ronda por aquí.

Weldon era la viva imagen de la frustración. Se chupó los dientes y todos sus rasgos se agitaron nerviosamente. Cogió el recipiente que contenía las peinetas, miró a Peter y volvió a dejarlo.

—¿Quiere que intente sacarles alguna otra cosa? —preguntó Peter.

Weldon se encogió de hombros.

—Supongo que eso no nos hará ningún daño.

Miró por la ventana, como si el asunto hubiera dejado de interesarle.

Peter cogió el recipiente y tomó asiento junto a Sara.

—Espera —dijo ella—. No lo entiendo. Si esa cosa está cerca, ¿no deberíamos marcharnos de aquí?

Nadie le respondió.

El recipiente de plástico estaba frío y cuando Peter le quitó la tapa el frío brotó de su interior, lanzándose hacia él. El frío era tan intenso que resultaba doloroso, como si hubiese abierto la puerta de una cámara frigorífica.

Sally entró en la habitación y señaló hacia el recipiente.

—¿Qué es eso?

—Unas peinetas viejas —dijo Peter—. Cuando las encontré no sentí esto. No era tan fuerte.

—¿Qué sintió? —preguntó Weldon; cada nuevo misterio parecía ponerle un poco más nervioso y Peter sospechaba que si los misterios no eran aclarados pronto el jefe de policía empezaría a no creer en ellos por una pura razón de conveniencia práctica.

Sally se acercó a Peter y examinó el recipiente.

—Dame una —dijo, extendiendo su mugrienta mano.

Weldon y Mills se pusieron detrás de ella, como dos viejos soldados flanqueando a su enloquecida reina.

Peter cogió de mala gana una de las peinetas. Su frialdad fluyó por el interior de su brazo y su cabeza, y por un instante se encontró en el centro de un mar agitado por la tormenta, aterrorizado, con las olas saltando sobre la borda de un bote de pesca y el viento cantando a su alrededor. Dejó caer la peineta. Le temblaban las manos y su corazón bailoteaba locamente, golpeando las paredes de su caja torácica.

—Oh, mierda —dijo, sin dirigirse a nadie en particular—. No estoy muy seguro de que quiera hacer esto.

Sara le cedió a Sally su puesto al lado de Peter y se dedicó a morderse nerviosamente las uñas mientras que ellos dos manejaban las peinetas, soltándolas cada uno o dos minutos para informarles de lo que habían descubierto. Podía comprender perfectamente la frustración de Hugh Weldon; verse obligado a quedarse sentado y mirar era horrible. Cada vez que Peter y Sally tocaban las peinetas su respiración se volvía más rápida y ronca y sus pupilas quedaban tapadas por los párpados, y cuando las soltaban parecían exhaustos, asustados.

—Gabriela Pascual era de Miami —dijo Peter—. No puedo precisar cuando sucedió, pero ocurrió hace años..., porque en la imagen que tengo de ella sus ropas parecen algo anticuadas. Quizá hace diez o quince años. Algo así. De todas formas, había tenido problemas, algún tipo de jaleo emocional, y su hermano no quería dejarla sola, así que se la llevó en un viaje de pesca. Se dedicaba a vender artículos de pesca.

—Gabriela tenía el don —dijo Sally—. Por eso hay tanto de ella en las peinetas. Por eso, y porque se mató y murió sosteniéndolas entre los dedos.

—¿Y por qué se mató? —preguntó Weldon.

—Miedo —dijo Peter—. Soledad. Aunque parezca una locura, el viento la tenía prisionera. Creo que acabó perdiendo la cabeza por estar sola en una

embarcación a la deriva con sólo esa criatura, el elemental, como única compañía.

—¿Sola? —dijo Weldon—. ¿Qué fue de su hermano?

—Murió. —La voz de Sally sonaba temblorosa y frágil—. El viento les mató a todos salvo a Gabriela. La deseaba.

Y a medida que iban contando la historia ráfagas de viento empezaron a hacer temblar la casita, y Sara intentó no preocuparse de si eran o no un fenómeno natural. Apartó sus ojos de la ventana, desviándolos de los árboles y los matorrales que se sacudían, y se concentró en lo que le estaban diciendo; pero en sí mismo todo aquello era tan extraño que no lograba calmarse y daba un salto cada vez que los vidrios de la ventana tintineaban. Gabriela Pascual, dijo Peter, se había mareado frecuentemente durante el crucero; tenía miedo de la tripulación, y la mayor parte de ésta pensaba que Gabriela les había traído mala suerte, y estaba dominada por la sensación de que pronto ocurriría un desastre. Y, añadió Sally, esa premonición acabó cumpliéndose. Un día tranquilo y sin nubes el elemental surgió del cielo y les mató a todos. A todos salvo a Gabriela. Hizo girar por los aires a la tripulación y a su hermano, estrellándoles contra los mamparos, dejándoles caer sobre la cubierta. Gabriela esperaba morir igual que ellos, pero el viento pareció interesarse por ella. La acarició y jugó con su cuerpo, tirándola al suelo y haciéndola rodar; y de noche sopló por los pasillos y las ventanas rotas, creando una música aterradora que Gabriela acabó medio comprendiendo a medida que pasaban los días y la embarcación derivaba hacia el norte.

—No pensaba en él como si fuera un espíritu —dijo Peter—. Para ella el viento no tenía nada de místico. Le parecía que era una especie de...

—Un animal —le interrumpió Sally—. Un animal grande y estúpido. Era peligroso, pero no maligno. Al menos, a ella no se lo parecía.

Gabriela, siguió contando Peter, jamás había estado segura de qué pretendía el viento..., quizá le bastara con su mera presencia. La mayor parte del tiempo la dejaba sola. Y entonces, de repente, brotaba de la nada para hacer malabarismos con fragmentos de cristal o para perseguirla de un lado a otro. En una ocasión el barco se acercó bastante a la orilla y cuando Gabriela intentó

saltar por la borda el viento la golpeó y la arrojó a la cubierta inferior. Aunque al principio había controlado la deriva del barco fue perdiendo gradualmente el interés por ello y la embarcación estuvo a punto de hundirse varias veces. Finalmente, y puesto que no deseaba posponer por más tiempo lo inevitable, Gabriela se cortó las venas y murió agarrando el recipiente que contenía sus posesiones más preciadas, las peinetas de plata de su abuela, con el viento aullando en sus oídos.

Peter se apoyó en la pared, con los ojos cerrados, y Sally suspiró y se dio unas palmaditas en el pecho. Todos guardaron silencio durante un largo instante.

—Me pregunto por qué anda rondando ese vertedero de basuras... —dijo Mills.

—Quizá no haya ninguna razón —dijo Peter con voz cansada—. O puede que le atraigan las mareas bajas, o algún estado atmosférico.

—No lo entiendo —dijo Weldon—. ¿Qué diablos es? No puede ser un animal.

—¿Por qué no? —Peter se puso en pie, se tambaleó y logró recuperar el equilibrio—. De todas formas, ¿qué es el viento? Iones con carga eléctrica, masas de aire que se mueven. ¿Quién puede asegurar que alguna forma estable de los iones no se aproxime a la vida? ¿No sería posible que en el corazón de cada tormenta haya uno de ellos, y que siempre hayan sido tornados por espíritus, dándoseles un carácter antropomórfico? Como Ariel. —Soltó una risa desconsolada—. Desde luego, no es ningún espíritu bondadoso.

Los ojos de Sally parecían brillar con una luz antinatural, como joyas acuosas engastadas en su marchito rostro.

—Son engendrados por el mar —dijo con firmeza, como si eso bastara para explicar cualquier fenómeno extraño.

—El libro de Peter estaba en lo cierto —dijo Sara—. Es un elemental. Eso es lo que tú describías, al menos. Una criatura violenta e inhumana, en parte espíritu y en parte animal. —Se rió y su risa sonó un poco demasiado aguda, casi cerca de la histeria—. Es difícil de creer.

—¡Desde luego! —dijo Weldon—. ¡Condenadamente difícil! Tengo aquí delante a una vieja loca y a un tipo que no conozco de nada asegurándome que...

—¡Escucha! —dijo Mills; fue hacia la puerta y la abrió.

Sara necesitó un segundo para percibir el sonido, pero en seguida se dio cuenta de que el viento había cesado, que en un momento había pasado de fuertes ráfagas a una leve brisa y, a lo lejos, viniendo del mar, o más cerca, quizá incluso en la avenida Tennessee, oyó un rugido.

Unos momentos antes Jerry Highsmith había estado ganándose la vida y, al mismo tiempo, esperando pasar una noche de placeres exóticos en los brazos de Ginger McCurdy. Se encontraba de pie ante una de las casas de la avenida Tennessee, una casa en cuyo letrero de madera se leía AHAB-ITAT y a cada lado de la puerta había colocada una colección de viejos arpones y huesos de ballena; su bicicleta se hallaba apoyada en una valla detrás de él y a su alrededor, montando las suyas, vestidos con chándals y camisetas de todos los colores, había veintiséis miembros del Club de Ciclistas Vagabundos Peach State. Diez hombres y dieciséis mujeres. Las mujeres estaban todas en bastante buena forma, pero la mayoría había superado ya los treinta años, lo cual las hacía un tanto maduras para los gustos de Jerry. Pero Ginger estaba en su punto. Veintitrés o veinticuatro años, con una cabellera roja que le llegaba hasta el trasero y un cuerpo que no desmerecía de ese pelo. Se había quitado el chándal y estaba soberbia con su camiseta y unos pantalones tan cortos que cada vez que desmontaba del sillín podía ver hasta las Puertas de Madreperla. Y Ginger sabía lo que estaba haciendo: cada agitarse de aquellos dos mellizos tenía como objetivo la ingle de Jerry. Se había colocado en primera fila del grupo y estaba escuchando su discurso sobre los días de los balleneros. ¡Oh, sí! Ginger estaba lista. Un par de langostas, un poco de vino, un paseo a lo largo del rompeolas y por Dios que Jerry iba a meterle dentro tanta Experiencia de Nantucket que cuando se abriera de piernas parecería una montaña nevada.

¡Pensaba volverla local!

—Bueno, tíos... —empezó a decir.

Todos se rieron; les gustaba que imitara su forma de hablar.

Jerry sonrió humildemente, como si no se hubiera dado cuenta de lo que hacía.

—Debe ser contagioso —dijo—. Bueno, supongo que nadie ha tenido ocasión de visitar el Museo de la Ballena, ¿verdad?

Un coro de negativas.

—Bueno, pues entonces voy a daros un pequeño curso sobre arpones. — Señaló hacia la pared del AHAB-ITAT—. Ese de arriba, el que tiene un solo garfio saliendo del lado, es el tipo que se usaba con mayor frecuencia en la era de los balleneros. El mango está hecho de fresno. Era la mejor madera y la que preferían. Aguanta bien la intemperie —y clavó los ojos en Ginger—, no se dobla bajo la presión. —Ginger intentó contener una sonrisa—. Bueno, ese de ahí —siguió diciendo, sin perderla de vista—, el que tiene la punta como una flecha y ningún otro saliente, era el utilizado por algunos balleneros que consideraban permitía una penetración superior.

—¿Y el que tiene dos salientes? —preguntó alguien.

Jerry examinó el grupo de cabezas y vio que quien había preguntado era la segunda opción de su lista. Selena Persons. Una morenita de treinta y pocos años, con poco pecho pero con unas piernas realmente increíbles. Pese al hecho de que Jerry andaba claramente detrás de Ginger, Selena no había perdido el interés en él. ¿Quién sabe? Quizá fuera posible hacer una sesión doble.

—Ese se utilizó al final de la era de los balleneros —dijo—. Pero normalmente los arpones dobles no se consideraban tan efectivos como los de una sola punta. La verdad es que no sé exactamente por qué... Quizá fuera sólo pura tozudez por parte de los balleneros. Resistencia al cambio. Sabían que la vieja punta solitaria era capaz de satisfacer sus necesidades.

Selena Persons buscó sus ojos con una leve sonrisa en los labios.

—Naturalmente —siguió diciendo Jerry, dirigiéndose a todos los Ciclistas Vagabundos—, ahora la punta lleva una carga que estalla dentro de la ballena.

—Le guiñó el ojo a Ginger y, *sotto voce*, añadió—: Debe ser demasiado.

Ginger se tapó la boca con la mano.

—¡Bien, amigos! —Jerry cogió su bicicleta—. Montemos y partiremos hacia la siguiente atracción del programa.

Los Ciclistas Vagabundos empezaron a montar en sus bicicletas, mientras reían y hablaban, pero en ese mismo instante una poderosa ráfaga de viento barrió la avenida Tennessee, provocando chillidos y llevándose sombreros. Varios de los que ya habían montado perdieron el equilibrio y se cayeron, y unos cuantos más estuvieron a punto de hacerlo. Ginger se tambaleó hacia adelante y se agarró a Jerry, dándole un buen masaje pecho-a-pecho.

—Buena mano —dijo, contoneándose un poquito mientras se apartaba de él.

—Ha sido un placer —replicó él.

Ginger sonrió, pero la sonrisa se desvaneció para ser sustituida por una expresión de perplejidad.

—¿Qué es eso?

Jerry se dio la vuelta. Una columna de hojas que giraban velozmente acababa de formarse a unos veinte metros de ellos, sobre el asfalto; era delgada y apenas si tendría uno o dos metros de alto y aunque nunca había visto nada similar no le pareció más alarmante que aquella extraña ráfaga de viento. Pero en apenas unos segundos la columna creció hasta llegar a los cinco metros de altura; ahora estaba aspirando ramitas, tallos y grava y hacía un ruido semejante al de un tornado en miniatura. Alguien gritó. Ginger se aferró a él, realmente asustada. En el aire había un olor áspero y penetrante, y Jerry sintió aumentar la presión en sus oídos. No podía estar seguro porque la columna giraba muy rápidamente, pero le pareció que estaba asumiendo una silueta toscamente humana, una figura verde oscuro hecha de piedras y fragmentos de vegetación. Tenía la boca seca y contuvo el impulso de apartar bruscamente a Ginger y echar a correr.

—¡Vamos! —gritó.

Un par de los Ciclistas Vagabundos lograron montar en sus bicicletas, pero el viento se había hecho más fuerte y les hizo caer al suelo con un rugido. Los demás se pegaron unos a otros, con las cabelleras revueltas, y contemplaron aquella especie de gran figura druídica que estaba cobrando forma y se balanceaba sobre ellos, tan alta como las copas de los árboles. Las tejas salían despedidas de las casas, alzándose hacia el cielo y eran absorbidas por la figura; y cuando Jerry intentó gritar, dominando el viento y diciéndoles a los

Ciclistas Vagabundos que se tumbaran en el suelo, vio cómo los huesos de ballena y los arpones eran arrancados de la pared del AHAB-ITAT. Las ventanas de la casa estallaron hacia el exterior. Un hombre se sujetó el pliegue sanguinolento en que se había convertido su mejilla, hendida por una astilla de cristal; una mujer se agarró la parte posterior de la rodilla y cayó al suelo. Jerry gritó un último aviso y tiró de Ginger, arrastrándola con él hacia la cuneta. Ginger luchó y se debatió, presa del pánico, pero Jerry la obligó a bajar la cabeza y la mantuvo bien sujeta. La figura se había vuelto mucho más alta que los árboles y, aunque seguía oscilando, sus contornos parecían haberse estabilizado. Ahora tenía un rostro: una muerta sonrisa de maderas grisáceas y dos masas circulares de piedra por ojos; una mirada terriblemente vacía que parecía ser la responsable de que la presión atmosférica siguiera creciendo. El corazón de Jerry empezó a retumbar en sus tímpanos, y tuvo la sensación de que su sangre se había vuelto puré. La figura siguió hinchándose y creciendo; el rugido estaba convirtiéndose en un zumbido oscilatorio que hacía temblar el suelo. Piedras y hojas estaban empezando a salir despedidas de la figura. Jerry sabía lo que iba a suceder, lo sabía y no pudo apartar la vista.

Vio como uno de los arpones volaba por el aire entre un revoloteo de hojas, empalando a una mujer que intentaba levantarse. La fuerza del impacto hizo que la mujer desapareciera del campo visual de Jerry. Y un instante después la gran figura hizo explosión. Jerry apretó los párpados tan fuerte como pudo. Ramas y pelotas de tierra y grava golpearon su cuerpo. Ginger dio un salto convulsivo y se derrumbó sobre él, arañándole la cadera. Jerry esperó a que ocurriese algo todavía peor, pero no pasó nada.

—¿Estás bien? —le preguntó, cogiendo a Ginger por los hombros.

No lo estaba.

De su frente sobresalían cuatro centímetros de hueso de ballena. Jerry soltó un grito de repugnancia y logró apartarla, poniéndose a cuatro patas. Un gemido. Uno de los hombres se arrastraba hacia él, su rostro convertido en una máscara de sangre, un agujero irregular allí donde había estado su ojo derecho; su ojo sano parecía tan vidrioso e inexpresivo como el de una muñeca. Horrorizado, y sin saber qué hacer, Jerry se puso en pie y retrocedió.

Vio que todos los arpones habían encontrado blancos. La mayor parte de los Ciclistas Vagabundos yacían inmóviles, su sangre manchando el asfalto; los demás estaban incorporándose, aturcidos y sangrando. El talón de Jerry chocó con algo y giró en redondo. El letrero del AHAB-ITAT había atravesado a Selena Persons como si fuera una vampira, clavándola al suelo; la madera había sido hundida a tal profundidad que sólo la letra A era visible por encima de los jirones de su chándal, como si Selena fuera una prueba a presentar en un juzgado. Jerry empezó a temblar y las lágrimas brotaron de sus ojos.

Una brisa le agitó el cabello.

Alguien gimió, haciéndole salir de su estupor. Debería estar llamando al hospital, a la policía. Pero ¿dónde había un teléfono? La mayor parte de las casas estaban vacías, esperando a sus inquilinos veraniegos, y los teléfonos no funcionarían. Pero alguien tenía que haber visto lo ocurrido. Tendría que hacer cuanto estuviera en su mano hasta que llegase ayuda. Intentó calmarse y fue hacia el hombre que había perdido un ojo; pero antes de que hubiese podido dar más de unos pocos pasos una feroz ráfaga de viento le golpeó por la espalda, haciéndole caer de bruces al suelo.

Esta vez el rugido le rodeaba por todas partes y la presión era tan intensa que tuvo la misma sensación que si una aguja al rojo blanco le hubiera atravesado de oreja a oreja. Cerró los ojos y se llevó las manos a los oídos, intentando amortiguar el dolor. Y entonces se sintió alzado por los aires. Al principio no podía creerlo. Ni tan siquiera cuando abrió los ojos y vio que era llevado en volandas, moviéndose en un lento girar: no tenía sentido. No podía oír nada, y el silencio aumentó todavía más su sensación de que todo aquello no era real; y, para colmo, un instante después vio pasar junto a él una bicicleta sin ciclista. El aire estaba lleno de ramas, hojas y guijarros, una cortina a medio deshilar que colgaba entre él y el mundo, y Jerry se imaginó subiendo por la garganta de aquella espantosa silueta oscura. Ginger McCurdy estaba volando a unos seis metros de él, su roja cabellera moviéndose lentamente, sus brazos flotando como en una lánguida danza. Giraba más de prisa que él, y un instante después se dio cuenta de que su velocidad de rotación también estaba aumentando. Comprendió lo que iba a suceder: subías y subías, yendo cada vez más y más de prisa, hasta que salías disparado de allí, lanzado hacia el

pueblo. Su mente se rebeló ante la perspectiva de la muerte e intentó moverse en contra del viento, agitando las manos y los pies, enloquecido por el miedo. Pero a medida que se veía impulsado más arriba, girando sin parar, la respiración y el pensamiento se fueron volviendo cada vez más difíciles, y el mareo se hizo demasiado fuerte como para que pudiera seguir preocupándose por aquello. Otra mujer pasó junto a él, a unos dos o tres metros de distancia. Tenía la boca abierta, el rostro contorsionado; la sangre goteaba de su cuero cabelludo. Agitó las manos hacia él, y Jerry intentó alargar el brazo hasta tocarla, sin saber por qué se molestaba en hacerlo. Les faltó una fracción de centímetro para conseguirlo. Los pensamientos llegaban muy despacio, uno a uno. Quizá cayera en el agua. SOBREVIVE MILAGROSAMENTE A UN EXTRAÑO TORNADO. Quizá volase a través de la isla y acabara posándose suavemente en la copa de un árbol de Nantucket. Una pierna rota, uno o dos cardenales. Beberían a su salud en el Café Atlántico. Quizá Connie Keating acabara dejándose convencer, reconociendo finalmente el milagroso potencial oculto en Jerry Highsmith. Quizá. Ahora estaba cayendo, sus miembros agitándose locamente, y dejó de pensar en nada. Fugaces destellos de las casas que tenía debajo, de los otros bailarines del viento, moviéndose con espasmódico abandono. De repente se vio impulsado hacia atrás por una violenta corriente de aire, y sintió un agudo dolor en lo más hondo de su cuerpo, un chirriar y luego una dislocación en algún órgano vital que le liberó del dolor. ¡Oh, Cristo! ¡Oh, Dios! Relámpagos cegadores explotaron detrás de sus ojos. Algo azul brillante pasó revoloteando junto a él, y Jerry Highsmith murió.

6

La columna de ramas y hojas que nacía de la avenida Tennessee acabó desvaneciéndose y, en cuanto el rugir del viento se hubo extinguido, Hugh Weldon fue corriendo hacia su coche de patrulla con Peter y Sara pisándole los talones. Frunció el ceño cuando les vio meterse en él, pero no protestó y Peter pensó que probablemente eso era una señal de que había dejado de intentar hallarle una explicación racional a los acontecimientos, que había aceptado el viento como una fuerza a la que no podían aplicarse los procedimientos

normales. Conectó la sirena, y partieron a toda velocidad. Pero Weldon pisó violentamente el freno cuando apenas si estaban a cincuenta metros de la casita. En el árbol que había junto al camino colgaba una mujer con un viejo arpón atravesándole el pecho. Bastaba verla para darse cuenta de que estaba muerta. La mayor parte de sus huesos estaban obviamente rotos y su cuerpo estaba pintado de sangre desde la cabeza a los pies, haciéndola parecer una horrible muñeca africana colocada allí como un aviso para los intrusos.

Welson puso la radio.

—Un cadáver en Madaket —dijo—. Mandad una ambulancia.

—Quizá necesite más de una —dijo Sara; y señaló hacia tres manchas de color situadas carretera adelante.

Sara estaba muy pálida y apretaba la mano de Peter con tanta fuerza que dejó huellas blancas sobre su piel.

Durante los siguientes veinticinco minutos encontraron dieciocho cuerpos: hechos pedazos, mutilados, varios de ellos atravesados por arpones o fragmentos de hueso. Peter jamás habría creído que la forma humana pudiese ser reducida a manifestaciones tan grotescas, y aunque estaba horrorizado y sentía náuseas, lo que veía acabó produciendo en él una creciente insensibilidad. Su cerebro se llenó de ideas extrañas, y la más insistente de ellas era que esa violencia había sido llevada a cabo parcialmente en beneficio suyo. Era una idea horrible y repugnante, e intentó hacer caso omiso de ella; pero pasados unos minutos empezó a examinarla relacionándola con otras ideas que se le habían ocurrido últimamente, ideas que parecían haber surgido de la nada. El manuscrito de *Cómo habló el viento en Madaket*, por ejemplo. Por improbable que pareciese, resultaba difícil escapar a la conclusión de que el viento había estado transmitiendo todo aquello a su cerebro. No quería creerlo y sin embargo ahí estaba, tan creíble como cualquier otra cosa de las que habían sucedido. Y, admitiendo eso, ¿acaso su idea más reciente resultaba menos creíble? Estaba empezando a comprender la progresión de los acontecimientos, a entenderla con la misma y repentina claridad que le había ayudado a solucionar los problemas de su libro, y su mayor deseo era que le hubiese sido posible obedecer a la premonición y no haber tocado las

peinetas. Hasta entonces el ser elemental no había estado demasiado seguro de él; había husmeado a su alrededor como si correspondiera exactamente a la descripción que Sally había hecho de él, como si fuera un animal grande y estúpido que percibía en Peter la presencia de algo familiar, pero era incapaz de recordar en qué consistía. Y cuando encontró las peinetas, cuando abrió el recipiente, entonces debió cerrarse alguna clase de circuito, un arco de energía saltó uniendo su poder y el de Gabriela Pascual, y el ser elemental había establecido una conexión entre ellos. Recordó lo excitado que parecía estar, mientras iba y venía por los confines del agregado.

Weldon volvió a poner la radio cuando entraron en la avenida Tennessee, donde un pequeño grupo de gentes del pueblo estaban cubriendo cadáveres con mantas, y el ruido interrumpió la cadena de razonamientos de Peter.

—¿Dónde diablos están las ambulancias? —gruñó.

—Las mandamos hace media hora —se le contestó—. Ya tendrían que estar ahí.

Weldon se volvió hacia Peter y Sara con el ceño fruncido.

—Prueba a hablarles por radio —le dijo al agente.

Y unos cuantos minutos después les llegó el informe de que ninguna radio de las ambulancias respondía. Weldon le dijo a su gente que no hiciera nada, que él mismo se encargaría de averiguar lo que había sucedido. Cuando dejaron la avenida Tennessee para entrar en la carretera de Nantucket el sol se abrió paso por entre las nubes e inundó el paisaje con una débil claridad amarillenta, calentando el interior del coche. La luz pareció revelar las debilidades de Peter, haciéndole comprender lo tenso que estaba, hasta qué punto le dolían los músculos por los venenos de la adrenalina y la fatiga. Sara se apoyó en él, con los ojos cerrados, y la presión de su cuerpo tuvo como efecto animarle un poco y proporcionarle una inyección de vitalidad.

Weldon mantuvo el coche a unos cincuenta kilómetros por hora, mirando hacia derecha e izquierda, pero no había nada que se saliese de lo habitual. Calles desiertas, casas con ventanas cerradas que les conferían un aire de abandono. Muchos de los edificios de Madaket estaban vacíos, y quienes ocupaban la gran parte de los restantes se encontraban en el trabajo o de compras. Vieron

las ambulancias a unos tres kilómetros de la ciudad, tras coronar una pequeña loma situada justo más allá del vertedero. Weldon detuvo el coche junto a la cuneta, dejó el motor en punto muerto, y contempló el espectáculo. En la carretera, a cien metros de distancia, había cuatro ambulancias que formaban una auténtica barricada. Una de ellas había volcado y reposaba sobre el techo como un insecto muerto de color blanco; otra se había estrellado contra un poste de alta tensión y estaba cubierta de cables eléctricos cuyas puntas asomaban por la ventanilla del conductor, crujiendo, agitándose y emitiendo chispazos. Las otras dos habían chocado la una con la otra y estaban ardiendo; lenguas de llamas transparentes deformaban el aire por encima de sus ennegrecidas armazones. Pero el estado de las ambulancias no era la razón de que Weldon se hubiese detenido tan lejos de ellas, el motivo de que estuviera inmóvil, tan callado y con aquella desesperación en el rostro. A la derecha de la carretera había un campo repleto de maleza, un campo que parecía una pintura de Andrew Wyeth, reluciendo bajo el pálido sol con un resplandor amarillo, delimitado por unos cuantos robles achaparrados y extendiéndose hasta una colina que dominaba el mar, donde tres casas grises se recortaban contra un cielo azul pálido. Aunque allí donde estaba parado el coche patrulla sólo soplaba una leve brisa ocasional, el campo revelaba el continuo ir y venir de unos fuertes vendavales; la hierba ondulaba, agitándose, doblándose y bailoteando en varias direcciones distintas, como si miles de pequeños animales estuvieran correteando por entre sus tallos, y esa agitación era tan constante, tan furiosa, que daba la impresión de que las sombras de las nubes que se movían por el cielo estaban inmóviles y era la tierra lo que fluía. El viento silbaba con un sonido melancólico. Peter estaba como en trance. La escena poseía un extraño poder que le oprimía con su peso, y descubrió que le costaba respirar.

—Vámonos —dijo Sara con voz temblorosa—. Vámonos...

Sus ojos contemplaron algo que estaba más allá de Peter, y sus rasgos se iluminaron con una temerosa comprensión.

El viento había empezado a rugir. Un retazo de hierba quedó bruscamente aplastado a menos de diez metros de ellos, y un hombre que vestía el traje blanco de un enfermero subió lentamente por el aire, girando despacio sobre sí

mismo. Como si estuviera hecho de paja, su cabeza colgaba en un ángulo ridículo, y la parte delantera de su uniforme estaba manchada de sangre. El coche se estremeció, azotado por la turbulencia.

Sara chilló y se agarró a Peter. Weldon intentó poner la marcha atrás, no lo consiguió y el motor se caló. Hizo girar la llave del encendido. El motor tosió espasmódicamente y se quedó en silencio. El enfermero siguió subiendo y adoptó una posición vertical. Empezó a girar cada vez más de prisa, su silueta volviéndose borrosa como la de un patinador sobre hielo preparándose para un gran final de número y, al mismo tiempo, se fue acercando al coche. Sara gritaba y Peter deseó también gritar, poder hacer algo para aliviar la tensión de su pecho. El motor se puso en marcha. Pero antes de que Weldon pudiera poner el coche en movimiento el viento se calmó bruscamente y el enfermero cayó sobre la capota. Gotas de sangre rociaron el parabrisas. El cuerpo del enfermero quedó inmóvil por un instante, sus miembros extendidos, sus muertos ojos contemplándoles. Después, con la obscena lentitud de un caracol retirando su pie, resbaló hacia la carretera, y dejó una mancha roja a través de la blancura del metal.

Weldon apoyó la cabeza en el volante, tragando hondas bocanadas de aire. Peter acunó a Sara en sus brazos. Un segundo después Weldon se irguió, cogió el micrófono de la radio y accionó el interruptor de transmisión.

—Jack —dijo—. Aquí Hugh, ¿me recibes?

—Alto y claro, jefe.

—Tenemos un problema en Madaket. —Weldon tragó saliva con un esfuerzo y movió levemente la cabeza—. Quiero que bloqueéis la carretera a unos ocho kilómetros del pueblo. No más cerca. Y no dejéis pasar a nadie, ¿entendido?

—Jefe, ¿qué está pasando ahí? Alice Cuddy llamó hace poco y dijo algo sobre un viento muy raro, pero la conexión se cortó y no he conseguido volver a hablar con ella.

—Sí, tenemos algo de viento. —Weldon intercambió una breve mirada con Peter—. Pero el problema principal es una fuga de sustancias químicas. Por el momento la cosa está controlada, pero tenéis que mantener a todo el mundo lejos de aquí. Madaket se encuentra en cuarentena.

—¿Necesita ayuda?

—¡Necesito que hagáis lo que os he dicho! Coge el altavoz y avisa a todos los que vivan entre el bloqueo y Madaket. Diles que se dirijan hacia Nantucket tan de prisa como puedan. Y dilo también por la radio.

—¿Y la gente que salga de Madaket? ¿Les dejo pasar?

—No habrá nadie que venga de esa dirección —dijo Weldon.

Silencio.

—Jefe, ¿se encuentra bien?

—¡Sí, demonios! —Weldon cortó la conexión.

—¿Por qué no se lo ha contado? —le preguntó Peter.

—No quiero que piensen que me he vuelto loco y echen a correr para ver lo que hago —dijo Weldon—. El que ellos también muriesen no serviría de nada.

—Puso la marcha atrás—. Voy a decirle a todo el mundo que se meta en sus sótanos y espere hasta que este maldito asunto haya terminado. Quizá se nos ocurra alguna solución. Pero antes os llevaré a casa para que Sara descanse un poco.

—Me encuentro bien —dijo ella, levantando la cabeza del pecho de Peter.

—Te sentirás mejor después de un descanso —dijo él, haciéndole bajar nuevamente la cabeza: era un acto de ternura, pero tampoco quería que viese el campo.

La sombra de las nubes cubría el campo de pequeñas manchas y brillaba con una pálida claridad; iluminado por una luz que debía tener algo distinto a la que caía sobre el coche patrulla; parecía encontrarse a una extraña distancia de la carretera, como si fuera mirador a un cosmos alternativo donde las cosas eran familiares pero no del todo iguales. La hierba oscilaba más furiosamente que nunca, y de vez en cuando una columna de tallos amarillentos salía volando por el aire, girando rápidamente para dispersarse, como si un niño enorme estuviera corriendo a través del campo, arrancando puñados de hierba para celebrar su exuberancia.

—No tengo sueño —protestó Sara; todavía no había recuperado el color normal y uno de sus párpados estaba afectado por un tic nervioso.

Peter tomó asiento junto a ella, encima de la cama.

—No puedes hacer nada, así que, ¿por qué no descansas?

—Y tú, ¿qué vas a hacer?

—Había pensado probar suerte otra vez con las peinetas.

Aquella idea la inquietó. Peter intentó explicarle por qué debía hacerlo, pero en vez de ello se inclinó y la besó en la frente.

—Te quiero —dijo.

Las palabras salieron de sus labios con tal facilidad que se quedó asombrado. Había pasado mucho tiempo desde que se las dijera a alguien que no fuera un simple recuerdo.

—No hace falta que me digas eso sólo porque las cosas tienen mal aspecto —exclamó ella, frunciendo el ceño.

—Quizá ésa sea la razón de que te lo esté diciendo ahora —replicó él—. Pero no creo que sea una mentira.

Sara dejó escapar una risa no muy alegre.

—No pareces estar muy seguro de eso.

Peter pensó durante unos segundos antes de contestar.

—Estuve enamorado de una mujer —dijo—, y esa relación cambió mi concepto del amor. Supongo que estaba convencido de que siempre debía ser igual. Una explosión atómica. Pero ahora empiezo a comprender que puede ser diferente, que puedes ir llegando despacio al ruido y a la furia.

—Me alegra oírlo —dijo Sara y, después de un breve silencio, añadió—: Pero sigues enamorado de ella, ¿verdad?

—Sigo pensando en ella, pero... —Meneó la cabeza—. Estoy intentando dejarlo atrás y quizá esté consiguiéndolo. Esta mañana soñé con ella.

Sara enarcó una ceja.

—Oh, ¿sí?

—No fue un sueño muy agradable —dijo él—. Me estaba contando cómo había logrado olvidar lo que sentía hacia mi. «Cuanto queda es un pequeño punto duro en mi pecho», dijo. Y me contó que algunas veces ese punto se movía, que se agitaba, y me lo enseñó. Pude ver aquella maldita cosa saltando bajo su blusa, y cuando lo toque —ella quería que lo tocara—, era increíblemente duro. Como si tuviera un guijarro debajo de la piel. Un corazón de piedra. Eso era cuanto quedaba de nuestra relación. Sólo aquel fragmento de dureza. Me sentí tan irritado que de un empujón la tiré al suelo. Entonces me desperté. —Se rascó la barba, algo incómodo por lo que acababa de confesar—. Es la primera vez que he pensado en ella de una forma violenta.

Sara le contempló con el rostro inexpresivo.

—No sé si eso significa algo —dijo él con dificultad—. Pero me pareció que sí.

Sara siguió en silencio. Su mirada le hizo sentir culpable por haber tenido aquel sueño y lamentó haberle hablado de él.

—No sueño mucho con ella —dijo.

—No importa —dijo ella.

—Bien... —Se puso en pie—. Intenta dormir un poco, ¿de acuerdo?

Sara buscó su mano.

—Peter...

—¿Sí?

—Te quiero. Pero ya lo sabías, ¿verdad?

Le dolió ver con cuánta vacilación lo había dicho, porque sabía que el único culpable de aquella inseguridad era él mismo. Se inclinó sobre ella y volvió a besarla.

—Duerme —le dijo—. Ya hablaremos de eso más tarde.

Cerró la puerta a su espalda sin hacer ruido. Mills estaba sentado a la mesa, contemplando a Sconset Sally, que iba y venía ante la casita, moviendo los labios y agitando los brazos como si discutiera con un compañero de juegos invisible.

—La pobre vieja ha perdido mucho en los últimos años —dijo Mills—. Antes

tenía una mente condenadamente aguda, pero ahora actúa como si estuviera loca.

—No puedo culparla —dijo Peter, tomando asiento delante de Mills—. La verdad es que yo también tengo la impresión de haber enloquecido bastante.

—Ya. —Mills metió tabaco en la cazoleta de su pipa—. Bueno, ¿tiene alguna idea de qué es esa cosa.⁷

—Quizá sea el Diablo. —Peter se apoyó en la pared—. Realmente no lo sé, aunque estoy empezando a pensar que Gabriela Pascual tenía razón cuando pensaba que era un animal.

Mills mordió su pipa y hurgó en su bolsillo en busca de un encendedor.

—¿Cómo es eso?

—Ya le he dicho que realmente no estoy muy seguro, pero desde que encontré las peinetas me he ido haciendo cada vez más sensible a su presencia. Al menos, eso parece. Como si la conexión que hay entre nosotros se estuviera haciendo más fuerte... —Peter vio que bajo su azucarero había una carterita de cerillas y la hizo resbalar sobre la mesa en dirección a Mills—. Estoy empezando a comprenderle un poco. Cuando estábamos en la carretera, hace un rato, tuve la sensación de que actuaba como un animal. Marcando su territorio. Protegiéndolo de los invasores. Fíjese en quiénes han sido atacados. Ambulancias, gente que iba en bicicleta. Personas que estaban entrando en su territorio. Nos atacó cuando visitamos el agregado.

—Pero no nos mató —dijo Mills.

La respuesta lógica a lo que había dicho Mills se abrió paso por entre los pensamientos de Peter, pero no quería admitirla y la hizo a un lado.

—Quizá me equivoque —dijo.

—Bueno, si es un animal entonces puede tragarse un anzuelo. Lo único que debemos hacer es descubrir dónde está su boca. —Mills soltó una carcajada que sonó como un gruñido, encendió su pipa y exhaló una nube de humo azulado—. Después de llevar un par de semanas en el agua puedes sentir cuándo hay algo extraño cerca..., incluso si no puedes verlo. No poseo poderes psíquicos, pero tengo la impresión de que estuve cerca de esa cosa en una o

dos ocasiones.

Peter alzó los ojos hacia él. Aunque Mills era una típica criatura de bar, un viejo borrachín con una gran provisión de historias exóticas que contar, de vez en cuándo Peter percibía en él el mismo tipo de gravedad específica que acaban poseyendo quiénes han pasado mucho tiempo en soledad.

—No parece tenerle miedo —dijo.

—Oh, ¿no? —Mills se rió—. Claro que tengo miedo. Lo único que ocurre es que ya soy demasiado viejo para echar a correr en círculos gritando a pleno pulmón.

La puerta se abrió de golpe y Sally entró en la habitación.

—Qué calor hace aquí dentro —dijo; fue hacia la estufa y puso un dedo sobre ella—. ¡Humm! Debe ser toda esta mierda que llevo encima. —Se dejó caer junto a Mills, removiéndose hasta encontrar una posición cómoda, y contempló a Peter con los ojos entrecerrados—. Ese maldito viento no piensa contentarse conmigo —dijo—. Es a ti a quien quiere.

Peter se sobresaltó.

—¿De qué está hablando?

Sally frunció los labios como si acabara de notar un sabor amargo.

—Si no estuvieras aquí se conformaría conmigo, pero eres demasiado fuerte. No se me ocurre ninguna manera de engañarle.

—Deja en paz al chico —dijo Mills.

—No puedo. —Sally le miró fijamente—. Tiene que hacerlo.

—¿Sabe de qué está hablando? —le preguntó Mills a Peter.

—¡Sí, diablos! ¡Lo sabe! Y si no lo sabe, cuanto debe hacer es hablar con el viento. Ya me entiendes, chico. Es a ti a quien quiere.

Un fluido helado empezó a deslizarse por la columna vertebral de Peter.

—Como a Gabriela —dijo—. ¿Se refiere a eso?

—Adelante —dijo Sally—. Habla con él. —Señaló con un dedo huesudo hacia la puerta—. Lo único que debes hacer es salir ahí fuera y el viento vendrá a ti.

Detrás de la casita, separado de ella por dos pinos japoneses y el cobertizo de las herramientas, había un campo que el inquilino anterior utilizaba como jardín. Peter no lo había cuidado y ahora todo el lugar estaba repleto de malas hierbas y basura: latas de gasolina, clavos oxidados, un camioncito de plástico, una pelota a medio pudrir, trozos de cartón, todo eso y bastantes cosas más descansando sobre un colchón de vegetación reseca. Le recordó el agregado y por esa razón le pareció que era un sitio adecuado para entrar en comunión con el viento..., si es que tal comunión no era el producto de la imaginación de Sconset Sally. Eso era lo que Peter esperaba, al menos. El atardecer se iba volviendo oscuro, y hacia más frío. Los últimos rayos plateados de la luz invernal delineaban las nubes grises y negras que flotaban sobre su cabeza, y el viento llegaba del mar, una brisa firme y constante. No pudo detectar presencia alguna en ella, y estaba empezando a sentirse como una idiota, pensando ya en volver adentro, cuando una ráfaga de aire saturado de un olor amargo le rozó la cara. Se envaró. Volvió a sentirla: estaba actuando con independencia de la brisa marina, posando dedos delicados sobre sus labios, sus ojos, tocándole igual que haría un ciego si intentase averiguar cuál era tu forma en lo más hondo de su cerebro. Le revolvió el cabello y levantó los pequeños faldones que cubrían los bolsillos de su chaqueta del ejército, igual que un ratón amaestrado cuando busca queso; jugueteó con los cordones de sus zapatos y le acarició por entre las piernas, haciéndole tensar la ingle y difundiendo una fría marea por todo el cuerpo. No logró entender del todo cómo le hablaba el viento, pero tuvo una imagen del proceso como algo similar a la forma en que un gato se frota contra tu mano y transmite una carga de electricidad estática. La carga era real, un leve y crujiente agujijonazo. Y, de alguna forma, fue traducida a un conocimiento, indudablemente por medio de su don. El conocimiento era algo personificado, y Peter fue consciente de que cuanto sabía por él era una transcripción humana de impulsos inhumanos; pero, al mismo tiempo, estaba seguro de que era una transcripción bastante precisa. Lo primero y más importante era la soledad. El viento era el único de su especie o, si había otros, jamás los había conocido. Peter no sintió ninguna simpatía ante su soledad, porque la criatura tampoco sentía simpatía alguna

hacia él. No le deseaba como amigo o compañero, sino como un mero testigo de su poder. Disfrutaría pavoneándose ante él, haciendo exhibiciones, frotándose contra su sensibilidad hacia él y obteniendo de eso algún insondable placer. Era muy poderoso. Aunque su contacto era suave y ligero, su vitalidad resultaba innegable y, cuando estaba encima del agua, era aún más fuerte. La tierra lo debilitaba y anhelaba volver al océano, llevando consigo a Peter. Deslizándose juntos por los salvajes cañones de las olas hacia un caos de oscuridad retumbante y espuma salada, viajando a través del más profundo de todos los desiertos, el cielo por encima del mar, y poniendo a prueba su poder en contra de los poderes de las tormentas, más débiles que él, atrapando a los peces voladores y haciendo malabarismos con ellos como si fueran cuchillos de plata, recogiendo masas de tesoros flotantes y jugando durante semanas con los cuerpos de los ahogados. Siempre jugando. O quizá «jugar» no era la palabra adecuada. Siempre empleada para expresar la caprichosa violencia que era su cualidad esencial. Gabriela Pascual quizá no hubiera acertado del todo al llamarle animal, pero ¿con qué otro nombre se le podía llamar? Era algo que venía de la naturaleza, no de algún otro mundo. Era el yo desprovisto del pensamiento, el poder carente de toda moral, y sentía hacia Peter lo mismo que un hombre puede sentir hacia un ingenioso juguete que es propiedad suya; algo que sería apreciado durante un tiempo y que después sería olvidado, y abandonado. Y finalmente, tirado a la basura.

Sara despertó al anochecer de un sueño en el que se ahogaba. Se irguió bruscamente en el lecho, cubierta de sudor, el pecho subiendo y bajando con rapidez. Pasado un momento logró calmarse y puso los pies en el suelo; después se quedó inmóvil, los ojos clavados en el vacío. La penumbra del cuarto hacía que el oscuro granulado de los tablones pareciese un complicado dibujo con rostros de animales emergiendo de la pared; por la ventana podía ver temblar los arbustos y masas de nubes que corrían velozmente. Sintiendo todavía algo adormilada, salió del dormitorio con intención de lavarse la cara; pero la puerta del cuarto de baño estaba cerrada y Sconset Sally le gritó algo desde el interior. Mills roncaba en el sofá, y Hugh Weldon estaba sentado a la mesa, sorbiendo una taza de café; un cigarrillo humeaba

en el plato y eso le sorprendió: había conocido a Hugh toda su vida y jamás le había visto fumar.

—¿Dónde está Peter? —preguntó.

—Fuera —dijo él con expresión preocupada—. Y si quieres saber mi opinión, me parece una estupidez.

—¿El qué?

Weldon lanzó una mezcla de carcajada y bufido.

—Sally dice que está hablando con el maldito viento.

Sara notó que el corazón se le encogía.

—¿Qué quieres decir?

—Que me cuelguen si lo sé —dijo Weldon—. Más tonterías de Sally, eso es todo.

Pero cuando sus miradas se encontraron Sara pudo percibir su miedo y su falta de esperanzas.

Corrió hacia la puerta. Weldon la cogió por el brazo, pero Sara se soltó y se dirigió hacia los pinos japoneses que había detrás de la casita. Apartó las ramas de un manotazo y se detuvo de golpe, muy asustada. El agitarse y oscilar de la hierba revelaba el lento movimiento circular del viento, como si el vientre de una gran bestia se arrastrara por encima de ella, y en el centro del campo estaba Peter, inmóvil. Tenía los ojos cerrados, la boca abierta, y mechones de pelo revoloteaban por encima de su cabeza igual que la cabellera de un ahogado. La imagen fue como una puñalada en lo más hondo y, olvidando su miedo, corrió hacia él mientras gritaba su nombre. Había cubierto la mitad de la distancia que les separaba cuando una ráfaga de viento la tiró al suelo.

Intentó ponerse en pie, confusa y desorientada, pero el viento volvió a derribarla, oprimiéndola contra la tierra húmeda. Y, como había sucedido en el agregado, ahora la basura estaba empezando a brotar de entre los hierbajos. Pedazos de plástico, clavos oxidados, un periódico amarillento, trapos y, por encima de todo eso, un gran bloque de madera que aún no había sido

convertido en leña para el fuego. Sara seguía estando algo aturdida pero, aun así, vio con una peculiar claridad las grietas que había en la parte inferior del bloque, y el moho blanquecino que la cubría. Estaba oscilando violentamente, como si la mano invisible que lo sostenía apenas fuera capaz de contener su furia. Y, entonces, cuando Sara comprendió que estaba a punto de salir disparado hacia abajo para golpearla justo en los ojos y convertir su cráneo en pulpa, Peter se lanzó sobre ella. Su peso la dejó sin aliento, pero oyó cómo el trozo de madera golpeaba su nuca con un sonido ahogado; tragó aire y le empujó, haciéndole rodar sobre sí mismo, y se puso de rodillas. Peter estaba pálido como un muerto.

—¿Se encuentra bien?

Era Mills, que iba hacia ella a través del campo. Y detrás de él estaba Weldon, sujetando a Sconset Sally, que luchaba por escapar. Mills llevaría recorrida quizá una tercera parte del camino cuando la basura, que había vuelto a caer sobre las malas hierbas, se alzó nuevamente por los aires, girando y agitándose y saliendo disparada hacia él cuando el viento hizo soplar una de sus poderosas ráfagas. Durante un segundo se encontró rodeado por una tormenta de cartón y plástico; la tormenta se disipó, y Mills dio un tambaleante paso hacia ella. Tenía el rostro manchado por un sinfín de puntos negros. Al principio Sara pensó que eran motas de suciedad. Un instante después la sangre empezó a rezumar de ellos. Eran clavos oxidados que atravesaban su frente, sus mejillas, clavándole el labio superior a la encía. Mills no emitió sonido alguno. Sus ojos se desorbitaron, se le doblaron las rodillas, su cuerpo se agitó en una torpe pirueta y se derrumbó entre los hierbajos.

Sara, aturdida, vio como el viento revoloteaba sobre Hugh Weldon y Sally, hinchando sus ropas; les dejó atrás, azotando las ramas de pino, y se desvaneció. Podía ver la curva del vientre de Mills por entre los hierbajos. Una lágrima parecía estar tallando un frío surco en su mejilla. Hipó y pensó qué reacción tan patética ante la muerte era ésa. Otro hipo, y otro. No podía parar. Cada uno de esos espasmos sucesivos la hizo debilitarse más, y sentirse más insegura, como si estuviera escupiendo minúsculos fragmentos de su alma.

7

El viento fluyó por las calles del pueblo con el anochecer, ensayando sus trucos con lo vivo, lo inanimado y los muertos. Carecía de toda discriminación, era el perfecto espíritu libre dedicado a su misión y, con todo, en sus acciones quizá hubiera sido posible percibir cierta frustración. Pasó por encima de Warren's Landing convirtiendo a una gaviota en un harapo ensangrentado, y cerca de la boca del arroyo Hither llenó el aire de ratones. Hizo que un neumático bajara rodando por el centro de la avenida Tennessee y arrancó tejas del AHAB-ITAT. Estuvo un rato vagando sin rumbo fijo; después, aumentando su fuerza hasta llegar a la del tornado, arrancó de raíz un pino japonés con tan sólo un tirón, suspendiendo el tronco en el aire con las inmensas bolas negras de las raíces colgando de él, y después lo arrojó igual que a una lanza atravesando la pared de una casa situada al otro lado de la calle. Finalmente, empezó a abrir agujeros en las paredes de algunas casas y se apoderó de las criaturas que se agitaban dentro de ellas. Hizo salir volando la puerta del sótano de la vieja Julia Stackpole y la mandó contra los estantes llenos de conservas y tarros, detrás de los que se ocultaba; recogió los vidrios rotos formando un huracán de cuchillos que le cortaron los brazos, la cara y —lo más efectivo de todo—, el cuello. Dio con George Coffin, que era aún más viejo que Juli (y que no pensaba esconderse, porque en su opinión Hugh Weldon era un redomado imbécil) de pie en su cocina, a la que acababa de entrar después de haber encendido su barbacoa; se apoderó de los carbones y se los lanzó con una increíble precisión. En media hora mató a veintiuna personas y arrojó sus cadáveres al césped de sus casas, dejándolos allí para que se desangraran en pálidas hemorragias bajo la creciente oscuridad. Y después, una vez su furia se hubo aparentemente disipado, se convirtió en una brisa y, deslizándose por entre los setos y las ramas de los pinos, volvió a la casita, donde algo que ahora deseaba le estaba aguardando delante de la puerta.

8

Sconset Sally estaba sentada encima de los leños, bebiendo una botella de cerveza que había cogido de la nevera de Peter. Estaba tan enfurecida como

una gallina clueca a la que le han quitado los polluelos, porque tenía un plan — un buen plan—, y Hugh Weldon, aquel cabeza de chorlito, no quería ni oír hablar de él, y se negaba a escuchar ni una maldita palabra de lo que dijera. Sí, estaba decidido a ser un héroe.

El cielo se había vuelto de color índigo, y una gran luna de plata le hacía guiños por encima del tejado de la casita. Sentir el ojo del viento sobre ella no le gustaba nada, así que le escupió. El elemental pilló el esputo al vuelo y lo agitó en círculos por el aire, haciéndolo relucir como si fuera una ostra. ¡Criatura estúpida! Medio monstruo y medio perro invisible, babeante y con ganas de jugar. Le recordaba a ese viejo macho suyo, Rommel, el grandullón. Se lanzaba al cuello del cartero y un instante después estaba tumbado de espalda y agitaba las patas, pidiendo una golosina. Hundió su botella en la tierra para que no se volcara y cogió un trozo de madera.

—Toma —dijo, y lo agitó—. Busca, cógelo. —El elemental cogió el palo y lo estuvo moviendo durante unos segundos. Después lo dejó caer a sus pies. Sally lanzó una risita—. Tú y yo podríamos llevarnos muy bien —le dijo al aire—. ¿Sabes por qué? ¡Porque no hay nada que nos importe una condenada mierda! —La botella de cerveza se alzó de la hierba. Sally intentó cogerla y fracasó—. ¡Maldita sea! —gritó—. ¡Devuélveme eso!

La botella subió hasta que quedó a unos cuatro metros de altura y se ladeó bruscamente; la cerveza fluyó por el gollete y se agrupó en una docena de grandes goterones que fueron explotando uno a uno, empapándola. Sally se levantó de un salto, farfullando maldiciones, y empezó a limpiarse la cara; pero el viento la hizo caer de espaldas. Empezó a sentir un poco de miedo. La botella seguía suspendida sobre su cabeza; un segundo después Sally cayó a la hierba y el elemental se enroscó a su alrededor, jugueteando con su cabello y el cuello de su jersey, deslizándose dentro de su impermeable; y se marchó de repente, como si alguna otra cosa hubiera atraído su atención. Sally vio como la hierba se aplastaba cuando el viento pasó sobre ella, dirigiéndose hacia la calle. Se apoyó en el montón de madera y acabó de limpiarse la cara; vio a Hugh Weldon por la ventana, que iba de un lado para otro, y volvió a sentir un estallido de ira. Se creía el amo de todo, ¿eh? No sabía una mierda sobre el elemental y ahí estaba, riéndose de su plan.

¡Bueno, que le dieran por el culo!

Weldon pronto descubriría que su plan no iba a funcionar, y que el único plan razonable y a prueba de errores era el de Sally.

Quizá ponerlo en práctica diera un poco de miedo, cierto, pero aun así era a prueba de errores.

9

Peter recuperó el conocimiento cuando ya había oscurecido del todo. Movi6 la cabeza y el repentino latido de dolor que sintió dentro de ella casi le hizo volver a desmayarse. Permaneci6 quieto, intentando orientarse. La luz de la luna entraba por la ventana del dormitorio y Sara estaba junto a ella, su blusa reluciendo con una fosforescencia blanca. A juzgar por la inclinaci6n de su cabeza estaba escuchando alg6n ruido, y Peter no tard6 en distinguir una melodía extraña en el viento: cinco notas seguidas por un rápido acorde que llevaba a la repetición del pasaje. Era una música potente y llena de irritación, un retumbar ominoso que podría haber sido compuesto para indicar la inminente llegada del villano. Poco después la melodía se rompió en un millar de notas dispersas, como si el viento estuviera viéndose obligado a pasar por los agujeros de todo un coro de flautas. Después vino otro pasaje, éste de siete notas, más rápido pero igualmente ominoso. Peter se sintió invadido por una fría oleada de abatimiento, como si alguien le hubiese tapado con una sábana de la morgue. Aquella música era para él. Aumentada de volumen, como si el viento anunciara su despertar —y estaba seguro de que tal era el caso—, como si volviese a estar nuevamente convencido de su presencia. El viento estaba impaciente y no esperaría mucho tiempo más. Cada nota transmitía aquel mensaje. La idea de encontrarse a solas con él en pleno mar le aterrorizaba. Y, con todo, no tenía elección. No había forma alguna de combatirlo, y el viento no tenía más que seguir matando hasta que Peter le obedeciera. De no ser por los otros se negaría a ir; preferiría morir aquí antes que someterse a esa relación absorbente y antinatural. ¿O no era antinatural? De repente pensó que la historia del viento y Gabriela Pascual tenía mucho en común con las historias de un sinfín de relaciones humanas. Desear; conseguir; descuidar; olvidar.

Quizá el ser elemental fuera alguna especie de núcleo de la existencia, algo que yacía en el seno de cada relación como un vacío aullante, una música caótica.

—Sara —dijo, queriendo negar esa presencia.

La luz de la luna pareció envolverla cuando se dio la vuelta. Fue hacia él y tomó asiento a su lado.

—¿Qué tal te encuentras?

—Mareado. —Señaló hacia la ventana—. ¿Cuánto tiempo lleva así?

—Acaba de empezar —dijo ella—. Ha hecho agujeros en un montón de casas. Hugh y Sally salieron hace un rato. Hay más muertos. —Se apartó un mechón de cabellos de la frente—. Pero...

—Pero ¿qué?

—Tenemos un plan.

El viento estaba creando extraños grupos de tres notas, un inquieto silbar que le hizo sentir deseos de apretar los dientes.

—Será mejor que sea bueno —dijo.

—Es cosa de Hugh —dijo ella—. Cuando estaba en el campo se fijó en algo. En cuanto me tocaste el viento se apartó de nosotros. Si no lo hubiera hecho, si te hubiera arrojado ese trozo de madera en vez de limitarse a dejarlo caer, habrías muerto. Y no quería que murieses..., al menos, eso es lo que dice Sally.

—Tiene razón. ¿Te ha explicado lo que quiere de mí?

—Sí. —Sara apartó la vista y sus ojos reflejaron la luna; estaban llenos de lágrimas—. Bueno, creemos que el viento estaba confuso, que cuando estamos realmente cerca el uno del otro no puede distinguarnos bien. Y dado que no quiere hacernos daño ni a ti ni a Sally, Hugh y yo estamos a salvo siempre que mantengamos la proximidad. Si Mills se hubiera quedado donde estaba...

—¿Mills?

Sara se lo contó.

—¿Cuál es el plan? —le preguntó Peter después de un momento, viendo todavía en su mente el rostro de Mills, incrustado de clavos.

—Yo iré en el jeep con Sally y tú irás con Hugh. Nos dirigiremos hacia Nantucket, y cuando lleguemos al vertedero... Conoces ese camino de tierra que lleva a los paramos, ¿verdad?

—¿El que conduce a la Roca del Altar? Sí.

—En ese punto tú saltarás del jeep para reunirte con nosotros y nos dirigiremos hacia la roca. Hugh seguirá hacia Nantucket. Dado que al parecer intenta dejar aislado este extremo de la isla, Hugh piensa que el viento le seguirá y quizá podamos llegar a un sitio situado fuera de su alcance, y moviéndonos en dos direcciones distintas a la vez quizá podamos confundirlo lo bastante como para que no reaccione rápidamente, y él también podrá escapar.

Dijo todo aquello muy de prisa, en un chorro de palabras que le recordó a Peter la forma en que una adolescente intentaría convencer a sus padres de que la dejaran volver tarde, soltándoles todas las buenas razones antes de que ellos pudieran hacer ninguna objeción.

—Quizá estés en lo cierto en eso de que no puede distinguarnos cuando estamos muy cerca —dijo—. Bien sabe Dios que percibe las cosas y eso me parece plausible. Pero el resto es una idiotez. No sabemos si su territorialidad se encuentra limitada a este extremo de la isla. ¿Y si pierde mi pista y la de Sally? ¿Qué hará entonces? ¿Esfumarse con un soplo? No sé por qué, pero lo dudo. Quizá vaya hacia Nantucket y haga allí lo mismo que ha hecho aquí.

Sally dice que tiene un plan en reserva.

—¡Cristo, Sara! —Se incorporó hasta quedar sentado en la cama—. Sally está chiflada. No tiene ni idea de lo que puede ocurrir.

—Bien, ¿qué otra elección tenemos? —Su voz se quebró—. No puedes marcharte con él.

—¿Crees que quiero hacerlo? ¡Jesucristo!

La puerta del dormitorio se abrió y Weldon apareció silueteado en un borroso manchón de luz anaranjada que hirió los ojos de Peter.

—¿Listo para viajar? —preguntó.

Sconset Sally se encontraba detrás de él, y murmuraba, canturreando y produciendo una especie de estática humana.

Peter sacó las piernas de la cama.

—Weldon, esto es una locura. —Se puso en pie y se apoyó en el hombro de Sara—. Sólo conseguirá que le mate. —Señaló hacia la ventana y la continua música del viento—. ¿Cree que puede dejar atrás a eso en un coche patrulla?

—Quizá este plan no valga una mierda... —empezó a decir Weldon.

—¡Desde luego! —dijo Peter—. Si quiere confundir al viento, ¿por qué no hacer que Sally y yo nos separemos? Uno va con usted y el otro con Sara. De esa forma al menos el plan tendrá cierta lógica.

—Tal y como veo yo las cosas —dijo Weldon subiéndose los pantalones—, correr riesgos no es asunto tuyo. Soy yo quien debe correrlos. Si Sally viene conmigo..., tiene razón, eso le confundiría. Pero esto que usted propone también puede confundirle. Tengo la impresión de que tiene las mismas ganas de mantener controlada a la gente normal que de largarse en compañía de fenómenos como usted y Sally.

—¿Qué...?

—¡Cállese! —Weldon dio un paso hacia él—. Si mi plan no funciona puede probar suerte con el suyo. Y si eso tampoco funciona, entonces puede marcharse de crucero con esa maldita cosa. Pero no tenemos ninguna clase de garantías sobre si dejará a alguien con vida, sin importar lo que usted haga o deje de hacer.

—No, pero...

—¡Nada de peros! Estamos en mi jurisdicción y haremos lo que yo diga. Si no funciona..., bueno, entonces puede hacer lo que le parezca más adecuado. Pero hasta que eso no ocurra...

—Hasta que eso no ocurra piensa seguir comportándose como un imbécil —dijo Peter—. ¿Verdad que sí? ¡Amigo, lleva todo el día buscando una forma de imponer su jodida autoridad! Y en esta situación no tiene ningún tipo de

autoridad. ¿Lo comprende?

Weldon se acercó a él hasta que sus mandíbulas casi se tocaron.

—De acuerdo —dijo—. Salga ahí fuera, señor Ramey. Venga. Lo único que debe hacer es salir ahí fuera. Puede utilizar el bote de Mills o si quiere algo mayor, ¿qué le parece el de Sally? —Le lanzó una rápida y feroz mirada a Sally—. ¿Te importa que lo coja, Sally? —Ésta, que seguía murmurando y canturreando, movió levemente la cabeza—. ¡Ahí lo tiene! —Weldon se volvió hacia Peter—. No le importa. Bueno, venga, adelante. Aparte de nosotros a ese hijo de puta, si es que puede. —Volvió a tirarse de los pantalones y exhaló; su aliento olía igual que una taza de café llena de colillas—. Pero si estuviera en su sitio, antes probaría con cualquier otra solución.

Peter tuvo la impresión de que sus pies habían echado raíces en el suelo. Se dio cuenta de que había estado utilizando la ira para ocultar el miedo, y no sabía si lograría tener el coraje suficiente para salir de la casita y reunirse con el viento, para alejarse navegando hacia el terror y la nada a los que se había enfrentado Gabriela Pascual.

Sara le puso la mano en el brazo.

—Peter, por favor —dijo—. Probarlo no nos hará ningún daño.

Weldon retrocedió un paso.

—Nadie le culpa por tener miedo, señor Ramey —dijo—. Yo también tengo miedo. Pero es la única forma que se me ocurre de poder cumplir con mi trabajo.

—Va a morir. —Peter tuvo ciertos problemas para tragar saliva—. No puedo dejar que haga eso.

—No tiene nada que decir al respecto —replicó Weldon—, porque no tiene más autoridad que yo. A menos que pueda convencer a esa cosa para que nos deje en paz. ¿Puede hacerlo?

Los dedos de Sara se tensaron sobre el brazo de Peter, pero se relajaron cuando él dijo «No».

—Entonces lo haremos a mi manera. —Weldon se frotó las manos en lo que a

Peter le pareció un gesto de animación e impaciencia—. Sally, ¿tienes tus llaves?

—Sí —dijo ella con voz irritada; fue hacia Peter y puso sobre su muñeca una mano parecida a la pata de un pájaro—. Peter, no te preocupes. Si esto no funciona tengo un as en la manga. Vamos a gastarle una buena jugarreta a ese diablo.

Se rió y dejó escapar un leve silbido, como un loro contemplando extasiado un trozo de fruta.

Mientras conducían lentamente por las calles de Madaket el viento cantaba a través de las casas medio derruidas, interpretando pasajes musicales que parecían tristes y dubitativos, como si los movimientos del jeep y el coche patrulla le tuvieran perplejo. La luna, a un cuarto de estar llena, iluminaba la destrucción; agujeros en las paredes, arbustos sin hojas, árboles derribados al suelo. Una de las casas había adquirido una expresión de sorpresa, con la O de una boca donde había estado la puerta y dos ventanas rotas flanqueando esa boca. Los jardines estaban cubiertos de basura. Libros de bolsillo con la páginas aleteando, ropa, muebles, comida, juguetes. Y cadáveres. La luz plateada hacía que su carne pareciera tan blanca como el queso suizo, y las heridas eran masas de oscuridad. No daban la impresión de ser reales; podrían haber formado parte de un ambiente horrible creado por un escultor de vanguardia. Un cuchillo para cortar carne saltó velozmente sobre el asfalto, y por un instante Peter pensó que subiría por los aires para lanzarse hacia él. Miró a Weldon para ver qué tal se estaba tomando todo aquello. El perfil de un indio de madera, los ojos clavados en el camino. Peter le envidió aquella perfecta pose del deber; ojalá él tuviera un papel semejante que interpretar, algo que le diese coraje, porque cada variación del viento le hacía sentirse más débil e inquieto.

Entraron en la carretera de Nantucket, y Weldon se irguió en su asiento. Miró por el espejo retrovisor, comprobó que Sally y Sara les seguían, y mantuvo la velocidad en unos treinta kilómetros por hora.

—Bien —dijo cuando estuvieron cerca del vertedero y el camino que llevaba a

la Roca del Altar—. No voy a parar el coche, así que cuando se lo indique empiece a moverse.

—De acuerdo —dijo Peter; sujetó la manecilla de la puerta y dejó escapar un leve jadeo, intentando calmarse—. Buena suerte.

—Sí. —Weldon se chupó los dientes—. Lo mismo le digo. Buena suerte.

El indicador de velocidad bajó a veinte kilómetros, diez, cinco, y el paisaje iluminado por la luna desfiló lentamente junto a ellos.

—¡Adelante! —gritó Weldon.

Peter saltó. Mientras corría hacia el jeep oyó el chirriar de los neumáticos del coche patrulla, acelerando bruscamente; Sara le ayudó a subir por la parte trasera, y un instante después se encontraron dando tumbos por el camino de tierra. Peter se agarró al respaldo del asiento de Sara, saltando arriba y abajo. La maleza que cubría los paramos estaba cada vez más cerca del camino, y las ramas azotaban los flancos del jeep. Sally estaba encogida sobre el volante, conduciendo como una loca; les hizo volar sobre los baches, patinó en las curvas más cerradas y ascendió con un gruñido las pequeñas lomas. No había tiempo para pensar, sólo para agarrarse y tener miedo, para esperar la inevitable aparición del elemental. El miedo era un sabor metálico en la boca de Peter; estaba en el destello blanco de los ojos de Sara cada vez que se volvía a mirarle y en las manchas de luz lunar que corrían sobre la capota; estaba en cada aspiración de aire que hacía, cada sombra temblorosa que veían sus pupilas. Pero cuando llegaron a la roca, después de unos quince minutos de carrera, Peter empezaba a tener esperanzas, a medio creer que el plan de Weldon había funcionado.

La roca se encontraba casi en el centro de la isla, en su punto más elevado. Era una colina sin vegetación sobre la que se alzaba una piedra donde los indios habían practicado sacrificios humanos: un pequeño dato histórico que no le hizo ningún bien a los nervios de Peter. Desde la colina se podían ver kilómetros enteros de páramo, y el dibujo de arrugas formado por las depresiones del terreno y las pequeñas colinas tenía el aspecto de un mar mágicamente transformado en hojas durante un momento de furia. La vegetación iluminada por la luna —moras silvestres y zarzales— tenía un

polvoriento color verde plateado, y el viento soplaba intensamente, pero sin que en él pareciese haber ninguna fuerza sobrenatural.

Sara y Peter bajaron del jeep, y Sally les siguió un segundo después. Peter notó que le temblaban las piernas y se apoyó en la capota; Sara se colocó junto a él, rozándole con su cadera. Peter sintió el aroma de su cabello. Sally estaba mirando hacia Madaket. Seguía murmurando algo, y Peter logró captar unas cuantas palabras.

—Estúpido..., nunca quiso escucharme..., nunca quiso..., hijo de puta..., tendría que haberme callado...

Sara le tocó con el codo.

—¿Qué piensas?

—No podemos hacer más que esperar —dijo él.

—Todo saldrá bien —dijo ella con firmeza.

Se frotó los nudillos de la mano izquierda con el canto de la derecha. Parecía el tipo de gesto infantil que pretende dar buena suerte y le hizo sentir una gran ternura hacia ella. La atrajo hacia él, abrazándola. Y así, inmóviles, sus ojos viendo los paramos más allá de su cabeza, tuvo una imagen de ellos como si fueran los tópicos amantes de la tapa de un libro barato, aferrándose el uno al otro en la cima de una colina solitaria, con todas las probabilidades del mundo desplegándose a su alrededor. Una forma bastante estúpida de ver las cosas, pero aun así percibió la verdad que había en ella, la embriagadora inmersión que se suponía iba a sentir el amante de un libro barato. No era un sentimiento tan claro como el que había tenido en el pasado, pero quizá la claridad fuese algo que ya no era posible para él. Quizá toda su claridad del pasado había sido sencillamente un ejemplo de percepción defectuosa, un destello de inmadurez, una mala comprensión adolescente de cuanto era posible. Pero tanto si era así como si no, el autoanálisis no lograría aclarar su confusión. Aquel tipo de pensamiento hacía que no vieras bien el mundo, te hacía sentir poca inclinación a correr riesgos. Era algo similar a lo que les pasaba a los estudiosos, la forma en que llegaban a sentir tal compromiso con sus teorías que empezaban a rechazar todos los hechos que iban en contra de ellas, a volverse conservadores en sus juicios y a negar lo inexplicable, lo mágico. Si

había magia en el mundo —y Peter estaba seguro de ello—, la única forma de acercarse a ella era abandonando las restricciones de la lógica y las lecciones aprendidas. Durante más de un año se había olvidado de eso y había construido defensas contra la magia; y ahora, en una sola noche, sus defensas habían sido destrozadas y, a un precio terrible, había vuelto a ser capaz de correr riesgos, de tener esperanzas.

Y entonces vio algo que acabó con todas sus esperanzas.

Otra voz se había añadido al flujo natural del viento que llegaba del océano, y en todas las direcciones visibles al ojo se notaba una agitación de matorrales plateados por la luna, una agitación que delataba la presencia de un viento muy superior al evidente en lo alto de la colina. Apartó un poco a Sara. Ésta siguió la dirección de su mirada y se llevó una mano a la boca. La inmensidad del elemental dejó asombrado a Peter. Podrían haber estado de pie sobre un arrecife en el centro de un mar embravecido, un mar que acababa confundiéndose con la oscuridad interestelar. Por primera vez, pese a su miedo, logró aprehender parte de la belleza del elemental, la intrincada precisión de su poder. En un momento dado podía ser un zarcillo de brisa, capaz de las más delicadas manipulaciones, y al siguiente podía convertirse en una entidad tan grande como una urbe. Hojas y ramas que parecían motas de espacio negro surgían de la vegetación, formando columnas. Seis de ellas, a intervalos regulares alrededor de la Roca del Altar, quizá a unos cien metros de distancia una de otra. El sonido del viento se convirtió en un rugido a medida que las columnas iban aumentando de grosor y de altura. Y crecían rápidamente. En unos segundos el final de las columnas se perdió en la oscuridad. No tenían la achaparrada forma cónica de los tornados, y tampoco giraban y agitaban sus colas; se limitaban a ondular de un lado para otro, esbeltas, gráciles y amenazadoras. A la luz de la luna su rotación resultaba casi indetectable y parecían estar hechas de ébano reluciente, como seis enormes salvajes preparados para el ataque. Empezaron a moverse hacia la colina. Los arbustos convertidos en astillas salieron disparados hacia lo alto desde sus bases, y el rugido se hinchó hasta volverse un acorde disonante; el sonido de cien armónicas tocadas al mismo tiempo. Sólo que mucho más potente.

De pronto vio a Sconset Sally escabulléndose hacia el jeep, lo que le hizo salir de su estupor; metió a Sara de un empujón en el asiento trasero y se instaló junto a Sally. Aunque el motor estaba en marcha su ruido quedaba ahogado por el viento. Sally condujo todavía con menos cautela que antes; la isla estaba recorrida por un enrejado de angostos senderos de tierra, y Peter tuvo la impresión de que estuvieron a punto de estrellarse en cada uno de ellos. Patinando de lado por entre un revoloteo de arbustos, volando sobre las crestas de las colinas, hundiéndose por abruptas pendientes. En bastantes sitios la vegetación era demasiado alta para que pudiera ver gran cosa, pero la furia del viento les rodeaba por doquier y, en una ocasión, cuando pasaron por un sitio donde los arbustos habían sido quemados, vio fugazmente una columna de ébano a unos cincuenta metros de distancia. Comprendió que se movía en línea paralela a ellos, acosándoles, haciéndoles correr de un lado para otro. Peter perdió toda idea de donde estaba y no lograba creer que Sally estuviera algo más enterada. Intentaba hacer lo imposible, dejar atrás al viento, que se encontraba por todas partes, y sus labios estaban apretados en una mueca de miedo. De repente —acababan de girar hacia el este—, Sally pisó los frenos. Sara salió despedida hacia el asiento delantero y, de no haber estado sujetándose con fuerza, Peter podría haber atravesado el parabrisas. Una de las columnas se había inmovilizado en mitad del sendero, bloqueándoles el paso. Peter pensó que parecía Dios. Una torre de ébano que llegaba de la tierra al cielo, esparciendo nubes de polvo y restos de vegetación por su base. Y estaba moviéndose hacia ellos. Lentamente. Apenas un metro o dos por segundo. Pero no había duda de que estaba moviéndose. El jeep temblaba y el rugido parecía venir del suelo que había bajo ellos, del aire, del cuerpo de Peter, como si los átomos de todas las cosas estuvieran moliéndose unos a otros. Sally empezó a luchar con el cambio de marchas, el rostro helado en una mueca inexpresiva. Sara gritó, y Peter tampoco pudo contener un grito cuando el parabrisas fue aspirado de su marco y salió girando por los aires. Se agarró al salpicadero, pero sus brazos estaban muy débiles y, con una oleada de vergüenza, sintió cómo se le vaciaba la vejiga. La columna se encontraba a menos de treinta metros de distancia, un gran pilar de oscuridad rotatoria. Ahora podía ver como lo que había dentro de ella se iba alineando bajo la forma de anillos muy apretados que parecían los segmentos de un gusano. El

aire se había vuelto espeso, difícil de respirar. Y, entonces, milagrosamente, se encontraron apartándose de aquello, alejándose del rugido, retrocediendo por el sendero. Doblaron un recodo y Sally puso el jeep en primera; les hizo subir chirriando por una colina más grande... y frenó de golpe. Y dejó que su cabeza cayera sobre el volante en una actitud de desesperación. Estaban de nuevo en la Roca del Altar.

Y Hugh Weldon les estaba esperando.

Estaba sentado con la cabeza apoyada en el peñasco que daba su nombre al lugar. Tenía los ojos llenos de sombras. Su boca estaba abierta y su pecho subía y bajaba. Una respiración trabajosa, como si acabara de correr una larga distancia. No había señal alguna del coche patrulla. Peter intentó llamarle, pero tenía la lengua pegada al paladar y lo único que emitió fue un gruñido ahogado. Volvió a intentarlo.

—¡Weldon!

Sara empezó a sollozar y Sally soltó un jadeo. Peter no sabía qué las había asustado y tampoco le importaba; para él los procesos del pensamiento habían sido reducidos a seguir una sola idea cada vez. Bajó del jeep y fue hacia el jefe de policía.

—Weldon —repitió.

Weldon suspiró.

—¿Qué ha pasado?

Peter se arrodilló junto a él y puso una mano sobre su hombro; oyó un silbido y sintió como todo el cuerpo era recorrido por un temblor.

El ojo derecho de Weldon empezó a hincharse. Peter perdió el equilibrio y quedó sentado con un golpe seco. Entonces el ojo saltó de su órbita y cayó al suelo. El viento y la sangre brotaron de la cuenca vacía con un agudo gemido. Peter empezó a retroceder, arañando la tierra en un esfuerzo por interponer alguna distancia entre él y Weldon. El cadáver se derrumbó sobre el costado, su cabeza vibrando mientras que el viento seguía saliendo de él y hacía hervir el polvo bajo la órbita vacía. Una mancha negra indicaba el punto de la roca donde había descansado la cabeza.

Peter se quedó tendido hasta que su pulso fue haciéndose más lento, los ojos clavados en la luna, tan brillante y lejana como un deseo. Oyó rugir el viento por todas partes, y comprendió que el rugir se estaba haciendo más potente, pero no quería admitirlo. Finalmente se puso en pie y miró hacia los paramos.

Era como si se encontrara en el centro de un templo inimaginablemente grande, un templo cuyo interior era un bosque formado por docenas de relucientes columnas negras que brotaban de un suelo verde oscuro. Las más cercanas se encontraban a unos cien metros de distancia, y no se movían; pero mientras las observaba, las que estaban más lejos empezaron a deslizarse por entre las que estaban quietas, moviéndose sinuosamente como cobras bailando. El aire estaba cargado de una extraña fiebre, un latir de calor y energía, y aquello, unido a lo extraño del espectáculo, le dejó extasiado, inmóvil. Descubrió que se encontraba más allá del miedo. Esconderse del elemental era tan imposible como esconderse de Dios. Le llevaría al mar para que muriese, y su poder era tan irresistible que Peter casi reconoció su derecho a hacerlo. Subió al jeep. Sara parecía al borde del colapso. Sally le tocó la pierna con una mano temblorosa.

—Puedes usar mi bote —dijo.

Durante el trayecto de regreso a Madaket Sara permaneció inmóvil con las manos juntas en el regazo, exteriormente tranquila pero con un torbellino agitándose en su interior. Los pensamientos se movían tan rápidamente por su cerebro que sólo dejaban impresiones parciales, e incluso éstas eran borradas por cegadores ataques de terror. Quería decir algo a Peter, pero las palabras parecían inadecuadas para expresar cuanto estaba sintiendo. En un momento dado decidió ir con él, pero la decisión engendró un repentino resentimiento. ¡No la amaba! ¿Por qué debía sacrificarse por él? Después, comprendiendo que Peter se sacrificaba por ella, que la amaba o que, al menos, aquel acto era un acto de amor, decidió que si le acompañaba eso haría que su acto careciese de sentido. Aquella decisión le hizo preguntarse si no estaría utilizando el sacrificio de Peter para ocultar la auténtica razón de que no le acompañase: su miedo. Y, ¿qué decir de sus sentimientos hacia él? ¿Acaso eran tan poco firmes que el miedo podía minarlos? En un estallido de irracionalidad, vio que él estaba presionándola para que le acompañara, para

que le demostrase su amor, algo que ella jamás le había pedido. ¿Qué derecho tenía a hacer eso? Con la mitad de su mente comprendió que todas aquellas ideas eran una locura pero, ni aun así, logró apartarlas de su cabeza. Tenía la sensación de que todas sus emociones se estaban desgastando, dejándola hueca..., como Hugh Weldon, con sólo el viento dentro de él, manteniéndole erguido, dándole una apariencia de vida. Lo grotesco de la imagen hizo que se encogiera aún más dentro de sí misma, y siguió sentada, en silencio, sintiéndose invadida por un gran vacío.

—Anímate —dijo Sally de repente, y dio una palmadita en la pierna de Peter—. Aún nos queda algo por probar. —Y después, con lo que a Sara le pareció una alegría irracional, añadió—: Pero si no funciona, el bote tiene aparejos de pesca y a bordo hay un par de cajas de aguardiente de cerezas. Ayer estaba demasiado borracha para bajarlas. Teniendo en cuenta el sitio adonde vas, el aguardiente de cerezas será mejor que el agua.

Peter no dijo nada.

Cuando entraron en el pueblo el viento corrió junto a ellos, y su paso agitó la basura y dispersó las hojas, lanzando objetos por el aire. Jugando, pensó Sara. Estaba jugando. Correteaba como un perrito feliz, como un niño mimado que se ha salido con la suya y ahora es todo sonrisas. Sintió un odio abrumador hacia el elemental y clavó las uñas en el acolchado del asiento, deseando tener una forma de hacerle daño. Entonces, cuando pasaban ante la casa de Julia Stackpole, el cadáver de ésta se irguió bruscamente. Su cabeza ensangrentada colgaba sobre el pecho, sus flacos brazos aleteaban. Todo el cuerpo parecía estar vibrando y un instante después empezó a rodar sobre sí mismo con un movimiento horriblemente inarticulado, rodeado por un torbellino de papeles y basura, hasta que acabó chocando con un sillón roto. Sara se encogió en su asiento, su respiración convertida en un ronco jadeo. Una nubecilla logró escapar de la luna y la luz de ésta se hizo bastante más fuerte, haciendo que el gris de las casas resultara inmaterial, como la niebla; pero los agujeros de sus paredes parecían muy reales, negros y cavernosos, como si muros, puertas y ventanas no hubieran sido más que una fachada que ocultaba el vacío.

Sally aparcó junto al cobertizo situado a unos doscientos metros al norte de Punta Smith: una maltrecha estructura de madera que tenía el tamaño de un garaje. Más allá del cobertizo se veía un tranquilo retazo de aguas negras, acariciado por el resplandor de la luna.

—Tendrás que remar —le dijo Sally a Peter—. Los remos están aquí dentro.

Abrió el cerrojo de la puerta y encendió una luz. El interior estaba en tan mal estado como la misma Sally. Tablones por desbastar; telarañas tendidas entre las latas de pintura, y las trampas para langosta medio rotas; un confuso montón de caballetes y postes. Sally empezó a ir de un lado para otro, farfullando y dándole patadas a las cosas, buscando los remos; sus pisadas hicieron que la bombilla suspendida del techo empezara a oscilar y la luz bailoteó por las paredes igual que si fuera sucia agua amarillenta. Sara tenía las piernas como de plomo. Moverse resultaba muy difícil, y pensó que quizá aquello se debiera a que ya no le quedaba nada que hacer, ningún sitio adonde ir. Peter dio unos cuantos pasos hacia el centro del cobertizo y se detuvo; parecía perdido. Sus manos se agitaban levemente junto a sus costados. Sara pensó que la expresión de Peter debía reflejar la de su propio rostro: rasgos flácidos, abatidos, con huellas violáceas bajo los ojos. Y entonces se movió. El muro que había estado conteniendo sus emociones se rompió y sus brazos rodearon a Peter, y se encontró diciéndole que no podía dejarle ir solo, diciéndole medias frases, palabras que no se relacionaban entre sí. «Sara —dijo él—. Cristo...» La abrazó muy fuerte. Pero un segundo después Sara oyó un sonido ahogado y Peter se derrumbó contra ella, casi haciéndola caer, y acabó desplomándose en el suelo. Sally fue hacia él blandiendo un grueso madero y volvió a golpearle.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Sara, y empezó a luchar con Sally.

Se agarraron de los brazos y estuvieron dando vueltas y vueltas durante unos segundos, con la bombilla oscilando locamente. Sally farfullaba palabras incomprensibles, hecha una furia; la saliva relucía en sus labios. Finalmente apartó a Sara de un empujón, gruñendo. Sara retrocedió tambaleándose, tropezó con Peter y cayó junto a él.

—¡Escucha! —Sally ladeó la cabeza y señaló hacia el tejado con el madero—.

¡Maldita sea...! ¡Funciona!

Sara se levantó cautelosamente.

—¿De qué estás hablando?

Sally recogió su sombrero de pescador, que se le había caído durante la lucha, y lo aplastó sobre su cabeza de un manotazo.

—¡El viento, maldición! Ya se lo dije a Hugh Weldon, ese estúpido hijo de perra; pero, oh, no, no me escuchó. Él nunca escuchaba a nadie.

El viento estaba subiendo y bajando de volumen, haciéndolo con un ritmo tan regular que Sara tuvo la impresión de que una criatura hecha de viento corría frenéticamente de un lado para otro. Algo se partió a lo lejos con un seco chasquido.

—No lo entiendo —dijo Sara.

—Para él la inconsciencia es como el estar muerto —dijo Sally; señaló hacia Peter con el madero—. Sabía que era así porque después de haber acabado con Mills vino por mí. Me tocó de arriba abajo y entonces estuve segura de que se habría conformado conmigo. Pero ese condenado bastardo no quería escucharme. ¡Tenía que hacer las cosas a su modo!

—¿Te habría cogido? —Sara bajó la vista hacia Peter, que seguía inmóvil, sangrando por el cuero cabelludo—. ¿Quieres decir..., en vez de a Peter?

—Pues claro que eso es lo que quiero decir. —Sally frunció el ceño—. Que Peter se vaya es una estupidez. Un joven con todo un futuro por delante... En cambio yo... —Tiró de la solapa de su impermeable como si pretendiera arrojarla a sí misma hacia adelante—. ¿Qué puedo perder? Un par de años de soledad. No es algo que me apetezca demasiado, ¿entiendes? Pero no hay ninguna otra solución. Intenté explicárselo a Hugh, pero estaba obsesionado con ser un maldito héroe.

Sus brillantes ojos de pájaro relucían por entre la carne surcada de arrugas, y Sara tuvo una repentina imagen de ella que no había tenido desde la infancia: el viejo espíritu extravagante, medio loco, pero con un ojo clavado en algún rincón de la creación que nadie más podía ver. Recordó todas las historias. Sally intentando hacerle señales a la luna con una linterna de las que usaban

en los huracanes; Sally remando a través de una galerna del noroeste para recoger a seis marineros en los Arrecifes de las Ballenas; Sally desplomándose, borracha, durante la ceremonia que la Guardia Costera había dado en su honor; Sally soltándole sus perros al entonces joven senador por Massachusetts cuando éste había venido para entregarle una medalla. Sally la Loca. Y, de repente, Sara pensó que Sally era algo precioso y lleno de valor.

—No puedes... —empezó a decir, pero se quedó callada antes de terminar la frase y miró a Peter.

—No puedo hacer otra cosa —dijo Sally, y chasqueó la lengua—. Busca alguien para que se ocupe de mis perros.

Sara asintió.

—Y será mejor que le echas un vistazo a Peter —dijo Sally—. Espero no haberle dado demasiado fuerte.

Sara se dispuso a obedecer sus instrucciones, pero una idea repentina la hizo detenerse.

—¿No crees que esta vez se dará cuenta? Peter ya perdió el conocimiento antes. ¿No puede haber aprendido algo de eso?

—Supongo que puede aprender cosas —dijo Sally—. Pero es realmente muy estúpido, y no creo que se haya dado cuenta de nada. —Agitó la mano señalando a Peter—. Adelante. Comprueba que esté bien.

Cuando se arrodilló junto a Peter, Sara sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca y después llegaría a pensar que, en lo más hondo de su mente, ya había sabido lo que ocurriría. Pero, aun así, el golpe la pilló por sorpresa.

10

Los médicos no dejaron que Peter recibiese ninguna visita, aparte de la policía, hasta el atardecer del día siguiente. Aún sufría mareos y tenía la visión algo borrosa y, mentalmente hablando, pasaba de períodos de alivio a fuertes depresiones. Veía en su mente los cadáveres mutilados, los pilares negros que giraban. Se envaraba cuando el viento soplaba junto a las paredes del hospital.

Tenía la sensación de estar separado de sus emociones por unos grandes muros, pero cuando Sara entró en la habitación aquellos muros se derrumbaron. La atrajo hacia sí y enterró el rostro en su cabellera. Se quedaron inmóviles durante bastante tiempo, sin hablar, y finalmente fue Sara quien rompió el silencio.

—¿Te creen? —le preguntó—. Tengo la impresión de que a mí no me han creído ni una palabra.

—No tienen mucho donde escoger —dijo él—. Me parece que, sencillamente, no quieren creerlo.

—¿Vas a marcharte? —le preguntó ella un momento después.

Se apartó de ella. Jamas le había parecido tan hermosa. Tenía las pupilas dilatadas y sus labios estaban muy tensos, y todo lo que les había ocurrido parecía haberle quitado medio kilo de carne de la cara, medio kilo que debería seguir ahí.

—Eso depende de si vas a venir conmigo o no —dijo él—. No quiero quedarme aquí. Cada vez que el viento cambia de dirección todos los nervios de mi cuerpo empiezan a mandar señales de incursión aérea. Pero no pienso dejarte. Quiero casarme contigo.

Su reacción no fue la que había esperado. Cerró los ojos y le besó en la frente: un beso maternal, lleno de comprensión; después volvió a recostarse en la almohada y le contempló con expresión tranquila.

—Eso era una propuesta —dijo él—. Por si no lo habías captado...

—¿Matrimonio?

Sara parecía algo perpleja ante la idea.

—¿Por qué no? Reunimos las cualificaciones adecuadas. —Sonrió—. Los dos hemos sufrido contusiones.

—No sé... —dijo ella—. Te amo, Peter, pero...

—Pero, ¿no confías en mí?

—Quizá eso sea parte del problema —dijo ella, disgustada—. No lo sé.

—Mira... —Peter le alisó la cabellera—. ¿Sabes qué sucedió realmente en el

cobertizo la noche pasada?

—No estoy segura de a qué te refieres.

—Te lo explicaré. Lo que sucedió fue que una anciana dio su vida para que tú y yo tuviéramos la oportunidad de conseguir algo. —Sara se dispuso a decir algo, pero Peter la interrumpió—. Ése es el meollo del asunto. Admito que la realidad es algo más confusa. Sólo Dios sabe por qué Sally hizo lo que hizo. Quizá salvar vidas era un reflejo de su locura, tal vez estaba cansada de vivir. Y en cuanto a nosotros no hemos sido exactamente Romeo y Julieta... He estado bastante confuso, y he logrado confundirte a ti. Y aparte de los problemas que podamos tener como pareja, tenemos un montón de cosas que olvidar. Hasta que entraste en la habitación me sentía igual que el superviviente de un bombardeo, y ésa es una sensación que probablemente me va a durar algún tiempo. Pero, como he dicho, el meollo del asunto es que Sally murió para darnos una oportunidad. No importan cuáles fueran sus motivos, o cuál es nuestra circunstancia personal..., eso es lo que sucedió. Y seríamos unos idiotas si dejáramos que esa oportunidad se nos escapara. —Siguió el contorno de su mejilla con un dedo—. Te quiero. Te quiero desde hace bastante tiempo y he intentado negar esa emoción, agarrarme a algo que estaba muerto. Pero todo eso se ha terminado.

—No podemos tomar esta clase de decisión ahora —murmuró ella.

—¿Por qué no?

—Tú mismo lo has dicho. Eres como el sobreviviente de un bombardeo. Y yo también. Y no estoy demasiado segura de cuáles son mis sentimientos hacia... todo esto.

—¿Todo esto? ¿Te refieres a mí?

Sara emitió un ruidito imposible de interpretar, cerró los ojos y, después, dijo:

—Necesito tiempo para pensar.

En la experiencia de Peter, cuando las mujeres decía que necesitaban tiempo para pensar los resultados de esa meditación jamás habían sido buenos.

—¡Jesús! —dijo con irritación—. ¿Es que siempre ha de ser igual? Una persona se aproxima y la otra esquiva, y después cambian de papeles. Como

insectos cuyos instintos de apareamiento han sido destrozados por la contaminación... —Se dio cuenta de lo que había dicho y sintió un breve destello de horror—. ¡Vamos, Sara! Ya hemos dejado atrás esa clase de baile, ¿verdad? No tiene por qué ser el matrimonio, pero aceptemos alguna clase de compromiso. Quizá acabemos convirtiéndolo en un desastre, o tal vez acabemos hartos el uno del otro. Pero intentémoslo. Quizá no nos haga falta el más mínimo esfuerzo. —La rodeo con sus brazos, la apretó contra su cuerpo, y quedó sumergido en un capullo de calor y debilidad. Comprendió que la amaba con una intensidad que se había creído incapaz de reconquistar. Por una vez su boca había sido más lista que su cerebro..., o era eso o finalmente había logrado convencerse a sí mismo de lo que sentía. Las razones no importaban—. ¡Sara, por el amor de Dios! —dijo—. Cásate conmigo. Vive conmigo. ¡Haz algo conmigo!

Sara siguió en silencio; su mano izquierda se movió suavemente sobre su cabello. Caricias leves, como distraídas. Colocando bien un mechón detrás de su oreja, jugueteando con su barba, alisándole el bigote. Como si le estuviera poniendo presentable. Recordó como aquella otra mujer de hacía tanto tiempo se había ido volviendo cada vez más callada, distraída y amable justo los días anteriores al abandono final.

—¡Maldita sea! —dijo con una creciente sensación de impotencia—. ¡Respóndeme!

11

La segunda noche en alta mar Sconset Sally vio parpadear una luz roja a babor. Alguna embarcación. Pensar en su casa le hizo derramar una lágrima, pero se la limpió con el dorso de la mano y tomó otro trago de aguardiente de cereza. El pequeño y abarrotado compartimiento del bote resultaba cómodo y relativamente caliente; más allá de él la llanura del mar, iluminada por la luna, subía y bajaba con un ligero oleaje. Sally pensó que los timones, las quillas y las velas bastaban para animarte aunque no tuvieras ningún buen destino al que dirigirte. Rió. Especialmente si tenías un suministro de aguardiente. Tomó otro trago. Una brisa se enroscó alrededor de su brazo y tiró del cuello de la

botella. «¡Maldito seas! —graznó—. ¡Lárgate!» Le dio manotazos al aire como si pudiera asustar al elemental y protegió la botella contra su pecho. El viento desenrolló una soga que había en cubierta y un instante después pudo oírle gimiendo en el casco. Sally avanzó tambaleándose hasta la puerta del camarote.

—¡Uh-uu-uuuh! —canturreó, imitándole—. ¡No me vengas con esos horribles ruidos tuyos, so bastardo! Si quieres entretenerme con algo ve y mata a otro maldito pez. Déjame en paz con mi bebida.

Las olas se agitaron por el lado de babor. Olas grandes, como dientes negros. Sally casi dejó caer la botella, sorprendida. Un instante después vio que no eran realmente olas, sino el agua agitada por el viento.

—¡Estás perdiendo tus habilidades, gilipollas! —gritó—. ¡He visto cosas mejores en las películas! —Se dejó caer junto a la puerta, sujetando firmemente la botella. La palabra «película» conjuró en su mente fugaces imágenes de viejas cintas que había visto y empezó a cantar melodías de esas cintas. Canto *Luna azul*, *Ámame con ternura* y *Cantando bajo la lluvia*. Entre estrofa y estrofa iba bebiendo aguardiente, y cuando se sintió lo bastante entonada empezó con su favorita—. El sonido que escuchas —graznó—, ¡es el sonido de Sally! Una alegría que se oirá durante mil años. —Eructó—. Las colinas viven con el sonido de Sally...¹

No pudo recordar la línea siguiente y el concierto se acabó.

El viento sopló a su alrededor, chillando hasta terminar en un aullido, y sus pensamientos se hundieron hasta un lugar donde no eran más que tenues impulsos, zumbido de nervios y la sangre silbando en sus oídos. Poco a poco fue saliendo de aquel lugar y descubrió que su estado de ánimo había variado hacia la melancolía y la nostalgia. No era ninguna nostalgia precisa. Sólo nostalgias generales. El general Nostalgias. Se lo imaginó como un viejo lobo de mar con un blanco mostacho de morsa y uniforme sacado de una opereta de Gilbert y Sullivan. Llevaba unos galones tan grandes como un monopatín. No lograba sacarse la imagen de la cabeza, y se preguntó si no representaría algo importante. De ser así, no lograba comprender el qué. Como aquella estrofa de su canción favorita, se había escurrido a través de una de sus

grietas. La vida se había escurrido de la misma manera, y cuanto podía recordar de ella era una confusión de noches solitarias, perros enfermos, conchas y marineros medio ahogados. Y de esa confusión no sobresalía nada importante. Ningún monumento a sus logros o sus romances. ¡Ja! Nunca había conocido al hombre capaz de hacer lo que los hombres decían que eran capaces de hacer. Los hombres más razonables que había conocido eran aquellos marineros naufragados, con sus ojos grandes y oscuros, como si hubieran contemplado alguna terrible tierra del abismo que les había despojado de su orgullo y su estupidez.

Su mente empezó a girar, intentando concentrarse en la vida, inmovilizarla como a una mariposa muerta para así poder averiguar sus secretos, y Sally no tardó en comprender que estaba girando, pero de una forma real. Despacio, pero acelerando. Logró levantarse, se agarró a la puerta del camarote, y miró por encima de la borda. El bote estaba girando en círculos, siguiendo el contorno de un cuenco de agua negra que tenía varios centenares de metros de diámetro. Un remolino. La luna hacía brillar sus flancos, pero no lograba llegar hasta el fondo. Su rugiente poder la asustó, y se sintió débil, como si se fuera a desmayar. Pero un instante después venció ese miedo. Así que esto era la muerte. Lo único que hacía era abrirse y tragarte de un bocado. De acuerdo. Por ella, estupendo. Se dejó resbalar por la pared y tomó un buen trago de aguardiente, escuchando el viento y la canción de su sangre mientras se hundía, sin que eso le importara un comino. Desde luego, siempre era mejor que ir soltando la vida vómito a vómito en algún cuarto de hospital. Siguió tragando sorbos de aguardiente, apurando la botella, con el deseo de estar tan borracha como le fuera posible cuando llegase el momento. Pero el momento no llegó, y antes de que pasara mucho tiempo se dio cuenta de que el bote había dejado de girar. El viento ya no soplaba, y el mar estaba tranquilo.

Una brisa se enroscó alrededor de su cuello, deslizándose por su pecho, y empezó a meterse por entre sus piernas, agitando su falda. «Bastardo», hipó Sally, demasiado borracha para moverse. El elemental revoloteó alrededor de sus rodillas, hinchando el vestido, y le acarició la ingle. Le hacía cosquillas y Sally empezó a darle inútiles manotazos, como si fuera uno de sus perros y estuviera olisqueándola. Pero un segundo después el viento volvió a tocarla ahí

mismo, un poco más fuerte que antes, moviéndose adelante y atrás, y Sally sintió un leve comienzo de excitación. Aquello la sobresaltó tanto que rodó a través de la cubierta, pero consiguió no volcar la botella. El temblor siguió dentro de ella pese a todo, y por un instante un feroz anhelo dominó el destrozado mosaico de sus pensamientos. Riendo, rascándose desenfrenadamente, se puso en pie y se apoyó en la borda. El viento se encontraba a unos cincuenta metros por babor, dándose a sí mismo la forma de un surtidor de agua, una columna iluminada por la luna que brotaba de la plácida superficie del mar.

—¡Eh! —gritó Sally, siguiendo la barandilla con paso vacilante—. ¡Vuelve aquí! ¡Ya te enseñaré yo un truco nuevo!

El surtidor se hizo más alto, una reluciente serpiente negra que con un silbido atrajo el bote hacia ella; pero a Sally no le importó. Se encontraba llena de una alegría demoníaca y su mente chisporroteaba con relámpagos de la más absoluta locura. Pensó que había logrado dar con la respuesta. Quizá hasta ahora nadie había sentido un auténtico interés hacia el elemental, y tal vez ésa fuera la razón de que todos acabaran dejando de interesarle. ¡Bien! Pues ella sí estaba interesada. Aquella maldita criatura no podía ser más estúpida que algunos de sus doberman. Y estaba claro que olisquear entre sus piernas le gustaba tanto como a ellos. Le enseñaría a ponerse patas arriba, a suplicar y sólo Dios sabía qué más. «Tráeme ese pez —le diría—. Llévame hasta Hyannis, rompe el escaparate de la licorería y tráeme seis botellas de coñac.» Sally le enseñaría quién mandaba aquí. Y quizá algún día entrara en el puerto de Nantucket con la cosa sujeta de una correa. Sconset Sally y su tormenta amaestrada. El Azote de los Siete Mares.

El bote estaba empezando a oscilar violentamente, atraído por el surtidor, pero Sally apenas si se dio cuenta de ello.

—¡Eh! —volvió a gritar, y se rió—. ¡Quizá podamos llegar a un acuerdo! ¡Tal vez estamos hechos el uno para el otro! —Tropezó con un extremo de tablón medio suelto, y el brazo que sujetaba la botella se agitó por encima de su cabeza. La luz de la luna pareció fluir hacia el interior de la botella, incendiando el aguardiente y haciéndolo brillar como un elixir mágico, un rubí rojo oscuro

que emitía destellos en su mano. La risa enloquecida de Sally retumbó en los cielos—. ¡Vuelve aquí! —le chilló al elemental, llena de gozo ante las salvajes frecuencias de su vida, ante la idea de ella misma, Sally, aliada con aquel dios idiota. Y, sin preocuparse de cuál era su auténtica circunstancia actual, del tronar que la rodeaba y del minúsculo bote que avanzaba hacia la espumeante base del surtidor, rugió—: ¡Vuelve aquí, maldita sea! ¡Somos tal para cuál! ¡Somos pájaros del mismo plumaje! ¡Te cantaré nanas cada noche! ¡Me servirás de cena! ¡Seré tu vieja novia arrugada y, mientras dure, tendremos una luna de miel de todos los diablos!

Coral negro

El joven barbudo al que nadie le importaba una mierda (o eso acababa de gritar..., y al oírlo el hombre del mostrador agarró su cuchillo de limpiar pescado y dijo: «¡Pues entonces ya puede irse largando a beber a otro sitio!»), salió tambaleándose del bar y se protegió los ojos contra el sol de la tarde. Imágenes residuales color violeta ardían y siseaban bajo sus párpados. Bajó lentamente por la crujiente escalera, agarrándose a la barandilla, y se encontró en la calle, aún parpadeando. Y, entonces, mientras intentaba acostumbrarse a la claridad, un hombre harapiento con la piel color cacao cubierta de manchas y la barba de un profeta apareció en su campo visual, tapando el sol.

—Mucho sol para andar por la calle, ¿eh, señor Prince?

Prince sintió que se atragantaba. ¡Cristo! ¡Aquel maldito ron de Santa Cecilia estaba haciéndole agujeros en el estómago! Vaciló. El ron subió por su cuello y el sol volvió a cegarle, pero entrecerró los ojos y logró distinguir al viejo Spurgeon James, sonriente, los dientes podridos torciéndose en varios ángulos distintos como lápidas mal cuidadas, sosteniendo entre sus dedos una botella de Coca-Cola vacía cuyo gollete estaba invadido de moscas.

—Tengo que marcharme —dijo Prince, y empezó a caminar con paso vacilante.

—¿Tiene trabajo para mí, señor Prince?

Prince siguió caminando.

El viejo Spurgeon se pasaría todo el día apoyado en su pala, recordando «los viejos tiempos» y ofreciéndole consejos («Eso podría ser más sencillo con la carretilla, oiga») mientras que Prince sudaba como un asno y levantaba bloques de cemento. ¡Trabajo! De todas formas, y aunque sólo fuera por la diversión que podía proporcionar, valía más que casi toda la basura negra de la isla. ¡Y los ladinos...! («¡Los malditos españoles!») Ésos trabajarían hasta tener el dinero suficiente para emborracharse, dirían que estaban enfermos y luego se esfumarían con tus mejores herramientas. Prince vio a un gallo que estaba picoteando una corteza de mango junto a la cuneta, lo escogió como representante de la fuerza laboral isleña y le lanzó una patada; pero el gallo

echó a volar, cacareando, se posó sobre una canoa volcada y emitió un canto lleno de seguridad en sí mismo.

—¡Señor Prince, espere un momento!

Prince apretó el paso. Si Spurgeon lograba alcanzarle jamás se lo quitaría de encima. Y el día de hoy, 18 de enero, marcaba el décimo aniversario de su partida del Vietnam. No quería tener compañía.

Las casas, maltrechos edificios colocados sobre pilares para protegerlos de las tormentas que venían con la marea, ondulaban en la misma calina que agitaba el polvo amarillento del camino, y parecía bailar sobre delgadas patas de goma. Sus tejados de estaño se habían deformado, torciéndose en todos los ángulos posibles, mostrando manchas de óxido que parecían costras. Aquella, la que se aguantaba sobre unos pilones medio combados y tenía un patio de tierra, la del postigo que colgaba de un solo gozne con una cortina hecha de un saco de harina grisáceo metida hacia dentro, siempre le hacía pensar en una vieja gallina irritable metida en su nido, intentando incubar con expresión ceñuda un huevo inexistente. Había visto una foto de la casa tomada setenta años antes y en aquel entonces ya parecía tan abandonada y miserable como ahora. Bueno, casi. Entonces había un zapotillo cubriendo el tejado.

—¡Le estoy dando un aviso, señor Prince! ¡Más le vale escucharme!

Spurgeon, los harapos agitándose a causa de la brisa, avanzó hacia él con paso tambaleante y estuvo a punto de caerse. Agitó los brazos para recuperar el equilibrio, como una hormiga borracha, se derrumbó hacia un lado y acabó dando en el tronco de una palmera, abrazándose a él para no caer. Prince, sintiendo una aturdida simpatía ante ese espectáculo, retrocedió un poco y se apoyó con las manos en los peldaños de una casucha, con lo que sus ojos quedaron por un segundo al mismo nivel que los de Spurgeon. La boca del viejo estaba moviéndose lentamente, y un hilillo de saliva le mojó la barba.

Prince se apartó de los peldaños. ¡Estupidez! Ésa es la razón de que nada mejorase nunca en Guanoja Menor (un nombre derivado de las palabras castellanas «gusano» y «hoja», una buena traducción aproximada de las cuales a su idioma daría algo así como Pequeña Mierda de Pájaro en Forma de Hoja). Por qué los borrachos sin trabajo te perseguían por la calle, por qué

el ron te iba envenenando cuando lo bebías, por qué las casas caían de sus pilares con la más leve tormenta. ¡Una estupidez firme e inquebrantable! Los isleños construían sus casas sobre pilastras por encima de las aguas donde se bañaban y pescaban salvajemente en aquellas orillas sin pensar ni por un instante en la conservación de las especies, y después se preguntaban por qué apestaban y se morían de hambre. Se cortaban los dedos para ganar apuestas en las que se jugaban que no serían capaces de cortárselos; fumaban coral negro e inhalaban vapores de gasolina para escapar de aquello; luchaban usando conchas, metiendo la mano por la curvatura interior de la concha de tal forma que ésta encajaba en ella como un guante de boxeo cubierto de pinchos. Y cuando los ladinos, casi tan estúpidos como ellos, llegaron del litoral de Honduras, consiguieron robarles y estafarles casi la mitad de la tierra que había en la isla.

Prince había aprendido de su ejemplo.

—¡Señor Prince!

Spurgeon de nuevo, siguiéndole con paso vacilante, su mano extendida hacia él. Prince, irritado, sacó una moneda de su bolsillo y la arrojó a sus pies.

—¡Qué amable, qué bondadoso por su parte! —Spurgeon escupió en la moneda. Pero se inclinó a recogerla y, al inclinarse, perdió el equilibrio y cayó, rompiendo su botella de Coca-Cola contra una piedra. Ahí se iban cincuenta centavos, dos vasos de ron. El anciano empezó a rodar por el polvo de la calle, demasiado borracho para levantarse, manchándose de tierra amarillenta—. Hasta los perros enfermos tienen dientes —graznó—. ¡Acuérdese bien de eso, señor Prince!

Prince no pudo contener una carcajada.

Meacham's Landing, el pueblo («una pintoresca aldea marítima, repleta de leyendas sobre los piratas», pregonaba la guía turística), seguía la curva de una bahía metida entre dos colinas cubiertas de matorrales y servía como capital de la isla. En el centro de la bahía se alzaba el edificio del gobierno, una construcción de estuco blanco no muy alta con puertas correderas de cristal, como si fuera un motel barato. Tres hombres de próspera apariencia y ascendencia hispánica estaban sentados sobre barriles de petróleo a la sombra

del edificio, hablando con un soldado que vestía uniforme azul. Cuando Prince pasó ante ellos una ráfaga de aire sopló de la costa y trajo con ella olores a coco podrido, papaya y creosota procedentes del muelle de la aduana, una tira de cemento que penetraba unos cien metros mar adentro en las relucientes aguas color cobalto.

La escena poseía un abandono y una cualidad letárgica que afectaban uniformemente a cada uno de sus elementos. Los cocoteros se inclinaban sobre los tejados de estaño, con sus hojas meciéndose lentamente; un perro sin dueño husmeaba una pinza de langosta seca que yacía en el polvo; cangrejos fantasmas correteaban bajo las pilastras. Prince tuvo la impresión de que la marea de los acontecimientos se había retirado, y había dejado al descubierto a quienes moraban en el fondo, creando una calma pasajera antes de alguna acción culminante. Y recordó cómo todo había sido igual esas luminosas tardes de Saigón, cuando los paseantes se detenían y escuchaban el zumbido de algún cohete que se aproximaba, cómo los banderines de plástico de las Hondas aparcadas delante de los bares chasqueaban al viento, cómo el mono de una prostituta había chillado dentro de su jaula al oír el estrépito lejano y todo el mundo había reído, lleno de alivio. El recordar hacía que se sintiera menos irritable, más reconciliado con la naturaleza conmemorativa del día.

Más allá de las oficinas gubernamentales, después de la minúscula plaza pública con sus acacias de hojas polvorientas, apoyada en la pared de cemento de la tienda de ultramarinos y aferrándose a ella igual que un percebe multicolor, había una casucha cuyas paredes habían sido pintadas de escarlata, azul brillante, rosa y un amarillo tan chillón como el de las banderas que indicaban una cuarentena. Una perezosa música de *reggae* se filtraba a través del postigo cerrado. Licores del Ghetto. Prince subió pesadamente los peldaños, dejándoles saber a quienes estaban dentro que la reina madre de todos los borrachos de la isla, Neal Su Condenada Majestad Prince, iba a integrarse en un pequeño paraíso del arco iris, y entró en la oscura y calurosa habitación.

—¡Servicio! —gritó, dando un puntapié al mostrador.

—¿Qué quieres?

Rudy Bienvenidas se agitó detrás del mostrador. Un afilado rayo de luz que penetraba por una grieta del techo arrancó destellos a su cráneo rasurado.

—¡Santa Cecilia!

Prince se apoyó en el mostrador, efectuando un rápido reconocimiento del local. Había dos hombres sentados en una mesa de la parte trasera, el cabello recogido en rizos puntiagudos, espectros materializándose de la oscuridad. Las tinieblas eran penetradas por el resplandor púrpura de las luces negras que iluminaban cuatro pósters de Jimi Hendrix. Aunque de estirpe isleña, Rudy había nacido en Norteamérica y, como Prince, era un hijo de los sesenta y un veterano. Decía que esas luces y los pósters le recordaban un burdel que había en la calle Tu Do, donde había ganado el dinero necesario para montar Licores del Ghetto; y Prince, recordando burdeles similares, había descubierto que las luces proporcionaban un excelente marco de referencia para las etapas más meditabundas de su borrachera, las que dedicaba a recordar el pasado. La fantasmagórica luminosidad púrpura que escapaba de los delgados cilindros negros parecía la expresión cristalizada de la guerra, y Prince imaginaba que ése era el color emblemático de las energías malignas y los perezosos demonios tropicales.

—Así que éste es tu gran día para beber. —Rudy empujó la botella de una pinta, haciéndola resbalar a lo largo del mostrador y volvió a instalarse en su taburete—. Pero será mejor que no empieces a soltarme toda esa mierda de hemos-sido-compañeros-de-guerra. No estoy de humor para eso.

—¡Canastos, Rudy! —Prince fingió un acento sureño—. Ya sabes que jamás he sido compañero de guerra de ningún negro.

Rudy se envaró un poco, pero no hizo nada más; de sus labios brotó un gruñido de leve irritación.

—Pues no sé por qué no, tío. Tú mismo podrías pasar por negro. Tu pelo parece pura lana y tu piel se ha oscurecido. ¿Ves?

Puso su mano sobre la de Prince para comparar el color, pero Prince se la apartó bruscamente y le clavó la mirada, desafiándole.

—¡Maldita sea! ¡Parece que Clint Eastwood ha llegado al pueblo!

Rudy meneó la cabeza, disgustado, y fue a cambiar el disco. Los dos hombres sentados en la parte trasera cruzaron la habitación y hablaron en susurros con él, mirando de soslayo a Prince.

Prince gozaba de la tensión. Hacía que su marco de referencia fuera más sólido. Confiando haber dejado bien clara su posición de preeminencia, tomó asiento a una mesa que había junto al postigo, se relajó y empezó a beber su ron. Una grieta de los tablones le permitía ver a una chica que estaba colocando guirnaldas de luces multicolores en la casucha con la Fiesta de la Independencia, que siempre era celebrada el tercer viernes de enero. La plaza pública se llenaría de tenderetes que ofrecían tiras de tortuga asada y juegos de azar. Músicas dispares brotarían de los bares, luchando entre ellas: *reggae* y salsa. Prince disfrutaba viendo cómo los bailarines callejeros se extraviaban en aquella confusión de ritmos. Aquello subrayaba el hecho de que ni los de ascendencia hispana ni los isleños podían tolerar la presencia del otro grupo y, todavía más, recalca el que estaban celebrando dos acontecimientos diferentes: el día en que la reina Victoria le concedió su libertad a las islas, los militares de Honduras pusieron proa hacia ellas y se apoderaron del gobierno.

Más estupidez.

El ron estaba empezando a sentarle mejor. Prince se relajó un poco más y se dejó ir con las luces púrpura, viendo en ellas negras ramas retorcidas, y la jungla crepuscular de Lang Biang, y oyendo el siseo de la radio y el murmullo teatral de Leon: «¡Eh, Prince! He localizado una sombra rara en el trono de ese bombax...». Apuntó con su mira telescópica hacia el árbol, siguiendo el rumbo de las ramas que serpenteaban a través de aquella atmósfera granulosa que se iba volviendo color púrpura. Y después llegó el chasquido de las armas automáticas, y pudo oír los gritos de Leon en el aire transmitidos por la radio...

—Tengo algo para ayudarle a que celebre la fiesta, señor Prince.

Un hombre delgado, con cara de halcón, que vestía unos harapientos pantalones cortos se dejó caer en la silla que había junto a él, sus rizos oscilando sobre los hombros. Era George Ebanks.

Prince agarró la botella de ron, irritado, listo para golpear, pero George alargó

hacia él un objeto anguloso y lleno de ramificaciones..., un pedazo de coral negro.

—El auténtico, señor Prince —dijo—. Cargado con todos los secretos de la isla. —Sacó un cuchillo y empezó a raspar la rama. Las cortezas negras cayeron sobre la mesa—. Basta con quitarle el color y eso es lo que se fuma.

La rama intrigaba a Prince; era de una negrura mortal, carente de todo brillo, y resultaba difícil decir dónde terminaba cada tallo y dónde empezaba la oscuridad de la habitación. Había oído las historias que contaban sobre el coral negro. El viejo Spurgeon decía que te volvía loco. Y John Anderson McCrae, que todavía era más viejo, había dicho:

—El coral es tan negro que cuando lo fumas el color se te mete en los ojos y te permite ver el mundo de los espíritus. Y permite que ellos te vean a ti.

—¿Qué efecto tiene? —preguntó, sintiéndose tentado a probarlo.

—Te hace ser más parte de las cosas. Eso es todo, señor Prince. No se ponga nervioso. Vamos a fumarlo con usted.

Rudy y el tercer hombre, Jubert Cox, bajito y nervudo, se colocaron silenciosamente detrás del hombro de George, y Rudy le guiñó el ojo a Prince. George colocó unas cuantas astillas negras sobre la hoja del cuchillo y las metió en una pipa de opio, apretándolas bien: después la encendió, aspirando con fuerza hasta que los huecos de sus mejillas reflejaron el rojo violeta del ascua. Le pasó la pipa, un hilillo de humo escapando por la sonrisa de sus labios apretados, y vio como Prince la tomaba.

El humo sabía horrible. Tenía un sabor mohoso que Prince asoció mentalmente con los millares de pólipos muertos (¿eran millares a cada bocanada, o solamente centenares?) que acababa de inhalar, pero estaba tan frío que dejó de preocuparse del sabor y se fijó únicamente en esa frialdad.

Su garganta se cubrió de una fría piedra negra.

La frialdad se difundió a sus brazos y piernas, haciéndolos caer con su peso, y Prince se la imaginó abriéndose paso por las venas y las arterias con zarcillos negros, encontrando pasajes secretos desconocidos incluso para su sangre. Una sustancia potente... y embriagadora. No estaba seguro de si sudaba o no,

pero sentía algo de náuseas. Y le parecía que ya no estaba inhalando. No, no realmente. El humo parecía estar brotando de la pipa como por voluntad propia, una cuerda sedosa, el frío cordón de un estrangulador atando un nudo laberíntico por dentro de su cuerpo...

—Hace falta muy poquito, ¿eh, señor Prince? —Jubert se rió.

Rudy tomó la pipa de entre sus entumecidos dedos.

... y envolviendo las fisuras de su cerebro en un complicado dibujo, atando sus pensamientos en una estructura coralina. Las grietas de brillantez que había entre los tablones se fueron haciendo más pequeñas, alejándose hasta no ser más que briznas doradas vagando por entre la negrura, después alfileres de oro y luego nada. Y aunque al principio aquel efecto de la droga le fascinó, a medida que iba progresando Prince empezó a preocuparse, pues pensó que se estaba quedando ciego.

—Cuá...

Su lengua se negaba a funcionar. Su carne estaba saturada de polvo negro, separada de él por una gran distancia, y el frescor se había hecho más profundo, convirtiéndose en un frío intenso. Y a medida que una débil radiación fue insinuándose en la oscuridad, Prince se imaginó que el proceso de la droga había sido invertido, que su cuerpo estaba fluyendo por la pipa hasta el corazón del ascua rojo violeta.

—Oh, sí, señor Prince, es el auténtico coral negro —dijo George desde lejos—. El que crece en la raíz de la isla.

Lechos de algas ondulantes aparecieron en la negrura, iluminados por una violenta claridad, y Prince vio que estaba pasando por encima de ellos una muralla borrosa (¿el arrecife?) en cuya base ardían millares y millares de fuegos, fuegos que parpadeaban y cuyos colores iban desde el índigo hasta el blanco violáceo, todos ellos aferrándose a los tallos y ramas del coral negro (lo vio al acercarse), una erizada jungla de coral con tallos que tenían seis y nueve metros de alto, e incluso más. Los fuegos eran más pequeños que la llama de una vela y no parecían ser tanto presencias como mirillas que daban a un horno frío situado más allá del arrecife. Quizá eran alguna especie de copépodo, bioluminiscente y medio vivo. Bajó por entre los tallos, moviéndose

a lo largo de los canales que había entre ellos. Barracudas, delgados y veloces peces martillo... ¡Ahí! Un mero, por lo menos noventa kilos de peso, peces ángel y mantarrayas..., los huesos aparecían en negativo a través de su carne fosforescente. Enjambres de peces más pequeños se movían con velocidad como si fueran un solo animal, deteniéndose e iniciando de nuevo el movimiento, entraban y salían del ramaje negro. El lugar poseía una extraña geometría cinética, como si fuera las entrañas de una máquina orgánica cuyas criaturas ejecutaban sus funciones maniobrando de acuerdo con pautas muy precisas a través de sus intersticios, y dentro de la cual los fuegos violeta tenían la misma función que las locas e incontenibles ideas encerradas en un cerebro de tinta. ¡Precioso! La Tierra de Thomas de Quincey. Un bosque enojado, un paraíso oculto. Y, entonces, alzándose por encima de él en la penumbra, un tallo inmenso, un sombrío y siniestro árbol de Navidad cubierto de adornos parpadeantes. Los tiburones trazaban círculos alrededor de su cima, sus siluetas reveladas por el resplandor. Unos cuantos fuegos se soltaron de una rama y flotaron hacia él, deslizándose con lentitud de mariposas.

—Le están vigilando, señor Prince, nada más. No se preocupe.

¿De dónde venía la voz de George? Sonaba justo dentro de su oreja. Oh, bueno... No estaba preocupado. Los fuegos eran extrañamente hermosos. Uno de ellos se acercó hasta unos treinta centímetros de sus ojos y se quedó suspendido ante ellos, con su aureola violeta moviéndose continuamente, no al azar, como una llama, sino con un movimiento fluido que seguía una pauta, una compleja pulsación; su centro era de un blanco iridiscente. No podían ser copépodos.

Se acercó un poco más.

Muy hermoso. Una oleada de violeta fue difundiéndose hacia el interior del fuego y acabó siendo absorbida por la blancura.

El fuego tocó su ojo izquierdo.

Y Prince perdió el control de sus ojos. Tuvo un fugaz atisbo de los tiburones que montaban guardia en lo alto, una confusa impresión del enrejado formado por las sombras sobre la pared del arrecife, y después todo fue oscuridad. Aquel frío contacto, pese a haber sido tan breve, apenas una fracción de

segundo, le había quemado, congelándose, como si una hipodérmica hubiese penetrado con un pequeñísimo pinchazo en el líquido de su globo ocular y lo hubiera inundado con un suero helado, dejándole indefenso, dominado por los temblores.

—¡Le han encontrado!

¿George?

—Ahí abajo hay que andarse con mucho cuidado, señor Prince.

Jubert.

El postigo se abrió con un golpe seco y la luz del sol entró por él, brillante y dulce, dándole calor. Prince se dio cuenta de que había caído al suelo. Sus piernas estaban enredadas en un objeto duro que debía de ser la silla.

—Ha tenido un pequeño ataque, amigo. Es algo que puede ocurrir la primera vez. En seguida se pondrá bien.

Le levantaron del suelo y le ayudaron a salir del local y a bajar por la escalera. Prince, débil y borracho, tropezó y bajó de golpe los tres últimos peldaños, todavía temblando, aturdido por la luz del sol.

Rudy le metió la botella de ron entre los dedos.

—Quédate un buen rato al sol, tío. Recupera las fuerzas.

—¡Oh, señor Prince! —Un flaco brazo negro le hizo señas desde la ventana de la caja multicolor sostenida por los zancos, y a sus oídos llegaron risitas ahogadas—. ¿Tiene trabajo para mi, señor Prince?

¡Había que imponerles un severo castigo físico! ¡Nadie podía hacerle pasar un viaje tan malo como ése y no recibir su merecido!

Prince bebió, se calentó al sol y planeó su venganza sobre los peldaños del ruinoso Hotel Capitán Henry. (El hotel había sacado su nombre de Henry Meachem, el pirata cuyos tripulantes se habían unido a mujeres caribeñas y jamaicanas, dando origen a la población de la isla, y cuyo tesoro era el punto focal de muchas fábulas.) Una perra muy flaca que acababa de tener cachorros le gruñía desde el umbral. Entre gruñido y gruñido se mordisqueaba las enrojecidas tetas con un desagradable ruido de succión que hizo que a Prince

se le espesase la saliva, haciéndole sentir un sabor desagradable en la boca. Le dio veinticinco centavos al viejo Mike, el botones del hotel, para que la echara de allí, pero después de hacerlo el viejo quiso más dinero.

—¡Puedo ser peor que una perra, amigo! ¡Te arrancaré la sombra de la espalda!

Empezó a bailotear alrededor de Prince, lanzándole débiles golpes de izquierda. Iba muy sucio y vestía harapos incoloros y una gorra de béisbol manchada de grasa, pedazos de yema de huevo seca claramente visibles en sus patillas gris hierro.

Prince le arrojó otra moneda y le observó mientras que Mike salía corriendo para enterrarla. Las historias decían que Mike había sido un terrible avaro y que enloqueció al descubrir que todo su dinero había sido roído por los ratones e insectos. Pero según Roblie Meachem, propietario del hotel, «se presentó aquí una mañana. No recordaba cuál era su nombre, así que le llamamos Mike, por mi primo de Miami». Con todo, las historias habían perdurado. Era típico de la isla. («Repíte algo el tiempo suficiente y será verdad.») Y quizá las historias habían tenido cierto efecto beneficioso sobre el viejo Mike, actuando como una psicoterapia primitiva y dándole una leyenda dentro de la que vivir. Mike volvió de su escondite y tomó asiento junto a los peldaños, trazando círculos en el polvo con un dedo y borrándolos después, farfullando, como si no lograra que le saliesen tan bien como quería.

Prince arrojó su botella vacía hacia el tejado de una casucha, sin importarle dónde pudiera caer. La claridad de sus pensamientos le disgustaba; el coral había conseguido hacerle recobrar la sobriedad y necesitaba el impulso que había perdido. Si Rita Steedly no estaba en casa, bueno, entonces se encontraría a un kilómetro de su propio bar, el Brisa Marina, pero si estaba... Su esposo, un ecólogo que trabajaba para el gobierno, estaría fuera de la isla hasta el anochecer, y Prince estaba seguro de que una sesión con Rita volvería a orientarle en la dirección adecuada y pondría de nuevo en marcha el proceso de conseguir una feroz borrachera, que había sido interrumpida por el coral.

Los postes del muelle de Rita Steedly estaban llenos de buitres, y eso hacía

que parecieran columnas de ébano tallado. No era un espectáculo demasiado raro en la isla, pero sí uno que Prince consideraba muy adecuado a la naturaleza de la propietaria, y aún se lo pareció más cuando el buitre de mayor tamaño se alzó del poste con un lento aleteo y aterrizó con un crujido en la copa de una palmera que dominaba el solarío donde estaba tendida. La casa, hecha de estuco azul, reposaba sobre pilastras de cemento situadas en un palmeral. Por entre los troncos se podían ver las aguas del arrecife, reluciendo con haces y volutas de aguamarina, lavanda y verde, según la profundidad y la distancia a que estuviera el fondo. Uvas de mar crecían bastante cerca de la casa, y la punta de tierra situada más allá de ella acababa en una confusión de manglares.

Prince subió la escalera y Rita se incorporó, apoyándose en los codos. Echó hacia atrás sus gafas de sol y murmuró un débil «Neal», como si llamara a su amante para un último abrazo en el lecho de muerte. Después volvió a derrumbarse sobre la toalla con el movimiento agotado de un alga pálida y muerta. Su cuerpo relucía a causa del aceite bronceador y el sudor, y la parte superior de su bikini estaba desabrochada y había resbalado, dejando al descubierto parte de sus pechos.

Prince se preparó un cóctel de ron y zumo de papaya con las bebidas que había en el carrito situado junto a la escalera.

—Acabo de fumar un poco de coral negro con los chicos de Licores del Ghetto.

—Se dio la vuelta, mirándola por encima del hombro, y sonrió—. Los espíritus me han dicho que debo purificarme con el cuerpo de una mujer antes de que la luna esté alta en el cielo.

—Ya me parecía que hoy tenías los ojos amarillos... No deberías hacer semejantes tonterías. —Se irguió; la parte superior del bikini cayó sobre sus brazos. Cogió un mechón de cabello que se le había pegado al pecho y lo puso en su sitio, detrás de la oreja—. En esta isla ya no queda nada bueno. ¡Hasta la fruta está envenenada! ¿Te he hablado de la fruta?

Lo había hecho. Prince siempre había encontrado desagradable su voz de niña pequeña pero, al mismo tiempo, su nerviosismo le resultaba divertido, atractivo por su misma perversidad. Su obsesión por la salud parecía ser un producto de

los traumas sufridos, igual que lo era la violenta disposición anímica del mismo Prince.

—Toda la experiencia consistió en lucecitas y un poco de mareo —dijo Prince sentándose junto a ella—. Claro que para esos negros idiotas un dolor de cabeza y algo de vértigo es todo un gran viaje. Intentaron confundirme, pero... —Se inclinó sobre ella y la besó—. Logré escapar de ellos y vine directamente hacia aquí.

—Jerry también dijo haber visto luces púrpura.

Un grajo que llevaba un cigarrillo en el pico se posó en el tejado y empezó a moverse dando saltitos. Rita lo asustó con un gesto de la mano.

—¿Jerry ha fumado eso?

—Lo fuma continuamente. Quería que lo probase pero no pienso envenenarme más de lo que ya debo hacerlo viviendo en este..., este montón de basura. —Examinó sus ojos—. Se te están poniendo tan mal como los de todo el mundo. De todas formas, todavía no están tan mal como los de la gente de Arkansas. Eran tan amarillos que casi relucían en la oscuridad. ¡Igual que orina fosforescente! —Se estremeció, soltó un suspiro teatral y contempló las palmeras con expresión lúgubre—. ¡Dios, cómo odio este sitio!

Prince tiró de ella hasta hacer que su rostro quedase delante de sus ojos.

—Estás chiflada —dijo.

—¡No lo estoy! —replicó ella, enfadada, pero empezó a desabrocharse los botones de la camisa mientras seguía hablando—. Aquí todo está contaminado. Todo agoniza. Y en Estados Unidos es peor. Si sabes dónde mirar, puedes ver claramente la muerte en los rostros de la gente. He intentado convencer a Jerry de que debemos marcharnos, pero dice que no puede. Quizá acabe abandonándole. Tal vez me vaya a Perú. He oído contar cosas bastante buenas sobre ese país.

—También verás la muerte en sus caras —dijo Prince.

Los brazos de Rita se deslizaron por su espalda y sus ojos parpadearon, una y otra vez, ojos de una muñeca cuya cabeza podías manipular. Casi sin verle, mirando alguna otra cosa en vez de su rostro, alguna mala señal o un feo

rumor.

Y antes de que sus propios ojos se cerraran, antes de que dejara de pensar, su mirada fue más allá de la cabeza de Rita hacia el mar reluciente de muchos colores y vio en el pálido cielo que bordeaba el horizonte una fugaz imagen de cómo había sido todo después de un ataque con napalm; toda la inmensidad y el silencio del vuelo; la atmósfera clara e inocente que se cernía sobre los arrozales, y las palmeras ennegrecidas como fósforos; y cómo se había movido a través de la tierra muerta, aplastando bajo sus pies los frágiles tallos calcinados, sin sentir miedo alguno, porque todas las serpientes que había en un radio de kilómetros estaban muertas, convertidas en una sombra entre las cenizas. El viejo John Anderson McCrae, el borracho, el ciego John, estaba contando historias en la Brisa Marina, y Prince se fue a la playa en busca de paz y silencio. El viento le trajo fragmentos de aquella voz cascada. «...esa cruz estaba cubierta de esmeraldas... y zafiros...» La historia sobre la cruz de oro de Meachem (que se suponía estaba enterrada al oeste de la isla) era la obra maestra de John, y sólo la narraba cuando el público estaba dispuesto a hacer grandes gestos. Contó cómo el fantasma de Meachem se aparecía cada vez que su tesoro estaba amenazado, enorme, una constelación formada por las estrellas de la isla. «... y la punta de su pata de palo era la luna caída del cielo...» Naturalmente, Meachem había gozado de dos piernas perfectamente sanas, pero saber aquello no inquietaba a John en lo más mínimo. «El fantasma de un hombre puede sufrir las mismas heridas que el hombre», diría; y después, para evitar cualquier otro posible desafío, añadiría: «Bueno, puede que a la historia le falte algo de verdad, pero captura el espíritu de la verdad». Y se reiría, rociando con su aliento que olía a ron el rostro de los turistas, y repetiría su lugar común. Y los turistas le pagarían más dinero convencidos de que era un viejo encantador y pintoresco, y alguien que estaba muy por debajo de ellos.

Cúmulos blancos se hinchaban en el horizonte, y las estrellas ardían sobre su cabeza con una llama tan brillante y nerviosa que parecía latir al unísono con el traqueteo del generador que iluminaba el Brisa Marina. Las olas se estrellaban siseando contra el arrecife. Prince hundió su vaso en la arena y se apoyó en el tronco de una palmera, colocándose en un ángulo que le permitiera ver el

porche del bar. El porche contenía mesas y bancos colocados alrededor de los troncos de cocoteros que crecían a través del suelo; luces anaranjadas de plástico con forma de palmera estaban montadas en los troncos. No estaba mal: un sitio agradable para sentarse y contemplar el océano.

Pero el interior de la Brisa Marina casi rozaba lo monstruoso: lámparas hechas con peces globo de piel transparente con bombillas metidas en los estómagos; mapas del tesoro y camisetas en venta; una gramola gigantesca que relucía con luces rojizas y purpúreas como las joyas de la corona dentro de una jaula protectora hecha con tablones; abigarrados murales de piratas pintados en las paredes; y estandartes con el cráneo y las tibias cruzadas colgando del techo de paja. El mostrador había sido construido y pintado para que imitara un cofre del tesoro con su tapa entreabierta. Tres cráneos de indígenas caribes reposaban en unos estantes encima de las botellas, con bombillas rojas en la mandíbula; las bombillas podían encenderse y apagarse para celebrar cumpleaños y otras fiestas. Era su templo a la estupidez de Guanoja Menor; y, siendo su primera adquisición, servía como monumento al compromiso que le unía al grotesco corazón del afán adquisitivo.

Un estallido de risas, gritos de «¡Cuidado!» y «¡Buena suerte!» y el viejo John apareció en el porche, avanzando a tientas hasta que encontró los peldaños y bajó casi rodando hasta la playa. Una vez allí se agitó de un lado para otro, golpeando el aire con su bastón, y acabó derrumbándose hecho un ovillo a los pies de Prince. Un reseco muñeco marrón cubierto de harapos y arrojado por la borda. Un instante después se irguió, ladeando su cabeza.

—¿Quién está ahí?

Las luces de Brisa Marina se reflejaban en sus cataratas; parecían pepitas de plata sin pulir incrustadas en su cráneo.

—Soy yo, John.

—¿Es usted, señor Prince? ¡Bien, que Dios le bendiga! —John empezó a dar palmaditas en la arena, buscando su bastón, acabó encontrándolo y señaló con él hacia el mar—. Mire, señor Prince. Allí, donde el *Miss Faye* va a pescar tortugas en Orilla Chinchorro.

Prince vio las luces de posición que avanzaban hacia el horizonte, la luz color

índigo meciéndose sobre el mástil, y un instante después se preguntó cómo diablos... La luz color índigo pareció lanzarse hacia adelante, cruzando kilómetros de viento y agua en un instante, y llegó hasta sus ojos. Su visión se inundó de púrpura para normalizarse en un segundo y volverse a inundar, como si aquella cosa fuera una luz de policía que girase y girase dentro de su cabeza.

Y estaba fría.

Un frío que desgarraba, que dejaba inmobilizado.

—¿Verdad que hace una noche soberbia, señor Prince? ¡No importa lo ciego que llegue a estar un hombre, siempre puede reconocer una noche soberbia!

Prince logró por fin hundir sus dedos en la arena al precio de un tremendo esfuerzo, pero el viejo John siguió hablando.

—Dicen que la isla se apodera de los hombres. Y su poder puede ser amable porque la isla no odia a quienes moran sobre ella siguiendo la ley. Pero el que intenta hacerse señor de la isla..., bueno, llega una noche en que se le ajustan las cuentas.

Prince sentía unos enormes deseos de gritar porque aquello quizá pudiese liberar el frío atrapado en su interior; pero ni tan siquiera podía intentarlo. El frío le poseía. Todo su ser estaba pendiente de las palabras de John, no escuchándolas, sino intentando llegar hasta ellas con su deseo. Las palabras brotaban de la suave atmósfera tropical como los extremos de cálidas cuerdas marrones colgando justo un poco más allá de donde podían llegar sus helados dedos.

—¡Esta isla es pobre! ¡Y la gente que vive en ella es idiota! Pero sé que usted ha oído el refrán: «Hasta un perro enfermo tiene dientes». Bueno, esta isla tiene dientes que llegan hasta el centro de las cosas. Los caribes dicen que encerrado en la raíz de la isla hay un espíritu que nació antes del tiempo, y los baptistas dicen que la isla quizá sea un manantial del Espíritu Santo. Pero no importa cuál sea la verdad, a toda la gente de aquí se le ha concedido una porción de ese espíritu. ¡Y ahora ese espíritu es legión!

La luz que había tras los ojos de Prince giraba tan de prisa que ya no podía

distinguir entre los períodos de visión normal, y todo cuanto veía estaba bañado por una claridad purpúrea. Oía toda su agonía como un minúsculo sonido que le arañaba el fondo de la garganta. Cayó de costado y sus ojos viajaron por encima de la arena hasta una punta de tierra donde las palmeras, su silueta recortada contra un llameante cielo purpúreo, agitaban sus hojas igual que danzarines africanos cubiertos de plumas, retorciéndose hacia lo alto, dominadas por el éxtasis.

—¡Ese espíritu echó a los ingleses! ¡Y un día echará también a los hijos de los españoles! Es lento, pero seguro. Y ésa es la razón de que celebremos esta noche... Porque en esta misma noche todos aquellos que no pertenecen al espíritu y a la ley deben someterse al juicio.

Los zapatos de John chirriaron sobre la arena.

—Bueno, señor Prince, tengo que irme. Que Dios le bendiga.

Prince fue incapaz de comprender lo ocurrido ni tan siquiera cuando se le hubo despejado la cabeza y el frío acabó disipándose. Si Jerry Steedly fumaba continuamente esta sustancia, entonces es que él debía de estar sufriendo alguna reacción anormal a ella. Un viaje fantasma. Lo más indicado era vencer el poder de la droga con tranquilizantes. Pero, ¿cómo era posible que el viejo John hubiese visto el bote tortuguero? Quizá nada de todo aquello había llegado a suceder. Tal vez el coral se limitara a retorcer un poco la realidad, y todo lo sucedido desde su visita a Licores del Ghetto había sido una fantasía de la vida real provista de una asombrosa exactitud. Terminó su copa, se tomó otra, se calmó un poco y le hizo una señal al maltrecho microbús cuando iba de camino al pueblo, para que le llevara hacia donde estaban Rudy, Jubert y George.

La venganza sería el mejor antídoto contra aquel negro sedimento que había en su interior.

Día de la Independencia.

De las casuchas goteaban luces multicolores, y el polvo del camino relucía con un brillo anaranjado, recorrido una y otra vez por bailarines y borrachos que chocaban unos con otros y caían al suelo. Las flacas bajas negras yacían bajo las casuchas, su piel atravesada por las barras luminosas que penetraban las

grietas de los tablones. Las chicas bailaban junto a las ventanas de los bares; las mujeres de mayor edad, gordas, el cabello cubierto con turbantes, permanecían inmóviles con expresión ceñuda junto a los cuencos con ensalada de langosta y las mesas cubiertas de pasteles y pan de coco. Era una noche ronca, chillona, estridente, repleta de ruidos. Todos los perros se habían escondido como consecuencia de aquella algarabía.

Prince se atracó de comida, bebió y después empezó a ir de un bar a otro haciendo preguntas a hombres que intentaban sujetarle por la camisa, ponían los ojos en blanco y, como respuesta, acababan desmayándose. No logró encontrar rastro alguno de Rudy o George, pero acabó localizando a Jubert en un bar miserable cuya única señal de identidad como bar era un letrero de cartón clavado a una palmera que había junto a la casucha donde se encontraba, un letrero que decía CLUB AMIZTOSO NO JALEOS. Prince le atrajo al exterior con la promesa de darle marihuana y Jubert, idiotizado por la borrachera, le siguió hasta un claro situado detrás del bar donde se cruzaban varios senderos de tierra, un retazo de suelo limitado por otras dos casuchas y unos cuantos plataneros. Prince le sonrió con su mejor sonrisa de buena hermandad, le pateó la ingle y el estómago y rompió la mandíbula de Jubert con el canto de su mano.

—Los cortes pequeños son los que más sangran —dijo Prince—. Una gran verdad. Así aprenderás a no gastar bromas a la gente importante.

Tocó la mandíbula de Jubert con la punta de su pie.

Jubert gimió; la sangre brotó de su boca, formando un charco negro bajo la luz de la luna.

—Si vuelves a hacerme algo parecido, te mato —dijo Prince.

Tomó asiento junto a Jubert, con las piernas cruzadas. El claro estaba saturado de luna y las hojas de los plátanos parecían hechas de seda grisverdosa. Sus troncos relucían, blancos como el hueso. Una cortina de plástico que tapaba la ventana de una casucha brillaba con un dibujo de rosas místicas, iluminadas por la lámpara de aceite que había dentro. El *reggae* de las gramolas crujía en la cálida noche, risas lejanas...

Dejó que el claro fuera perfilándose a su alrededor. La luna se hizo más clara,

igual que si hubieran quitado la delgada película que la cubría; la luz le hizo cosquillas en los hombros. Todo se fue haciendo más preciso —casuchas, meras, plataneros y arbustos—, inclinándose sobre él, rodeándole y oprimiéndole. Sintió ciertas ganas de reír al verse tal y como había estado en la jungla de Lang Biang, locamente alerta a todo. Aquello conjuraba viejos tópicos del cine. Prince, el veterano enloquecido por los recuerdos y distanciado por el trauma de guerra, obligado a revivir sus pesadillas, teniendo que perseguir a los miserables delincuentes del pueblucho. La violenta leyenda norteamericana. El Prince del cine, desgarrado por la guerra. Finalmente sé rió. Sabía que su existencia estaba desprovista de semejante material temático.

Estaba libre de toda compulsión.

Millares de minúsculos lagartos se deslizaban bajo las hojas de los plataneros, corriendo por el suelo arenoso sobre sus patas traseras. Prince podía ver la agitación de los arbustos. Un matorral de hibiscos se movía detrás de una casucha, una trampa exótica colgando en la oscuridad, y las sombras que había bajo las palmeras eran muy profundas y no paraban de oscilar..., no eran como las sombras de Lang Biang, inmóviles, verdes, suspendidas en la bóveda de los árboles. Las historias decían que esos árboles estaban habitados por los espíritus, criaturas demoníacas con picos de hierro que masticarían tu alma hasta hacerla trizas. En una ocasión Prince mató a una. No era más que un gran murciélago de la fruta que se había vuelto loco (eso le dijeron), probablemente por culpa de algún producto químico, un producto que le había hecho lanzarse contra Prince en plena luz del día. Pero él había visto un demonio con el pico de hierro que surgía de una sombra verde, y disparó. Debía acertarle con casi todos los proyectiles, porque sólo encontraron retazos de un ala ensangrentada que parecía hecha de cuero. Después de aquello le llamaron Ojo-de-Lince y explicaron cómo había hecho saltar al murciélago a través del aire con ráfagas de una increíble precisión.

No tenía miedo de los espíritus.

—¿Qué tal te va, Jube? —preguntó Prince.

Jubert estaba mirándole con los ojos muy abiertos.

Las nubes pasaron rápidamente a través de la luna. El claro se oscureció y

volvió a iluminarse.

—Ahí arriba hay buitres, Jube, buitres que vuelan delante de la luna y gritan tu nombre.

Prince le tenía cierto miedo a la droga, pero los isleños no le asustaban demasiado..., y desde luego, mucho menos de lo que él asustaba ahora a Jube. Prince había tenido mucho más miedo, había gritado y se lo había hecho encima, pero siempre había vaciado su arma sobre las sombras y había permanecido flipado y alerta durante once meses. Había aprendido que el miedo posee su propia continuidad, hecha de las acciones correctas. Podía manejarlo.

Jubert emitió un gorgoteo.

—¿Tienes alguna pregunta que hacerme, Jube?

Prince se inclinó sobre él, lleno de solicitud.

Una repentina ráfaga de viento hizo que una hoja muerta cayera al suelo y el sonido asustó a Jubert. Intentó levantar la cabeza y el dolor le hizo desmayarse.

«¡Escucha cómo canta ese chico! —gritó alguien—. ¡Oh, amigo, qué bueno es!» y puso más alta la gramola. La música chillona alteró bruscamente el estado anímico de Prince. Todo parecía disperso, fuera de lugar. La luz de la luna mostraba su mugre y el abandono del claro, los excrementos de gallina y los caparzones de los cangrejos vacíos. Había perdido casi todas las ganas de perseguir a Rudy y a George, y decidió dirigirse hacia el local de Maud Price, el Sueño Dorado. Tarde o temprano todo el mundo se pasaba por el Sueño. Era el centro de juego de la isla, y gracias a que sus dos salas estucadas iluminadas por bombillas desnudas le convertían en una excepción a la norma general de las casuchas, beber allí confería cierto prestigio.

Pensó en hablarles de Jubert pero decidió no hacerlo y le dejó allí para que algún otro le robara.

Maud dejó una botella sobre el mostrador y le dijo que Rudy y George no habían pasado por allí. Nubes de moscas se alzaban zumbando de los

charquitos de bebida derramada y orbitaban alrededor de ella como electrones enloquecidos. Después volvió a lo que estaba haciendo: cortar cabezas de pescado, quitar escamas y salar. Monstruosamente gorda, negra como el azabache, manchas de sangre sobre su vestido blanco. El tocadiscos que había junto a su codo emitía deformadas melodías de Freddy Fender.

Prince vio a Jerry Steedly (quien no pareció alegrarse mucho de ver a Prince) sentado a una mesa junto a la pared, fue hacia él y le habló del coral negro.

—Todo el mundo ve las mismas cosas —dijo Steedly, sin parecer interesado—. El arrecife, los fuegos...

—¿Y qué hay de los viajes fantasma posteriores? ¿Es algo típico?

—Sucede a veces. Yo no me preocuparía por ello.

Steedly miró su reloj. Tenía unos cuarenta años, quince más que Rita: un larguirucho de Arkansas cuyo cabello pelirrojo cortado al cepillo estaba empezando a volverse gris.

—No estoy preocupado —dijo Prince—. Fue soberbio salvo por los fuegos o lo que sean. Al principio pensé que eran copéodos, pero supongo que eran sólo parte del viaje.

—Los isleños creen que son espíritus. —Steedly miró hacia la puerta, nervioso, y después miró a Prince, repentinamente muy serio, como si estuviera pensando hacerle una pregunta muy grave. Echó su silla hacia atrás y se apoyó en la pared, medio sonriendo. Se había decidido—. ¿Sabes qué creo yo que son? Alienígenas.

Prince hizo toda una exhibición de mirarle con los ojos bien abiertos, dejó escapar una risa algo boba y bebió.

—No bromeo, Neal. Parásitos. A decir verdad, puede que lo de los copéodos no ande tan desencaminado... No son inteligentes. Son moradores de los arrecifes que hay en el universo contiguo. El coral abre las puertas de la percepción o les deja ver las puertas que ya están ahí, y entonces... ¡Pum! Se lanzan hacia ti. Provocan un bajo grado de telepatía en el huésped humano. Entre otras cosas.

Steedly volvió a poner bien su silla y señaló hacia la habitación contigua,

repleta de gente que gritaba agitando cartas y dinero, los perdedores amenazando a los ganadores.

—Tengo que perder un poco de dinero, Neal. Tómatelo con calma.

—¿Estás intentando liarme o qué? —preguntó Prince con una leve incredulidad.

—Nada de eso. No es más que una teoría que tengo. Muestran una conducta colonial parecida a la de muchos pequeños crustáceos. Pero quizá sean espíritus. Puede que los espíritus no sean más que vagas criaturas animales que nos llegan de otro mundo y clavan sus ganchos en tu alma, infectándote, morando dentro de ti. ¿Quién sabe? Pero yo no me preocuparía por eso.

Se marchó.

—Saluda a Rita de mi parte —gritó Prince.

Steadly se dio la vuelta, luchando consigo mismo, pero sonrió.

—Eh, Neal... —dijo—. La cosa no ha terminado.

Prince bebió lentamente su ron, mirando de reojo hacia la puerta cada vez que entraba alguien (el lugar se estaba llenando rápidamente), y observó cómo Maud le iba sacando las tripas a los peces. Un sol formado por bombillas colgaba a unos centímetros por encima de su cabeza, y Prince se la imaginó con un collar de esqueletos, metiendo la mano en un cubo lleno de hombrecillos cubiertos con escamas plateadas. El golpear de su cuchillo iba puntuando el parloteo que le rodeaba. Se estaba adormilando. Se dedicó a escuchar distraídamente la conversación de tres hombres sentados a la mesa contigua, apoyando la cabeza en la pared. Si se quedaba dormido, Maud se encargaría de despertarle.

—¡Ese hombre está loco, siempre cabreado, siempre chillando!

—¡Es un tipo duro, amigo! No se puede negar.

—¿Duro? Ese hombre es peor que duro. Mira, tal y como lo cuenta Arlie...

¿Arlie? Se preguntó si estarían hablando de Arlie Brooks, que atendía el bar de Brisa Marina.

—... esa Mary Ebanks se desangró hasta morir...

—¡Dicen que la mancha de su sangre todavía brilla por las noches en el suelo del Brisa Marina!

Quizá fuera Arlie.

—¡Venga, hombre, eso son tonterías!

—¡Bueno, olvídate de eso! No fue él quien le disparó. Quien lo hizo fue Eusebio Conejo, del otro lado de la bahía Sandy. ¡Pero ese hombre entiende de heridas y podría haberle salvado si no hubiera salido corriendo en cuanto oyó el disparó!

—¿No es quien le robó esa cruz de oro al viejo Byrum Waters?

—¡Justo! Le dijo que el oro se había vuelto malo y que por eso estaba tan negra. ¡Y Byrum, que no tiene ni idea del oro, no sabía que sólo había perdido el lustre!

—Ése era el tesoro que perdió el viejo Meachem, ¿no?

—¡Justo! Los caribes le vieron enterrarlo y cuando se fue lo llevaron a las colinas. Cuando Byrum lo encontró se lo dijo a su amigo norteamericano. ¡Ja! ¡Y ese amigo se convirtió en un hombre rico, y el viejo Byrum se fue bajo tierra envuelto en una sábana!

¡Ésa era su cruz! ¡Estaban hablando de él! Ofendido, Prince salió de su estupor y abrió los ojos.

Y se quedó muy quieto.

La música, los gritos que llegaban de la otra habitación, las conversaciones..., todo había cesado, había sido eliminado sin dejar detrás ni el más mínimo suspiro o tos, y la habitación se volvió negra..., salvo el techo. Y el techo hervía con un fuego purpúreo; remolinos de índigo, púrpura y blanco violáceo, una pauta similar a la de las aguas del arrecife, como si también ella indicara toda una variedad de profundidades y suelos distintos; pero con un aspecto de incandescencia, un rectángulo de violenta claridad que no paraba de alterarse, como el primer atisbo de cielo que puede tener un cadáver cuando su ataúd es abierto en el infierno..., y estaba muy frío.

Prince se agachó, pensando que se lanzarían sobre él, que le dejarían clavado

en aquella oscuridad helada. Pero no lo hicieron. Uno a uno, los fuegos se fueron separando del techo llameante y fluyeron por las paredes, aposentándose en los huecos y las grietas de las cosas, subrayándolas con puntos de parpadeante radiación. Su desfilar parecía casi ordenado, majestuoso, y Prince pensó en una congregación que ocupaba los reclinatorios correspondientes a cada uno de sus miembros antes de alguna gran celebración religiosa. Iluminaron las arrugas que había en las camisas harapientas (y también los faldones rotos), y las que había en los rostros. Resiguieron los contornos de vasos, botellas, mesas, telarañas, el ventilador eléctrico, bombillas y cables. Ardieron como nebulosas en el licor, se convirtieron en las puntas chisporreantes de los cigarrillos, trazaron un mapa de las bebidas derramadas sobre el mostrador y las convirtieron en miniaturas de mares fosforescentes. Y cuando hubieron ocupado todos los sitios, su plan finalmente completado, Prince se encontró inmóvil y atónito en el centro de una constelación increíblemente detallada, una constelación compuesta de fantasmagóricas estrellas purpúreas recortadas contra un cielo de ébano: la constelación de un bar de trópico, del Sueño Dorado de Maud Price.

Rió con una risa algo vacilante; una risa que sonó forzada incluso en sus propios oídos. Se dio cuenta de que no había ninguna puerta, ninguna ventana ribeteada de fuego púrpura. Tocó la pared que había a su espalda buscando hallar algo seguro, algo que le tranquilizara, y apartó la mano rápidamente; la pared estaba helada. Lo único que se movía era el parpadeo de los fuegos, no se escuchaba sonido alguno. La negrura le mantuvo clavado en su asiento, como si bajo él hubiese un pantano dispuesto a tragarse.

—¡Me duele, tío! ¡Me duele dentro de la cabeza!

Una voz cansada, a punto de quebrarse. ¡La voz de Jubert!

—¡Amigo, yo también te hice daño y tú me pasaste el coral negro!

—¡Cierto, cierto!

—¡El hombre tenía derecho a hacer algo!

Otras voces empezaron a participar en la discusión, la mayor parte de ellas ebrias, confusas, voces que parecían brotar de escobas cubiertas de estrellas, de sillas y vasos. Muchas de ellas se pusieron de su lado en cuanto a lo de la

paliza que le había dado a Jubert: Prince comprendió que ése era el tema a discutir. ¡Y estaba ganando! Pero había otras voces que seguían hablando, acusándole.

—¡Llevó a ese gordo turista norteamericano con su cámara a donde estaba la señora Ebanks para que le tomara una foto, y la señora Ebanks pasó mucha vergüenza!

—¡No, hombre! ¡No me avergoncé! ¡No hay que culparle de eso!

—¡Me pagó tres barracudas y se llevó las cinco!

—¡Cuando le dije que siempre andaba detrás de esa prima mía que vive en Ceiba me derribó al suelo de un puñetazo!

—Me dio una paliza... —Me timó...

—Me maldijo...

Las voces empezaron a discutir sobre los detalles de los cargos y las circunstancias atenuantes, acusándose unas a otras de exagerar. Su lógica estaba llena de errores y estupideces. Parecía un malicioso cotilleo de borrachos, como si un grupo de isleños estuviera parado en alguna calle polvorienta y discutiera sobre la verdad o la mentira de una fábula. Pero en este caso lo que discutían era su fábula; pues aunque Prince no reconoció a todas las voces, sí reconoció sus crímenes, los excesos de su orgullo, sus errores y sus míseras faltas. De no haber tenido tanto frío quizá incluso se hubiera divertido, pues la opinión general parecía que no era ni mejor ni peor que sus acusadores y, por lo tanto, no merecía ninguna sentencia rigurosa.

Pero entonces habló una voz asmática, la expresión de una vieja sensibilidad confusa y embotada.

—Encontré esa cruz de oro en una caverna, en el Risco del Ermitaño... —dijo.

Prince sintió pánico, saltó hacia la puerta, olvidando que no había ninguna puerta, arañó la pétreo superficie, cayó y empezó a reptar por el suelo, en busca de una salida. La voz de Byrum siguió hablando, acosándole.

—Y voy a verle y le digo: «Señor Prince, tengo un terrible dolor en el pecho. ¿No puede darme algo de dinero? Sé que todo su dinero viene de haber

fundido la cruz de oro». Y él dice: «¡Byrum, tu pecho me importa una mierda!».
¡Y después me señala la puerta!

Prince se derrumbó en un rincón, los ojos clavados en la gramola cubierta de estrellas de donde brotaba la voz del anciano. Nadie puso en duda lo dicho por Byrum, nadie protestó. Cuando acabó de hablar se hizo el silencio.

—El muy bastardo se ha estado acostando con mi mujer —dijo una voz norteamericana.

—¡Jerry! —chilló Prince—. ¿Dónde estás?

La fuente de la voz era una botella de ron tachonada de estrellas.

—Aquí mismo, hijo de...

—¡Nada de hablar con él antes de la sentencia!

—¡Eso es! ¡Los espíritus lo dicen bien claro!

—Esas malditas cosas no son espíritus...

—Si no lo son, ¿cómo es que esta noche tenemos a Byrum Waters en el Sueño?

—¡Este hombre no puede oír las voces de los espíritus porque él no es de la isla!

—¡Byrum no está aquí! ¡Os lo he repetido tantas veces que ya estoy harto de ello! Esas criaturas hacen que los seres humanos se vuelvan telépatas. Eso quiere decir que cada uno de vosotros puede oír las mentes de los otros, que vuestros pensamientos crean ecos y amplifican los de los otros, quizá incluso llegan a una especie de inconsciente colectivo. Así es como...

—¡Creo que alguien ha debido darle una pedrada en la cabeza! ¡Este hombre está loco!

El problema de los fuegos purpúreos quedó pospuesto, y las voces discutieron la relación de Prince con Rita Steedly («¡No hay pruebas de que esté enredado con tu mujer!»), llegando por fin a un veredicto de culpable por mayoría basado en lo que a Prince le parecieron unas pruebas muy poco sólidas. El frío de la habitación estaba empezando a afectarle y, aunque se dio cuenta de que unas voces nada familiares se habían unido al diálogo —voces inglesas cuyas

palabras estaban salpicadas de arcaísmos, voces guturales de los caribes—, no se preguntó quiénes podían ser. Estaba mucho más preocupado por el temblor de sus músculos y el lento y vacilante latido de su corazón; se abrazó las rodillas y hundió la cabeza en ellas, buscando calor. Y por eso apenas si se enteró del veredicto anunciado por el cascado susurro de Byrum Water («La isla no le rechaza, señor Prince») y tampoco oyó la discusión provocada por ese veredicto («¿Eso es cuanto vas a decirle?» «¡Tiene derecho a saber cuál será su destino!»), salvo como una estúpida cantinela hipnótica que le aturdió todavía más y le hizo sentir más frío, convirtiéndose después en carcajadas fantasmales. Y tardó bastante en darse cuenta de que hacía menos frío, de que la luz que se filtraba por entre sus párpados era de color amarillo y de que la risa no era emitida por fuegos espectrales sino por borrachos harapientos que se agolpaban a su alrededor, sudorosos, aullando y derramando la bebida de sus vasos encima de sus pies. Sus bocas se abrieron más y más ante el confuso campo visual de Prince, revelando huecos y dientes medio rotos, como si estuviera cayendo en las fauces de viejos animales que habían pasado siglos enteros en su jungla, y que esperaban la llegada de alguien como él. Grandes mariposas revoloteaban en el aire a su alrededor.

Prince se apoyó en el suelo, casi sin fuerzas, e intentó levantarse. Las carcajadas se hicieron más potentes, y Prince sintió como sus propios labios se retorcían en una sonrisa, una reacción involuntaria a todo el buen humor contenido en la habitación.

—¡Oh, maldita sea! —Maud golpeó el mostrador con la palma de su mano, asustando a las moscas y consiguió que el hipo de Freddy Fender se convirtiera en un gemido. Su sonrisa estaba llena de una salvaje malicia—. ¿Qué le parece eso, señor Prince? ¡Ahora es uno de nosotros!

Se había desmayado, eso era. ¡Debían haberle tirado a la calle igual que un saco lleno de estiércol! Se levantó agarrándose a la ventana, con la cabeza dándole vueltas; algo tintineó dentro de su bolsillo al tocar la pared..., una botella de ron. Hurgó en el bolsillo, la sacó, tragó un sorbo y sintió náuseas; pero notó que el licor le daba algo de fuerza. El pueblo estaba muerto, oscuro y

silencioso. Se apoyó en la puerta del Sueño y vio las casuchas medio en ruinas oscilando bajo la veloz corriente de nubes iluminada por la luna. Sombras extrañas y puntiagudas, sombreros de brujas, la aguda prominencia de unas negras alas dobladas. No lograba pensar con claridad.

Mareado, avanzó tambaleándose por entre las casuchas y acabó cayendo a cuatro patas junto al agua, mojándose la cabeza en las olitas que lamían los tablones. Bajo sus manos había cosas escurridizas. Imposible saber qué eran..., maldita sea, algas. Se dejó caer sobre una pilastra y permitió que el viento le hiciera estremecerse, aclarándole un poco las ideas. Su casa. Mejor que luchar con esa perra rabiosa del Hotel Capitán Henry, mejor que volver a desmayarse allí mismo. Unos cuantos kilómetros isla a través, no más de una hora incluso en su estado actual. Pero ¡cuidado con los fuegos púrpura! Se rió. El silencio engulló su sonrisa. Si todo esto no era más que la droga gastándole sus trucos... ¡Dios! Se podía hacer una fortuna vendiéndola en Estados Unidos. —Le quitas el color y eso es lo que te fumas —canto con ritmo de calipso—. Con el coral negro, bum-bum, sólo hace falta una calada.

Volvió a reírse. Pero ¿qué diablos eran esos fuegos púrpura?

¿Espíritus? ¿Alienígenas? ¿Qué tal las almas púrpura de los negros?

Tomó otro trago.

—Mas vale que lo raciones, peregrino —le dijo al oscuro camino con su mejor estilo John Wayne—. ¡O nunca llegarás al fuerte con vida!

Y, como John Wayne, volvería, mordería la bala con sus dientes, se limpiaría a sí mismo con un cuchillo al rojo vivo y llenaría de agujeros a los malos.

¡Oh, sí!

Pero ¿y suponiendo que fueran espíritus? ¿Alienígenas? ¿Y si no eran alucinaciones?

¡Y qué!

—¡Ahora soy uno de ellos! —gritó.

Los primeros tres kilómetros fueron bastante fáciles. El camino serpenteaba por entre colinas cubiertas de matorrales, y la pendiente no era demasiado fuerte.

Las estrellas brillaban por el oeste, pero la luna se había ocultado tras las nubes y la oscuridad era tan espesa como barro. Deseó haberse traído la linterna... Eso era lo primero que le había llamado la atención de la isla; que la gente llevaba linternas para ver sus caminos por las colinas, a lo largo de las playas, incluso dentro de los pueblos cuando fallaban los generadores. Y cuando un extranjero, ignorante y desprovisto de linterna, se cruzaba con ellos, alumbraban el suelo desde sus pies a los tuyos y preguntaban: «¿Qué tal la noche?».

«Preciosa», había contestado él; o «Excelente, sencillamente excelente». Y lo había sido. Amaba cuanto había en la isla..., las historias, las cadencias musicales del lenguaje isleño, los árboles de uvas marinas con sus extrañas hojas redondeadas que parecían hechas de cuero y el brillante mar multicolor. Había comprendido que la isla funcionaba según un principio flexible e ingenioso, un principio capaz de acomodar en su seno a todos los contrarios y de acabar absorbiéndolos mediante un proceso de tranquila aceptación. Había envidiado las existencias pacíficas y sin prisas que llevaban los isleños. Pero eso fue antes de Vietnam. Durante la guerra algo en su interior se había vuelto irreversiblemente sobrio, frío como una piedra, acabando con su jovialidad natural, y cuando volvió sus existencias idílicas le parecieron despreciables, flácidas, una bacteria cultural que se retorció sobre la plaquita de vidrio del microscopio.

De vez en cuando veía la punta de un techo silueteado contra las estrellas, tiras de alambre espinoso delimitando unos cuantos acres de matorrales y plataneros. Iba siguiendo el centro del camino, apartándose de las sombras más densas, cantando viejos temas de Dylan y los Stones, impulsándose con tragos de ron. Volver había sido una buena decisión, porque estaba muy claro que se incubaba una buena tormenta del norte. El viento soplaba sobre su rostro con frías ráfagas, escupiendo lluvia. En esta época del año las tormentas llegaban con mucha rapidez, pero tendría tiempo de llegar a su casa y cerrarlo todo antes de que la lluvia alcanzara su máxima intensidad.

Algo se agitó entre los arbustos. Prince dio un salto, apartándose del sonido, mirando rápidamente a su alrededor en busca del peligro. La pequeña elevación del terreno que había a su derecha mostró repentinamente dos

cuernos iluminados por las estrellas y cargo sobre él, mugiendo, pasando tan cerca de su cuerpo que pudo oír el aliento que brotaba de la roja garganta. ¡Cristo! Había parecido más el mugido de un demonio que el de una vaca. Y era una vaca. Prince perdió el equilibrio y cayó al suelo, temblando. La maldita bestia volvió a perderse de vista, abriéndose paso ruidosamente por un matorral. Prince intentó levantarse. Pero el ron, la adrenalina y todos los venenos de aquel día largo y agotador se removieron dentro de él y su estómago se vació, soltando el licor, la ensalada de langosta y el pan de coco. Después se sintió algo mejor: más débil, pero no al borde de caer en una debilidad tan grande como la de antes. Se arrancó de un manotazo la camisa, sucia por el vómito, y la arrojó hacia un arbusto.

El arbusto era una llamarada de fuegos púrpura.

Colgaban de las puntas de cada rama y de cada hoja y marcaban el retorcido trayecto de los tallos, delineándolos tal y como había hecho en el bar de Maud. Pero en el centro de aquel encaje los fuegos se agrupaban formando un globo, un perverso sol blanco violáceo del que brotaban filamentos parecidos a telarañas y que generaba una floración de electricidad en forma de hojas picudas.

Prince retrocedió. los fuegos parpadeaban en el arbusto, inmóviles. Quizá la droga estaba llegando al final de su trayecto, tal vez ahora que había quemado la mayor parte de esa sustancia los fuegos ya no podrían afectarle como antes... Pero entonces sintió deslizarse por su columna vertebral un cosquilleo muy, muy frío, y supo, ¡oh, Dios!, supo con toda seguridad que había fuegos en su espalda, jugando al escondite allí donde nunca podría encontrarlos. Empezó a golpearse los omóplatos, como un hombre que intenta apagar las llamas, y el frío se pegó a las yemas de sus dedos. Se los puso delante de los ojos. Parpadeaban, yendo del índigo al blanco violáceo. Los sacudió con tal fuerza que sus articulaciones crujieron, pero los fuegos se extendieron por sus manos, encerrando sus antebrazos en un cárdeno resplandor.

Prince se apartó del sendero, dominado por el pánico, cayó, logró levantarse y echó a correr, manteniendo sus brazos relucientes rígidamente extendidos ante él. Bajó tambaleándose por una pendiente y aterrizó de pie. Vio que los fuegos

habían llegado hasta más arriba de sus codos y sintió el frío subiendo centímetro a centímetro. Sus brazos iluminaron la espesura que le rodeaba, como si fueran los vacilantes rayos de dos linternas con el vidrio pintado. Las lianas brotaban de la oscuridad, anillos de una serpiente negra enroscada por todo el lugar, agitadas en un movimiento frenético por la luz purpúrea. Estaba tan asustado, tan vacío de nada que no fuese el miedo, que cuando vio ante sí un tronco de palmera corrió en línea recta hacia él, rodeándolo con sus brazos resplandecientes.

Había cosas duras en su boca, sangre, más sangre fluyendo hacia sus ojos. Escupió y se examinó la boca con la lengua, torciendo el gesto al notar las heridas de sus encías. Faltaban tres dientes, quizá cuatro. Se agarró al tronco de la palmera para incorporarse. ¡Estaba en el bosquecillo que había cerca de su casa! Por entre los troncos podía ver las luces del cayo San Marcos, mares blancos saltando por encima del arrecife. Logró llegar hasta el agua, apoyándose en los troncos de las palmeras. El viento cargado de lluvia azotaba la herida de su frente. ¡Jesús! ¡Estaba tan hinchada como una cebolla! La arena húmeda se apoderó de una de sus zapatillas de tenis; sin embargo, Prince no intentó recuperarla.

Se lavó la boca y la frente con el agua salada, sintiendo su escozor, y después fue hacia la casa, buscando su llave. ¡Maldición! La llevaba en la camisa. Pero no importaba. Había construido la casa al estilo hawaiano, y las paredes estaban hechas con tablillas de madera que dejaban entrar la brisa; meterse dentro no le costaría demasiado. Apenas si podía ver el extremo del tejado recortándose contra la turbulenta oscuridad de las palmeras y las colinas que había tras ellas, y se golpeó las espinillas con el final del porche. Un relámpago brilló en la lejanía; logró encontrar la escalera y vio la concha que reposaba sobre el último peldaño. Metió su mano dentro de ella, golpeó las tablillas de la puerta hasta abrir un agujero tan grande como su cabeza, y se apoyó en el marco, agotado por el esfuerzo. Estaba a punto de meter la mano por el agujero, en busca del pestillo, cuando la oscuridad del interior —visible, por contraste con la menos intensa oscuridad de la noche, bajo la forma de una masa de vacío muerto, sin brillo— brotó del orificio igual que pasta dentífrica

negra e intentó atraparlo.

Prince retrocedió, tambaleándose por el porche, y aterrizó sobre su costado; reptó un par de metros, se detuvo y miró hacia la casa. La negrura estaba invadiendo la noche, enquistándose en un arbusto de ramas coralinas tan denso que sólo podía ver por entre ellas breves destellos de los rayos que caían más allá del arrecife. «Por favor», dijo, alzando la mano en un gesto de súplica. Y algo se rompió dentro de él, alguna cosa dura e inflexible cuyo residuo estaba compuesto de lágrimas. El aullido del viento y el retumbar del arrecife llegaron hasta él como una sola vocal ominosa, rugiendo, subiendo de tono.

La casa pareció inhalar la oscuridad, chuparla hacia el interior, y por un instante Prince pensó que todo había terminado. Pero entonces rayos violeta brotaron de entre las tablillas de madera, como si dentro de la casa alguien acabara de poner al descubierto el llameante corazón de un reactor atómico. La playa se iluminó como bajo la claridad de un día lívido: una tierra de nadie cubierta de peces muertos, conchas medio enterradas, latas oxidadas y troncos arrastrados por la marea que parecían los miembros corroídos de estatuas de hierro. Palmeras hechas de tinta temblaban y se sacudían. Cocos podridos arrojaban sombras sobre la arena. Y entonces la luz salió de la casa, dispersándose en una miríada de astillas llameantes y posándose en las copas de las palmeras, en las quillas de los botes, en el arrecife, en los tejados de latón que había por entre las palmeras, y en la uva marina y los anacardos, y allí donde se posaron siguieron ardiendo; fantasmas de velas que iluminaban una orilla sagrada, bailando en el oscuro interior de una iglesia que tenía el viento por himno y el trueno por letanía, y sobre cuyas paredes saltaban sombras emplumadas y reptaba el rayo.

Prince se puso de rodillas, y observó, esperando, y lo cierto es que ya no tenía miedo: se había perdido dentro de él. Como un gorrión fascinado por la mirada de una serpiente, percibió todo lo que formaba a su devorador y supo con una gran claridad que aquél era el pueblo de la isla, todos los que habían vivido en ella, y que estaban poseídos por alguna fuerza de otro mundo —aunque no podía determinar si se trataba de un espíritu, un alienígena o ambas cosas a la vez—, y que habían ocupado sus lugares de costumbre, sus puestos rituales.

Byrum Waters flotando sobre el anacardo que había plantado de niño; John Anderson McCrae revoloteando sobre el arrecife donde él y su padre habían agitado linternas para atraer los barcos hacia las rocas; Maud Price como un fantasma sobre la tumba de su hijo, oculta en la maleza detrás de una casucha. Pero un instante después dudó de aquel conocimiento y se preguntó si no serían ellos quienes le estaban diciendo todo eso, haciéndole participar del consenso general de la isla, pues oyó el murmullo de una vasta conversación que iba haciéndose más clara, dominando al viento.

Se quedó inmóvil buscando una forma de escapar, sin tener ni la más mínima esperanza de que hubiera alguna, pero decidiendo ejercitar una última opción. Allí donde posaba sus ojos el mundo giraba y se agitaba como turbado ante su imagen, y lo único que permanecía constante era el parpadeo de los fuegos púrpura. «¡Oh, Dios mío!», gritó, casi cantando esas palabras en un éxtasis de miedo, y comprendió que el momento para el cual se habían reunido todos acababa de llegar.

Como uno solo, de todos los puntos de la costa, los fuegos se lanzaron hacia él.

Antes de que el frío le abrumase, Prince oyó voces de isleños dentro de su cabeza. Se burlaban («¡Veamos cómo te las apañas ahora con el espíritu, desgraciado!»). Daban instrucciones («Es mejor que no luches contra el espíritu. De esa forma será menos duro»). Insultaban, parloteaban y construían razonamientos carentes de toda lógica. Pasó unos cuantos segundos intentando seguir el hilo de su discurso, pensando que si lograba comprenderlo y hacerle caso quizá llegaran a callarse. Pero cuando no consiguió entenderlo, lleno de frustración, se arañó el rostro. Las voces se alzaron formando un coro, convirtiéndose en una turba que aullaba, con cada uno de sus miembros intentando obtener su atención, y después aumentaron hasta ser un rugido superior al del viento, pero tan obtuso como éste, e igualmente decidido a conseguir su aniquilación. Se dejó caer a cuatro patas, percibiendo el comienzo de una aterradora disolución, como si estuviera siendo derramado en un iridiscente cuenco rojo y violeta. Y vio la película de fuego que cubría su pecho y sus brazos, vio su propio y horrendo resplandor reflejado en las conchas rotas y la arena embarrada, pasando del rojo violeta al blanco violeta y

haciéndose más brillante, cada vez más y más blanco hasta que se convirtió en una oscuridad blanca dentro de la que perdió todo rastro de la existencia.

El viejo barbudo llegó a Meachem's Landing a primera hora del domingo por la mañana, después de la tormenta. Se paró un rato junto al banco de piedra que había en la plaza pública, allí donde el centinela, un hombre todavía más viejo que él, estaba apoyado en su rifle para cazar ciervos, durmiendo. Las voces burbujearon en sus pensamientos —se imaginaba sus pensamientos como si fueran una sopa hirviendo de la que asomaban burbujas que acababan reventando, y las voces brotaban de cada burbuja rota—, y empezaron a chillarle («¡No, no! ¡No es ése!» «¡Sigue andando, viejo idiota!»). Era un coro, un clamor que le hizo palpar la cabeza; siguió andando. La calle estaba cubierta de ramas, hojas de palmera y botellas rotas enterradas en el fango, botellas de las que sólo asomaban bordes relucientes. Las voces le advirtieron de que eran muy afilados y le cortarían («Te dolerán tanto como esas heridas que tienes en la cara»), y el viejo dio un rodeo para esquivarlas. Quería hacer lo que le indicaban porque..., bueno, parecía lo más adecuado.

El destello de un bache repleto de lluvia atrajo su atención y se arrodilló junto a él, contemplando su reflejo. Trozos de alga colgaban de su revuelto cabello canoso y se los fue quitando uno a uno, colocándolos cuidadosamente sobre el fango. El dibujo que formaban le pareció familiar. Trazó un rectángulo a su alrededor con el dedo, y eso le pareció todavía más familiar, pero las voces le dijeron que lo olvidara y que siguiese andando. Una voz le aconsejó que se lavara las heridas en el charco. Pero el agua olía mal y otras voces le aconsejaron que no lo hiciese. Fueron creciendo en número y volumen, impulsándole por la calle hasta que siguió sus instrucciones y tomó asiento en los peldaños de una casucha pintada con todos los colores del arco iris. Unos pasos resonaron en el interior, y un hombre negro con la cabeza rasurada que vestía pantalones cortos salió de la casucha y se desperezó.

—¡Maldita sea...! —dijo—. Mira lo que ha venido a visitarnos esta mañana. ¡Eh, Lizabeth!

Una mujer bastante bonita vino hacia él, bostezando, y se quedó a mitad del bostezo cuando vio al viejo.

—¡Oh, Señor! ¡Pobre hombre!

Entró en la casa y no tardó en reaparecer llevando una toalla y una palangana. Se acuclilló junto a él y empezó a limpiarle las heridas. Ser tratado de aquella forma le pareció algo tan amable, tan bondadosamente humano, que el viejo besó sus dedos cubiertos de jabón.

—¡Eh, hay que tener cuidado con él! —Lizabeth, bromeando, le dio un leve cachete en la mano—. Sé por qué se encuentra aquí. ¿Has visto cómo tiene la piel de la frente, ahí...? Se lo habrán hecho con una concha cuando estaba peleándose por la mujer de otro hombre.

—Podría ser —dijo el calvo—. ¿Qué hay de eso? Las mujeres te vuelven loco, ¿eh?

El viejo asintió. Oyó un coro de afirmaciones («¡Oh, sí, eso es!» «¡Fue de mujer en mujer hasta que se volvió medio loco, y entonces acabó acostándose con quien no debía!» «Le habrán dado bien con una concha y le dejaron por muerto»).

—¡Dios, sí! —dijo Lizabeth—. Este hombre va a darles problemas a todas las mujeres, las perseguirá con sus besos y sus abrazos...

—¿No puedes hablar? —le preguntó el hombre calvo.

El viejo estaba casi seguro de que sí podía, pero había tantas voces, tantas palabras de entre las que escoger..., quizá más tarde. No.

—Bueno, supongo que será mejor que te pongamos un nombre. ¿Qué tal Bill? Un gran amigo mío que vive en Boston se llama Bill.

Al viejo le pareció perfecto. Le gustaba que le asociaran con aquel gran amigo del hombre calvo.

—Te diré lo que haremos, Bill... —El hombre calvo metió la mano por el umbral y le tendió una escoba—. Barre los peldaños y ocúpate de limpiar todo lo que esté sucio, y dentro de un rato te daremos unas judías y un poco de pan. ¿Qué te parece eso?

Le pareció estupendo, y Bill empezó a barrer de inmediato, ocupándose meticulosamente de cada peldaño. Las voces bajaron de tono, convirtiéndose

en un ronroneo que murmuraba en lo más hondo de sus pensamientos. Sacudió la escoba contra las pilastras y el polvo cayó sobre los tablones; siguió sacudiéndola hasta que ya no cayó más polvo. Le alegraba estar de nuevo entre la gente porque... («¡No pienses en el pasado, hombre! Todo eso ya no existe.» «Venga, Bill, tú sigue limpiando. Verás como al final todo se arregla.» «¡Eso es, hombre! ¡Vas a limpiar toda esta ciudad antes de que hayas terminado de sufrir!» «¡No te metas con el pobre desgraciado! ¡Está haciendo su trabajo!») ¡Y desde luego que lo estaba haciendo! Limpió todo el lugar en un radio de diez metros alrededor de la casa y echó de allí a un cangrejo fantasma, alisando las delicadas líneas que sus patas habían trazado sobre la arena.

Después de llevar media hora limpiando, Bill se encontraba tan a gusto, tan feliz y concentrado en aquel sitio y en su propósito, que cuando la vieja de la puerta contigua salió a tirar su agua sucia y sus basuras a la calle subió corriendo por su escalera, la rodeo con los brazos y le dio una gran beso en la boca. Después se quedó totalmente inmóvil, sonriendo, en posición de firmes con la escoba en ristre.

La mujer, algo sorprendida, se puso las manos en las caderas y le miró de arriba abajo, meneando la cabeza como sin poder creer lo que veía.

—Dios mío — dijo—. ¿Esto es lo mejor que podemos hacer por este pobre hombre? ¿Esto es lo mejor que la isla puede sacar de sí misma?

Bill no la entendió. Las voces estaban parloteando, irritadas, pero no parecían enfadadas con él, y siguió sonriendo. La mujer volvió a menear la cabeza y suspiró, pero unos pocos segundos después la alegría de Bill le animó a devolverle la sonrisa.

—Bueno, supongo que si esto es lo peor ya vendrá algo que no esté tan mal — dijo. Dio una palmadita en el hombro de Bill y se volvió hacia la puerta—. ¡Eh, oídme todos! —gritó—. ¡Venid de prisa! ¡Venid a ver esta alma de Dios que la tormenta ha dejado caer en la puerta de Rudy Bienvenidas!

Los ojos de Solitario

Eusebio Kul, un curandero de la tribu patuca, y Claudio Portales, que era capitán de la milicia destacada en la provincia de Nueva Esperanza, tuvieron un día una violenta discusión en Puerto Morada, durante la estación de las tormentas. Eusebio había estado atendiendo a la esposa del capitán, Amelita, quien sufría ciertas molestias causadas por su embarazo; Amelita era india, y pese a estar casada con el capitán y vivir en la capital desde hacía tres años, no había olvidado las tradiciones de su pueblo y, por ello, confiaba más en los remedios de Eusebio que en los del doctor de la compañía frutera. A decir verdad, se rumoreaba que su apego a las costumbres indias había sido la causa de que su esposo se marchara tan repentinamente de la capital: de lo contrario, ¿por qué un hombre de tan buenas relaciones y linaje aristocrático había sido destinado a un remoto puesto de la jungla, un puesto donde las perspectivas de realizar servicios meritorios estaban limitadas a los raros incidentes de la actividad guerrillera; raros porque la jungla era demasiado pestilente para que en ella viviera nadie salvo el guerrillero más endurecido?

El capitán Portales —alto y de tez pálida, un modelo de puntillosidad con un exuberante bigote, botas bien pulidas y acento castellano— destacaba terriblemente de entre sus soldados, que eran indios, de piernas algo torcidas y pieles cobrizas; bebían mucho, se quedaban dormidos durante las guardias y solían desertar con bastante frecuencia. El poco ánimo que mostraban sus soldados acabó teniendo cierto efecto sobre el capitán Portales, quien empezó a beber, pasándose el día entero en la acera del Hotel Circo del Mar, donde estaba instalado el café, punto de observación desde el que podía ver las idas y venidas de la gente del pueblo y, gracias a ello, conservar la ilusión de su autoridad. Su inactividad era completa, rota sólo por la concienzuda persecución de quienes esparcían rumores acerca de su esposa y las posteriores palizas que les propinaba; pero aunque las palizas eran administradas de forma bastante salvaje, nunca llegó a negar la veracidad de los rumores y éstos siguieron proliferando.

La gente murmuraba que Amelita tenía la sala de su casa de la capital llena de cerdos, esparcía paja sobre el suelo de la cocina, cantaba viejas canciones patuca cada domingo y se quedaba dormida durante los actos oficiales... esas costumbres estaban de acuerdo con la mejor tradición de su gente, pero

resultaban totalmente inaceptables para la sociedad de la capital, y, sin duda, tenían como objetivo poner en ridículo al capitán e incomodarle, pues Amelita, que era una gran belleza, una cabeza más alta de lo común entre las mujeres patuca, con un cuerpo de estatura y el cabello negro como el ala de un cuervo, era caprichosa y tozuda y, aunque se había mostrado más que dispuesta a casarse con el capitán, lo hizo únicamente para conseguir los beneficios financieros de que ahora gozaban sus familiares de Truxillo; así pues, ¿de qué forma podía tratar a un hombre que le había resultado tan fácil de engatusar, un hombre que aguantaría todos y cada uno de sus excesos siempre que pudiera gozar con los placeres de su cuerpo? ¿De qué forma, salvo con el desprecio y la falta de respeto?

Algunos de los notables del pueblo sugerían que semejante mujer estaba marcada para acabar teniendo un destino violento, y se dedicaban a observar atentamente la evolución del más insultante de todos los rumores: el de que Amelita y Eusebio habían estado «haciendo bajar la hamaca», como dice la expresión patuca, expresión que aludía al hecho de que cuando soportan un peso doble habitual, las cuerdas de las hamacas tienen tendencia a ceder un poco, sobre todo cuando dicho peso se entrega a ejercicios algo violentos.

La opinión general era que el capitán Portales, desanimado ante sus pobres perspectivas y el escaso espíritu marcial de sus soldados, pasaba el tiempo hirviendo por dentro y acumulaba una rabia que terminaría estallando, y Eusebio parecía ser la víctima más probable de dicho estallido; pero nadie pensó en aconsejarle a Eusebio que se andara con más cautela o que hiciese algo que pudiera alterar el curso de los acontecimientos. Hacer algo podría agravar el problema y acarrear consecuencias procedentes de la capital. Tal y como estaban las cosas, el crimen parecía inevitable y el capitán acabaría recibiendo su merecido, pues un crimen despierta ecos muy alejados del mero acto cometido, y tanto si su perpetrador es castigado finalmente por los tribunales como si no, el alma creada en el proceso del acto recorrerá los senderos marcados por la sangre del asesino y cosechará su propia venganza, si no sobre él, sobre sus parientes y amigos... Al menos, así interpretaban los patuca la mala suerte que afligía a los asesinos y a sus familias, y Eusebio, de habersele consultado, habría estado de acuerdo con tal interpretación.

El pueblo estaba situado en una bahía rodeada por las selváticas laderas de los Picos Bonitos, verdes montañas que parecían hechas con pan de azúcar y cuyas cimas estaban cubiertas de nubarrones en cada estación del año. Docenas de cabañas con el techo de paja puntuaban las pendientes que dominaban el pueblo, y cada cabaña estaba rodeada por campos de maíz y plataneros; cada vez que llegaba un huracán del sur las cabañas eran levantadas del suelo como si fueran pájaros marrones y, destrozadas por el viento, acaban siendo arrojadas a las playas. Una hilera de edificios de oficinas construidos con cemento blanco perteneciente a la compañía frutera formaba un anillo alrededor de la bahía, y un muelle de hormigón extendía una rígida lengua que entraba en las aguas color verde jade; detrás de los edificios se encontraba un polvoriento enrejado de calles, en las que había chozas y varios edificios de estuco que servían como cantinas y comercios.

En las calles no había mucho tráfico: unos cuantos camiones baqueteados, niños que jugaban y gritaban, perros que se movían furtivamente por las esquinas... Un escritor de finales de siglo pasado mencionó el pueblo en uno de sus libros de viajes, describiéndolo como «un lugar tranquilo lleno de sombras», y así había permanecido. Al pie de la ladera norte, junto a la bahía y casi tocando el agua, había una placita adoquinada con el estuco rosa del Hotel Circo del Mar en un extremo y una inmensa iglesia de piedra gris en el otro, iglesia flanqueada por dos imponentes campanarios que carecían de campanas. Su nombre era Santa María de la Onda, y en sus muros podían verse agujeros de bala, algunos de los cuales se enseñaban a los pocos turistas que visitaban el pueblo, explicándoles que eran resultado de la ejecución de un famoso aventurero norteamericano que había tenido lugar allí casi cien años antes.

De hacer caso a los historiadores es posible que la ejecución nunca llegara a tener lugar, pero la gente del pueblo creía en ella, y su creencia estaba fundada en una verdad implícita oculta en la existencia del pueblo: que Puerto Morada era uno de esos rincones perdidos de la Tierra, donde pueden ocurrir cosas que no han ocurrido durante siglos, cosas que quizá nunca vuelvan a suceder, un sitio donde las viejas leyes conservan un poder intermitente y, lo que pasaba por ser verdad en Puerto Morada, bien podría pasar por mentira o

fantasía a veinticinco kilómetros de distancia, en Puerto Castillo, donde el puerto tenía el calado suficiente para los grandes petroleros, y los buitres recorrían las playas picoteando los pececillos transparentes varados por las mareas, donde las calles estaban iluminadas por el neón rojo de los burdeles y las putas dormían en sus hamacas con los pies fuera de la ventana hasta bien pasado el mediodía.

Eusebio vivía un poco lejos del pueblo, en un palmeral de Punta Manabique, aquella ondulación de tierra que formaba el límite sur de la bahía; su hogar era una choza de una sola habitación, sostenida por pilastras de madera, y contenía una estufa de carbón, una hamaca y montones de cuadernos que le había proporcionado don Guillermo, su amigo norteamericano, quien se encargaba de conseguir los suministros de la compañía frutera. Era una casa sencilla —incluso se la habría podido calificar de miserable—, pero a Eusebio le gustaba. «Mi vestíbulo es la playa —solía decir—, y mi sala el mar»; y se pasaba horas enteras sentado sobre la arena, observando las sombras de las algas, las pautas del oleaje y las monótonas ocupaciones de las gaviotas.

Eusebio estaba obsesionado por las pautas. Cada vez que había tormenta cogía uno de sus cuadernos y se acercaba lo más posible a la orilla, intentando registrar los dibujos hechos por los rayos que caían más allá del arrecife. Estaba convencido de que los rayos escribían mensajes transmitidos por algún dios patuca, un dios que agonizaba con la esperanza de comunicarle aquella última sabiduría a sus hijos de la Tierra. Don Guillermo no se tomaba demasiado en serio las ideas de Eusebio, y le decía que las tormentas no eran más que fenómenos meteorológicos, masas circulares de aire caliente que reaccionaban de aquella forma al toparse con las zonas más frías, y Eusebio no se lo discutía. «Todas las grandes verdades son complementarias», decía. Don Guillermo meneaba la cabeza apenado, pues sentía un gran respeto hacia la inteligencia de Eusebio y se preguntaba cómo era posible que un hombre semejante perdiera el tiempo escribiendo línea tras línea y llenando una página tras otra de su cuaderno.

Pero Eusebio tenía otra obsesión, aparte de las pautas; los fenómenos y las rarezas le fascinaban tanto como las pautas y detrás de su casa había un aprisco hecho con maderas traídos por el mar, aprisco dentro del que tenía

encerrado a un toro enano, un cordero de cinco patas y un caballo ciego de nacimiento. Al toro le llamaba Imaginación, al cordero Mágico y al caballo le había llamado Solitario. El caballo era su favorito. Era un pequeño ruano que apenas si tendría doce palmos de altura, y sus ojos eran globos nacarados, tan luminosos y con tantas tonalidades distintas en su brillo como la más fina de las perlas; si se los miraba de cerca se podía ver que estaban compuestos por muchas capas de filamentos y fibras relucientes, una infinidad de pautas distintas alojadas dentro de las órbitas.

Los animales eran el tesoro de Eusebio. Habían venido de fuentes distintas: el toro y el cordero eran regalos de pacientes curados y se encontró al caballo, casi recién nacido, bajo un aguacate, abandonado allí por algún granjero que no había percibido su gran valor y que no poseía ni el tiempo ni el dinero precisos para cuidarlo. Eusebio pensaba que le habían sido enviados por los dioses para reconocerle como su agente, para ratificar su sabiduría al seguir las viejas costumbres, y por algún propósito... Pero ese propósito todavía no estaba claro. Aunque Eusebio pensaba que los ojos de Solitario podían contener la pauta básica de la cual derivaban todas las demás, sus conjeturas no le parecían demasiado acertadas; cada día examinaba los ojos de Solitario, dándole azúcar para que no se pusiera nervioso, pero todavía no había logrado descubrir la respuesta. Pese a todo, no tenía prisa: tarde o temprano el propósito se manifestaría por sí mismo, y entonces lo comprendería todo.

Amelita aparecía cada tarde a las cuatro en punto: venía del pueblo y caminaba por la playa sorteando ágilmente el enrejado que formaban las algas, la cabeza cubierta con una pañoleta bordada; podría haber venido en el jeep del capitán Portales, pero su madre había caminado hasta el noveno mes de embarazo y Amelita respetaba la tradición tanto en aquel asunto como en todos los demás.

Entraba sin llamar, saludando a Eusebio con una sonrisa resplandeciente, se desnudaba y se quedaba inmóvil para ser examinada. Era hermosa incluso ahora, que ya estaba de siete meses. El sol que atravesaba las rendijas de los muros trazaba diagonales de oro sobre su cabello negro y su piel cobriza; tenía los pechos grandes y ligeramente caídos, y la penumbra hacía que los pezones pareciesen oscuros e hinchados; su abdomen era una opulenta curva que señalaba la proximidad del parto con la misma certeza que el trazado de un

ecuador; y tenía el blanco del ojo tan luminoso, que éste parecía flotar en las sombrías llanuras de su rostro. Cuando Eusebio se acercaba a ella, Amelita bajaba los párpados y colocaba las manos recatadamente sobre el mechón de su vello secreto.

Eusebio le frotaba el vientre con hierbas y entonaba cánticos; se arrodillaba de cara a ella y escuchaba al niño, la oreja pegada a su tensa piel, y le cantaba, haciendo voluptuosos pases en el aire junto a las caderas de Amelita. De vez en cuando perdía la concentración, abrumado por el casi imperceptible olor de su carne, mezclado con el sudor y la colonia. Quería enterrar el rostro en su ingle y besar la curva de su abdomen, pero aun sabiendo que Amelita quizá acogiera sus atenciones con placer, comprendía que era una criatura de humores erráticos y profundos que podía cambiar de ángel en un momento dado a demonio en el siguiente... ¿Quién podía predecir lo que le diría a su esposo? Eusebio se contuvo y completó el tratamiento, cantándole suavemente al niño y hablándole del mundo en el que pronto debería entrar y de cómo sufriría y las cosas que debería aprender a soportar.

Después, como tenían por costumbre, le preparó una taza de café solo en el que había una pequeña dosis de raíz de sapodilla, y conversaron durante un rato. Amelita estaba sentada en la hamaca, sosteniendo el café sobre sus rodillas, mientras que Eusebio permanecía en cuclillas, la espalda apoyada en la pared.

—¿Has oído los rumores que cuentan sobre nosotros? —le preguntó ella, entornando los párpados y tomando un sorbo de café.

—Sí.

No tenía la suficiente confianza en sí mismo para decir algo más que esa palabra, pues aunque no estaba enamorado de ella comprendía que sólo haría falta el más pequeño esfuerzo por su parte y la más mínima invitación por parte de Amelita para que acabara enamorándose.

—Le he dicho a Claudio que son mentiras. —Le sonrió por encima de la taza de café—. Pero, naturalmente, siente cierta suspicacia. Debes tener cuidado de no ofenderle en nada.

Eusebio asintió.

Después hablaron de los parientes que Amelita tenía en Truxillo y del nuevo sacerdote que había venido a Puerto Morada, así como de otros asuntos sin importancia, y cuando fueron las seis Amelita se puso la pañoleta y recorrió nuevamente la playa, de regreso al pueblo.

Esa noche Eusebio fue al cine. Dado que Amelita le pagaba con dinero y no con regalos y comida, como hacían la mayor parte de sus pacientes, podía permitirse el lujo ocasional de ver alguna película. Le encantaba ver cómo las norteamericanas de senos opulentos y sus apuestos compañeros luchaban en naves espaciales y veloces automóviles; sus vidas eran mucho más emocionantes que la suya, y parecían tener tal importancia que resultaría muy fácil tomarles por dioses que combatían contra el mal para después relajarse cómodamente en sus elegantes y lujosos cielos. Pero la película de esa noche no era de las que le gustaban: se trataba de un gran espectáculo religioso y el público estaba compuesto, a partes iguales, por jóvenes mestizos borrachos que hacían bromas crueles a expensas de la Virgen María, y abuelas devotas que lloraban mojando sus pañuelos y que exclamaron «¡Ay, Dios!» cuando el rayo del ángel le tocó el estómago.

La película logró deprimirle. Aunque sentía una cierta reverencia hacia el mito cristiano, le preocupaba comprobar que aquella gente estuviera tan absorta en un dios muerto y extranjero, mientras que sus propios dioses sufrían tormento y agonizaban junto al mar, más allá de los relámpagos. Pronto estarían muertos, y entonces toda la Tierra quedaría en manos de los comunistas o los imperialistas. A Eusebio no le importaba mucho cuál de los dos bandos prevaleciera: para él no eran sino dos variedades de chacal que gruñían y se peleaban por los huesos de una bestia caída.

Cuando salió del cine vio al capitán Portales sentado bajo un viejo parasol a rayas en el café de la acera: estaba solo. No había ninguna otra mesa ocupada; cuando se encontraba en las últimas y más impredecibles etapas de su borrachera cotidiana, la gente siempre intentaba evitarle. Eusebio intentó escabullirse, pero el capitán Portales le vio.

—¡Eusebio! —gritó—. ¡Ven aquí!

Eusebio no tuvo más remedio que ir hacia él y se detuvo a unos pocos pasos de la mesa. El capitán estaba muy borracho. Su rostro, bañado por la luz amarillenta que brotaba de la ventana del hotel, estaba pálido y sudoroso; sus ojos se movieron lentamente, intentando enfocarse en Eusebio, y llevaba la chaqueta medio desabrochada, dejando al descubierto enredados mechones de vello negro.

—¡Eusebio! —dijo con una voz ronca y casi agónica, como si aquel nombre fuera la respuesta a una pregunta que le había tenido obsesionado. Sacó su revolver y lo agitó vagamente ante Eusebio.

Eusebio tenía miedo, pero no echó a correr. Ver aquel negro cañón vacío que oscilaba ante él le hizo sentir sueño, como si su miedo fuera algo muy alejado de él. Por el rabillo del ojo vio que la multitud que acababa de salir de cine no se había dispersado, sino que permanecía inmóvil bajo la marquesina, observándolo todo en el más absoluto silencio. Una burbujita de saliva reventó en los labios de capitán. Eusebio siguió contemplando el arma con una estoica inmovilidad. De repente un rayo iluminó medio cielo con un resplandor anaranjado, atrayendo la atención del capitán; movió la cabeza para contemplar el cielo y abrió la boca, muy despacio. «Uhhh», dijo, intentando apuntar nuevamente a Eusebio, pero un instante después echó la cabeza hacia atrás y el arma cayó sobre la mesa con un tintineo metálico.

Eusebio sentía un miedo tan grande que se quedó donde estaba durante casi media hora, paralizado, pensando que el capitán fingía estar inconsciente y que sólo esperaba a que intentara marcharse para dispararle. Pero cuando las primeras gotas de lluvia cayeron del cielo echó a correr atravesando la plaza en un veloz zigzag, esperando recibir una bala en cualquier momento: una figura solitaria que entraba y salía de la sombra proyectada por Santa María de la Onda, cuyos dos campanarios alzaban su austera silueta recortada contra los destellos del rayo, tan intenso que parecían fuego de artillería.

Cuando Amelita acudió a la visita de la tarde siguiente Eusebio vio que un morado le oscurecía la mejilla y tenía una comisura de los labios hinchada. Parecía distraída, ausente. Al entrar, ni tan siquiera le miró y, mientras se desnudaba, se rió varias veces con una risa quebradiza, como si estuviera

recordando algo gracioso. Y después, en lugar de colocarse recatadamente ante él, sacó pecho y, en vez de taparse con las manos, las apoyó en los salientes de su pelvis y alzó los ojos hacia la techumbre de paja, sin prestarle ninguna atención a sus cánticos y sus hierbas; y cuando se arrodilló para cantarle al niño movió las caderas un par de centímetros hacia adelante, de tal forma que su vello púbico rozó su boca. Eusebio no pudo resistirlo. El agrisulce y húmedo secreto de Amelita le pareció un milagro, y el cobre caliente de su vientre, suspendido sobre él como una colina bruñida, también tenía algo de milagroso. Amelita le hizo ponerse en pie, tirándole del cabello, le besó y le condujo hasta la hamaca, donde se quedaron tendidos el uno junto al otro, prisioneros en el capullo de tosca tela.

—No puedes penetrarme o le harías daño al niño. —Amelita habló con voz baja y ronca, los ojos medio cerrados—. Pero puedes tocarme aquí..., de esta forma..., y aquí, y yo puedo hacer esto...

Después le hizo poner la mano en el vientre para que pudiera sentir los movimientos del niño.

—Ya no es hijo de Claudio —dijo con ferocidad—. ¡Ahora es nuestro! ¡Su padre eres tú, y no ese hombrecillo paliducho! ¡Es un patuca!

—Hablas con tanto orgullo de los patuca... —dijo Eusebio—. Pero la verdad es que no somos ninguna raza. —El hecho de poder probar su cuerpo y haber hecho el amor con ella hacía que la viera bajo una nueva luz. Ya no era la diosa materializándose en la oscuridad de su choza; ahora era real. Había tocado la negra raíz india que permanecía oculta en la sangre de Amelita, la que la hacía ser siempre variable; pero conocerla no disminuyó su amor hacia ella—. La única grandeza real es la de los dioses —dijo con tristeza—, e incluso ellos están muriendo.

Pero Amelita no le oyó, porque estaba llena a rebosar de odio viejo y pasión nueva, y atrajo otra vez a Eusebio hacia ella y él respondió a su llamada; pero cada vez que emergía por un segundo del calor y la confusión del amor, se decía: «El capitán me matará. Amelita no le dirá nada, pero él se enterará, ¡y me matará!».

Amelita no se fue hasta bien pasadas las seis, y cuando se hubo marchado,

armada con una fútil mentira sobre el haber visitado a su familia en Truxillo, Eusebio fue hacia la playa. Estaba preocupado y tenía miedo. El viento agitaba las hojas de palmera; el relámpago desgarró la aterciopelada oscuridad que había más allá del arrecife. Eusebio no se molestó en ir a buscar su cuaderno, sino que se acuclilló en la arena y pasó varias horas observando la tormenta. Los rayos agrietaron el cielo, cubriéndolo de llamas, y Eusebio empezó a tener la sensación de que el rayo hacía pasar su fuego por los circuitos de su cuerpo, encontrando el dibujo de sus nervios y dejando impreso su mensaje. Aturdido, medio hipnotizado, con el cerebro lleno de esa luz desgarradora, volvió tambaleándose hacia el aprisco y cayó de rodillas junto a la puerta. Imaginación, el torito, negro y de cuerpo perfectamente formado pero algo más pequeño que un novillo, le miró por entre los maderos de la empaladiza, y Eusebio vio que el ojo del toro encerraba la imagen de un rayo inmóvil: en el centro de la pupila había un rayo hendido en tres líneas, y la púa central era la más corta de las tres, haciéndole parecer el tridente del diablo.

Un signo, una revelación... Eusebio no estaba muy seguro de qué anunciaba, pero, siguiendo un impulso, deshizo el nudo de la cuerda que sujetaba la puerta y la hizo girar. El toro salió del aprisco, dejó escapar un resoplido y sacudió la cabeza: después empezó a trotar decididamente por la playa hacia Puerto Morada, desvaneciéndose en la oscuridad. Y, de repente, los temores de Eusebio desaparecieron bajo una oleada de somnolencia y satisfacción tan poderosa que ni tan siquiera tuvo fuerzas para regresar a la choza, y se quedó dormido sobre la arena húmeda.

Al día siguiente Amelita vino a su hora de costumbre y se estuvieron besando y acariciando en la hamaca hasta que la luna estuvo sobre las palmeras, y penetró por los tablones de cada pared, pintando tiras plateadas sobre sus pieles cobrizas. Amelita estaba alegre y le explicó que su felicidad no se debía tan sólo al placer que le daba Eusebio, sino a lo que le había ocurrido al capitán Portales la noche anterior. Se había despertado en plena noche, y gritaba algo sobre un enorme toro negro que le estaba haciendo pedazos, pisoteándole en un charco de sangre y arena.

—Tendrías que haberle visto —dijo Amelita, disgustada—. Hacía ruidos estúpidos y andaba a tientas por la casa mientras buscaba su pistola... ¡Jamás

le había visto tan asustado!

Dijo que el capitán había pasado todo el día obsesionado con la pesadilla, que no había comido ni dormido y que no quería salir de la casa por miedo a encontrarse con el toro.

Eusebio le contó su experiencia con la tormenta y cómo había dejado libre al torito. Amelita se apoyó en un codo y le contempló con expresión pensativa.

—Por fin has descubierto el propósito de esos animales. Han tomado la apariencia de sus nombres y ha llegado el momento de que los envíes contra Claudio. La imagen del relámpago tenía tres púas, ¿no? ¿Y acaso no hay tres animales? ¡Esta noche debes mandarle el segundo!

Sus argumentos eran bastante persuasivos, ya que venían reforzados por la presión de sus senos deslizándose sobre su pecho. Le rozó los labios con sus hinchados pezones, oscilando sobre él, ahogándole en las cataratas de su cabello; ella misma parecía un animal mágico, y Eusebio probó el sabor de la luna que teñía su piel, igual que una bestia lamiendo un hilillo de fría plata en mitad de un desierto cobrizo. Y así le persuadió, aunque no sin cierta relucencia por parte de Eusebio. No sentía el irresistible anhelo de actuar que notó cuando dejó libre a Imaginación, y no había tormenta para guiarle, ningún rayo que pudiera grabar su sabiduría en sus nervios. La atmósfera estaba muy quieta, y nubes parecidas a montañas se amontonaban en el horizonte.

—Esperaré a que llegue la tormenta —le dijo; pero Amelita no quiso ni oír hablar de ello.

—Ahora —le susurró, mientras que sus hábiles dedos trazaban seductores dibujos sobre su estómago—. ¡Destruye esta barrera que nos separa!

Eusebio fue al aprisco y se quedó quieto durante unos minutos contemplando a Mágico, el cordero de cinco patas; la quinta, corta y deforme, brotaba de su pecho, y sus sombríos ojos no revelaban más que estupidez. Tenía bolitas de excremento seco pegadas al vellón del trasero y cada vez que se movía las bolitas chocaban entre sí con un ruido seco. Eusebio estaba seguro de que la púa central del rayo que había en el ojo del toro era el símbolo de Mágico porque, como le dijo a Amelita, la magia ya no resultaba eficaz. Nombres y semejanzas, las secreciones de los enemigos y la simpatía natural entre los

objetos..., ya no se podía confiar en ninguno de los recursos de la magia. El poder de los dioses había desaparecido del cuerpo de la Tierra, dejando un residuo mágico de dudosa potencia, que era muy difícil captar y controlar. Eusebio estuvo pensando en cuál sería la mejor forma de utilizar al cordero de cinco patas, pero la inspiración no venía. Al final decidió hacer lo que podría haber hecho su padre, que también fue curandero. Rezó, cantó y se prosternó en el suelo; después le cortó el cuello a Mágico con un machete, recogió la sangre en una palangana, le cortó la quinta pata, quitándole la piel, y la mojó con sangre.

—Toma esto —le dijo a Amelita—. Haz un estofado con ella y dáselo de comer a tu esposo.

Amelita le besó, llena de felicidad, alzó la pata ensangrentada hacia las estrellas y canto, expresando el odio que sentía, pero Eusebio estaba triste y después de que Amelita se marchara no logró dormir.

Amelita no volvió al día siguiente. El crepúsculo fue oscureciendo la playa, como si un impalpable polvo púrpura se filtrara en ella, y dado que quienes pueden ver las verdades mágicas siempre encuentran más fácil entenderlas en el crepúsculo, Eusebio comprendió que matar a Mágico había sido un tremendo error; y estuvo igualmente seguro de que la ausencia de Amelita indicaba la inminente llegada del capitán Portales. Pensó huir, pero escapar le pareció bastante inútil. Si no le encontraba, el capitán podía volverse contra Amelita y matarla... y, después de todo, ¿adónde podía ir? ¿A las tierras altas de la jungla para vivir bajo la lluvia constante, como un animal anfibio, sin ningún refugio, con su comida sabiendo a mohos y gusanos? Empezó a pasear por la playa, desconsolado, limpiando la arena de los desperdicios traídos por la marea, llevando las ramas y las botellas al aprisco donde estaba Solitario, con la cabeza apoyada en el primer madero, inmóvil, sus ojos brillando con el resplandor rojizo del sol que se ocultaba en el oeste.

Se hizo de noche; Eusebio se preparó una cena de judías y tortillas y comió lentamente, contemplando sus pocas posesiones: la estufa, la hamaca, una escoba, una radio rota, una foto arrugada que había arrancado de una revista y que mostraba el palacio de Cenicienta, en Disneylandia. Siempre había

deseado verlo. Le asombraba pensar que en algún lugar del mundo había un palacio como ése, nuevo y lleno de abigarrados estandartes. Y pese a que Raimundo Esteves, el hijo del vendedor de electrodomésticos, que había estado dos veces de vacaciones en Florida, le había dicho que el palacio era una fachada —no tenía habitaciones, y lo único que podías hacer era recorrer el gran túnel que había dentro de él—, Eusebio seguía percibiéndolo como un testamento a la vitalidad de las viejas ideas. Informó a Raimundo de que el propósito de quienes construyeron el palacio quizá no fuese distinto al propósito general de todos los palacios, y que el mero hecho de que estuviese repleto de niños no menoscababa su concepción como tal palacio. Ni él mismo estaba muy seguro de qué pretendía decir con aquello, pero ver la confusión de Raimundo le hizo sentirse superior.

Don Guillermo apareció un poco después del anochecer para advertirle de que se aproximaba una tormenta. Dijo que sería una de aquellas mortíferas perturbaciones tropicales con nombres de locas, como Fifí o Diane, que hacen ondular sus faldas de lluvia y lanzan cuchillos de viento para mutilar la costa. Don Guillermo era un hombre canoso, alto y jovial, que había sido famoso como atleta en Norteamérica, pero que ahora empezaba a engordar; se pasaba las noches escribiendo poesía y bebiendo whisky a la luz de una linterna sorda. En sus ojos castaños destellaban motitas de fuego color topacio, restos del hombre que había sido.

Eusebio le preparó café y le aseguró que estaría a salvo; llevaría a Solitario un poco más arriba, sujetándole a una estaca entre las palmeras, y se dedicaría a observar la tormenta. Don Guillermo le preguntó qué había sido de Imaginación y Mágico. Eusebio le contó que se habían escapado. Después estuvieron sentados un rato en silencio, y don Guillermo acabó frunciendo los labios, y suspiró.

—Déjame darte un poco de dinero —dijo—. Todo el mundo sabe lo que hay entre Amelita Portales y tú. Si no te marchas, tarde o temprano su esposo acabará matándote.

Eusebio se encogió de hombros. ¿Cómo podía explicarle a un norteamericano hasta dónde llegaba el peso de su aceptación? Su concepto de la existencia no

comprendía la idea de huir. Nadie huía. Si conseguías esquivar una bala, esa bala acabaría hiriendo a tu amigo o a tu amante, y el tormento que sufrirías sería mucho peor que la muerte y la nada. Le dio las gracias a don Guillermo por su oferta, dijo que lo pensaría, y le deseó que pasara una buena noche.

La tormenta llegó hacia las doce, y Eusebio fue al aprisco. La lluvia fría le azotaba el rostro, el viento aullaba partiendo los troncos de las palmeras que cubrían la colina, y Eusebio se dio cuenta de que su choza no sobreviviría, que se alzaría revoloteando por el cielo y caería sobre Puerto Morada convertida en un millar de fragmentos. Calmó a Solitario, le dio algo de azúcar y murmuró palabras sin sentido en su oreja. Los rayos empezaron a caer sobre la costa, dejándole ciego y sordo, y Solitario se encabritó. Eusebio le agarró por el cuello, temiendo que intentara saltar la valla y se hiciese daño en la jungla, pero en ese instante un relámpago que parecía salido del infierno cayó cerca de allí y se paseó sobre la arena; era como un palo blanco amarillento que golpeara la tierra con un potente chisporroteo, sin disiparse, bailando sobre la playa y atravesándola, como si el cielo y la tierra hubiesen quedado unidos por un circuito abierto. Solitario dejó de agitarse y se quedó inmóvil, tembloroso, y en ese mismo instante, por pura casualidad, Eusebio vio su ojo izquierdo.

El ojo, revelado por el rayo, relucía igual que una piedra cargada de magia, y dentro de él Eusebio vio profundidades que antes no existían. ¡El ojo estaba lleno de rayos, una escritura de relámpagos que ahora podía descifrar! Bajo la primera capa de fibras relucientes, las hebras cartilaginosas teñidas de azul lechoso y rosa pálido, se encontraba un complicado nudo de hilos entretejidos, y su apretada trama describía una operación esotérica centrada en ese preciso instante del tiempo. Ciertas pautas de los hilos le permitieron comprender las acciones de toda la gente del pueblo a la que conocía, y junto a ellas vio otras a las que ahora podía conocer gracias a sus firmas relucientes. Ahí estaba Amelita..., su pauta era una secuencia de brillantes diagonales de plata que le recordaron las tiras de luna que cubrieron su piel la noche anterior; y allí estaba aquel enredo de rayos, idéntico a los mechones de vello negro que había sobre el pecho del capitán Portales; y ahí estaba la pauta de don Guillermo, la de Raimundo... Vio lo que algunos hombres podrían llamar el pasado y el futuro, la historia de Puerto Morada, algo que para Eusebio no era más que una pauta

intemporal: el tiempo era un ingrediente del universo, sí, pero no tan importante como las hebras que había en el ojo de Solitario, sino tan sólo algo que ayudaba a su composición, algo que parecía retroceder de ese momento al futuro y lanzarse hacia el pasado, girando y girando en remolinos carentes de significado.

Vio todo esto como se podía ver la totalidad de la historia desde lo alto de una montaña construida por un dios con el único propósito de que subieses a ella y vieras, y aquella visión era, a la vez, una recompensa por su sabiduría al haber seguido las viejas costumbres y un castigo por haber abusado de ellas bajo la influencia del amor. Y así, al haber desenredado la última hebra de verdad que formaba Puerto Morada, su complejo nudo formado de tiempo, magia, materia, espíritu, bien y mal —así están anudadas todas nuestras vidas, y así debemos desenredarlas para ver—, Eusebio no se quedó demasiado sorprendido cuando dio la vuelta y se encontró con el capitán Portales inmóvil junto a la puerta del aprisco. Sus botas estaban cubiertas de polvo, llevaba el uniforme totalmente empapado y pegado a la piel, y un velo de lluvia caía de su gorra, haciendo que sus rasgos pareciesen una furiosa máscara de cera que se disolvía revelando una expresión de labios contorsionados y dientes amarillentos.

Eusebio pegó su mejilla al hocico de Solitario y le dio un trocito de azúcar, contemplando al capitán con un melancólico interés, pero sin miedo. Tener miedo ya no servía de nada; escapar a este final era tan imposible para él como para el capitán. Y entonces pensó en su padre, que había muerto expulsando a un espíritu maligno de la aldea de Sayaxche, dominado por la fiebre, preguntándose si había sufrido el mismo destino visionario que él; y pensó también en Amelita, cuya carne de cobre había servido para atraer los rayos de este momento. Lamentó no haber hecho una vez más el amor con ella. ¡Era tan hermosa! Amelita no le amaba..., o quizá su amor no fuese sino un residuo de impotencia dejado por una marea mágica que había brotado de su cuerpo cuando se casó fuera de la tribu, por razones no tan virtuosas como el amor. Los recuerdos que tenía de ella emprendieron el vuelo igual que una migración de fragmentos brillantes y cruzaron su cielo interior, precediéndole, indicándole la dirección del vuelo inevitable que debía realizar.

El capitán Portales movió los labios, gritando una imprecación inaudible entre el estruendo de la tormenta. Eusebio sonrió. ¡Aquel hombre era tan digno de compasión...! En cambio, él, Eusebio, había sido afortunado. Pues ¿quién deseaba las prolongadas agonías que iba a sufrir el capitán? Los abscesos espirituales, el tortuoso deterioro de la carne... Un rayo hendió el cielo, prendiéndole fuego a las copas de las palmeras como si fueran cirios votivos, fulminando la arena y haciéndola llamear, pero ninguno de los dos se dio cuenta, pues estaban totalmente concentrados en hacer real la pauta enterrada en los ojos de Solitario. El capitán dio un paso hacia adelante, desenfundó su pistola y apuntó. Eusebio esperaba no sentir dolor. Pero cuando el último rayo brotó de la mano del capitán Portales, Eusebio no pudo evitar un leve encogimiento de miedo.

Ciertamente el disparo había resultado milagroso, decía la gente del pueblo mientras tomaban tazas de café y copas de aguardiente. Inspirado por la furia asesina de la tormenta, el capitán Portales llegó al pináculo de sus poderes como hombre y, dando muestra de una puntería impecable, su bala atravesó el ojo izquierdo de Eusebio, aquel donde residía su poder de hechicero. ¡Pero eso no era lo milagroso! La bala atravesó el cráneo de Eusebio y penetró en el ojo de Solitario, matándoles a ambos en la misma fracción de segundo. Semejante disparo, observó don Guillermo en una carta a Estados Unidos, podía ser considerado como fruto de los poderes celestiales, un delicado toque maestro que coronaba el *crescendo* final de la tormenta igual que una nota de trompeta alzándose sobre el resto de los instrumentos.

La gente del pueblo lloró a Eusebio: había sido su amigo y su consejero, y les parecía que no habían querido lo bastante, lamentando no haberle invitado a esto o aquello, haberle hablado con dureza y no haberle pagado sus honorarios. Pero, decían, al menos su muerte había servido a un propósito, o eso parecía: el acto asesino había acabado con el capitán Portales y le había arrebatado los últimos restos de su capacidad de obrar. Ahora pasaba el día entero en el café del Hotel Circo del Mar, bebiendo desde que abría hasta que cerraba, y descuidaba sus deberes, permitiendo que los poco frecuentes ataques guerrilleros quedaran sin castigo alguno. Cada vez que llenaba el vaso

le temblaban los dedos, y las moscas se le paseaban por los nudillos sin temer sus lentas reacciones.

Se rumoreaba que sufría pesadillas en las que era pisoteado por un inmenso toro negro, que digería mal los alimentos y ya no podía comer carne, y que sentía una aversión especial hacia el cordero y la oveja. Su salud empeoraba y su piel se estaba volviendo de un gris amarillento, arrugándose como la de un manatí. La gente del pueblo le mandaba remedios caseros con la esperanza de prolongar su vida, pues disfrutaban con la disipación y la poca fuerza que ponía en el ejercicio de su mando, y temían la llegada de un sustituto más duro. Sí, por lo menos la muerte de Eusebio había servido a un propósito.

Y además, por supuesto, estaba lo que afirmaban algunas de las personas más respetadas del pueblo, que la bala del capitán había seguido un curso aún más certero del que éste podría haber previsto, y que había dado en un blanco al cual ya había acertado antes, sólo que con un disparo distinto. Señalaban al hijo de Amelita, que había nacido dos meses después de la tormenta, mudo y ciego, sus ojos como globos nacarados que parecían dos enormes perlas: la viva imagen de los ojos de Solitario. «Cataratas —decía el doctor de la compañía frutera—; imposible operarlas.» Pero la gente del pueblo meneaba la cabeza, llena de dudas. ¿No sería posible que la bala del capitán Portales hubiese tomado una vida y, sencillamente, la hubiera depositado en otra carne distinta? Una transmigración tan bella y delicada encajaba muy bien con el retorcido carácter de los dioses patuca. Y a medida que pasaban los años, la extraña conducta del niño hizo que esta idea fuera ganando cada vez más crédito. Se le podía ver a menudo que tiraba de la mano de su madre durante la estación de las tormentas, guiándola sin vacilar por las calles de Puerto Morada pese a que estaba ciego, dejando atrás las oficinas de la compañía frutera, pasando ante el Hotel Circo del Mar donde estaba sentado el capitán, sumido en el estupor alcohólico, y llegando por fin al muro que había tras la iglesia de Santa María de la Onda, lugar en el que permanecerían durante horas, mientras contemplaban cómo los rayos caían más allá del arrecife.

Formaban una extraña pareja, recortados contra el telón de fondo de las oscuras nubes ribeteadas de plata y los cegadores relámpagos: el niño de ojos relucientes y la bella Amelita, hermosa todavía pese a que en su cabello había

zigzagueantes hebras canosas y a que en su rostro se veían nuevas y más hondas arrugas. Se había acostumbrado a vestir de negro, pues aunque en realidad no había amado a Eusebio tenía la sensación de que su muerte merecía cierto respeto y, además, sabía que ese luto formal hacía aún más profundo el tormento del capitán. Permanecía inmóvil, rodeando al chico con su brazo, sin preocuparse de la espuma que le mojaba las ropas, con todo el estoicismo propio de su gente; y algunas veces el niño volvía los ojos hacia esos crípticos relámpagos, con las cataratas reflejando los valores expresados en esa puntas erizadas, y se soltaba de su abrazo para correr a lo largo del muro, volviéndose hacia ella de vez en cuando, mientras gemía y hacía gestos que transmitían una aterrorizada frustración, como si acabara de recibir el aviso de una tragedia distante, una inmensa culminación de la que, en la Tierra, aún no había llegado ninguna noticia.

-
1. Lo que canta la protagonista es el tema principal de *Sonrisas y Lagrimas*, la película de Robert Wise, aunque, evidentemente, algo arreglado. (N. del T.)
 2. «Kool» y «Quu» suenan aproximadamente igual en inglés. (N. del T.)